

TESIS DOCTORAL

---

La Represión, Lo Siniestro Y La Pulsión De Muerte:  
Tres Conceptos Fundamentales del Marco de la Teoría  
Psicoanalítica Freudiana

---

Doctoranda:

Najla de Albuquerque Assy Pires Rosa

DIRECTOR: Dr. José Miguel Marinas Herreras

TUTOR: Prof. Dr. Manuel Froufe



Universidad Autónoma de Madrid

Facultad de Psicología

Departamento Psicología biológica y de la salud

Octubre 2015

## RESUMEN

El propósito de la presente tesis es realizar un estudio preciso de los tres conceptos que forman el hito fundamental de la línea divisoria de la teoría psicoanalítica, a saber: la represión, lo siniestro, y la pulsión de muerte. El segundo capítulo aborda el tema de la represión como un concepto especulativo erigido para comprender, de manera interpretativa, los hechos clínicos hacia el sufrimiento psíquico. Trata de los primeros momentos de la obra de Freud, donde el autor sustenta la teoría de que el sujeto psíquico repetía acciones penosas debido al mecanismo represivo, en que la compulsión a la repetición estructura traumas y neurosis psicoanalíticas. En el tercer capítulo, vamos a proponer que Freud, en 1919 con su texto "Lo siniestro", realiza una división de aguas al anunciar, mediante el retorno de lo reprimido y la compulsión a la repetición, que el principio de placer ya no era suficiente como para explicar determinadas manifestaciones mórbidas del individuo. Freud propone desvelar la génesis del sufrimiento de la mente humana al alejarse del axioma basado en el principio regulado por las reducción de las tensiones desagradables. En el cuarto capítulo, mostraremos que el creador del psicoanálisis propondrá, en su texto "Más allá del principio de placer", otra teoría del funcionamiento del aparato psíquico pautada en una lógica que desemboca en lo que ya no está más regulado por el principio de placer; nos estamos refiriendo a la pulsión de muerte. En definitiva, este trabajo identifica los puntos de tensión y convergencia entre los conceptos freudianos a fin de ofrecer una lectura alternativa a la trama del aparato psíquico.

## ABSTRACT

This PhD. Dissertation aims a deep approach on three fundamental concepts gathering the milestone of the dividing line of psychoanalysis theory, namely: repression, uncanny, and death drive. The second chapter deals with the conception of repression as a speculative key in order to interpretatively understand clinical psychic suffering. It will deal with the first moments of Freud's work, which is based on the theory that the psychic subject repeats painful actions due to repressive mechanisms, in which the repetition compulsion structures psychoanalytic trauma and neurosis. In the third chapter, we will propose that Freud, in 1919 with his text "The Uncanny", makes a turning point in his theory, by announcing, through the return of the repressed and the repetition compulsion, that the pleasure principle was no longer enough to explain certain morbid manifestations of the subject. Here Freud aims to reveal the genesis of the suffering of the human mind to get away from the axiom based on the principle regulated by the reduction of unpleasant tensions. In the third chapter, we demonstrate how the creator of psychoanalysis proposes, from the text "Beyond the pleasure principle," another theory about the functioning of the psychic apparatus based on an understanding that is no longer regulated by the pleasure principle: we are referring to the death drive. In short, this work aims to identify the points of convergence and tension between those three Freudian concepts in order to provide a frame towards alternative readings of the psychic apparatus.

## AGRADECIMIENTOS

Este estudio ha sido posible, en primer lugar, gracias al mi director de tesis, Prof. Dr. José Miguel Marinas Herreras, a quien agradezco por su incansable estímulo que me dio el coraje suficiente para poder terminar un tan arduo trabajo. La constante orientación y los cuestionamientos nos indujeron a pensar con más profundidad y responsabilidad al respecto de la ardua labor de escribir una tesis de doctorado en psicoanálisis.

Queremos agradecer al jefe del Departamento de Psicología Biológica y de la Salud de La Universidad Autónoma de Madrid, Prof. Dr. Fernando Carvajal, por el inestimable apoyo y disposición. Agradezco a mi tutor Prof. Miguel Froufe, por su colaboración y constante apoyo. Me reconozco a Esperanza González, por el soporte continuo durante todo el proceso burocrático.

Dedico esta tesis a mi querida y amada hermana Bethania Assy y a Evandro Afonso Ferreira. Mi eterna gratitud y mi profundo amor por mis padres Divane Maria de Albuquerque y Nagib Assi (*in memoriam*). A mi querida sobrina Luisa Assy Ortega. A mi cuñado Francisco Ortega por la amistad y el comprensión. A mi amigo William Edmund Clark por su solidaridad y amistad. Finalmente mi grande amiga Selme Vasconcelos por su incansable apoyo. Mi gratitud aún a Mariana Caldas Pinto Ferreira e a Maria Francisca Coitinho, por el auxilio inestimable.

## INDICE GENERAL

|  |    |
|--|----|
| <b>I. INTRODUCCIÓN</b> .....   | 19 |
| 1.1. Perspectiva general del desarrollo del concepto de la represión a lo largo de la obra freudiana.....  | 19 |
| 1.2. Lo siniestro: texto freudiano de fundamental importancia para la segunda teoría pulsional .....   | 22 |
| 1.3. La concepción de la pulsión de muerte: un gran cambio en la comprensión del aparato psíquico.....   | 26 |
| 1.4. Objetivos.....  | 30 |
| 1.5. Metodología y Fuentes.....  | 31 |
| <br>   |    |
| <b>II. LO CONCEPTO DE LA REPRESIÓN: PILAR FUNDAMENTAL EN LA PRIMERA TÓPICA FREUDIANA</b> .....   | 35 |
| <br>   |    |
| 2.1. DIRECTRICES DE EXPOSICIONES CRONOLÓGICAS: ALGUNAS APRECIACIONES HISTÓRICAS SOBRE EL ESTUDIO DE LA REPRESIÓN EN FREUD .....                          | 35 |
| <br>   |    |
| 2.1.1. Freud, gran neurólogo: principales influencias.....   | 38 |
| 2.1.2. Caso clínico de Ana O.: el concepto de represión inspirado en la amnesia histérica.....   | 40 |
| 2.1.3. Tratamiento hipnótico catártico: dificultades y abandono del tratamiento.....   | 43 |
| 2.1.4. La defensa como barrera del Yo.....   | 45 |
| 2.1.5. Encontrar el origen del contenido traumático.....   | 46 |
| 2.1.6. Influencia de Johann Friedrich Herbart en la concepción freudiana de la represión: los primeros modelos de construcción del aparato psíquico..... | 51 |
| 2.1.6.1. <i>Influencias metapsicológicas herbartianas en Freud</i> .....   | 53 |
| 2.1.6.2. <i>Cuando las representaciones se vuelven inconscientes por efecto de la represión</i> .....  | 54 |
| 2.1.6.3 <i>Freud y Herbart: semejanzas y diferencias</i> .....   | 55 |
| <br>   |    |
| 2.2. DIRECTRICES HISTÓRICAS SOBRE LA REPRESIÓN: PRIMEROS ESBOZOS DE SU ESTATUTO.....   | 56 |
| <br>   |    |
| 2.2.1. Modelo teórico que articula las primeras formaciones del aparato psíquico de forma esquemática.....   | 56 |
| 2.2.2. La represión inscrita en los antiguos foros (carta 52): primera configuración de una tópica ternaria.....   | 60 |
| 2.2.3. Esbozo de la represión en el aparato psíquico como regulador de tensiones.....  | 61 |

|  |            |
|--|------------|
| 2.2.4. El estatuto de la represión e su formulación más precisa en lo sistema psíquico: la distinción entre inconsciente, preconscious y consciente..... | 63         |
| <b>2.3. DIRECTRICES HISTÓRICA DE LA METAPSICOLOGIA DE LA REPRESIÓN A PARTIR DE 1915 .....</b>  | <b>66</b>  |
| 2.3.1. Consideraciones preliminares a cerca de la represión .....  | 66         |
| 2.3.2. Cuando lo reprimido está al servicio de la satisfacción pulsional.....  | 67         |
| 2.3.3. La represión como mecanismo que instaura la escisión entre el preconscious/ consciente y lo inconsciente .....                                    | 68         |
| 2.3.4. Etapas de la Represión: primarias y secundarias.....  | 69         |
| 2.3.4.1. <i>La concepción del término represión primaria</i> .....   | 70         |
| 2.3.4.2. <i>La definición del término: represión secundaria</i> .....  | 74         |
| 2.3.5. Los derivados de la represión y su vinculación con la pulsión.....  | 75         |
| 2.3.6. Desarrollo de la represión y el destino del “monto de afecto”.....  | 77         |
| 2.3.7. Conversión de los afectos en la clínica.....  | 79         |
| 2.3.8. Un análisis del retorno de lo reprimido.....  | 82         |
| <br>   |            |
| <b>2.4. DIRECTRICES HISTÓRICA DEL CONCEPTO DE FANTASÍA EN FREUD: EL RETORNO DE LO REPRIMIDO.....</b>   | <b>86</b>  |
| 2.4.1. Primeras apreciaciones sobre el concepto de fantasía.....   | 87         |
| 2.4.2. Las aportaciones sobre las fantasías conscientes.....   | 88         |
| 2.4.2.1. <i>Principales desdoblamientos de la fantasía consciente</i> .....  | 91         |
| 2.4.2.2. <i>Concepciones sobre la importancia de la fantasía nocturna</i> .....  | 92         |
| 2.4.3. Las fantasías originarias: preguntas cruciales que estructuran el aparato psíquico.....   | 94         |
| 2.4.3.1. <i>Freud cualifica cuatro tipos de fantasía originarias</i> .....   | 94         |
| 2.4.3.2. <i>Algunas consideraciones sobre la polémica origen filogenética de las fantasías originarias</i> .....   | 95         |
| 2.4.4. Delimitaciones del concepto Freudiano: las fantasías inconscientes.....   | 97         |
| 2.4.4.1. <i>Dos modalidades estructurales de la fantasía inconsciente: primarias y secundarias</i> .....   | 99         |
| 2.4.4.2. <i>La fantasía inconsciente como evidencia de la prioridad angustia de muerte</i> .....   | 101        |
| <br>   |            |
| <b>III. ESTUDIO DEL TEXTO “LO SINIESTRO”: LO DESCONOCIDO DENTRO DE SÍ MISMO .....</b>  | <b>103</b> |
| <br>   |            |
| <b>3.1. PRIMERAS APRECIACIONES SOBRE EL CONCEPTO DE LO SINIESTRO EN FREUD.....</b>   | <b>105</b> |
| 3.1.1. Época de Guerra: Freud encuentra dificultades en su búsqueda bibliografía para elaborar sus estudios sobre ‘Lo siniestro’.....                    | 106        |

|  |     |
|--|-----|
| 3.1.2. Delimitación lingüística del vocablo: ‘unheimlich’ .....  | 107 |
| 3.1.3. Diferenciaciones entre lo siniestro que se experimenta y de lo siniestro que se refiere a la ficción literaria .....      | 108 |
| 3.1.3.1. <i>Las formas en que lo siniestro se refiere a la ficción literaria</i> .....   | 108 |
| 3.1.3.2. <i>Concepciones de lo siniestro como algo experimentado – vivido</i> .....  | 111 |
| <br>   |     |
| 3.2. LA COMPLEJA RELACIÓN ENTRE LO SINIESTRO Y LO COMPLEJO DE CASTRACIÓN.....  | 113 |
| <br>   |     |
| 3.2.1. El miedo de perder los ojos y su relación con el temor a la castración .....  | 114 |
| 3.2.2. Fundamentos teóricos del concepto del complejo de castración.....   | 116 |
| 3.2.3. La correlación entre la castración y el cuento “El Hombre de la Arena” – de E.T.A. Hoffmann.....                          | 120 |
| 3.2.3.1. <i>Lo siniestro comprendido bajo dos fenómenos: el de sí mismo y el del doble</i> .....                                 | 121 |
| 3.2.3.2. <i>Aproximaciones del cuento ‘El Hombre de la Arena’ en la perspectiva psicoanalítica</i> .....                         | 121 |
| 3.2.3.3. <i>Lo trágico arrebató la infancia: brota la angustia que se hace presente con todo el vigor del pasado</i> .....       | 125 |
| 3.2.3.4. <i>Los primeros esbozos de Freud sobre la compulsión a repetición a partir del cuento “El Hombre de la Arena”</i> ..... | 130 |
| 3.2.3.5. <i>La muñeca Olimpia: la incapacidad de amar del personaje Nathaniel</i> .....  | 131 |
| 3.2.3.6. <i>Lo suicidio: borramiento de la frontera del Yo</i> .....   | 134 |
| <br>   |     |
| 3.3. EL DOBLE: UN ESPEJO QUE RETRATA AL ESPECTRO SINIESTRO QUE ANUNCIA LA MUERTE.....  | 137 |
| <br>   |     |
| 3.3.1. La función del doble en el psicoanálisis vinculado a la literatura .....  | 138 |
| 3.3.2. El empleo del doble bajo el ángulo de lo siniestro.....   | 141 |
| <br>   |     |
| 3.4. LA FUNCIÓN TOTEMICA: LA QUE PROTEGE Y CASTIGA AL MISMO TIEMPO.....  | 142 |
| <br>   |     |
| 3.4.1. La función del tabú: las leéis más antiguas que gobiernan la humanidad.....   | 143 |
| 3.4.2. La fuerza del inconsciente retratada en la compulsión a la repetición.....  | 145 |
| 3.4.3. La omnipotencia del pensamiento presente en los hombres primitivos y en los niños en su temprana infancia.....            | 148 |
| <br>   |     |
| 3.5. APORTACIONES ENTRE LO NARCISISMO Y LO MIEDO A LA MUERTE: UN SENTIMIENTO SINIESTRO.....                                      | 149 |
| <br>   |     |
| 3.5.1. Primeras apreciaciones sobre lo narcisismo y su representación en la mitología griega.....                                | 149 |

|  |     |
|--|-----|
| 3.5.2. Concepción freudiana sobre lo narcisismo.....   | 151 |
| 3.5.3. La elaboración compleja sobre el narcisismo: una análisis del texto: “Introducción del Narcisismo” [1914] ..... | 153 |
| 3.5.4. Concepciones Freudianas del narcisismo primario y secundario.....   | 156 |
| 3.5.5. Aproximaciones entre narcisismo y complejo de castración.....   | 161 |

#### **IV. LO RETORNO A UN NUEVO DUALISMO PULSIONAL: LA PULSIÓN DE MUERTE VERSUS LA PULSIÓN DE VIDA .....**

|  |     |
|--|-----|
| 4.1. UNA ANÁLISIS PROFUNDA DEL TEXTO FREUDIANO “MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE PLACER: UN DIVISOR DE AGUAS EN LA TEORÍA PSICOANALÍTICA..... | 170 |
|--|-----|

|   |     |
|---|-----|
| 4.1.1. Elaboraciones iniciales de la singularidad tratada en este texto de 1920 sobre el dúo: placer – desplacer..... | 181 |
| 4.1.2. Primeras apreciaciones de la no inclinación del psiquismo al principio de placer...183                         |     |
| 4.1.3. Freud mantiene la dicotomía entre el principio de placer versus el principio de realidad.....                  | 184 |

|   |     |
|---|-----|
| 4.2. LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN VINCULADA: A LOS SUEÑOS DE LOS ENFERMOS DE NEUROSIS TRAUMÁTICA Y EL JUEGO DEL FORT-DÁ..... | 186 |
|---|-----|

|  |     |
|--|-----|
| 4.2.1. La compulsión a la repetición vinculada a los sueños de los enfermos de neurosis traumática .....             | 186 |
| 4.2.2. El juego de la ausencia materna Fort-Dá.....  | 189 |
| 4.2.2.1. <i>El juego del carrete y la ausencia materna: compulsión a la repetición y satisfacción pulsional.....</i> | 189 |
| 4.2.2.2. <i>La expresión del juego Fort-Dá: una base de unidad del empleo del lenguaje.....</i>                      | 191 |
| 4.2.2.3. <i>Representación-cosa y de representación-palabra.....</i>   | 194 |
| 4.2.2.4. <i>Las relaciones primordiales con la madre.....</i>  | 199 |

|   |     |
|---|-----|
| 4.3. ACLARACIONES SOBRE LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN EXTERNALIZADA EN EL CURSO DEL TRATAMIENTO PSICOANALÍTICO..... | 201 |
|---|-----|

|   |     |
|---|-----|
| 4.3.1. Resistencia e obscurecimiento del material clínico en la arte de interpretar: un imperativo a la compulsión de repetición..... | 201 |
| 4.3.2. El principio de la repetición como última tentativa de libertad del infortunio del neurótico.....                              | 203 |
| 4.3.3. Reflexiones sobre el laberinto de la compulsión a la repetición.....   | 204 |
| 4.3.4. La herida narcisista y la neurosis de destino: interferencias en el proceso de la compulsión a la repetición.....              | 205 |

|   |            |
|---|------------|
| 4.4. EL PSIQUISMO COMO UN MODELO , RECEPTOR Y DEFENSOR DE LOS ESTÍMULOS Y EXCITACIONES: ENTRE LO EXTERIOR Y LO INTERIOR DE LAS PULSIONES..... | 207        |
| 4.4.1. Los estímulos pulsionales interno/externo: esquemas y especulaciones en la metabiología.....   | 207        |
| 4.4.2. Los estímulos internos versus internos: reducción de la tensión.....   | 208        |
| 4.4.3. Neurosis traumática como escudo protector.....   | 209        |
| 4.4.4. La compulsión a la repetición para Freud desprecia al principio de placer.....   | 210        |
| 4.4.5. Reflexiones sobre el conservadorismo de las pulsiones.....   | 212        |
| 4.4.6. Especulaciones sobre las distintas finalidades de la pulsión .....   | 213        |
| 4.5. INDAGACIONES SOBRE LAS FUERZAS QUE IMPELEN AL ORGANISMO PARA QUE RETORNE A LA MUERTE.....  | 214        |
| 4.5.1. Fuerzas que impelen al organismo para que retorne a la muerte.....   | 215        |
| 4.5.2. Células germinales que operan a favor de la vida.....  | 217        |
| 4.5.3. Células germinales e las pulsiones.....  | 221        |
| 4.5.4. El principio del placer e las pulsiones.....   | 229        |
| 4.5.5. “El Yo y el Ello” y la serie placer-displacer.....   | 232        |
| 4.5.6. Las pulsiones: vida y muerte – El empeño en restablecer el estado de las cosas alterado por la aparición de la vida.....               | 233        |
| 4.5.7. El amor y el odio - dos caras de la misma moneda: las pulsiones destructivas y eróticas .....  | 234        |
| 4.5.7.1. <i>Las pulsiones de muerte, el clamor de la vida y Eros</i> .....  | 235        |
| 4.5.8. Sentimiento de culpa, melancolía y Superyó.....  | 237        |
| 4.5.9. Tres destinos de la pulsión de muerte.....   | 239        |
| <b>V. CONSIDERACIONES FINALES.....</b>  | <b>244</b> |
| 5.1. El teatro privado del psiquismo: el hilo de Ariadna del aparato psíquico.....  | 244        |
| 5.2. El movimiento del psiquismo: la represión y sus vicisitudes.....   | 250        |
| 5.3. Siniestro: entre a creación literaria y el íntimo transformado en extraño.....   | 263        |
| 5.4. La pulsión de muerte: inaugura otra metapsicología freudiana.....  | 279        |
| 5.5. Perspectivas.....  | 279        |
| <b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....</b>  | <b>283</b> |

## ***I. INTRODUCCIÓN***

El propósito de la presente tesis es realizar un estudio preciso de los tres conceptos que forman el hito fundamental de la línea divisoria de la teoría psicoanalítica, a saber: la represión, lo siniestro, y la pulsión de muerte. El segundo capítulo aborda el tema de la represión como un concepto especulativo erigido para comprender, de manera interpretativa, los hechos clínicos hacia el sufrimiento psíquico. Trata de los primeros momentos de la obra de Freud, donde el autor sustenta la teoría de que el sujeto psíquico repetía acciones penosas debido al mecanismo represivo, en que la compulsión a la repetición estructura traumas y neurosis psicoanalíticas. En el tercer capítulo, vamos a proponer que Freud, en 1919 con su texto “Lo siniestro”, realiza una división de aguas al anunciar, mediante el retorno de lo reprimido y la compulsión a la repetición, que el principio de placer ya no era suficiente como para explicar determinadas manifestaciones mórbidas del individuo. Freud propone desvelar la génesis del sufrimiento de la mente humana al alejarse del axioma basado en el principio regulado por las reducción de las tensiones desagradables. En el cuarto capítulo, mostraremos que el creador del psicoanálisis propondrá, en su texto “Más allá del principio de placer”, otra teoría del funcionamiento del aparato psíquico pautada en una lógica que desemboca en lo que ya no está más regulado por el principio de placer; nos estamos refiriendo a la pulsión de muerte. En definitiva, este trabajo identifica los puntos de tensión y convergencia entre los conceptos freudianos a fin de ofrecer una lectura alternativa a la trama del aparato psíquico.

### **1.1. PERSPECTIVA GENERAL DEL DESARROLLO DEL CONCEPTO DE LA REPRESIÓN A LO LARGO DE LA OBRA FREUDIANA**

Iniciaremos nuestro trabajo abordando, especialmente, el concepto de represión. Se trata de una palabra que indica la particularidad del acto de hacer retroceder o de rechazar a alguien o alguna cosa. Es la exclusión del campo de la consciencia de determinadas ideas, sentimientos y deseos que el individuo no quiere admitir y que, sin embargo, continúan haciendo parte de la vida psíquica, provocando asiduamente graves disturbios. Hagamos un paréntesis: al leer “El Mundo como Voluntad y Representación”, de Arthur

Schopenhauer (2004), el propio Freud reconoció no ser el inventor de la idea de represión (Freud, 1975b). Sin embargo, logró darle un estatuto metapsicológico, iluminando el umbral del infortunio psíquico. Además de ello, pretendemos abordar este concepto fundamental que guía la lógica del aparato psíquico de la primera tópica freudiana, según el cual el concepto de represión ocupa un lugar de fundamental importancia en la etapa inicial de la metapsicología freudiana debido a que es el hilo conductor para comprender el camino de Dédalo (Grimal, 1981, p.129)<sup>1</sup> de la mente humana.

La idea de represión, proceso de alejamiento de las pulsiones, de las que se rechaza el acceso a la consciencia, aparece desde muy temprano en la elaboración de la teoría freudiana del aparato psíquico, incluso antes de la carta a Wilhelm Fliess (Freud, 1994, p. 274-280). Esto que acabamos de mencionar es defendido por Elisabeth Roudinesco y Michael Plon (1998) y constituye la definición inaugural de la primera tópica freudiana.

En el segundo capítulo de la tesis, también vamos a describir el desarrollo de la noción de represión a lo largo de la obra freudiana. Para empezar abordaremos brevemente el recorrido que va desde el desalojo del cuerpo orgánico en dirección al cuerpo emocional. Esto lo haremos mediante los estudios sobre la histeria, un síntoma que será una baliza para marcar los procesos de defensa que persisten incluso en el estado hipnótico. La resistencia está al servicio del mecanismo de defensa frente a las situaciones penosas que el paciente olvida: la amnesia histérica anuncia, entonces, la compleja red de resistencias. Por eso, tenemos la famosa frase de Freud, según la cual “las histéricas sufren de reminiscencias” (Freud, 1996a, p.33).

Después, vamos a destacar la importante influencia de Johann Friedrich Herbart en la construcción de la dimensión psíquica tanto en el nivel dinámico como económico. A continuación, comentaremos el concepto de represión tal como se halla en la “Carta 52” (Freud, 1994, p.274-280), que se inscribe en los antiguos foros de las primeras configuraciones de una tópica ternaria, o sea, inconsciente, preconscious y consciente. Posteriormente, abordaremos el asunto de la represión en el aparato psíquico como una

---

<sup>1</sup> Dédalo es el prototipo del artista universal, a la vez es arquitecto, escultor e inventor. A pedido del Rey Minos construye un palacio de complicados corredores, el famoso Laberinto, habitado por el minotauro.

reguladora de tensiones, en la versión más trabajada y ordenada, tal como consta en el texto freudiano de “La Interpretación de los Sueños” [1900] (Freud, 1996b).

Enseguida, nos dedicaremos al estatuto metapsicológico de la represión, particularmente al famoso texto de 1915, “La represión” (Freud, 1975b). Empezaremos por elucidar el fundamento del aparato psíquico, mencionando que Freud en este texto propone un estatuto diferente para la represión, atribuyéndole la labor de un agente que instauro el origen de una división en lo inconsciente, como instancia separada: situando así la represión primaria y la secundaria. Vamos a analizar, también, los destinos de la pulsión y su vinculación con la represión, focalizando los representantes representativos de la pulsión, subrayando la importancia del retorno de lo reprimido en la primera teoría del aparato psíquico, tal como fue expuesto por Freud, y también nos detendremos en el tema de las Fantasías debido a que son las vestimentas principales que señalan los derivados de lo reprimido inconsciente.

No dejaremos de argumentar que la represión es una etapa preliminar que narra el infortunio humano, tal como lo explicó Freud, o sea, se trata de algo entre la fuga y la condenación porque es un concepto que no podría haber sido formulado antes de la época de los estudios psicoanalíticos. Es necesario subrayar, con el debido énfasis, que Freud, un médico de Viena, era un neurólogo de extremado conocimiento anatomopatológico, solidificado en las doctrinas psico-fisiológicas de la escuela alemana. Es importante dejar en claro que los escritos freudianos acerca de la represión no están sistematizados de manera teórica, sino plasmados en notas de un investigador que va internándose de a poco en un terreno difícil de naturaleza umbría (Freud, 1975b).

*La represión no es un mecanismo de defensa presente desde el origen; no puede engendrarse antes que se haya establecido una separación nítida entre actividad consciente y actividad inconsciente del alma, y su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella (Freud, 1975b, p.142).*

Es exactamente a eso que llamaremos represión, declara Freud. La sustentación de la teoría, o sea, la primera mejor trabajada del aparato psíquico, de acuerdo con Lagache, corresponde al periodo que va del año 1905 a 1920, momento en que el aparato psíquico

tiene por función el reducir las tensiones desagradables ya sea mediante la descarga o por un proceso intrapsíquico de defensa y de represión (Lagache, 1977).

Pretendemos argumentar de manera más ampliada que la represión, al ser parte integrante del inconsciente, ocupa los deberes y ejerce sobre las excitaciones internas, originariamente pulsionales, cuya extensión de tiempo haría pender la balanza hacia un excesivo placer. La resistencia del inconsciente no es el efecto, la consecuencia lógica, sólo de lo reprimido, sino también del Yo, que no puede quebrar la energía, o sea, dejarla fuera de combate, de la represión. Freud siempre insistió en el carácter inmortal del deseo, siempre activo. Propondremos desarrollar un significativo cambio de la primera a la segunda tópica, en la que lo reprimido coincide con lo inconsciente, y el Yo se afina al preconscious. Sin embargo, en la segunda tópica el Yo también es inconsciente, y todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo inconsciente es lo reprimido.

## **1.2. LO SINIESTRO: TEXTO FREUDIANO DE FUNDAMENTAL IMPORTANCIA PARA LA SEGUNDA TEORÍA PULSIONAL**

En el tercer capítulo de la tesis, cuyo título es “Lo siniestro”, o sea, lo desconocido dentro de sí mismo, vamos a exponer de manera minuciosa que lo siniestro consiste en la aparición de lo íntimo transformado en extraño. Íntimo, en el sentido familiar, y susceptible de ser conocido, no amenazante, y extraño, en el sentido de no reconocible, paradójicamente amenazante cuando proviene de afuera. Habilidad impar al poner en desorden, descomponer, perturbar la tranquilidad de la morada psíquica.

Pretendemos ampliar el concepto de Lo siniestro (Freud, 1995c, p.215-252), ya no meramente asociado a los contenidos del retorno de lo reprimido. Intentaremos tejer algunos vínculos entre lo siniestro y la pulsión de muerte, argumentando que ambos tienen, como eje principal, a la compulsión a la repetición. Estos dos no se limitan a lo que queremos olvidar, o reprimir de nuestro pasado, a no ser lo que nos ignora y al mismo tiempo, nos constituye. Ambos son una naturaleza extranjera que habita en nosotros. Intentaremos pensar lo siniestro como una vivencia de algo que se presenta y que no suscita contenidos solamente del orden de la represión, sino también como una negación

de la muerte por ser una percepción vinculada a esa cuestión. Incluso mostraremos que en el texto sobre lo siniestro ya se anuncia la complejidad del sujeto que tiende a repetir las situaciones dolorosas, penosas, de su existencia, lo que el psicoanálisis denomina como compulsión a la repetición.

Antes del texto “Más allá del principio de placer” (Freud, 1995d, p.1-62) el creador del psicoanálisis sustentaba una lógica según la cual el sujeto “repite porque reprime”, pero cuando da forma a la segunda tópica del aparato psíquico, esa cuestión se invierte totalmente: “reprime porque repite”, de ese modo se modifica, de manera radical, el abordaje terapéutico psicoanalítico freudiano.

Mostraremos, también, que Freud utilizará caminos esclarecedores que iluminan lo siniestro de una nueva forma. Antes que todo, hará un recorrido exhaustivo sobre la concepción etimológica de la palabra en diversas lenguas, agrupando las diferentes impresiones de los sentimientos de lo siniestro en sensaciones sensoriales, vivenciales y situaciones, en personas o cosas, teniendo como objetivo diluir el carácter detestable a partir de algo que es común en todos los casos: el sentimiento de extrañeza que provoca lo siniestro. Freud también propone distinguir entre lo siniestro que se experimenta y lo siniestro que nos remite a la ficción literaria (Freud, 1995c, p.227-232).

Enseguida, haremos un breve recorrido histórico de la importancia de la mirada, de forma amplia. Enfocaremos la relevancia que tiene la mirada en la teoría psicoanalítica vinculándola entre el miedo de perder los ojos y la castración. Esto será tratado en el cuento “El Hombre de la Arena”, del músico y escritor del género fantástico-inquietante, E.T.A. Hoffmann (Freud, 1995c, p.233-238), quien retrata y narra lo siniestro al reconducirlo a una antigua angustia infantil: la castración. Es precisamente en este punto que nos vamos a detener. Freud dice:

*Lo ominoso de la ficción – de la fantasía, de la creación literaria – merece de hecho ser considerado aparte. Ante todo, es mucho más rico que lo ominoso del vivenciar: lo abarca en su totalidad y comprende por añadidura otras cosas que no se presentan bajo las condiciones del vivenciar. La oposición entre reprimido y superado no puede transferirse a lo ominoso de la creación literaria sin*

*modificarla profundamente, pues el reino de la fantasía tiene por premisa de validez que su contenido se sustraiga del examen de realidad (Freud, 1995c, p.248).*

Posteriormente, en el tercer apartado, que se titula “El Doble: espejo que retrata el espectro lo siniestro que anuncia a la muerte” (Freud, 1995c, p.243-237), veremos que el tema del doble consagra en Freud la atención a dos fenómenos: el del Mismo y el del Doble. El mismo, al respecto de una imposibilidad instantánea de reconocerse, para que acto seguido el Yo se apodere de esa imagen que es suya. Es tal como le sucedió a Freud, cuando de manera súbita, dentro de un camarote de un tren, en el que había un espejo, no reconoció su propia imagen reflejada en el objeto y eso le provocó cuestionamientos sobre el “malentendido” o “mal reconocido”. Sin embargo, de manera consonante al doble, su constitución y funcionamiento se muestran cuestiones enmarañadas que enuncian que son más complejas. El doble es otro de sí mismo, incógnito como tal y reconocido por la sensación de extrañamiento que es capaz de provocar. Asimismo, explicaremos de manera más minuciosa que el sentimiento de lo siniestro parece ser extremadamente fuerte en todas las situaciones en las que el mecanismo de duplicación imaginaria parece prevalecer: es el tema literario del doble.

Después de una breve presentación de este tema, abordaremos el concepto de tótem, que protege y castiga al mismo tiempo. La primera vez en que Freud se refiere a lo siniestro es en su artículo “Tótem y tabú” [1913-14] (Freud, 1981). Vincula el carácter de lo siniestro como corroboración de la omnipotencia del pensamiento, una mera resignación en que el hombre confiesa su pequeñez y se resigna frente a la muerte (Freud, 1981, p.91). De ese modo, abordaremos el estudio del Tótem relacionándolo a lo imaginario sociocultural como una defensa contra lo inesperado, lo extraño, en nuestra condición de desamparo: “acerca de la soledad, el silencio y la oscuridad, todo lo que podemos decir es que son efectivamente los factores a los que se anudó la angustia infantil” (Freud, 1995c, p.251). Una angustia que siempre nos puede reconducir a lo familiar, a lo antiguo, que se conserva en una delgada cubierta, que revela nuestra frágil relación con la muerte. Retrato de eso es el animismo, los ensalmos y las magias de los primitivos en la omnipotencia de pensamientos y su nexos con la muerte. Lo siniestro es el espectro de la muerte negada.

Continuando el estudio sobre la omnipotencia de pensamientos -la sobrevalorización de los procesos anímicos- abordaremos el tema del narcisismo. De acuerdo con Freud, el narcisismo hace parte del desarrollo individual que todos atravesamos; una etapa que corresponde a ese animismo de los primitivos y que deja su marca en el psiquismo como secuelas, restos capaces de exteriorizarse “como si todo cuanto hoy nos parece lo siniestro cumpliera la condición de tocar estos restos de actividad animista e incitar su exteriorización” (Freud, 1995c, p.240). De esa manera, el sentimiento de lo siniestro –de extrañamiento- correlacionado al complejo de castración, será en la vida adulta el temor a la muerte.

Destacaremos que lo siniestro es un trayecto que une articulaciones entre el deseo de desconocer y el deseo de conocer lo que le es propio. Esto constituye una evidente paradoja de la condición humana, en que hay un miedo de sumergirse en lo que es más constitutivo del ser, la verdad que lo engeuece y lo ubica en el goce, y la paradoja que consiste en la tendencia de adueñarse de ese saber. A la manera de Eugenio Trías (1982), argumentaremos que la sensación de lo siniestro brota, tiene existencia cuando algo sentido y presentido, temido y secretamente deseado por el sujeto se hace realidad de manera súbita, produciendo entonces en el sentimiento de lo siniestro la realización de un deseo escondido, íntimo y prohibido. Lo siniestro también es un deseo demorado en la fantasía inconsciente que comparece en lo real; es la piedra de toque, la verificación de una fantasía que alborota, infunde un miedo formulado como deseo (Freud, 1996c, p.488-489). El entremedio deseo-temor deja hambriento a lo siniestro potencial, que al ponerse en práctica se convierte en lo siniestro efectivo, conduciendo, por fin, al sujeto a la fuente de sus temores y deseos.

Daremos un paso más en los hilos que tejen las articulaciones cuando consignemos el acercamiento entre lo siniestro y la castración, debido a que ambos nos remiten al horror, a lo infinito y a la muerte. El caso muda de figura cuando se piensa en lo representable que trae en sí mismo su límite, no conduciendo al sujeto a dejarse inflamar, obedecer al llamado de lo trágico narrado en las fantasías. Estas son vestiduras que contornan, distorsionan lo que está en el subsuelo de lo inconsciente. Lo siniestro es un eterno llegar-a-ser-, no-ser, falta-a-ser. Se define mucho más por la negación formal,

contradicha de su presencia que por el placer de su ausencia (Freud, 1995c, p.246-249). No dejaremos de aludir que lo siniestro freudiano instaura, lanza los cimientos de otra mirada al respecto de los pilares de la subjetividad, atinentes a su temperamento desconocido, por así decirlo, naturaleza que aloja en sí misma una paradoja subjetiva que el propio sujeto ignora estando a oscuras, pero que reside en su intimidad, una extraña idiosincrásica intimidad.

### **1.3. LA CONCEPCIÓN DE LA PULSIÓN DE MUERTE: UN GRAN CAMBIO EN LA COMPRESIÓN DEL APARATO PSÍQUICO**

En el cuarto y último capítulo de la tesis finalmente vamos a argumentar con más laboriosidad que la pulsión de muerte es el ramo ascendente de la pulsión propiamente dicha. Se trata de un término al que Freud le dio prevalencia para definir la carga energética encontrada en el origen de la actividad motora del organismo y del funcionamiento psíquico inconsciente del hombre; esa fuerza, por así decir pulsional, que se presenta de múltiples maneras, talla el molde de la pluralización del término. Así, resulta enriquecedor y oportuno pensar siempre en pulsiones en vez de pulsión. A pesar de ello, evidentemente nuestro trabajo le consagra una atención muy destacada a la Pulsión de Muerte, concepción freudiana según la cual es la resonancia de la tendencia la que lleva al organismo a realizar un viaje de retroceso en dirección a los orígenes, al estado primordial de no-vida, o sea, a un estado conductivo a la inanimación (Freud, 1995d, p.34-42). Sin embargo, también queremos ratificar con todos los pormenores que la pulsión de muerte no se manifiesta de manera aislada. La faena que realiza se reconoce particularmente por medio de la compulsión a la repetición, aglomerándose, reaccionando con Eros, palabra de múltiples significaciones: amor entre los sexos, amor a sí mismo, amor a los padres y al niño, la amistad, el amor entre los hombres en general, la devoción a los objetos concretos y a las ideas abstractas, las pulsiones sexuales parciales propiamente dichas (Freud, 1995d, p.49-59). Es dable destacar que ese navegar-en-el-mismo-barco, esta simbiosis Pulsión de Muerte-Eros (pulsión de vida) tiende, de manera predominante, a la disociación, a la desunión. Diremos más todavía: la pulsión de muerte -citada por vez primera en el texto “Mas allá del principio de placer” (Freud, 1995d, p.1-62)-, rompiendo con el naturalismo

de aquella época, persigue como todas las demás, su propia extinción. Delinea a los confines del hombre en la reiteración, en la tautología, presuponiendo ir más allá de la concepción, más adelante del principio de placer, inclinando la proa hacia el dominio del goce trascendente, revestida de proporciones espantosas, sentida como sufrimiento.

Empezaremos el presente capítulo argumentando cómo Freud establecía sus razones, cómo se atenía a la teoría de la pulsión de muerte anclándose en la perspectiva del principio de estabilidad de Fechner. Aquí está la demostración freudiana:

*El principio de placer se deriva del principio de constancia; en realidad, el principio de constancia se discernió a partir de los hechos que nos impusieron la hipótesis del principio de placer (...). Pero entonces debemos decir que, en verdad, es incorrecto hablar de un imperio del principio de placer sobre el decurso de los procesos anímicos. Si así fuera, la abrumadora mayoría de nuestros procesos anímicos tendría que ir acompañada de placer o llevar a él; y la experiencia más universal refuta enérgicamente esta conclusión (Freud, 1995d, p.9).*

De manera crítica, Freud refleja la tendencia del organismo al principio de placer, construye las primeras apreciaciones de su no inclinación: que el placer –la descarga y reducción de la tensión- resulta en displacer (Freud, 1995d, p.7-11). Al hacer una reflexión sobre cómo la neurosis traumática contradecía la teoría de los sueños, señalaremos lo que Freud define como una misteriosa inclinación masoquista, que explicaría lo que sería un deseo de repetir o de recordar una experiencia de displacer.

Abordaremos la expresividad de la compulsión a la repetición, en el ejemplo dado por Freud, cuando éste observaba al niño muy pequeño que continuamente arrojaba el carretel de hilo, para enseguida recogerlo en un continuo ejercicio de vaivén. De acuerdo con Freud, el niño elaboraba la ausencia de su madre, intentando domesticar la angustia frente a la falta de esa figura de primitiva importancia. La compulsión a la repetición, en este caso anunciado, se refiere a la propuesta freudiana de que esos actos repetitivos se dirigen a otro orden de satisfacción que va más allá del principio de placer; la pulsión de muerte es descubierta no en relación a las tendencias destructivas, no en relación a la agresividad, sino en función de considerar directamente a los fenómenos de repetición

(Freud, 1995d, p.14-15). Incluso en “Más Allá del principio de Placer” –dice Gilles Deleuze (2002, p.40)– la forma de repetición cruda subsiste, porque Freud interpreta al instinto de muerte como una tendencia a retornar al estado de materia inanimada, lo que mantiene el modelo de una repetición totalmente física o material.

Poco después, Freud desarrollará con más propiedad el concepto de compulsión a la repetición, haciendo una importante correlación del mencionado concepto como un fenómeno manifestado de la naturaleza más íntima de las pulsiones: la pulsión de muerte. Posteriormente, trataremos de la importancia que tiene esta evidencia en el curso de un análisis, en la fuerte presencia de la compulsión a la repetición junto al proceso de transferencia, analista-paciente. Sin embargo, en el transcurso de este proceso de curación –cuya arte de interpretar era el conductor fundamental para develar el infortunio del sufrimiento psíquico- Freud se depara con la fuerza de la compulsión a la repetición como el obstáculo de mayor latitud frente a la cura. La compulsión a la repetición es la piedra, el muro, la barrera que conduce al campo a algo más atormentante, regida por una repetición monótona, destructiva, que Freud denominó neurosis de destino o neurosis de destino de carácter demoníaco, como recuerda Peter Gay: “la compulsión a la repetición como una actividad mental sumamente primitiva, que presenta un carácter instintual en alto grado” (Gay, 1996, p.449).

Posteriormente, encontraremos a un Freud anclado en las bases teóricas fundamentadas en la metabiología; las pulsiones serán descritas como las guardianas de las células germinales, ofreciendo abrigo para que éstas continúen contactándose con otras células, y así sucesivamente, conservando los estados originales de la materia vida. Son los impulsos internos que van rumbo al desarrollo de la vía, que Freud llama de verdaderas pulsiones de vida. Él llegará a la conclusión de que la compulsión a la repetición es pulsional por un atributo universal de las pulsiones (Freud, 1995d, p.36-37). Freud arriba a célebres conclusiones en la hipótesis según la cual toda sustancia viva está expuesta, de antemano, a morir por principios determinantes internos. Deduce –como él mismo lo dice– descuidadamente porque eso no parece una suposición. Freud añade que está acostumbrado a pensar que ese es el hecho, siendo fortalecido en sus reflexiones por los escritos de los poetas. Freud fue de esa opinión porque en ella hay un determinado

consuelo: si tenemos que morir, y si primero tenemos que perder para la muerte a todos los que más amamos, entonces es más fácil someterse a una ley impía de la naturaleza, a la sublime necesidad de que por un acaso quizás pudiéramos haber huido. A pesar de eso, Freud conoce el factor ilusorio de este tipo de creencia, en la necesidad interna de morir. Él sabe bien que tal vez sea otra más de las ilusiones que creamos para soportar el peso de la existencia.

Freud, tal como pudimos ver, asocia esa muerte con causas internas a la Ananké – necesidad-, mencionando las razas primitivas. Esta creencia en la evitabilidad de la muerte se opone a la inevitabilidad de la muerte. Esta inevitabilidad de la vida y de la muerte se basa en que no hay vida sin interacción con el mundo y con el otro, y no en que morimos por una fuerza interna. En suma: el hecho de que la muerte sea inevitable no apoya para nada la creencia de que morimos por causas internas, de que se pueda naturalizar o universalizar un deseo de morir que afecta a algunas, pero no a todas las personas. Más tarde, Freud recurre a la biología, a partir de la tesis de Weismann, y toma partido por la tesis según la cual la sustancia viva se divide en partes mortales y partes inmortales. La parte mortal sería el cuerpo, y la inmortal serían las células germinales, que son potencialmente inmortales, capaces de cercarse de un nuevo soma (Freud, 1995d, p.45-46). Poco después, Freud reconoce la pulsión sexual como Eros, el conservador de todas las cosas. Además de identificar la presencia de un componente sádico en la pulsión sexual, sustenta también que el masoquismo sería el retorno del sadismo sobre el propio Yo del sujeto (Freud, 1995d, p.53). Finalmente, argumenta que la oposición entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales se transformó en una oposición entre las pulsiones narcisistas del Yo y las pulsiones de objeto, ambas de carácter sexual. En este escrito, Freud nos alerta sobre el hecho de que el principio de placer sería una inclinación que operaría al servicio de una pulsión. Más adelante, nos recuerda que los procesos libres o primarios, que se remontan a los comienzos de la vida mental, dan origen a sentimientos mucho más intensos que los generados por el proceso secundario. Además, dice que el hecho de que exista el principio de placer en el proceso primario se debe a que se habría motivado al organismo para postergar este placer, estableciendo así el proceso secundario (Freud, 1995d, p.55-56). Al final, afirma que el principio de placer parece, en realidad, servir a las pulsiones de muerte porque Eros sirve para generar una tensión que debe ser

aliviada, y el placer se encuentra justamente en este alivio y en la calma que es producto de ello.

Sin embargo, fue a partir de la observación de la compulsión a la repetición, tendencia primordial inherente a lo Inconsciente, que Freud pensó en teorizar lo que denominó pulsión de muerte. Casi incontrolable, de difícil consentimiento por así decirlo, este acto de compeler, lleva al sujeto a colocarse moliendo-remoliendo, de manera repetitiva las situaciones dolorosas, réplicas de antiguas experiencias. No fue sin causa justificada que Freud reconoció un carácter demoníaco en la compulsión a la repetición, objeto que, según él, consiste en la evanescencia de los conjuntos y en la desaparición progresiva de las cosas. “Tienes la horrible manía de las repeticiones y podrías tentar incluso hasta a un santo” (Shakespeare, 1955, p.39-40; Freud, 1975b, p.23), dice el Falstaff shakesperiano al Príncipe de Gales.

Freud, aunque reconozca en la penumbra de la propia vida que su teoría pulsional había tenido poco eco entre los colegas psicoanalistas, hace un esfuerzo extremado al mostrar en circunstancias muy concluyentes hasta el fin, hasta la postrimera obra, el concepto, el punto de vista de la pulsión de muerte, que fue el resultado de una exigencia especulativa considerada como fundamental e inevitable, y también sugerida por la irreductible obstinación de los hechos preciosos, que hicieron nacer frente a sus ojos de médico vienes una importancia ampliativa tanto en la clínica como en la curación.

#### **1.4. OBJETIVOS**

El propósito de la presente tesis es buscar interpretar, apegándose a la letra, los tres conceptos que forman el hito fundamental de la línea divisoria de la teoría psicoanalítica, o sea: la Represión, Lo Siniestro y la Pulsión de Muerte. Nos dedicamos a iluminar los intersticios de cada concepción freudiana aquí propuesta. Los aspectos que más nos han interesado revisar han sido: 1) Tratar el tema de la represión como un concepto especulativo creado para comprender, de manera interpretativa, los hechos clínicos hacia el sufrimiento de la infortuna humana; 2) Mostrar que en el texto de Lo Siniestro (Lo

Ominoso) ya se anunciaba la complejidad del sujeto que tiende a repetir las situaciones dolorosas-penosas de su existencia, lo que ha sido denominado, por el psicoanálisis, como Compulsión de Repetición –ampliándose así el mencionado concepto de Siniestro con el principio de la pulsión de muerte; y 3) Mostrar finalmente que Freud, en el año 1920, va a proponer otra teoría del funcionamiento del aparato psíquico basada en una lógica que desemboca en el más-allá-del-principio-de-place: la pulsión de muerte, propiamente dicha.

Desde un primer momento, hemos de darle especial atención al hecho de que en tiempos remotos, en términos psicoanalíticos, se imponía la teoría de acuerdo con la cual el sujeto psíquico repetía acciones penosas debido al mecanismo represivo y de que la represión, mediante su mecanismo contraofensiva, puede dirigirse de manera particular al afecto para suprimirlo de la conciencia, sin que este afecto se pueda reencontrar en el sistema inconsciente. Asimismo, tenemos el objetivo de subrayar que antes del texto de lo siniestro, Freud sostenía una lógica en que el sujeto *repite porque reprime*, pero se dará un cambio radical en la segunda teoría del aparato psíquico, en que ese lema se invertirá y será el siguiente: *reprime porque repite*. Con ello también se modificará la terapéutica psicoanalítica freudiana. La predeterminación última que tenemos es la de aclarar el enmarañado que hace que los seres vivos tiendan a un estado sin vida: la pulsión de muerte que, según Freud, no puede estar ausente en ningún proceso de vida.

En síntesis, lo que se pretende lograr con la presente tesis es abordar, dentro de lo posible, los conceptos fundamentales que dirigen a toda lógica del aparato psíquico freudiano, de acuerdo con la cual los conceptos de represión, siniestro y pulsión de muerte ocupa un lugar de fundamental importancia debido a que es el hilo conductor para intentar comprender los tortuosos caminos de la psique humana.

## **1.5. METODOLOGÍA Y FUENTES**

Desde el comienzo hemos buscado situar el concepto de represión en todos sus aspectos, en todas sus etapas, proponiendo cuestiones y formulando puntos que fueron sondando hasta lo más profundo de ese vocablo que muestra la particularidad del acto de

hacer retroceder o rechazar a alguien o alguna cosa. Hemos intentado leer en las entrelíneas, y admitir en un particular sentido, que la mencionada Represión es la exclusión –del campo de la conciencia- de ciertas ideas, sentimientos y deseos que el individuo no quiere admitir, pero que, sin embargo, continúan formando parte de la vida psíquica, y a menudo provocan graves disturbios. También hemos intentado analizar, con la mayor amplitud argumentativa posible, el hecho de que siendo parte integrante de lo inconsciente, la represión se ejerce sobre excitaciones internas, primitivamente pulsionales, cuya extensión de tiempo haría pender la balanza en dirección a un excesivo placer. Incluso interpretaremos y describiremos a grandes rasgos sus etapas, tarea fundamental, respetando el desarrollo de la noción de represión en la obra freudiana. En el tercer capítulo desarrollamos, de forma minuciosa, lo que está desconocido dentro de sí mismo, que llega a poner en desorden, a descomponer y perturbar la tranquilidad; nos referimos a la aparición de lo íntimo transformado en extraño. Tendrá una destacada preferencia el artículo freudiano sobre el análisis del cuento de E.T.A Hoffmann, en el que el padre del psicoanálisis le da una especial atención a dos fenómenos: lo Mismo y el Doble. Además de ello, también hemos dado un paso a más en el camino de las articulaciones, consignando el hecho, de acercamiento entre lo siniestro y la pulsión de muerte, porque ambos nos permiten remitirnos al horror, a la finitud y a la muerte. Por último, no dejaremos de especular sobre el motivo por el cual lo siniestro freudiano pone los cimientos de otra forma de mirar los pilares de la subjetividad atingentes a la, por así decirlo, condición de naturaleza desconocida. En el cuarto y último capítulo recorrimos con rigor el ramo ascendente de la pulsión propiamente dicha, la que llamamos Pulsión de Muerte, término que Freud hizo prevalecer para definir la carga energética hallada en el origen de la actividad motora del organismo y del funcionamiento psíquico inconsciente del hombre. Hemos ratificado, con todos los detalles posibles, que la pulsión de muerte no se manifiesta de manera aislada, sino que su labor se puede detectar, de modo particular, en las compulsiones a la repetición y que dicha pulsión persigue, como todas las demás, su propia extinción. Confirmamos también que Freud establecía sus razones ateniéndose a la teoría de la pulsión de muerte y basándose en la perspectiva del principio de constancia de Fetcher, y consignamos que la pulsión es uno de los conceptos que demarcan la frontera entre lo psíquico y lo somático.

La bibliografía freudiana (la obra completa) está compuesta por XXIV volúmenes. Sabemos bien que además hay escritos paralelos y posteriores a Freud en número ampliamente abundante. Se trata de biografías, monografías, artículos científicos e innumerables libros. Por lo tanto, para realizar el presente trabajo nos hemos dedicado a consultar las fuentes directas, o sea, hemos recurrido a las Obras Completas que en el caso de la versión castellana, ha sido la traducción realizada por José L. Etcheverry, quien tradujo directamente del original en alemán, obra que fue publicada por la editorial Amorrortu. La obra completa de Freud fue compilada por James Strachey (con sus comentarios y notas), en colaboración con Anna Freud (Freud, 1995a).

De modo general, en gran parte de nuestra bibliografía utilizamos como referencia las traducciones al castellano, aunque la versión original haya sido redactada en otra lengua. Esto no implica que se deje de cotejar con su versión original, cuando se considere pertinente, tanto para los textos de Freud como para los textos consultados en otros idiomas.

Para acompañar esta construcción hicimos un recorrido bibliográfico minucioso por los textos publicados en las principales revistas de psicoanálisis. Destacamos la *Revue Française de Psychanalyse*, *Monographies de la Revue Française de Psychanalyse*; *Nouvelle Revue de Psychanalyse*; *Revista de Psicoanálisis de Madrid* – APM (Asociación Psicoanalítica de Madrid); *Revista de Psicoanálisis* - APA (Asociación Psicoanalítica Argentina); *Revista de Psicoanálisis* - APdeBA (Associação Psicanalítica da Bahia–Brasil); *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*; *Revista del Instituto del Campo Freudiano*, *Int. Rev. Psycho-Anal.*

Estos artículos contienen los datos para la construcción del método y para analizar lo que constituyen los ejes de nuestra investigación. Hemos investigado en detalle estos artículos, considerando en especial aquellos que se refieren a la represión, lo siniestro y la pulsión de muerte. También dedicamos especial atención a delimitar el lugar que ejercieron en la construcción de la propuesta de pensar lo siniestro como un texto articulador que anuncia la pulsión de muerte mediante el retorno de lo reprimido y, consecuentemente, la compulsión de repetición, sustrato de la pulsión de muerte. Además

del análisis de los textos de Freud, hemos recurrido a otros autores que con sus estudios críticos nos han permitido corroborar, cuestionar o agregar elementos a nuestra lectura.

La revisión de la literatura psicoanalítica fue parcial. Tomamos como criterio el estudiar los textos que influyeron en los temas que están vinculados a nuestra propuesta y por consiguiente, vinculadas a los cimientos freudianos. Consideramos que una revisión exhaustiva no implica necesariamente el estudio riguroso de los conceptos y su articulación, sino más bien el agotamiento del lector y la dificultad para seguir dichas articulaciones.

Hemos investigado en lugares tales como las bibliotecas de la *Universidad Autónoma de Madrid*, de la *Universidad Complutense de Madrid*, de la *Université Paris VII y Paris VIII*, de la *Cité Universitaire* y la *Bibliothèque du Champ Freudienne* en París. El material ha sido recogido in-loco, bajo la precisa orientación del profesor Jacques André, director del *Centro de Psicoanálisis y Psicopatología* de la *l'Université Paris VII Denis Diderot*. Hemos sido orientados también por la profesora Julia Kristeva que es la directora da *Ecole Doctorale: Langues, Littératures et Civilisations, Université ParisVII*. El resto de las fuentes revisadas están incluidas en la bibliografía.

## ***II. LO CONCEPTO DE LA REPRESIÓN: PILAR FUNDAMENTAL EN LA PRIMEIRA TÓPICA FREUDIANA***

### **2.1 DIRECTRICES DE EXPOSICIONES CRONOLÓGICAS: ALGUNAS APRECIACIONES HISTÓRICAS SOBRE EL ESTUDIO DE LA REPRESIÓN EN FREUD**

En el presente capítulo abordaremos la cuestión de que el psicoanálisis nace en terrenos escasamente transitados, en los que la neurología sucumbe ante el enigma del síntoma histérico. Al principio, Freud (un neurólogo de profundo conocimiento), insatisfecho con los postulados de la escuela alemana (XIX), se dirige en 1895-1896 a la escuela francesa del Hospital de Salpêtrière, donde nuevas concepciones sobre la histeria dan relevancia a la dimensión psicológica en detrimento de lo fisiológico. El foco de atención se desaloja del cuerpo orgánico y se instala en un cuerpo emocional que refleja el sufrimiento de un mundo interno, oscuro, denominado por su compañero de estudios, el Dr. Breuer, de teatro privado (Freud, 1996a, p. 65). Frente a tamaño desafío, el tratamiento utilizado será hipnótico y, posteriormente, hipnótico-catártico. Estos procedimientos fueron insuficientes porque la resistencia y el mecanismo de defensa perduraron en tal proceso. Nos encontramos en el año 1893, cuando Freud y Breuer publican los “Estudios sobre la histeria”, en los que, a partir de la clínica neurológica, se levanta la cuestión de la etiología psíquica, lo que ocurre en el caso de la paciente Anna O, quien sufre de reminiscencias, recuerdos de orden traumático (Freud, 1996a, p.33). En estos estudios mencionados, ambos harán una minuciosa descripción y dirán, en síntesis, que la histeria se constituye mediante la represión de una idea intolerable, como modo de defensa. En ese recorrido, la preocupación freudiana consistía en ubicar, de manera insistente, al factor traumático, pensando que inicialmente era oriundo de factores externos, de experiencias de seducción sexual vividas por las pacientes. Se suponía que el origen del mecanismo de represión de orden sexual tendría su núcleo en hechos reales traumáticos. De ese modo se le atribuía a la teoría de la seducción el receptáculo esencial de la represión. Sin embargo, durante el transcurso de los estudios, se descubrirá que lo esencial se debía al hecho de que los síntomas neuróticos no se hallaban vinculados directamente con los hechos reales, y que para la neurosis era más importante la realidad

psíquica que la material. De esa manera, se concebirá al trauma como algo constitutivo, como un cuerpo extraño, o sea que se trata de una extrañeza que perdura en el psiquismo de forma eficaz.

La psicología alemana del siglo XIX, apoyada en el modelo de J. Herbart, ejercerá influencia en Freud en lo relativo a la concepción de la represión para construir su futuro modelo de aparato psíquico. Se trata de un modelo que será articulado, inicialmente, de forma esquemática en la “Carta 52” (Freud, 1994, p.274) que Freud le envía a Fliess, al construir un modelo al construir un modelo teórico del aparato psíquico. Fue una ardua tarea para ajustar el boceto embrionario que articula, en el aparato psíquico, a la memoria y a la percepción. Esta última remite a una posición fronteriza, mientras que la memoria es propia de la esencia del aparato. En ese prototipo ya aparecen las indicaciones de la metamorfosis hecha por Freud al respecto de la concepción de las huellas mnémicas, correlacionadas al orden de inscripción. Podemos decir que estas escrituras, inconscientes en este momento teórico de la obra de Freud, no le habían permitido elucidar todavía a qué recuerdos irrealizables estarían vinculadas. El material psíquico provocaría una turbulencia en el pensamiento y su trabajo de traducción accionaría elementos anteriores, inmemoriales. Sin embargo, son contenidos intraducibles debido a su naturaleza displacentera. En su correspondencia (Freud, 1994, p.274-280), Freud los asocia (a título de metáfora) a los antiguos foros arcaicos, que cumplen la función de detentar un principio importante para la legislación vigente; tales elementos psíquicos permitirán que el aparato continúe reescribiéndose. Así se inicia la concepción del aparato psíquico como fundamentado en evitar el displacer.

Posteriormente, nos remitiremos al texto de la Teoría de los Sueños [1900] (Freud, 1996c, p.613-670), que es el momento teórico en que el aparato psíquico es ordenado, espacialmente, entre los sistemas correspondientes al Inconsciente, el Preconsciente y el Consciente. Sin embargo, lo fundamental será la diferenciación o la oposición entre el Ics. y el Pcs/Cs.<sup>2</sup> Freud resaltaré que el inconsciente se rige por el principio de placer y por los

---

<sup>2</sup> Utilizaremos: Ics = Inconsciente; Pcs = Preconsciente; Cs = Consciente. O, igualmente válido, en la terminología utilizada en la traducción Amorrotu de las obras completas de Freud: Inc = Inconsciente; Pcc = Preconsciente; Cc = Consciente.

procesos primarios; es la sede de las pulsiones, de los deseos y los recuerdos reprimidos que necesitan emerger de la barrera de la represión con sus altas cantidades de censura.

Haremos un recorrido minucioso al respecto del concepto de represión, procediendo a la lectura del artículo “La represión” [1915] (Freud, 1975b), un estudio de gran relevancia sobre los estatutos metapsicológicos. Empezaremos ese apartado desarrollando las primeras consideraciones sobre la represión en esa etapa de compleja elaboración. La finalidad será proporcionar una buena fundamentación teórica de la represión, teniendo como objetivo aclarar, mediante ejemplos, los fundamentos del aparato psíquico. Durante ese trayecto, discutiremos el concepto de represión primaria y secundaria, siendo cuestiones teóricas importantes que se encuentran en estrecho vínculo con los destinos de la pulsión, y su relación con la represión. Posteriormente, nos dedicaremos a tratar los temas de los representantes representativos de la pulsión (metodología). Destacaremos especialmente el principio del retorno de lo reprimido, revelando el carácter indestructible de lo inconsciente y abriendo el camino para el contenido de lo que trabajaremos en el tercer capítulo, Lo siniestro, texto que ya anuncia la compulsión a la repetición, mediante el retorno de lo reprimido. Le dedicaremos un apartado especial al retorno de lo reprimido cuya finalidad es elucidar que la primera teoría psíquica está pautada en una lógica según la cual repetimos los síntomas neuróticos debido a la represión.

Utilizaremos el concepto de fantasías, especialmente inconscientes, para justificar la lógica que tiene la primera teoría del aparato psíquico (Freud, 1996c, p.488-489). Abordaremos la cuestión de las fantasías conscientes como breves historias personales que atenúan la angustia y recompensan al sujeto porque se convirtió en un sujeto social. Vamos a analizar las fantasías originarias (Laplanche y Pontalis, 1996) como un ropaje que se repite (por tratarse de narrativas de complejas configuraciones de la psiquis) con las que el niño se va deparando en el transcurso de su desarrollo psicosexual. Son como grandes enigmas que se transforman en preguntas acerca del origen (la fantasía de la escena primitiva), la muerte (el trauma del nacimiento, la amenaza de aniquilamiento del Yo, que pueden estar vinculadas también a la fantasía de castración) y la sexualidad (fantasía de seducción). Por último, trataremos el tema de las fantasías inconscientes, que

ocupan un papel destacado en la primera teoría del aparato psíquico. Son la expresión del retorno de lo reprimido por presentar la génesis de los diversos síntomas. Estas fantasías inconscientes muestran cómo el sujeto psíquico encuentra las vías de satisfacción de los componentes libidinales reprimidos. Estas son las principales representantes del retorno de lo reprimido, concepto que ocupará un lugar destacado en el tercer capítulo, cuando tratemos el tema de lo siniestro.

### 2.1.1. Freud, gran neurólogo: principales influencias

Los escritos de Freud sobre la represión no se encuentran sistematizados de manera teórica. Tienen la característica de constituir una serie de notas teóricas de un investigador que, poco a poco, va entrando en un difícil terreno, de naturaleza umbría. El creador del psicoanálisis desarrolla un objeto de estudio y establece caminos innovadores. Los frutos que ha obtenido son innumerables. Sin embargo, Freud, después de modificar sus postulados no tenía el hábito de volver atrás con la intención de corregirlos. Esta particularidad enunciada es la que dificulta la lectura freudiana, especialmente si consideramos que la teoría de la represión fue reformulada *ad nauseam*.

A pesar de todo, esta hipótesis encuentra su propio cauce en un determinado contexto, tanto por la ausencia de sistematización como por la propia falta de materialidad. Al dedicarnos a esa idea de conjunto, pretendemos comprender *in totum* la teoría de la represión. Este tema en cuestión está presente desde el comienzo de la etapa denominada como preanalítica, en la que nos encontramos a un Freud que todavía está bajo la influencia del determinismo neurológico, área que será destronada poco a poco por el propio pensador del psicoanálisis. Freud era un reconocido neurólogo, que poseía un profundo conocimiento anátomo-patológico sedimentado en las doctrinas psicofisiológicas de la escuela alemana. Era un investigador cuya singularidad se demostraba mediante el recorrido que realizaba. Bercherie (1988) ya había subrayado las preocupaciones freudianas semiológicas, de discusiones clínicas, de innovaciones nosológicas, y mostró que había transitado rápidamente entre la neurología y la psiquiatría, más precisamente en la clínica del listero-hipnotismo.

A fines del siglo XIX, el médico francés Charcot<sup>3</sup> se encuentra en la cumbre de la fama. El postulado que defendía sobre la histeria le despierta un profundo interés a Freud, quien en el año 1886 se dirige a Francia y entra en contacto con la escuela francesa de Salpêtrière, deparándose con una forma nueva de comprender la histeria, la que deja de lado los aspectos puramente fisiológicos y por eso provoca la sensación de extrañeza a quien proviene de la escuela alemana. Este foco nuevo, incita el anhelo freudiano de comprender la naturaleza de la histeria. Por ser un profundo conocedor de la neuroanatomía, no logra encontrarle un sentido a ese tipo de manifestación. Es dable destacar que fue gracias a ese profundo conocimiento de la neurofisiología que Freud se sintió estimulado a dedicarse con mucha más asiduidad a los estudios de una patología en que todavía estaban por ser desveladas las causas que la provocaban, y por eso comentó que la histeria se comporta en la parálisis y otras manifestaciones como si la anatomía no existiera (Freud, 1994, p.206). Menciona que era una anatomía que no lograba contestar a las inquietantes cuestiones que provocaba el síntoma histérico. Por lo tanto, se puede decir que el psicoanálisis nace en tierras escasamente transitadas, en las que la neurología sucumbe ante el enigma del síntoma histérico.

El rigor y la forma detallada con que la escuela francesa trata los fenómenos histéricos ganan el respeto y la admiración de Freud. Al volver de Salpêtrière, en el año 1886, anuncia, de acuerdo a lo que comenta Bercherie, que muchas de sus reflexiones sobre los *Arquive de neurologie*, proceden de un vivo intercambio de opiniones con el profesor Charcot, lo que provocó que surgiera el estudio titulado “Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas”. Antes del periodo catártico, de 1893, encontramos escritos freudianos sobre la histeria, en 1886. Un ejemplo de ello es “Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico” (Freud, 1994, p.206). En el año 1888, escribe un artículo para la Enciclopedia Villaret al respecto de las características de la histeria. Bercherie comenta que Freud tenía como molde conceptual la noción de una estabilidad de las masas de energía almacenadas

---

<sup>3</sup> El tema sobre la clínica de la histeria ya interesaba al Dr. Charcot anteriormente [1884-85], pues éste había analizado la correlación entre la parálisis histérica y los traumatismos emocionales. El componente traumático será analizado exhaustiva y posteriormente por Breuer y Freud. En sus estudios ulteriores, el intento de localizar el hecho traumático estará presente en la obra de Freud en distintos momentos y con diferentes connotaciones. En el círculo de Charcot, según Bercherie “se abrió el campo clínico de los fenómenos inconscientes”. Ver: Bercherie, 1988, p.12.

en el sistema nervioso. Estos son los modelos físico-químicos usados para elucidar a los fenómenos biológicos, apoyados en los conceptos de Fechner y en el grupo de Helmholtz, de donde Freud extrae el principio de perseverancia que será denominado posteriormente de placer-displacer, convirtiéndose en un importante principio de su teoría. En los casos clínicos que anteceden al periodo de 1892 a 1893, encontramos a un Freud que va depurando las investigaciones al respecto de la histeria. Es en ese periodo, más precisamente en el año 1893, que publica, junto con Breuer, los “Estudios sobre la histeria” [1893-95] (Freud, 1994), una obra que todavía está muy presente la influencia de los postulados charcotianos, además de algunas concepciones teóricas de Janet<sup>4</sup>.

### 2.1.2. Caso clínico de Ana O.: el concepto de represión inspirado en la amnesia histérica

El estudio de la etiología psíquica nace en la clínica neurológica mediante los casos de histeria, tales como el que fue descrito en los “Estudios sobre la histeria” [1893-95], del Dr. Breuer refiriéndose a la paciente Anna O., quien fue acometida de síntomas corporales que los neurólogos de aquella época no conseguían curar. Es en ese periodo que la medicina usa la hidroterapia, electroterapia, los masajes y la famosa cura de reposo de Weir Mitchell (Freud, 1994, p.5). La joven Anna presentaba una sintomatología con una intensa repercusión corporal. Breuer la observa y se percata de que, a lo largo del tratamiento, la paciente pronunciaba una especie de murmullo, especialmente cuando estaba ausente del recinto en que se encontraba su padre enfermo. Estos murmullos parecían estar relacionados con otro tipo de preocupaciones, o sea, de otra naturaleza, lo que Breuer llamó de preocupaciones íntimas. Ahora entramos en el terreno interno de la paciente. El foco preocupante se desaloja del cuerpo orgánico y se instala en un cuerpo emocional, reflejando una dimensión distinta. Empieza una nueva propuesta que permite investigar ese íntimo mundo. Anna habla a solas, murmurando acerca de lo que la inquieta,

---

<sup>4</sup> El Dr. Janet (1886-89) interesado en el tema de la histeria, concluyó que su sintomatología estaba en estrecha vinculación con recuerdos olvidados ligados a emociones abruptas. Esto permite vislumbrar la originalidad de Freud, dado que sostiene que el “síntoma y en consecuencia la catarsis, bastan para orientarlo en una dirección en la que va a encontrar el primer objeto verdaderamente propio: la represión”. Ver: Bercherie, 1988, p.296.

recurso que Freud denomina como *Talking Cure* (Freud, 1996a, p.64), la curación por el habla.

Breuer tiene la idea de tratar el mundo íntimo de la paciente Anna O. mediante la técnica hipnótica. Al usarla, descubre que la paciente, cuando está en estado hipnótico, recuerda algo y que este contenido se acompaña concomitantemente por un sentimiento, o sea, que el afecto vinculado al recuerdo hablado promueve una mejora del síntoma. Breuer relata que Anna O. muestra, entre sus síntomas histéricos, la negativa a beber agua. Bajo el estado hipnótico, ella recuerda el hecho por el cual ahora no bebe agua. Al exteriorizar el hecho traumático, junto con el afecto, la paciente pide un poco de agua en la propia sesión de hipnosis, ingiere una gran cantidad de líquido y se despierta cuando todavía estaba con el vaso en los labios. Breuer afirma que el síntoma específico de la paciente desapareció cuando se lo vinculó al afecto con el que estaba asociado. El Dr. Breuer evidentemente encontró grandes obstáculos y la aparente solución sucumbió ante la insistencia del síntoma histérico, pero esa fue la primera vez en que hubo una mejora del síntoma y de ese modo se pudo vislumbrar la importancia del afecto que está vinculado al trauma.

Es así como podemos afirmar que esta vinculación pudo ayudar a comprender el padecimiento, el mundo interno, que poco a poco se manifiesta ante la atenta mirada de los investigadores. Pudieron ver que el cuerpo canaliza un dolor que está en otra instancia y que aunque se hace presente en una determinada visibilidad corporal, tiene la etiología en otros campos mucho más oscuros. De esa manera, Freud encuentra en la sintomatología del cuerpo un camino para desvelar la complejidad del sufrimiento<sup>5</sup> psíquico. Podemos decir que el psicoanálisis nace marcado por el desafío de entender la persistencia del síntoma. El estado del cuerpo físico está presente con toda su carga. Breuer insiste en lo que denominó “teatro privado”, un teatro catártico que precisa expurgar la incansable sintomatización (Freud, 1996<sup>a</sup>, p. 65). Al apoyarse en este principio de expurgación del sufrimiento, Freud comprenderá unos años después que el aparato psíquico está marcado por el principio de una especie de repetición del dolor también psíquico.

---

<sup>5</sup> El cuerpo será el referencial ya en los primeros textos. Su importancia será posteriormente desvelar que el paciente enfermó no por haber perdido solamente el sentido de la vida, sino que por enfermar en zonas erógenas (punto crucial tratado posteriormente por Freud en su teoría del desarrollo psicosexual) experimenta un sufrimiento concreto, un cuerpo portador de la angustia.

Se trata de un dolor que será comprendido, en un principio, mediante el concepto de represión, que está presente desde los primeros escritos clínicos sobre las histerias. Encontramos la palabra “*Verdrängung*”, represión, precisamente en el segundo capítulo, denominado “Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar” (Freud, 1994, p.36).

El contexto en el que fue denominado, por primera vez, el vocablo represión<sup>6</sup> se refiere a los elementos de naturaleza penosa que “el enfermo quería olvidar y por eso, adrede los reprimió {desalojó} de su pensar consciente, los inhibió y sofocó” (Freud, 1994, p.36). Es en esa época en que el concepto de represión, inspirado en la clínica histérica, presentaba como fenómeno fundamental la resistencia, y detrás de esta había un mecanismo de defensa<sup>7</sup>. Es así que durante un buen tiempo, en esa primera etapa, el mecanismo de represión fue entendido como un proceso de defensa, usado muchas veces de forma indistinta.

Freud utilizará la práctica de la hipnosis como un método de tratamiento para la histeria, cuyo objetivo era producir, mediante el uso de sugestión ejercida sobre el paciente durante el trance hipnótico, la extinción de la presión que era responsable por los síntomas. Él pasa a utilizar de manera sistemática el método hipnótico, al que le añade características del método catártico breueriano. La práctica del tratamiento catártico se debe al componente afectivo que es pertinente a las emociones provocadas por una jerarquía temporal. La peculiaridad estriba en que hubo traumas antiguos que fueron capaces de permanecer y también de reaparecer por medio de otros traumas recientes.

---

<sup>6</sup> Freud cita el término “represión” conjuntamente con Breuer. A lo largo de esta misma obra, “Estudios sobre la histeria” (1893-95), se refiere en distintas ocasiones a la represión, pero es en 1894 cuando Freud escribe, ya en solitario, de manera significativa sobre la represión, el artículo “Las neurosis de defensa”. Ver: Freud, 1996a.

<sup>7</sup> Vale la pena destacar que Freud no citó expresamente el mecanismo de defensa en el texto “Comunicación Preliminar” (1893-95). Aparecerá realmente en el texto de 1894 sobre “Las neuropsicosis de defensa” en Freud, 1996a.

### 2.1.3. Tratamiento hipnótico catártico: dificultades y abandono del tratamiento

Durante el tratamiento hipnótico catártico, el objetivo consistía en promover la aparición del afecto que estaba ligado al trauma. Esa presentificación designa a una descarga del afecto asociado al recuerdo de un trauma mediante el uso de la palabra. Es así como el método de curación para los síntomas histéricos se daba mediante la catarsis. Freud pensaba que la elaboración que haría el paciente, frente a las resistencias de las asociaciones, sería el punto crucial para curarlo. La intención era, entonces, evocar la catarsis, y el recuerdo intentaba rellenar las lagunas de la memoria<sup>8</sup>, haciendo que el paciente pudiera encontrar el hecho traumático, y consecuentemente liberara la carga afectiva patogénica (Freud, 1996a). Sin embargo, durante el desarrollo del tratamiento, Freud se encontró con otro obstáculo: la amnesia<sup>9</sup> característica del paciente histérico. Esta denunciaba la parcialidad e incompletud que el paciente histérico traía en permanente oscuridad. Freud comprobó que sacar a la superficie el material patogénico no era una labor muy sencilla, y llegó a verificar, de a poco, la complejidad del aparato psíquico.

Freud no tardó en constatar la existencia de obstáculos presentes en la técnica de la sugestión hipnótica catártica, pues dicha técnica no permitía avanzar en los tratamientos. Los impedimentos iban desde un reducido alcance como técnica, debido a las características directivas y coercitivas, hasta el hecho de que el paciente, bajo los efectos hipnóticos, no podía enfrentarse conscientemente con el fenómeno. De manera efectiva, la protección continuaba persistiendo bajo el estado hipnótico. Freud descubrió una defensa eficiente que sobrepasaba la barrera imaginaria sobre la que el paciente se encontraba sometido durante los efectos del estado hipnótico. Fue así como Freud abandonó de modo progresivo esta práctica que poco a poco fue perdiendo su sentido utilitario.

---

<sup>8</sup>A título de curiosidad, según comenta el psicoanalista García Rosa "esa práctica era una de las versiones modernas de la teoría platónica de la reminiscencia, según la cual somos portadores de una verdad olvidada", aunque esta rememoración (*Erinnern*) en Freud no debe ser asociada a la reminiscencia platónica".

<sup>9</sup>Inicialmente, la represión es entendida como sinónimo de defensa. Sin embargo, en el desarrollo de los estudios de los casos clínicos de los histéricos, algunos investigadores del psicoanálisis afirman que antes de que la represión fuese entendida como defensa, su significado más antiguo estaba relacionado con el olvido amnésico de los histéricos. Ver: Madison, 2001.

El paulatino abandono de la práctica hipnótica fue responsable por la independencia de Freud junto a sus compañeros. Podemos decir que es justamente en ese momento cuando empieza el psicoanálisis propiamente dicho. Fue el propio Freud quien escribió en 1895 que jamás enfrentó personalmente una histeria hipnoide verdadera, y que sospechaba que las histerias hipnoides y de defensa tenían, en alguna parte, una raíz en común, como también que el principio primario es la propia defensa. Lo que deseamos apuntar con este caso es que el progreso del psicoanálisis se debe a una de las principales divergencias entre la teoría hipnoide de Breuer y el concepto freudiano de defensa<sup>10</sup>.

Sigmund Freud, tal como afirma Léon Chertok (Roudinesco y Plon, 1998, p.336), fue el único estudioso de su época que inventó un tratamiento que, al emancipar al enfermo de los últimos resquicios de un magnetismo transformado en hipnotismo y sugestión, proponía una filosofía de la libertad, basada en el reconocimiento de la existencia del inconsciente y de su vía regia: el sueño.

Freud enfrenta un arduo camino. La práctica que realiza se va canalizando desde el comienzo, tiene por objetivos generar medios por los que el paciente pueda recordar determinado hecho de la infancia que podría haber sido traumático. Sigmund Freud tiene que enfrentar la resistencia: los pacientes son incentivados a recordar, pero sus esfuerzos son en vano. El autor habla de la insistencia infructuosa, y le sugiere al paciente que se tumbe y cierre los ojos intencionadamente para concentrarse, lo que se asemejaba a la hipnosis. Estas experiencias demostraron el credo freudiano en el simple acto de esforzarse (*Dränger*), ofreciendo abruptamente las representaciones patogénicas (Freud, 1996a, p.275). Este acto mencionado, el de esforzarse, permite enfrentarse a una fuerza contraria, a una resistencia que bloquea el actuar consciente. Sin embargo, esta misma fuerza, la que impide el actuar consciente, sería también cooperativa en la génesis del síntoma histérico. Hasta el propio Freud se sorprende con su brillante idea.<sup>11</sup> La clínica se encargaba de

---

<sup>10</sup> El concepto de defensa en Freud tiene sus raíces e influencias más lejanas en Johann Friedrich Herbart (1776-1841), de formación filosófica e interesado en temas de pedagogía y psicología. Este publicó dos grandes obras de psicología en el período entre 1815 y 1825. Su objetivo era fundar una psicología como ciencia “sobre la base de la experiencia, la metafísica y la matemática”. Bercherie comenta que la psicología empirista alemana del siglo XIX tuvo como principal origen la obra de Herbart. Ver: Bercherie, 1988, p.160.

<sup>11</sup> Posteriormente Freud utilizará esa lógica en muchos aspectos de su teoría, y señalará el aspecto de la circulación de una energía que se mueve entre oposiciones.

respaldar su hipótesis: la resistencia estaba al servicio de un proceso de defensa frente a situaciones de naturaleza penosa que el paciente olvidaba.

#### 2.1.4. La defensa como barrera del Yo

Freud llega a la conclusión de que la defensa psíquica es la que impide que tales ideas puedan ser libremente recordadas por los pacientes. La defensa aparece, de esta manera, como una barrera del Yo del paciente ante la idea amenazante. El Yo actúa y obliga a la idea nociva a mantenerse fuera de la consciencia. Freud llama de conversión a este mecanismo que transforma la carga de afecto ligado a estas ideas en síntomas corporales. La resistencia fue entendida por Freud como una señal externa de la defensa, cuyo objetivo era conservar fuera de la consciencia a la idea que provoca peligro. La defensa se realiza mediante el Yo ante la representación o conjunto de representaciones que suscitan sentimientos inconvenientes, tales como la vergüenza y el dolor.

Si la idea del trauma está vinculada a excitaciones muy intensas, que son consecuencia tanto de origen exógeno como endógeno, entonces el concepto de defensa aparece para designar los mecanismos capaces de reducir o suprimir el efecto traumático. El agente que ejerce la defensa es el Yo, y los mecanismos involucrados en la acción defensiva son los mecanismos del Yo, o están vinculados a éste. A pesar de que el uso de la expresión “defensa” sea para designar una salvaguarda contra la excitación que proviene de una fuente interna, usada en sentido amplio, este término indica la acción del aparato psíquico contra cualquier excitación que sea demasiado intensa.

Laplanche (2000, p.102), nos recuerda que el concepto de defensa fue concebido por Freud a partir de un principio genérico, denotando la tendencia abarcadora en que las defensas están vinculadas a las condiciones fundamentales del mecanismo psíquico, y también a la ley de la perseverancia. Con el paso del tiempo, la teoría de la represión se relaciona más a la lógica del funcionamiento de la pulsión que a las excitaciones provenientes de fuentes exógenas. De ese modo, la defensa pasa a ser vista como un mecanismo que se ejerce de manera inconsciente. En este punto, defensa y represión se

confunden durante un determinado periodo. Laplanche subraya que sería equivocado considerar, especialmente apoyándose en el parecer ulterior de Freud, que el único modo de defensa hasta entonces conocido haya sido la represión. Mucho más apropiado sería asociarla al modo de defensa de la histeria.

#### 2.1.5. Encontrar el origen del contenido traumático

Podemos afirmar que hasta el año 1897 perdura la idea de que la etiología de las neurosis nos remite a antiguas experiencias traumáticas, y que su objetivo era retroceder cada vez más, con la finalidad de encontrar el origen del contenido traumático.

Freud enfrenta un terreno oscuro, en el que es tentado a comprender la lógica del sufrimiento del histérico, descubriendo que estos pacientes sufren de reminiscencias. Eso hace que el padre del psicoanálisis investigue los caminos cuya luminosidad absoluta es casi imposible. Para él, todo lo traumático opera como algo extraño que perdura en el psiquismo de manera eficaz, siendo ajeno para sí mismo. En el texto “Estudios sobre la histeria” (1893-95) encontramos la presencia de lo traumático y más adelante, la rememoración: “Debemos aseverar que el trauma psíquico, o bien su recuerdo, obra al modo de un cuerpo extraño (*das fremd*) que aún mucho tiempo después de su intrusión tiene que ser considerado como de eficacia presente...” (Freud, 1996a, p.32). Aquí Freud utiliza el término *das fremd*, que en alemán representa la idea de alteridad, de otro externo, forastero, diferente. El autor frecuentemente lo usa en el sentido connotativo de alienación. Lo traumático actúa como un extranjero que Freud anhela revelar.

Laplanche destaca que esta secuencia freudiana entre el cuerpo extraño interno y sus reminiscencias nos remite a un inconsciente entendido como un extraño entre nosotros, puesto por otro extranjero, lo que nos lleva directamente a cuestiones relativas a la relación del niño con el Otro adulto, en toda su ‘extranjería’ (Laplanche, 2000, p.122).

Es en esa época que Freud y Breuer sostienen que la clínica necesita entrar en el mundo de las representaciones imaginarias del paciente, lo que Breuer llamó de “teatro

privado de la mente”, con la finalidad de producir efectos catárticos al expresar las emociones y mediante la verbalización (Freud, 1975b, p.11-12). Sin embargo, la preocupación de Freud consistía en encontrar el hecho traumático, lo que realmente había sido vivido y que subyacía a los devaneos y a la producción de síntomas. En aquel momento, Freud le atribuyó a la realidad exterior la principal causa del origen de la neurosis, vale decir, que el trauma era provocado por un agente externo. Estamos en el momento de la teoría traumática<sup>12</sup>.

En su artículo “Contribuciones a la historia del movimiento psicoanalítico” (1914) (Freud, 1975b, p.1-64), Freud comenta que su objetivo en aquel primer momento del psicoanálisis era establecer exactamente el hecho traumático que había sucedido en la historia del sujeto. La búsqueda de esa experiencia en el análisis hace que se retrotraiga cada vez más desde la edad adulta hacia la infancia, y la eficacia de la curación consiste en que aparezcan y se elaboren psíquicamente esas experiencias vividas (Freud, 1975b, p.7-23).

Freud siguió sustentando que la histeria se constituye gracias a la represión de una idea intolerable, como modo de defensa. Para él, la representación reprimida permanecería bajo la forma de huellas mnémicas y se convertiría, por medio de la represión, en la causa de los síntomas de la histeria. Finalmente, llega a la conclusión de que todos los contenidos patogénicos desarrollan el papel de un cuerpo extraño, cuyo tratamiento no puede ser realizado por extirpación. Lo que debería buscarse sería la cesación de la resistencia para que permitiera la libre circulación de la idea reprimida (Freud, 1975b, p.21-23).

De modo que en los “Estudios sobre la histeria” (1893-95) se puede ver la existencia de un cuerpo extraño que es inextirpable. Freud intenta, de manera infructuosa, exterminarlo, y para ello utiliza los preceptos anatómicos vigentes en la época. Sin embargo, es evidente que eso fue imposible porque la causa del sufrimiento es inmaterial, se encuentra en un gran tejido, complejo, que forma al aparato psíquico (Freud, 1975b, p.15).

---

<sup>12</sup> A título de curiosidad, el término trauma tiene su origen en la palabra griega que significa “herida”, “perforación”. Es un término que designa una herida por efracción, por violencia.

Sigmund Freud tiene el objetivo de localizar lo que atormenta al paciente, insistiendo en los estudios sobre los síntomas. Por estar preocupado en ubicar los hechos traumáticos, pudo observar que los relatos giraban constantemente alrededor de las experiencias de seducción sexual vividas por los pacientes. En estos relatos siempre había un agente externo que seducía y frente al cual el paciente siempre reaccionaba de manera pasiva a gestos, palabras, atentados sexuales o incluso a insinuaciones. Por lo tanto, Freud suponía que el origen del mecanismo de la represión sexual tendría como núcleo los hechos reales traumáticos (Freud, 1975b, p.15-16). En este período enunciado (1893-96), Freud todavía creía en la teoría de la seducción de acuerdo con la que habría un primer momento en la infancia en el que el niño habría sufrido un atentado sexual cometido por un adulto. En un segundo momento, ya en la pubertad, un hecho aparentemente inofensivo activaría retroactivamente el recuerdo del primer hecho sufrido, provocando así una excitación sexual. Es importante destacar que ya en la primera teoría, la sexualidad implica siempre una relación del sujeto con otro. También es dable notar que, en ese contexto, a menudo el carácter traumático de las primeras experiencias resalta el hecho de que tengan un poco de un encuentro mal sucedido, precoz o tardío, como si la sexualidad se presentara al principio como un cuerpo extraño en relación al conjunto de la vida sexual.

En 1897, Freud abandona su posición sobre la teoría de la seducción. En un franco desahogo que le hace a Fliess manifiesta:

*(...) Debo confiarte ya mismo el gran secreto que se fue revelando poco a poco en el curso de los últimos meses. He dejado de creer en mi neurótica (...). Ha descubierto que las escenas de seducción relatadas por las pacientes, en muchos de los casos, no son verídicas, a no ser “el producto de reconstrucciones fantasmáticas (...) que es correlativo con el develamiento progresivo de la sexualidad infantil (Laplanche, 2002, p.395).*

Este descubrimiento hizo que Freud perdiera el estímulo para encontrar el tan esperado origen del trauma, aquello que permitiría localizarlo. Sin embargo, el estatuto del traumatismo reposa en el hecho de que el sujeto se ve atravesado por una condición patológica de su sexualidad. De este modo, podríamos decir que lo traumático es lo sexual.

Debido a que su antigua posición al respecto del trauma no se sustenta más, Freud pasa por un momento de desánimo y de amargura al darse cuenta de que había tomado por realidades históricas lo que realmente se trataba de fantasías de seducción de los pacientes histéricos. Freud se ve forzado a reconocer que esas escenas de seducción realmente nunca habían sucedido, y que se trataban solamente de fantasías imaginadas por sus pacientes, a quienes es posible que el propio Freud les hubiera sugerido inconscientemente ese contenido en sus investigaciones.

De todos modos, lo esencial de este descubrimiento se debe al hecho de abrir una puerta en el sentido de que los síntomas neuróticos no se encontraban relacionados directamente con los hechos reales, sino que a menudo lo eran con las fantasías, y también mostró que para la neurosis era más importante la realidad psíquica que la material. El tema de las fantasías es de extrema importancia para comprender la concepción del aparato psíquico, especialmente en la primera etapa, tanto para revelarnos el mundo subterráneo fantasmático denunciado en un primer momento por los pacientes, como por convertirse posteriormente en argumentos acerca del material inconsciente. No tenemos la intención de entrar en este preciso momento en este tema, aunque más adelante vamos a explicar mejor su importancia.

Posteriormente, Freud hace hincapié en el desarrollo de su teoría (1915) sobre la relevancia de las estructuras fantasmáticas inconscientes, las que constituyen el punto esencial de las escenas narradas, como un proceso peculiar en el desarrollo de la sexualidad infantil. Freud expone la dificultad que reside en diferenciar lo real de lo fantástico en la psiquis, ya “el reino de la fantasía tiene por premisa de validez que su contenido se sustraiga del examen de realidad” (Freud, 1995c, p.248).

En su artículo titulado “Sobre los recuerdos encubridores” (Freud, 1996b), del año 1899, afirma que poco importa la veracidad del recuerdo, ya que lo esencial es que ese recuerdo -y no otro que haya sido evocado o creado- se debe al hecho de que, por un lado, sirve para representar a la fantasía, y por otro, tiene la condición de significativa para producir ligazones.

Es por todo ello que Freud abandona la teoría traumática de la seducción. Lo fundamental de este cambio de rumbo freudiano es haber descubierto que la fantasía puede convertirse en argumento, y que se la debe trabajar, en términos analíticos, en su desdoblamiento y en el movimiento de construcción (Freud, 1996a).

Freud da un salto cualitativo cuando comprende que el mundo de la fantasía es abordado esencialmente en un plano imaginario, ubicándose en la realidad psíquica del sujeto, en el que el hecho narrado en el análisis, haya sucedido o no, será de vital importancia. La fantasía estructura un mundo interior que carece de objeto porque tiende a satisfacerse al evocar al objeto en un nivel alucinatorio. Con esto, Freud avanza en su teoría de las neurosis y descubre que la realidad psíquica está compuesta de escenas traumáticas que, en muchos casos, no han ocurrido efectivamente, pero que tienen un papel fundamental debido a su efecto de realidad. La fantasía de seducción no se refiere necesariamente a un hecho real, que se haya dado verdaderamente en la vida del individuo, pues su valor reside en el hecho de representar datos de la organización estructural apoyados en una dimensión mítica (Freud, 1995c, p.226-227).

Al abandonar la existencia de la seducción traumática externa, Freud modifica radicalmente, de acuerdo con Laplanche (2000, p.29-30), la forma de exponer la neurosis. El creador del psicoanálisis dejará de considerar a la neurosis como algo externo y empezará a vislumbrarla como una obra de dentro. Veamos lo que él mismo nos explica:

*Si los histéricos reconducen sus síntomas a traumas inventados, he ahí precisamente el hecho nuevo, a saber, que ellos fantasean esas escenas, y la realidad psíquica pide ser apreciada junto a la realidad práctica. Pronto siguió la intelección de que esas fantasías estaban destinadas a encubrir, a embellecer y a promover a una etapa más elevada el ejercicio autoerótico de los primeros años de la infancia. Así, tras esas fantasías, salió al primer plano la vida sexual del niño en todo su alcance (Freud, 1975b, p.17).*

Desde 1905, en los “Tres ensayos sobre la Teoría de la Sexualidad”, afirma Roudinesco y Plon (1998, p.224), la fantasía fue descrita como dependiente de las tres localizaciones de la actividad psíquica, a saber: el consciente, el preconscious y el

inconsciente, independiente de la estructura psicopatológica que fuere considerada.

El devaneo nocturno, del que tenemos experiencia, es un típico ejemplo de las fantasías conscientes o preconscientes. Por lo general está, explícitamente, al servicio de un deseo y busca en la imaginación las satisfacciones eróticas, agresivas, de amor propio, de ambición, etc. Tal como afirma Roudinesco y Plon (1998), no es raro que el individuo reinterprete a su favor una escena penosa o humillante. En todos estos casos, se hace patente la dimensión narcisista del proceso. La clave es una realidad psíquica por la cual se puede comprender el mundo imaginario de las fantasías.

#### 2.1.6. Influencia de Johann Friedrich Herbart en la concepción freudiana de la represión: los primeros modelos de construcción del aparato psíquico

Haremos un breve recorrido por los postulados del filósofo y psicólogo alemán J. F. Herbart (1776-1841), quien tuvo una determinante influencia en la nueva forma de concebir el dinamismo del aparato psíquico, de acuerdo con los postulados freudianos. El tema de la represión también fue tratado por Herbart, quien vincula el tema a la presencia de los procesos anímicos que tienen relativamente poco acceso a la conciencia. El contacto que Freud tuvo con la teoría de Herbart, tal como lo comenta Ernest Jones (1979, p.409-410), fue anterior a su concepción del aparato psíquico.

Estos contactos se dieron en dos momentos muy distintos. Primero, en la escuela secundaria, en la que se seguían los postulados educativos herbartianos. Posteriormente, fue por medio del profesor Meynert; en este momento encontramos a un Freud ya maduro. Sin embargo, durante este periodo, el creador del psicoanálisis no utiliza esas hipótesis en sus investigaciones psicopatológicas. En verdad, nunca mencionó a Herbart a lo largo de toda su obra. La única referencia que encontramos, realmente la hace Strachey, en sus comentarios y notas a pie de página (Freud, 1975b, p. 138). Esta referencia fue hecha por Ernest Jones (1979), cuando escribió la biografía de Freud, y aparece cuando se refiere a la génesis histórica de la teoría del psiquismo.

Por lo tanto, podemos afirmar que la concepción freudiana de la represión tiene sus bases en un modelo que se apoya en la tradición de la psicología alemana, que se remonta al siglo XIX, del cual Herbart es un destacado representante.

Ernest Jones (2006) retrata de manera interesante las fuentes del cuales bebió Freud y ella analiza, detalladamente, el trayecto histórico realizado por el joven Freud, durante su último año del Liceo, en el que se utilizaban los manuales de Adolf Lindner (1858), quien era un discípulo de Herbart (Jones, 2006, p.692-693). El manual con que Freud estudiaba suponía la marca de esta corriente filosófica herbartiana, que postulaba que “la psicología construye el espíritu con representaciones, como la fisiología construye el cuerpo con fibras” (Assoun, 1982, p.134). Vale la pena subrayar que la pedagogía herbartiana influyó de una forma notable en la organización de la escuela alemana, especialmente en el nivel secundario, hasta la Primera Guerra Mundial. Otra importante influencia<sup>13</sup> que Jones menciona es el vínculo entre Freud y Meynert, su más allegado profesor de psiquiatría. Cuando Freud empieza su práctica científica con Meynert, encuentra en éste la misma inspiración herbartiana, principalmente porque la teoría de Meynert al respecto de las proyecciones se basaba literalmente en los principios herbartianos.

Freud se depara con la teoría de Herbart, cuyos contenidos no se restringen a una psicología de las facultades, sino justamente lo contrario, pues la psiquis es investigada desde una dimensión metafísica y es vinculada a la teoría del conocimiento. Herbart trabaja en una vía de reflexión que, partiendo de Leibniz llega a Freud, y lo hace pasando por Kant, cuyas obras más importantes fueron publicadas en la primera década del siglo XIX. El autor entendía a la representación (*Vorstellung*) como un elemento constitutivo y fundamental de la vida anímica. Al igual que Leibniz, Herbart entendía a la representación como una mónada dotada de una fuerza activa que insiste en autoconservarse. A pesar de eso, no todas las mónadas tienen fuerzas iguales, ni todas buscan autoconservarse cuando son confrontadas con las demás representaciones. En este enfrentamiento (el de las *Vorstellungen* por la autoconservación) “algo puede ser reprimido o inhibido por otro, haciendo que la representación reprimida permanezca inconsciente, vale decir, permaneciendo más adelante del umbral de la consciencia” (García-Roza, 1995, p.166).

---

<sup>13</sup> A propósito de esa influencia masiva del herbartismo, ver: Gomperz, (1936).

Este sistema está constituido por una tensión, concepción fundamentada, según lo afirma Boring (1979), en algo que él mismo comparaba en importancia al principio de la gravitación física (Boring, 1979, p.278; Garcia-Roza, 1995, p.166).

#### *2.1.6.1. Influencias metapsicológicas herbartianas en Freud*

Herbart es un eslabón de suma importancia debido a que aporta en el objeto metapsicológico la perspectiva de los dominios psicológicos. En sus trabajos, de acuerdo con los comentarios de Assoun, Herbart argumenta que “el alma se representa como una sustancia simple que tiende a autoconservarse. Por lo tanto, cada representación es un acto particular por el cual el alma se conserva” (Assoun, 1982, p.130).

Para Herbart, el átomo de la psiquis es la representación. Para comprender esto, se remonta a una teoría que se apoya en las asociaciones que no se realizan por simple contigüidad o por similitud, como expone el asociacionismo clásico. Los postulados herbartianos defienden que una representación se efectúa por medio de la ayuda de otra representación, cuya reproducción inmediata tiene el efecto de causar una provocación, estableciendo una relación de fuerza cuyo resultado es ocultar a la antigua representación. De esa manera, el conflicto entre representaciones era para Herbart el principio fundamental del dinamismo psíquico, postulado que ejercerá una fuerte influencia en Freud porque esta problemática se encuentra tanto en la base de la teoría de las pulsiones como también en la de las representaciones (Assoun, 1982; Hanns, 1999).

En los postulados freudianos, la influencia herbartiana está mucho más arraigada de lo que podemos pensar. Para Herbart la vida psíquica es un collar de representaciones, y esto se hace posible a partir del momento en que la nueva representación tiene una similitud con la antigua representación oscurecida. Una vez más, recurrimos a los dichos de Assoun: “en la medida en que podemos hablar de asociacionismo freudiano, éste se nutre más de la fuente herbartiana” (Assoun, 1982, p.132).

### 2.1.6.2. Cuando las representaciones se vuelven inconscientes por efecto de la represión

Podemos decir que las semejanzas entre Freud y Herbart no se limitan simplemente a la diferencia que ambos hacen entre la representación consciente y la representación inconsciente, a no ser en lo que respecta a la idea, que expone el filósofo alemán de que las representaciones que se hacen inconscientes debido a la represión, mientras permanezcan inconscientes, lucharán por convertirse en conscientes. Para Herbart hay una energía natural y perenne, una especie de *konstante Kraft* (energía constante), que empuja a todas las representaciones para que se liberen de la posición de malestar, exigido por la represión, y para que vuelvan al estado de libertad, vale decir, para liberarse de la *Verdrängung* que las mantiene más adelante del umbral de la conciencia (García-Roza, 1995, p.166-7).

Otras significativas influencias herbartianas, en los estudios freudianos fueron la teoría de los afectos y la dinámica de los conflictos. Para Herbart, los afectos también están en una posición diferente en relación a las representaciones. El autor establece la perspectiva de que: “las afecciones nacen de una relación de fuerzas interrepresentativas. El sentimiento nacería de un equilibrio entre una representación que tiende a elevarse y otras dos representaciones que tienden, una a reprimir, otra a elevar esa representación” (Assoun, 1982, p.139). En la obra freudiana encontramos este juego de fuerzas que de forma tan persistente acompaña su obra, incluso en el tema de los conflictos. En su recorrido Herbart se enfrenta con las investigaciones propias de su época, a medida que su teoría se centraliza en lo que se refiere a la teoría de la representación, en la dialéctica compleja entre la identidad del sujeto y del objeto. Esta influencia es procesada mediante su profesor, Fichte<sup>14</sup>, quien fundamentalmente se dedicó a investigar la relación existente entre el Yo y el No-Yo. La dinámica representacional se fundamenta, directamente, en las leyes de la metafísica del Yo.

---

<sup>14</sup> Johann Fichte (1762-1814), filósofo alemán que entre sus postulados plantea el tema del Yo como actividad pura y espontánea del pensamiento, como una identidad (Yo-puro), distinta de sí mismo en cuanto No-Yo. El Yo-puro debe ser entendido como el proceso activo y espontáneo por el que el pensamiento tiene conciencia inmediata de su hacer y lo conoce sólo en tanto en cuanto principio activo.

### *2.1.6.3. Freud y Herbart: semejanzas y diferencias*

Es notable la semejanza que hay entre la teoría freudiana y los conceptos del filósofo Herbart, especialmente si nos dedicamos a investigar las influencias epistemológicas en las ideas de Freud, así como lo relacionado con el aparato psíquico y, especialmente, al mecanismo de represión. Consideramos importante dejar en claro que nos referimos a las influencias, pero no debemos exagerar en estas relaciones debido a que sus semejanzas son superficiales y limitadas. El hecho de que Herbart diferencia entre las representaciones conscientes y las inconscientes, o que pueda garantizar que estas últimas se muestran recurrentemente para convertirse en conscientes, y que el mecanismo por el cual se mantienen inconscientes sea llamado de represión, todo ello, por más que presente puntos de semejanza con la teoría construida por Freud, también mantiene diferencias fundamentales y por lo tanto es importante destacar los puntos en que no concuerdan para no correr el riesgo de reducir una teoría a la otra. Debemos subrayar que el inconsciente, para Herbart, no pasa de un pálido recuerdo de la consciencia que ha quedado al margen, y cuyo acceso a la misma va a depender, sencillamente, de la intensidad de las representaciones que se enfrentan. Podemos decir que el inconsciente para Herbart no va más allá de una teoría de la conciencia que, aunque juegue con el dinamismo de las representaciones y con el papel desempeñado por el conflicto psíquico, no sobrepasa los límites de una psicología cuyos cimientos están en la conciencia (Assoun, 1982).

Se trata de influencias relevantes, cuya importancia es limitada. Contribuyen para cambiar un paradigma. Freud seguirá investigando esta nueva dimensión del aparato psíquico. Al seguir el hilo conductor que nos habíamos propuesto con la intención de comprender cómo se fue desarrollando el concepto de represión, vamos a volver a la “Carta 52” [1896] en que Freud ilustra su contenido con el nuevo triple tópico de: consciente, preconsciente e inconsciente, tal como veremos a continuación (Freud, 1994, p.274-280).

## **2.2. DIRECTRICES HISTÓRICAS SOBRE LA REPRESIÓN: PRIMEROS ESBOZOS DE SU ESTATUTO**

### 2.2.1. Modelo teórico que articula las primeras formaciones del aparato psíquico de forma esquemática

En los “Estudios sobre la histeria” [1893-95], Freud (1994) teoriza sobre el aparato psíquico, como si éste se tratara de capas o estratos, inscrito como si fueran archivos. En otro texto, posterior al “Proyecto para una psicología científica” [1895]<sup>15</sup>, la constitución del aparato psíquico se da en una dimensión con bases en la neurología. La idea se focaliza en una circulación de energía de las neuronas. Tal como sabemos, la teoría del aparato psíquico se va desarrollando de manera progresiva en cuanto a las elaboraciones. A Freud le gustaba compartir las ideas y uno de sus principales interlocutores era Fliess, con quien tuvo una fluida correspondencia. En la carta 52 [1896], Freud le comentará la primera representación de una tópica ternaria: inconsciente, preconscious y consciente. Esta misiva puede ser considerada como un puente entre el “Proyecto” [1895] y “La Interpretación de los sueños” [1900] (Freud, 2010, p.218).

El tema de la represión está presente en dicha carta, con significativas connotaciones, tal como veremos más adelante. En la epístola número 52 nos encontramos con un Freud que releva su interés al respecto de concebir un aparato psíquico formado, por perspectiva, mediante representaciones. Investiga el modo en que estas se sedimentan y establece una dimensión temporal en que las representaciones se organizan, formando así nuevos enlaces. De acuerdo con lo que nos comenta Assoun, entre otras concepciones, al recurrir a la dimensión psicológica Freud

---

<sup>15</sup> Después de publicar los “Estudios sobre la Histeria” [1893-95], Freud comienza un trabajo bastante peculiar en la genealogía del psicoanálisis, intitulado “El Proyecto para una psicología científica”. Aunque el artículo haya sido escrito en 1895, sólo fue publicado en 1950, fecha en que Freud ya había muerto. Guardado por Fliess, el Proyecto fue considerado por algunos como un texto preanalítico, articulado por Freud como una tentativa de preservar un lenguaje neurológico, en que ya vislumbra el inicio de un nuevo saber inscrito en un aparato psíquico que empieza a perfilarse teóricamente. Ver: Freud, 1996b.

*Introduce a partir de ese instante un nuevo momento lógico en la construcción de su objeto. Por tanto, entra en contacto con otra rama científica, la de la activa psicología alemana (...) más precisamente desde Herbart. De este modo, se añadía a la dimensión anatomotópica una dimensión dinámica, que arrastraba tras de sí una dimensión económica (Assoun, 1982, p.129).*

En dicha carta, Freud construye un modelo preliminar que se dirige a la represión como una falta de traducción de algunos elementos que no pueden tener acceso a la conciencia. El motivo de esa carencia se debe, de acuerdo con el maestro de Viena, a la producción de displacer que resulta de una traducción. Si este displacer molesta al pensamiento, entonces promueve un conflicto en el proceso de traducción. Al principio de la carta, Freud declara que el aparato psíquico es, antes que nada, un aparato de memoria, y que esta se atiene a reordenarse de acuerdo con nuevas articulaciones. También aclara que estos reordenamientos comportan una sucesión de inscripciones y retranscripciones.

Freud subraya la importancia que tienen los procesos que forman la base de las representaciones y sus diferentes umbrales en la mente. Distingue los diversos criterios que cada sistema adopta con la finalidad de sistematizar la representación. Se manifiesta sobre el modo en que las representaciones se sedimentan, llegando a la raíz de esa problemática. Asimismo, investiga la relación con el tiempo. En ese preciso momento, Freud establece que las huellas mnémicas se reordenan a cada tanto, debido a las conexiones que deben entenderse como superpuestas y que se conectan para que exista una anterioridad y una posterioridad (Freud, 2010). La memoria no se define como una reserva en la que sencillamente se va realizando una forma de saqueo. Freud presenta la idea de que ese reordenamiento está insertado en una dinámica, en la que múltiples signos entran en escena y se conectan (Freud, 2010).

Con la finalidad de aclarar las primeras ideas que tuvo, Freud las ilustra en la carta 52 con un esquema que define como simple y provisorio. Ello supone el origen de una teoría que va haciéndose cada vez más compleja a lo largo de su obra. En el esquema que será descrito a continuación, el aparato psíquico está compuesto por: (P) la percepción; (PS) los signos de la percepción; (Ic) lo inconsciente; (Prc) el preconscious y la conciencia (DC) (Freud, 1994, p.175).

De acuerdo con el esquema freudiano, las neuronas son las responsables para que aparezcan las “percepciones” (P), que se vinculan a la conciencia, pero en sí mismas no guardan el menor indicio de lo que sucede. Para Freud, la conciencia y la memoria se excluyen mutuamente. El PS, que se describe como signo , el primer registro o transcripción de las percepciones, es completamente incapaz de llegar a ser consciente y estar estructurado de acuerdo con las asociaciones por simultaneidad. De manera que, el Ic se refiere a lo inconsciente, que es el segundo registro o transcripción, ordenado de acuerdo con otras asociaciones, quizás por relaciones causales. Los vestigios Ics podrían pertenecer a los recuerdos y también son inaccesibles a la conciencia. La tercera transcripción, Prc, designada como preconsciente, está unida a imágenes verbales (representación-palabra) que pertenecen a nuestro Yo, oficial. Las investiduras procedentes de este Prc se hacen conscientes de acuerdo con determinadas normas. Esta conciencia cognitiva secundaria también es subordinada de manera cronológica y probablemente dependa de la activación alucinatoria de las imágenes verbales, de manera que las neuronas de la conciencia deban ser neuronas perceptivas, desprovistas en sí mismas, de memoria (Freud, 1994, p.175).

En esta descripción, Freud no tiene el objetivo de indicar de manera exhaustiva los caracteres psicológicos, sino desarrollar una nueva psicología, lo que hará posteriormente cuando trabaje el séptimo capítulo de la “Interpretación de los Sueños” [1900] (Freud, 1996c, p.345-503). Es dable observar que, en la primera etapa, Freud nos remite a una mera percepción que, en sí, no produce ningún registro. Recién en la segunda etapa es cuando ocurre la primera escritura. Este registro se refiere al orden de la percepción, que en sí no es susceptible de hacerse consciente, salvo que sea, posiblemente, por asociaciones o por simultaneidad (Freud, 2010). En esos momentos Freud se encuentra frente a una ardua tarea: ajustar un modelo teórico que articule, en el mismo aparato psíquico, a la memoria y la percepción. No se puede hablar de memoria sin referirse a la percepción, y si la primera implica la persistencia de los rastros -lo que significa admitir una modificación permanente de las neuronas-, entonces la percepción implica una superficie permanentemente traslúcida, receptiva a los nuevos estímulos sin perder, por ello, la permeabilidad. Sin embargo, por más que Freud concilie la memoria y la percepción, el aparato psíquico que él piensa en esta carta trata a la memoria como un

elemento destacado porque la percepción remite a una posición fronteriza y la memoria es la propia esencia del aparato.

En dicha carta, Freud también va a señalar otro elemento -la idea del concepto de inscripción (*Niederschrift*)-, en que expone las nociones de signo, inscripción y transcripción, que están más cercanos al lenguaje y a la escritura que las neuronas de la formulación antes enunciada. Entonces, podemos afirmar que en la carta 52, Freud presenta un cambio entre lo que había propuesto en el “Proyecto” de 1895 y su posterior elaboración del texto de “La interpretación de los Sueños” (Freud, 1996c). Podemos decir que ya en este prototipo tenemos las indicaciones de la metamorfosis que hace Freud en la concepción de las huellas mnémicas, correlacionadas al orden de la inscripción (Freud, 1996e, p. 22). Jacques Derrida comenta que en la carta 52 “la huella empieza a volverse escritura” (Derrida, 1971, p.192), preludio de una nueva etapa que será comprendida mejor en los capítulos 6 y 7 del texto de 1900, “La Interpretación de los Sueños”.

Las huellas mnémicas también están presentes en el “Proyecto para una Psicología Científica” [1895]. En este texto, los hechos psíquicos quedan grabados en forma de memoria en el psiquismo, y serán reactivados por los efectos de las investiduras. Sin embargo, se trata de una noción que conserva fuertes resonancias empiristas, muchas veces cercanas a la noción de imago. A pesar de ello, entre el *Einnerungsspur* (rastros mnémico) (Freud, 1996e, p. 22). y la imago hay considerables diferencias. La más importante es que la imago, tal como fue concebida por la tradición empirista, es una marca que reproduce, por semejanza, a una característica de la realidad, mientras que el rastro mnémico no constituye una memoria fundada en la semejanza, a no ser principalmente en los diferentes regulados de las vías que recorren.

En la tercera etapa, vale decir, en el segundo registro desarrollado en el esquema de Freud, podemos vislumbrar otro elemento. Este segundo registro posee la peculiaridad de ser conscientemente inalcanzable, como el otro, pero con la especial característica de estar regido por otros intereses, y su acceso no se procesa mediante la simple simultaneidad. Detrás de él hay una causa que está vinculada a recuerdos que se asocian por acaso, pero que para Freud no estaba muy claro. En este preciso momento teórico de la obra de Freud, estas escrituras inconscientes no le habían permitido elucidar todavía a qué recuerdos

irrealizables estarían vinculados. Freud intentará responder, más adelante, a esta interrogante, durante el transcurso de la carta 52, afirmando que “la denegación {*Versagung*} de la traducción es aquello que clínicamente se llama ‘represión.’ Motivo de ella es siempre el desprendimiento de displacer que se generaría por una traducción, como si este displacer convocara una perturbación de pensar que no consintiera el trabajo de traducción” (Freud, 1994, p.276).

### 2.2.2. La represión inscrita en los antiguos foros (carta 52): primera configuración de una tópica ternaria

Para Freud cada “reescritura posterior inhibe a la anterior y desvía de ella el proceso de excitación” (Freud, 1994, p.276). De esa manera, si falta la reescritura posterior, entonces el proceso excitativo será realizado de acuerdo con las leyes psicológicas construidas en un momento psíquico anterior, que serán aplicadas de acuerdo con las disponibilidades. Estas leyes psicológicas recién mencionadas, Freud las asocia, a título de ejemplo, con las leyes que regían a las antiguas provincias, denominadas foros, entendidas como reliquias arcaicas. Es interesante destacar cómo recurre a este término antiquísimo (foro) para referirse a las antiguas leyes que tenían la finalidad de garantizar los privilegios inmemoriales. En una nota, Strachey, cuando traduce una carta de Freud, también resalta la significación de foro como algo que pertenece a la dimensión de “un derecho local o especial más antiguo, anterior al establecimiento de una legislación central” (Freud, 2010, p.220)<sup>16</sup>.

Freud expone la presencia de un determinado anacronismo que contiene en sí una incongruencia, un desacuerdo que produce displacer. Este se traduce en una denegación clínica, o mejor dicho, en una represión. El motivo de esta separación es la amenaza de displacer que puede provocar en el caso de que haya una traducción que retrate tal elemento (Freud, 2010).

---

<sup>16</sup> Traducción de la nota de pie de página del libro.

De este modo, Freud atribuye el nacimiento del aparato psíquico, durante aquella época, a unos antiguos registros asociados a los pretéritos foros. Se trata de algo que en sí es irrecuperable como tal, que se reordena de manera distinta de tiempos en tiempos, algo en donde el material del rastro mnémico experimentará nuevas correspondencias. Así como aquellos foros inmemoriales, que cumplen una función importante en la legislación que estaba vigente, estos elementos psíquicos enunciados permitirán que el aparato continúe reescribiéndose (Freud, 2010)<sup>17</sup>.

La represión se entiende como algo que pertenece al orden del displacer porque el hecho de desvelar el material psíquico provocaría una turbulencia en el pensamiento y su trabajo de traducción accionaría a los elementos anteriores, inmemoriales. Sin embargo, se trata de contenidos que, debido a la naturaleza displacentera, son intraducibles, al igual que los antiguos foros. Es así como empieza a generarse el aparato psíquico, fundamentado en evitar el displacer (Freud, 1975b, p.141-147).

### 2.2.3. Esbozo de la represión en el aparato psíquico como regulador de tensiones

La dificultad para tener acceso a los hechos traumáticos del sujeto nos revela los comienzos del psicoanálisis. Lo cierto es que estamos habitados por una verdad que no se ofrece espontáneamente a la memoria. La hipnosis era el recurso que se utilizaba para romper la barrera de la memoria. Posteriormente, con el uso del método de la asociación libre, el objeto investigado todavía permanecía en el nivel de la reminiscencia. Sin embargo, a raíz del tratamiento de Dora, contemporáneo a la publicación del libro “La interpretación de los sueños”, Freud se enfrenta al nuevo hecho que influirá, de modo decisivo, en el futuro del psicoanálisis: el tema de la repetición (*Wiederholen*). Es importante destacar el carácter insistente de la repetición de los contenidos psíquicos. Constatamos su presencia desde los primeros estudios, ya sea en los ejemplos que acabamos de mencionar o en los casos de histéricas que no se cansan de hablar de su propio sufrimiento. Freud da un paso más allá de su tiempo al comprender que no se puede

---

<sup>17</sup> Recordemos que esa carta data de 1896, período en el que Freud relacionaba el papel de la infancia y la etiología de la histeria.

reducir al otro en lo que se piensa que se conoce al respecto de este. El tema de la represión está presente en la carta, con significativas connotaciones, tal como lo veremos más adelante. En la carta 52 (Freud, 1994) es dable observar un Freud que revela su interés en concebir un aparato psíquico formado por una perspectiva mediante representaciones. Investiga el modo en que estas se sedimentan y también establece una dimensión temporal en que se reorganizan formando nuevos enlaces. De acuerdo con lo que nos comenta Assoun (1982), el profesor vienés insiste en investigar la vía que el otro tiene de inaccesible.

Ahora decidimos hacer un paréntesis: cuando falta la consciencia del saber o la elaboración del recuerdo, el saber como tal en sí –dice Gilles Deleuze (2002) – no va más allá de la repetición de su objeto. Es desempeñado, o sea, repetido, puesto en acto, en vez de ser conocido. La repetición, continúa afirmando Deleuze, aquí aparece como lo inconsciente de la representación. Freud tuvo la función de señalar la razón natural de tal bloqueo: la represión, la resistencia que hace de la propia repetición una verdadera “coerción”, una “compulsión”. Y añade el comentador: por lo tanto ahí tenemos un tercer caso de bloqueo que esta vez se refiere a los conceptos de libertad (Deleuze, 2002, p.37).

Después de haber realizado los nuevos descubrimientos que van más allá del mundo imaginario de la histeria y de haber desarrollado los conceptos de resistencia, defensa y conversión, Freud permanece trabajando en nuevas elaboraciones. El fundador del psicoanálisis prosigue en sus investigaciones con la finalidad de modificar la propia forma de entender y vislumbrar la práctica clínica, dándose cuenta de que no podría avanzar más si se restringiera únicamente a la reacción del afecto y por eso destina sus esfuerzos para hacer conscientes las ideas patogénicas, con el propósito de posibilitar la elaboración por parte del paciente. Este es el momento en que empieza una nueva y fructífera construcción, que lo llevará a entender el aparato psíquico, tal como fue sistematizado en el texto “La interpretación de los sueños” [1900] (Freud, 1996c, p.345-502).

#### 2.2.4. El estatuto de la represión e su formulación más precisa en lo sistema psíquico: la distinción entre inconsciente, preconsciente y consciente

En verdad, el esquema de la carta 52<sup>18</sup> será reanudado y desarrollado, precisamente, en el capítulo VII de “La Interpretación de los sueños” [1900]. Gutiérrez Terrazas señala que en ese célebre capítulo Freud va a exhibir “no solamente la organización tópica del aparato psíquico con su conjunto de sistemas ordenados de manera sucesiva (...) sino que también va a esbozar su génesis o lo que él llama la naturaleza psíquica de desear” (Gutiérrez-Terrazas, 2002, p.39).

Sobre esta nueva organización, podemos subrayar que el aparato psíquico encuentra un lugar mejor definido en sus sistemas, que integra lo Inconsciente, el Preconsciente y el Consciente. Lo fundamental será la diferenciación u oposición entre Ics y el Pcs/Cs. Freud destacará la necesidad de construir un ordenamiento espacial entre los sistemas psíquicos, en los que el primer sistema (*Ics.*) posee la peculiaridad de tender a descargar libremente sus cantidades de excitación, ya que el segundo sistema tiene por función inhibir esa libre descarga con la finalidad de permitir una acción adecuada. Debido a que esta no es ni puede ser identificada como pura descarga, es necesario que el aparato sea capaz de discernir entre las representaciones aquella que permite la respuesta satisfactoria. De este modo, en caso de que el proceso diferenciador no se lleve a cabo, la respuesta será inhibida (Freud, 1996c, p.601-603).

Este proceso solamente es viable si el aparato psíquico soporta una determinada reserva de excitación, de manera que genere una reserva de energía y de información, para proceder a la discriminación, que compondrá la memoria bajo la modalidad de dos sistemas, uno primario y otro secundario. De estos dos sistemas enunciados, uno ejerce la función de instancia crítica (el Pcs/Cs), y el otro actúa como instancia criticada (el Ics). La función de la instancia crítica es poner una interdicción en el acceso a la consciencia de aquellas representaciones de la instancia criticada que puedan suscitar una amenaza.

---

<sup>18</sup> Jean Laplanche nos dice que lo más fundamental en ese nuevo esquema “es el abandono, en el segundo esquema, del modelo de un organismo (somático o psíquico, poco importa) para adoptar un modelo cuya pared ya no es una pared real, sino un sistema mnémico” (Laplanche, 1987a, p.59-60).

Posteriormente, estas dimensiones (de la instancia que critica y la criticada) serán sustituidas por la oposición entre el Yo y lo reprimido. En este momento de la teoría freudiana, la represión aparece como un proceso defensivo contra una representación que supone o puede llegar a suponer un contenido amenazante.

Continuando en esta vía de análisis de la represión, el paradigma que debe aplicarse supone que un determinado elemento del proceso psíquico que está en poder de lo inconsciente busca acceder a la conciencia con el propósito de satisfacerse. A pesar de eso, la censura que opera en el territorio de lo inconsciente se opone a este intento de pasar. El motivo por el cual se opone se debe a que la satisfacción de un deseo inconsciente, que en sí mismo provocaría placer, también suscita un displacer en relación a las exigencias pertinentes a la barrera del Pcs/Cs. Este deseo tiene que permanecer inconsciente, aunque pueda retornar, por ejemplo, y buscar expresarse en el sueño o mediante un síntoma (Freud, 1975b, p.147-152).

El mecanismo de la represión consiste en el modelo que acabamos de describir. Se trata de una actividad del sistema Pcs/Cs que puede, eventualmente, impedir que la actividad del sistema Ics culmine en displacer. El contenido reprimido insiste en expresarse en el ámbito de la conciencia, y lo hace ejerciendo una constante atracción sobre los contenidos del Pcs/Cs, con que puede establecer una ligazón con el propósito de liberar su energía. Si eso no se da, la presión en el ámbito del Ics puede llegar a hacerse insostenible. Es así como tenemos una región de tensión: por un lado, la exigencia de liberar la energía retenida en el Ics, y por otro, la necesidad del Pcs/Cs de defenderse de la amenaza de los contenidos del Ics (Freud, 1975b, p.141-152).

Al principio, Freud entendía al aparato psíquico como un campo de fuerzas. Por un lado, el deseo inconsciente que busca su vía de satisfacción mediante la dimensión Preconsciente/Consciente; por el otro lado, el Pcs/Cs defendiéndose de la naturaleza amenazadora del deseo que, a menudo, es reprimido (Freud, 1975b, p.141-152). Freud defiende que debe haber un criterio para que este conflicto sea resuelto. De acuerdo con su opinión, este criterio es la clave de toda la teoría de la represión. Freud (1996c) dirá que el sistema Pcs/Cs sólo puede investir una representación si está en condiciones de inhibir el desarrollo del placer asociado a ella. Sin embargo, no se puede inhibir totalmente el

displacer, ya que es necesario que haya un indicio de displacer para que el sistema Pcs/Cs sea informado del peligro que sugiere la representación. Los Pcs/Cs serán los responsables de dirigir, mediante los caminos que sean más pertinentes, las reclamaciones del deseo que emergen del Ics.

Podemos afirmar que la primera teoría del aparato psíquico, de forma plenamente elaborada, nos remite a este modelo que acabamos de presentar y que consta en “La Interpretación de los Sueños” [1900] (Freud, 1996c, p.345-365). De forma hipotética, Freud imagina un aparato psíquico con dimensiones topográficas, como si fuera un “regulador de tensiones”. Este aparato estaría compuesto por dos sistemas: inconsciente-preconsciente, y la censura estaría situada entre estos. Lo inconsciente está regido por el principio de placer y por los procesos primarios; es la sede de las pulsiones, de los deseos y recuerdos reprimidos que necesitan superar la barrera de la represión con sus altas cantidades de censura. Para Freud, el movimiento del psiquismo es, por sobre todo, inconsciente, y de manera esencial los deseos son inconscientes, así como también pueden ser rechazados, o incluso estar difundidos de manera disfrazada bajo el aspecto de afectos, ideas, palabras o acciones.

Es así como el recorrido del preconsciente a la consciencia también está controlado por la censura. En esta primera construcción del aparato psíquico, Freud cree que solamente la conciencia es capaz de libertar a los procesos mentales. Será necesario que extraiga el material de las garras de lo inconsciente y, mediante la interpretación, iluminar este material reprimido, sofocado por la censura y abrigado en lo inconsciente.

## 2.3. DIRECTRICES HISTÓRICA DE LA METAPSICOLOGIA DE LA REPRESIÓN A PARTIR DE 1915

### 2.3.1. Consideraciones preliminares a cerca de la represión

En el texto “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” (Freud, 1975b, p.1-64) del año 1914, Freud comenta que estaba seguro de la originalidad que tenía su descubrimiento de la doctrina de la representación. Eso fue hasta el momento (1910) en que Otto Rank le mostró una parte de un libro de Arturo Schopenhauer, “El mundo como voluntad y representación” (Schopenhauer, 2004). Este autor, al tratar de la locura, según el propio Freud, se acerca muchísimo a la forma que tenía éste de concebir al mecanismo de represión. Veamos las propias palabras del creador del psicoanálisis: “Lo que ahí se dice acerca de la renuencia a aceptar un fragmento penoso de la realidad coincide acabadamente con el contenido de mi concepto de represión” (Freud, 1975b, p.14-15).

Freud comenta que su ignorancia en lo que atañe a la filosofía no fue determinante en los descubrimientos psicoanalíticos y que había concebido su idea independientemente, porque:<sup>19</sup>

*No obstante, otros han leído ese pasaje y lo pasaron por alto sin hacer ese descubrimiento, y quizá lo propio me hubiera ocurrido si en años mozos hallara más gusto en la lectura de autores filosóficos (Freud, 1975b, p.15).*

En ese mismo texto, afirma que está dispuesto a reconocer, de buena voluntad, su resignación al respecto de cualquier pretensión de prioridad, porque sabía que su habilidad estaba en dotar de estatuto clínico esa penosa parte de la existencia humana, en la que el sujeto se adormece junto a campos minados, siendo un rehén de sus propios temores. Enseguida, Freud dice que la doctrina de la represión es, ahora, el pilar fundamental sobre

---

<sup>19</sup> Vale la pena resaltar una nota de Strachey que comenta que Ernest Jones había reconocido la posibilidad de que el término represión derivase indirectamente en la obra de Freud de lo ya citado anteriormente por el filósofo Herbart. El propio Strachey, en ese mismo libro y en el texto sobre “La represión”, señalará nuevamente esa influencia a través del maestro de Freud, Meynert, vivamente influido por Herbar. Ver: Freud, 1975, p.15.

el que descansa el edificio del psicoanálisis, su pieza fundamental. El artículo freudiano “Contribuciones a la historia del movimiento psicoanalítico” [1914] está en la vanguardia de una serie de producciones freudianas en el campo de la metapsicología, momento en que elaborará con mayor complejidad, diversos temas, tales como represión, inconsciente, pulsiones, y otros.

En este apartado, el texto que vamos a analizar, “La represión” [1915] (Freud, 1975b, p.135-152), es uno de los denominados metapsicológicos y constituye la más trabajada construcción al respecto de este asunto. “Puede ser el destino de una emoción pulsional chocar con resistencias que quieran hacerla inoperante. Bajo condiciones a cuyo estudio más atento pasaremos enseguida, entra entonces en el estado de la represión” (Freud, 1975b, p.141).

### 2.3.2. Cuando lo reprimido está al servicio de la satisfacción pulsional

Al comienzo del texto freudiano mencionado, la represión se define básicamente como un mecanismo que consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de esta. Freud, enseguida se hace la siguiente pregunta: “¿Por qué una moción pulsional habría de ser víctima de semejante destino?” (Freud, 1975b, p.141). En verdad, se está preguntando algo que remite a un punto que se ubica en el propio desempeño del tratamiento psicoanalítico. Si la satisfacción de la pulsión siempre debe ser algo del orden de lo placentero, entonces ¿por qué debería oponerse a las resistencias al punto de convertirla en inoperante?

Podríamos contestar que el camino hacia la satisfacción puede suscitar, a veces, más displacer que placer. Hay una economía del placer/displacer que debe ser tenida en cuenta en lo que se refiere a la satisfacción de la pulsión. Esta satisfacción, en un principio, es considerada en sí misma como placentera. Sin embargo, puede ser irreconciliable con las exigencias expuestas desde algunas de las instancias psíquicas. Por eso, podríamos afirmar que lo que produce placer en un determinado lugar, también puede producir displacer en otro, y este proceso ambiguo establece la condición para que se dé la

represión. Además de ello, es necesario que la potencia del displacer sea más grande que la del placer de la satisfacción.

Todo esto no significa que afirmemos que la represión impida la satisfacción de la pulsión. Si fuera así, si la función de la defensa fuese dirigida al extremo de impedir toda y cualquier satisfacción de la pulsión, entonces el propio aparato psíquico perdería el sentido de ser. Los sistemas psíquicos, entre ellos el Inconsciente y el Preconsciente/Consciente, funcionan como parte de un sistema global y operan en el sentido de mantener el mejor nivel posible de equilibrio entre las exigencias pulsionales y las provenientes de la cultura. Sin embargo, lo reprimido está al servicio de la satisfacción pulsional y no en su contra. No podemos olvidarnos de que los destinos de la pulsión son, de manera simultánea, formas de satisfacción y mecanismos de defensa contra las propias pulsiones (Freud, 1975b, p.141-147, p. 178-179).

### 2.3.3. La represión como mecanismo que instaura la escisión entre el preconsciente /consciente y lo inconsciente

Freud entiende un aparato psíquico como algo que se constituye paulatinamente, la represión no existe desde un comienzo como mecanismo ya definido, e incluso lo inconsciente no está constituido desde un inicio. En el texto “La represión” [1915], Freud aclarará más todavía en qué circunstancias se funda el aparato psíquico. De ese modo, propone un estatuto distinto a la represión, atribuyéndole la función de un agente que instaura el origen de una tópica inconsciente, como instancia separada del preconsciente, consciente porque la esencia de la represión, de acuerdo con el autor, “consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella” (Freud, 1975b, p.142).

El desarrollo del texto de 1915 explica este planteamiento, el que posibilita pensar en un aparato psíquico dividido en cuanto a su origen en sistemas contrapuestos, con un inconsciente escindido de lo restante del psiquismo. La represión es el mecanismo responsable por esta división que decanta la subjetividad del lado de lo Inconsciente, por una parte, y por otra, establece los valores del preconsciente/consciente. La represión

también opera como mecanismo que instaura la escisión de los dos sistemas y al mismo tiempo es el mecanismo del sistema preconscious/consciente en cuanto al amparo en relación a los efectos de lo Inconsciente. En verdad, resulta paradójico que solamente se pueda explicar por medio de la segunda etapa de la represión, que será desarrollada por Freud y en la que abordará el retorno de lo reprimido (Freud, 1975b, p.146-147).

#### 2.3.4. Etapas de la represión: primarias y secundarias

En consecuencia, el creador del psicoanálisis establece dos etapas de la represión. La primera, de acuerdo con lo comentamos, corresponde a la represión primaria, también llamada de represión originaria o represión primitiva. Posteriormente, la represión propiamente dicha, también denominada represión secundaria, y por último el retorno de lo reprimido.

Freud llamó a ese primer momento de represión primaria (Freud, 1996d)<sup>20</sup> “demora pasiva”<sup>21</sup> sujeta a “fijaciones”<sup>22</sup>. En aquel momento fueron designadas como inscripciones de los primeros rastros, en una secuencia de sistemas mnémicos,

---

<sup>20</sup> La represión primaria u originaria ya había sido trabajada en el caso Schreber (1911-13), que en esa época fue utilizado como una “inhibición del desarrollo”. La contracatexis es el único mecanismo de la represión originaria, y representa el gasto permanente y la garantía de su existencia, mientras que en la represión secundaria se añade el retiro de la catexis preconscious. Ver: “Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (caso Schreber)” [1911-13] (Freud, 1996d).

<sup>21</sup> Freud comprende una demora pasiva, debido a que el niño en la edad temprana aún no posee una comprensión suficientemente desarrollada frente a los intensos estímulos sexuales, tanto en el autoerotismo, como en los cuidados maternos, y no logra descodificar ni comprender lo que pasa en su cuerpo (Freud, 1975).

<sup>22</sup> Es interesante observar que Freud, en la carta 52, ya apuntaba el tema de la fijación, aunque en ese momento la denominaba inscripción. Evidentemente, inscripción y fijación no son lo mismo, pero ambos términos son utilizados por Freud para explicar los primeros registros del aparato psíquico. En la época de la carta 52 el énfasis se ponía en la comprensión de la vinculación del aparato psíquico a la memoria, y en ese momento se utilizó la expresión “huella” como designación de las primeras marcas que van a constituirse en materia prima del aparato psíquico. Hay que destacar que en esta época (1896) todavía imperaba en Freud el modelo neurológico. En ese momento utilizó los términos “inscripción” y “retranscripción”. Esto explica por sí mismo el camino elegido, perteneciente al orden de la memoria de signos, de la escritura. Estas inscripciones se van a ordenar inicialmente en un sistema por asociación, a través de la similitud; posteriormente, por casualidad. Y en un momento ulterior, ya en plena teoría de la interpretación de los sueños, como un sistema de huellas que se van ordenando no por simple asociación, sino según los mecanismos de condensación y desplazamiento, que en última instancia se asemejan al lenguaje (Freud, 1994, p. 274-275).

configuradas a partir de ciertos contenidos representativos que son registrados en el inconsciente de manera persistente y que de una sola vez permanecen ligados a la pulsión.

La fijación tiene la función de atar una representación a la pulsión y así crear una agencia representante-representación en el inconsciente. Estas primeras inscripciones se asocian a un movimiento contrario de instancia superior, que frena la libre circulación y se configura a partir de la primera barrera de la represión primaria, formando así los primeros rastros representativos del inconsciente. En cuanto la fijación del representante psíquico crea un ámbito separado, el inconsciente, que se rige por medio de leyes propias, hay entre ellas la condensación y el desplazamiento. Este funcionamiento se da porque el primer representante psíquico, el rastro original, permanece como núcleo de atracción de representaciones que van formando múltiples cadenas asociativas (Freud, 1975b, p.147).

#### *2.3.4.1. La concepción del término ‘represión primaria’*

La represión primaria es la etapa inicial del aparato psíquico fundamentada en una especie de división psíquica primordial, que según Freud corresponden a un proceso que se realiza sobre representaciones en la frontera entre los sistemas Ics y Pcs-Cs. De ese modo, expone una constitución del aparato psíquico cimentado en una división de dos instancias de funcionamiento. Un boceto que no se limita a ser meramente descriptivo, sino que está preocupado de establecer modalidades de vínculo, y también por el modo en que circulan las representaciones entre los sistemas psíquicos (Freud, 1975b, p.148-149)<sup>23</sup>.

Estas representaciones fueron calificadas por Freud como representantes-representativos, dado que tienen el objetivo de fijar a la pulsión un representante e inscribir las primeras impresiones en el psiquismo. Los representantes-representativos son como contenidos que constituyen el inconsciente, de acuerdo a lo que destaca Freud:

*Tenemos razones para suponer una represión primordial, una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia representante {Representanz} psíquica*

---

<sup>23</sup> No podemos afirmar que en ese momento dichos representantes denoten una trama significativa. La represión primaria es anterior a la construcción del inconsciente comprendido como un sistema psíquico.

*(agencia representante-representación) de la pulsión se le deniega la admisión en lo consciente. Así se establece una fijación; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella (Freud, 1975b, p.143).*

Este representante-representativo de la pulsión sigue desarrollándose, organizándose, haciendo conexiones y fomentando los retornos. Así, podemos decir que la represión primaria, de acuerdo a lo que se comentó hasta ahora, configura el primer tiempo de la represión, en que constituye los nudos iniciales de la pulsión a un representante. Son las representaciones inconscientes las que derivan del segundo tiempo de la represión, la llamada represión secundaria, de la que trataremos posteriormente (Freud, 1975b, p.143-144).

Aclaremos el término “contrainvestidura”, por ser un concepto que puede resultar en confusión y ser paradójico. Tenemos el mecanismo de la represión originaria, que es responsable de la escisión psíquica (Freud, 1975b, p.147-149). Si nos remitimos a un texto posterior, denominado “Proyecto de Psicología” de 1895 (Freud, 1994), podremos ver que en ese artículo Freud desarrolla una teoría de la fijación que nos puede ayudar para elucidar la cuestión de la contrainvestidura.

En el texto recién mencionado “Proyecto de Psicología” [1895], Freud parte de la idea de que hay un momento cero anterior en que el aparato anímico se encuentra en un estado indiferenciado originario, una especie de etapa mítica concebida como una fase caótica en la que reina la pura dispersión de excitaciones oriundas de las fuentes endógenas y exógenas. Este es el momento en que trata de definir, con suma precisión, la formación del Yo, entendido como la primera diferenciación del caos original. Siguiendo la misma línea de razonamiento, describirá el paso del estado de pura difusión de excitaciones hasta un estado de agrupamiento parcial proporcionado por una ligazón. De esta forma, se dará una contención del libre circular por medio de la investidura colateral. Es importante recordar que, en este preciso momento del Proyecto de Psicología, Freud todavía no había denominado una instancia responsable por la contención de la energía del aparato anímico, y ni siquiera había definido plenamente al aparato psíquico (Freud, 1996c).

Freud utiliza la expresión “investidura colateral” (Freud, 1994, p.370). Dice que, cuando una neurona es investida, al mismo tiempo produce una excitación en la neurona vecina debido a la función de contigüidad espacial y temporaria. El resultado de esta investidura colateral, que naturalmente alcanza no sólo a dos neuronas, sino a todo un grupo, permite que haya una ligación entre lo que hasta ese momento era pura energía libre. En este movimiento citado de ligación, el Yo será el responsable por dicha unión y por los consecuentes efectos. Una vez formadas estas organizaciones neuronales<sup>24</sup> se van a crear caminos que ayudarán a fluir la energía; en cambio a otros, por el contrario, se les impondrán dificultades. Justamente en esa diferencia entre caminos facilitados y bloqueados, se constituirá la memoria del psiquismo.

Anteriormente, citamos el contenido de la carta 52 [1896] (Freud, 1994) con la finalidad de demostrar que también en aquel momento Freud anticipó, aunque de manera primaria, lo que estamos tratando en este momento del texto de 1915 sobre la represión. Nos estamos refiriendo a la manera como Freud concibió el aparato psíquico en aquella época: como estratificaciones sucesivas. De esta manera, los rastros mnémicos estaban sujetos a nuevas transcripciones, que se reagrupan de tiempos en tiempos (Freud, 1996e, p. 22). La memoria es pensada como algo versátil y no estática. Cada registro corresponde a una nueva inscripción, pero cada una de estas corresponde a una especie de traducción del material psíquico. Cada nueva inscripción inhibe a la inscripción anterior, pero se produce una falla en la nueva transcripción, la excitación se agota según las leyes que están vigentes en ese momento, subsistiendo como un anacronismo, una supervivencia de antiguas leyes, que Freud llamó antiguos Foros. Lo que deseamos resaltar es que el término “fijación” no se usa como tal, sino el término “inscripciones” (Freud, 1975b, p.143-146). Es dable apreciar que el modelo presentado evoca la presencia de contenidos reprimidos que todavía no habían sido elaborados por Freud, como ocurre en el presente texto de la represión [1915].

En el artículo “Tres ensayos sobre la teoría sexual” [1905] el vocablo “fijación” es usado en una clara vinculación con el desarrollo de la sexualidad, ordenado en las etapas

---

<sup>24</sup> Incluso podríamos establecer aquí alguna semejanza con el mecanismo de las representaciones (*Vorstellungen*).

de la libido. Merece destacarse que, en este texto, la fijación no es entendida como la primera etapa de la represión porque el énfasis recae en una fijación comprendida como precondition de la neurosis (Freud, 1995b).

Como ya habíamos comentado, en el texto del Caso Schreber (1911), que es anterior al de la represión, Freud también había afirmado que la fijación es la primera etapa de la represión. Él retoma esta idea en el año 1915, época en que estos conceptos son usados para designar, por un lado, el hecho de que el representante-representativo tenga denegado el acceso a la consciencia y, por otro, el hecho de que después la pulsión permanezca ligada a la representación en cuestión (Freud, 1996d).

La paradoja está en que se establece una moción pulsional<sup>25</sup>, de tal forma que la representación fijada funciona como un polo de atracción para la represión ulterior o secundaria. Esta paradoja se establece pues no hay nada que sirva como polo de atracción, y que antes que esta no hay nada que pueda concebirse en términos de organización psíquica. Este es el motivo por el cual Freud usa el concepto de contrainvestidura como el único mecanismo de la represión originaria, responsable de esa limitación previa y de la división del psiquismo en dos partes: el Inconsciente por un lado, y el Preconsciente / Consciente, por otro (Freud, 1996d).

Por ello, a respecto del primer momento del aparato psíquico, no podemos hablar de un inconsciente como de algo ya constituido, sino de procesos que todavía no llegan a convertirse en consciente y que ni siquiera constituyen el sistema inconsciente. A lo sumo podemos decir que en ese momento sí hay un inconsciente, pero no concebido como un sistema psíquico diferente de los otros. En este sentido, entendemos un inconsciente que es empleado como adjetivo. Por eso Freud recurre al concepto de represión secundaria. Se trata de una tentativa para resolver la aparente paradoja, o sea, el hecho de que la represión sea un proceso que circula entre dos sistemas, y al mismo tiempo, el mecanismo que capta la distinción entre esos mismos sistemas. Freud usa el concepto de represión secundaria que será responsable por la escisión y ejercerá una presión posterior (Freud, 1975b, p.144-145).

---

<sup>25</sup> Ver: Hanns, 1999.

#### 2.3.4.2. La definición del término: 'represión secundaria'

En su texto sobre la represión [1915] Freud se pregunta qué camino recorre el proceso de represión secundaria y cómo se agrupan sus contenidos. Con la finalidad de elucidar su investigación, dice que:

*La segunda etapa de la represión, la represión propiamente dicha, recae sobre los retoños psíquicos de la agencia representante reprimida o sobre unos itinerarios de pensamiento que, procedentes de alguna otra parte, han entrado en un vínculo asociativo con ella. A causa de ese vínculo, tales representaciones experimentan el mismo destino que lo reprimido primordial (Freud, 1975b, p.143).*

Es así como este ejerce una atracción sobre todo con lo que logra asociarse, formando un vínculo encadenado. Por eso “la represión no impide a la agencia representante de la pulsión seguir existiendo en lo inconsciente, continuar organizándose, formar retoños y anudar conexiones” (Freud, 1975b, p.144).

Se podría afirmar que la represión secundaria constituye un doble proceso de atracción y repulsión; atracción, debido a que algo fue reprimido desde los tiempos anteriores, o sea, el polo de la represión primaria; y repulsión por las características que el contenido puede tener. Citando las palabras freudianas: “lo reprimido ejerce una presión (*Druck*) continua hacia lo consciente, a raíz de lo cual el equilibrio tiene que mantenerse por medio de una contrapresión (*Gegendruck*) incesante” (Freud, 1975b, p.146). La moción pulsional, vale decir, la pulsión cuyo representante representativo es lo inconsciente, es lo que alimenta a este principio enunciado.

Es importante destacar que la represión no impide que el representante representativo continúe actuando en el inconsciente, especialmente en su relación con el sistema Preconsciente/Consciente. Si alguna influencia ejerce la represión sobre lo que ocurre en el inconsciente -para facilitar a lo reprimido una expansión y una mayor riqueza

de articulación- es precisamente por estar libre del control de la conciencia. Podemos afirmar que el representante representativo prolifera en las sombras.

El motivo por el cual se da esta proliferación se debe a la libertad que mantiene, concerniente a las exigencias procedentes del sistema preconscious/consciente. Los representantes representativos tienen una mayor libertad para establecer nuevas conexiones, dando lugar a derivados que, mientras más cerca se encuentren del representante representativo original, mientras más sean alcanzados por la represión y mientras más alejados estén, más fácilmente tendrán éxito en burlar las defensas y lograr una expresión consciente.

### 2.3.5. Los derivados de la represión y su vinculación con la pulsión

Freud resalta la importancia que tienen los derivados de la represión originaria en la clínica psicoanalítica, pues permiten que tenga acceso al material reprimido. Es justamente por medio de estos derivados que se logrará escapar a la represión y se permitirá rastrear la serie que conduce a lo reprimido. Para Freud, la formación de los derivados de lo reprimido continúa independientemente de la distancia temporaria en relación a la represión original. El médico vienés puede visualizar estos derivados de la represión, que designará como brotes o retoños de lo reprimido, mediante los actos fallidos, los síntomas, o las asociaciones llevadas a cabo en la situación analítica y las fantasías.

En este momento, la técnica psicoanalítica consiste justamente en evocar los derivados de la represión, dejando al paciente lo más libre que sea posible de la censura, con el propósito de ayudar a su liberación. Estimula al paciente a que produzca estos brotes de lo reprimido, pues debido a la desfiguración, se consigue mantener una distancia suficientemente soportable. Los contenidos representativos de la pulsión se desarrollan en las sombras y encuentran formas extremadas de expresión en lo que alguien reconoce como lo más ajeno a sí mismo, suscitándole el espejismo de que disfrutarían una intensidad pulsional sorprendente y arriesgada (Freud, 1975b, p.147).

Tal como podemos observar desde los primeros textos de Freud, la pulsión es entendida como algo externo al aparato psíquico, como una excitación endógena, un agente exterior que exige al aparato psíquico y también le atribuye un esfuerzo de trabajo que consiste en capturar y transformar a la energía pulsional. No obstante, en los textos metapsicológicos, concretamente en “Pulsiones y destinos de pulsión” [1915] (Freud, 1975b, p.105-134), Freud empieza a desarrollar el concepto de pulsión de un modo más complejo:

*como concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma (Freud, 1975b, p.117).*

Como podemos ver, Freud expone que la pulsión es algo del orden de la representación y de los estímulos provenientes del cuerpo.

Sin embargo, es en el texto “La represión” (1915) donde Freud añadirá un nuevo elemento a los destinos de la pulsión, afirmando que esta es representada en el psiquismo por medio del representante-representativo<sup>26</sup>. En la segunda parte, hará alusión a la otra perspectiva que representa la pulsión, pero que sufre un destino de represión totalmente distinto de la representación. Se trata del cuántum de afecto que, de acuerdo con Freud:

*corresponde a la pulsión en la medida en que ésta se ha desasido de la representación y ha encontrado una expresión proporcionada a su cantidad en procesos que devienen registrables para la sensación como afectos (Freud, 1975b, p.147).*

El autor comenta que toda pulsión se manifiesta en dos registros: el del afecto y el de la representación. El afecto es la expresión cualitativa de la cantidad de energía pulsional y sus variantes. En el texto “La represión”, el afecto se desarrolla como una traducción subjetiva de la cantidad de energía pulsional. Y cuando se refiere al cuántum de

---

<sup>26</sup>Esa dimensión será ratificada en otro texto posterior de la misma serie metapsicológica, "El inconsciente" [1915]. En este texto Freud afirma que la pulsión jamás es objeto de la conciencia, y que al igual que la dimensión del inconsciente, solamente se presenta a través de sus representantes (Freud, 1975, p.153-214).

afecto, lo hace mencionando a la pulsión en la medida en que esta se desprendió de la representación y encontró una vía de expresión en cantidades de afecto.

#### 2.3.6. Desarrollo de la represión y el destino del “monto de afecto”

El sentido que llevará el afecto será de extrema importancia, al igual que el destino de la representación, porque el afecto es la expresión de la pulsión, su forma cuantitativa de investidura que encuentra diferentes vías de demostración. En esta etapa de la metapsicología, tal como resaltan Laplanche y Pontalis (1996) - “el afecto se define como traducción subjetiva de la cantidad de energía pulsional” (Laplanche y Pontalis, 1996, p.12).

Este planteamiento de Freud nos permite entender la represión de una forma diferente, así como la división de los destinos de la pulsión. A pesar de ello, la represión no deja de ser uno de los destinos de la pulsión, pero ahora es considerada de una forma distinta, siempre que tengamos en vista a la representación o a la energía ligada a esta representación. Por otra parte, encontramos la afirmación de que la represión es un mecanismo que incide únicamente sobre la representación y no lo hace sobre el afecto. Bien sabemos que el afecto no es reprimido y que la represión llega solamente a la representación. Esta es la que sufrirá la prohibición en cuanto a su acceso a la consciencia (Freud, 1975b, p.147; Freud, 1996b, p.53).

Sin embargo, ello es verdad solamente en una parte, porque aunque el afecto no sea reprimido, esto no significa que se mantenga totalmente indiferente a la acción de la represión. En este sentido, podemos afirmar que lo que resulta afectado por la represión es el representante representativo como un todo, y, lógicamente, el afecto debe ser afectado como parte integrante del representante. En su artículo “El inconsciente” [1915], Freud afirma que “la representación inconsciente, una vez reprimida, permanece en el sistema Ics como una formación real, mientras que el afecto inconsciente sólo corresponde allí a un rudimento que no ha podido llegar a desarrollarse” (Freud, 1975b, p.185).

Relacionado con todo esto, consideramos oportuno comentar que Lacan, en su Seminario VII (Lacan, 1966), destacará que la concepción que tenía Freud se conduce como una rúbrica a la hora de comprender los afectos, y que vislumbra el afecto como una señal. Lacan está de acuerdo con Freud en lo que este entiende por afecto, específicamente, como un aspecto cuantitativo y no como una dimensión significante. El creador del psicoanálisis asocia el afecto con la angustia, especialmente cuando destaca la angustia como señal, con lo cual la angustia no deja de ser una pura expresión de la intensidad pulsional sin que ninguna representación esté vinculada a ella (Freud, 1975b, p.148).

De acuerdo con el diccionario de Laplanche e Pontalis (1996) el cuántum de afecto se utiliza para describir la independencia con respecto a la representación, así como para describir y referirse a su “movilidad, puede desplazarse, aumentar, disminuir, y que se prolonga sobre las huellas mnémicas de las representaciones como una carga eléctrica por la superficie de los cuerpos” (Laplanche y Pontalis, 1996, p.348). Freud establece que al describir un caso de represión será necesario separar lo que es del orden de la representación, por un lado, y lo que se refiere al cuántum de afecto de la energía pulsional, por el otro (Freud, 1975b, p.148-149). Es interesante ver cómo, después de tanto tiempo, podemos encontrar huellas de la teoría del prototipo freudiano, construida en el Proyecto de 1895. Nos da la impresión de que Freud está forzando una especie de esquematismo entre el afecto y la representación, manteniendo una radical separación (Freud, 1975b, p.157-149).

Laplanche (1987) destaca que esa separación, de forma radical, denota un cierto artificio porque dedicarse a separar de forma categórica la representación del afecto, como si este no hubiera retenido nada de su representación original, es algo que, en rigor, no se puede sustentar (Laplanche, 1987, p.164 y p.192). En otra de sus obras, Laplanche (2003) afirma que es imposible hablar de un afecto, aunque se trate de la angustia, que no esté inmerso en una red de representaciones. Como bien lo señala Gutiérrez, los diferentes caminos del afecto:

*tienen que ser contemplados desde la óptica de una siempre relativa independencia entre el afecto y la representación, pues si bien el afecto es*

*ciertamente la parte más resistente a la deformación, aquella que mejor puede guiarnos en el desvelamiento de lo inconsciente, y su destino es lo esencial para el individuo en la vida y en la cura (Gutiérrez-Terrazas, 1998, p.87).*

### 2.3.7. Conversión de los afectos en la clínica

Freud menciona los diversos destinos de la conversión del afecto: “conozco tres mecanismos: 1º el de la conversión de los afectos (histeria de conversión); 2º, el del desplazamiento del afecto (obsesiones), y 3º, el de la transformación del afecto (neurosis de angustia, melancolía)” (Freud, 1975b, p.149-150).

Por lo tanto, podemos decir que, desde la perspectiva del afecto, su destino es tan importante como el representante representativo, y si corta la represión, tendremos éxito en mantenerlo, pero no siempre podremos evitar el displacer de la descarga liberada por el afecto. Sobre este asunto, Freud se dedicará a analizar el mecanismo de la represión, con la finalidad de hacer inteligible el proceso de padecimiento del neurótico, visto de manera retrospectiva y desde los resultados. De ese modo, Freud usará en la clínica los conceptos de las tres psiconeurosis más conocidas, a saber: la neurosis de angustia (fobia), la histeria de conversión y la neurosis obsesiva (Freud, 1975b, p.149-151).

En el caso de la neurosis obsesiva y con la finalidad de entender cómo se desarrolla la represión y el destino que tendrá el cuántum de afecto, Freud utilizará como ejemplo un caso clínico, el “Hombre de los Lobos”<sup>27</sup>, quien presentaba una sintomatología de fobia a los animales (Freud, 1995c). Este caso fue vivido por un joven aristócrata ruso que, en la infancia, después de haber sido amenazado de ser castrado por su niñera, canaliza su sexualidad en su padre. Esta relación paterna estará marcada por una fuerte ambivalencia: el paciente empieza a provocar a su papá con el propósito de ser castigado y recibir así una satisfacción sexual masoquista. El paciente siente por su padre dos sensaciones al mismo tiempo: una actitud libidinal y también una gran angustia frente a su progenitor. Estos dos

---

<sup>27</sup> Este caso clínico fue publicado tres años más tarde, pero los puntos esenciales ya se habían desarrollado.

contenidos enunciados serán sometidos a la represión. Enseguida, desapareció la moción pulsional, que es la actitud libidinal unida a la angustia frente al padre, vale decir, el padre dejó de figurar como un objeto de la libido. Y, como sustituto, apareció otro objeto, un animal que representó a la angustia (Freud, 1995c, p.38-46).

Esta sustitución de representante de la pulsión se debió al mecanismo de desplazamiento. La parte cuantitativa no desapareció, pero se transmutó en angustia frente al lobo, en vez de una demanda de amor al padre. Mejor dicho, la representación original pasó por una larga serie de conexiones y finalmente fue sustituida por la figura de un lobo, mientras que el afecto fue transformado en angustia (Freud, 1995c, p.45-46). Freud comenta en el texto que la represión tuvo éxito: la fobia es la prueba de su fracaso, porque la represión no sólo no logró “eliminar y sustituir la representación, sino que el ahorro de displacer no se consiguió en modo alguno” (Freud, 1975b, p.150). La represión no fue capaz de evitar el displacer, producto del desprendimiento del cuántum de afecto ligado a ella (García-Roza, 1995). Este es el motivo por el cual la neurosis no desapareció, sino que continuó en un segundo periodo, mediante la fuga que se procesa por medio de la fobia, “una cantidad de regateos destinados a excluir el desprendimiento de angustia” (Freud, 1975b, p.150).

En la segunda forma, en la histeria de conversión, “el contenido de representación de la agencia representante de la pulsión se ha sustraído radicalmente de la consciencia; como formación sustitutiva y al mismo tiempo como síntoma” (Freud, 1975b, p.150). El síntoma es de naturaleza somática, debido a una hiperexcitación que puede ser motora o sensorial. Freud manifiesta que “el lugar hiperexcitado se revela (...) como una parcela de la agencia representante de la pulsión reprimida que ha atraído hacia sí, por condensación, la investidura íntegra” (Freud, 1975b, p.150).

El éxito de la represión en la histeria de conversión es que logra hacer desaparecer al afecto. El paciente histérico exhibe lo que Charcot llamó de “*la bella indifférence des hystériques*” (Freud, 1975b, p.150). Mientras tanto, en algunas oportunidades, determinadas sensaciones penosas de angustia logran escapar y se unen a los síntomas. Sin

embargo, la represión de la histeria de conversión fracasa en la medida en que sólo se hace posible mediante las formaciones sustitutivas<sup>28</sup>.

Finalmente, la neurosis es entendida mediante la regresión en la que una aspiración sádica sustituye a una aspiración tierna. Lo que queremos cifrar es que primero hay un impulso hostil hacia la persona amada, y que esta sufre los efectos de la represión. Alcanza un efecto satisfactorio, en que el contenido de la representación es rechazado, mejor dicho, sustituido por desplazamiento y así provoca la desaparición del afecto (Freud, 1975b, p.151).

Por más efecto que haya tenido la represión, difícilmente su contenido se mantendrá alejado por mucho tiempo. Enseguida, la represión fallará, y el afecto resurgirá bajo el aspecto de angustia y autocensura, promoviendo nuevas sustituciones (Freud, 1975b). Estos perturbadores efectos proceden de la formación sustitutiva que hace que el Yo se encuentre alterado y muestre escrúpulos excesivos. Freud comenta que “el afecto desaparecido retorna transformándose en angustia social, en angustia de la consciencia moral (...). La representación rechazada se reemplaza mediante un sustituto por desplazamiento” (Freud, 1975b, p.152). Por lo general, el obsesivo realiza, como ritual, determinadas actitudes ínfimas, derivadas del desplazamiento con la finalidad de evitar el contenido reprimido y, al mismo tiempo, para controlar toda su angustia. El fracaso de la represión en cuanto a su dimensión cualitativa, afectiva, supone la fuga mediante el regateo y la prohibición (Freud, 1975b, p.152).

Los temas de la represión pueden ser entendidos de manera más contextualizada mediante el funcionamiento del aparato psíquico (Freud, 1975b, p.151-152). La represión opera como una escisión en el universo simbólico del sujeto, reduciendo una parte de dicho universo al silencio, denegándole el acceso a la palabra y también, con seguridad, el acceso a la consciencia. En verdad, podríamos decir que la represión es la que veta el paso

---

<sup>28</sup> En el diccionario de Laplanche y Pontalis (1996), la formación sustitutiva: “Designa los síntomas o formaciones equivalentes, como los actos fallidos, los chistes, etc., en tanto que reemplazan a los contenidos inconscientes. Esta sustitución se debe entender en un doble sentido: *económico*, por cuanto el síntoma aporta una satisfacción que reemplaza al deseo inconsciente; y *simbólico*, al ser sustituido el contenido inconsciente por otros siguiendo ciertas líneas asociativas. Las formaciones sustitutivas reemplazan el proceso pulsional que ha sufrido la acción de la defensa. La sustitución consiste en una satisfacción, ligada a una reducción de las tensiones” (Laplanche y Pontalis, 1996, p.165).

de la imagen a la palabra. Sin embargo, eso no impide la representación y tampoco elimina su potencia significante. De manera tal que la represión no elimina gradualmente lo inconsciente. Al contrario, tal como trataremos más adelante, la represión no sólo no lo elimina, sino que en verdad lo constituye. Y el inconsciente, constituido por la represión, continúa persistiendo y posibilitando una satisfacción de la pulsión (Freud, 1975b).

Así, lo reprimido no elimina a las representaciones sobre las que incide. Este es un planteamiento fundamental de la teoría freudiana de la represión. Las representaciones reprimidas no son realmente eliminadas, sino que luchan incesantemente para acceder al sistema preconscious / consciente, obligando a este último a dispensar constantemente una energía para enfrentar la amenaza que suponen tales representaciones reprimidas (Freud, 1975b, p.141-147).

Este gasto de energía frente a la demanda de satisfacción de la pulsión, que se desarrolla en las sombras, como bien lo señala Freud, adquiere un nuevo estatuto diferenciado, que son los derivados del inconsciente expresados en el retorno de lo reprimido, aunque regido por el principio de placer y pautado en el equilibrio de la economía psíquica. Sobre la persistencia del retorno de lo reprimido nos vamos a remitir a continuación (Freud, 1975b, p.152).

#### 2.3.8. Un análisis del retorno de lo reprimido

Es pertinente que consideremos que Freud dice que el retorno de lo reprimido no es la aparición pura y simple de la representación reprimida en el sistema preconscious/consciente (Freud, 1975b, p.141-147). El retorno de lo reprimido se da de manera distorsionada y no como el retorno de lo mismo, o sea, idéntico. Lo que retorna lo hace bajo la forma de un compromiso entre los dos sistemas, de manera tal que el deseo reprimido pueda encontrar una expresión consciente y, que al mismo tiempo, no produzca el displacer. De modo que el retorno de lo reprimido aparece en función de una falla en el sistema defensivo, sobre todo, por la habilidad de disfrazarse frente al carácter amenazante del contenido reprimido original.

El retorno de lo reprimido y el contenido reprimido no siempre presentan notorias distinciones. En su artículo sobre el delirio y los sueños de Gradiva de W. Jensen (1907), Freud consideraba el retorno de lo reprimido y la represión en un sentido casi literal: lo reprimido volvería utilizando los mismos caminos asociativos adoptados en el momento de la represión. El profesor vienés ilustra, por medio de una fábula, que lo reprimido usa un mecanismo idéntico que su retorno. La fábula se refiere a un asceta que intenta vencer la tentación del mundo mediante la imagen del crucifijo, y él ve que en el lugar del crucificado aparece una imagen de una mujer voluptuosa que está desnuda, en la misma posición física que la crucifixión. Freud comenta al respecto con las siguientes palabras “dentro de lo represor y sus espaldas se impone al fin, triunfante, lo reprimido” (Freud, 2000a, p.30). De forma que, en este texto, lo reprimido y el retorno de lo reprimido, son operaciones simétricas. Ernest Jones comenta que, en una carta que Freud le envía a Ferenczi [1910], aquel dice que está empezando a cambiar de idea al respecto del retorno de lo reprimido, como algo que mantiene una peculiar dinámica (Jones, 1979, p.457).

En su texto “Die Verdrängung” (*La Represión*), Freud ahora es de la opinión que el retorno de lo reprimido es un mecanismo específico y relativamente independiente. Como lo habíamos dicho anteriormente, en este texto el retorno de lo reprimido está concebido en estrecha relación con los conceptos desarrollados por Freud acerca de los dos tiempos de la represión. Lo que fue reprimido en la represión originaria se muestra propenso a difundirse en la consciencia en forma de derivados que, a su vez, son sometidos a una segunda represión (Freud, 1975b, p.142-144). Laplanche y Pontalis comentan que el retorno de lo reprimido denota un tercer tiempo de la represión, que es independiente, en una operación de represión considerada en sentido amplio. Freud desarrolla este proceso mediante las diferentes neurosis y llega a la conclusión de que el retorno de lo reprimido se produce por desplazamiento, condensación, conversión, etc. (Laplanche y Pontalis, 1996, p.398).

Es dable observar que, desde sus primeros escritos, Freud pensaba que el síntoma se explica por el retorno de algo que posee material psíquico que amenaza al sujeto, que lo hace sufrir, un contenido que debe ser alejado, desalojado, reprimido. De ese modo, podemos decir que el síntoma, ya en los estudios sobre la histeria [1893], estaba

relacionado con el retorno de un contenido reprimido, que insiste en reaparecer como un “cuerpo extraño que aún mucho tiempo después de su intrusión tiene que ser considerado como de eficacia presente” (Freud, 1996a, p.32).

La eficacia de la presencia en el retorno de lo reprimido, también llamado de “derivado del representante reprimido”, revela el carácter indestructible del inconsciente. La forma de permanencia del retorno de lo reprimido denota una incansable propensión a reaparecer en la consciencia mediante distintos caminos por medio de los síntomas, las asociaciones que se producen durante la sesión, las fantasías (Laplanche y Pontalis, 1996, p.94). Si los derivados de lo inconsciente son la expresión del infortunio neurótico, ya sea por su variabilidad en disfrazarse, ya por su capacidad de representarse mediante las fantasías, manifiestan un inconsciente que “permanece siempre activo, ejerce un empuje en dirección a la conciencia” (Laplanche y Pontalis, 1996, p.94).

En los escritos metapsicológicos, Freud subraya la importancia que tiene comprender que el inconsciente no es solamente una permanencia psíquica en la cual se fijaron los primeros rastros, como si fuera una dimensión mental arcaica inmutable. Tampoco está en reposo, como si fuera un antiguo registro estancado, que ha quedado aislado del proceso de desarrollo de la vida psíquica del sujeto. Se trata justamente de todo lo contrario: el inconsciente es una energía en potencia que, de forma interactiva, se ata a los otros componentes de la instancia psíquica, de modo que se van formando grandes cadenas asociativas que construyen la vida anímica del individuo (Freud, 1975b, p. 155-201).

En la penúltima parte de su texto “El Inconsciente” [1915], denominada “El comercio entre los dos sistemas”, aparece claramente su posición al respecto del dinamismo de las instancias de lo inconsciente, como un órgano vivo y susceptible de desarrollo. De acuerdo con sus propias palabras “Sería erróneo imaginar que el Icc permanece en reposo mientras todo el trabajo psíquico es efectuado por el Prcc, que el inconsciente es periclitado, un órgano rudimentario, un residuo del desarrollo” (Freud, 1975b, p.187). En el libro “Angustia y Fantasma”, Hugo Bleichmar destaca que el inconsciente no es una instancia que se procesa a partir de un núcleo central fijo, en el que derivan la demás ramificaciones. Al abordar el tema, comenta que no está de acuerdo con

una “teoría del núcleo y sus emisiones, a la manera de rayos que divergirían a partir de un centro... nada más alejado de la realidad del suceder psíquico -suceder en el sentido de sucesión temporal- que la concepción por la cual aquél consistiría únicamente, para un momento determinado, en la producción de múltiples ramificaciones de lo mismo a partir de un único centro, ramificaciones meramente distorsionadas por los efectos de simbolización o de desplazamiento y condensación” (Bleichmar, 1986, p.59).

La flexibilidad del inconsciente es una contribución importante. Una visión interesante en cuanto a la perspectiva de la misma consiste en referirse al proceso de agrupamiento de sus contenidos debido a un movimiento dialéctico que se va construyendo como una red, en la que cada representación se transforma en otras, formando así nuevos significantes. Puede ser, también, como afirma y contribuye Bleichmar, que el inconsciente tiene la capacidad de coligarse “en que cada nuevo elemento puede ser el punto de inflexión, de creación de lo inédito (...)” (Bleichmar, 1986, p.59).

Freud advierte sobre otro importante punto, el que se refiere al comercio entre los sistemas Inconsciente y preconscious, que no podremos reducir al acto de la represión, en el que “el Pcc arrojaría al abismo del inconsciente todo lo que le pareciese perturbador” (Freud, 1975b, p.187). No se puede tener una perspectiva tan limitada sobre el comercio entre los sistemas, puesto que el preconscious mantiene una serie de correlaciones. Una de ellas es la fundamental capacidad de cooperación.<sup>29</sup> El proceso primario interfiere en el intercambio en el consciente – preconscious. Este aporte teórico freudiano, de 1915, que está tratado en el texto sobre el Inconsciente, atenúa las antiguas diferencias, expresadas con anterioridad, de una forma más cortante entre los sistemas psíquicos. El inconsciente también sufre las interferencias del proceso secundario, que en las palabras de Laplanche, sería el cabalgamiento de las fronteras tópicas (Laplanche, 1987b). Freud comenta que “a modo de síntesis debe decirse que el Icc se continúa en los llamados retoños; es asequible a las vicisitudes de la vida, influye continuamente sobre el Pcc y a su vez está sometido a influencias de parte de éste. El estudio de los retoños del Icc deparará un radical desengaño

---

<sup>29</sup> Esa cooperación entre los sistemas abre un precedente para lo que será el segundo tópico.

a nuestras expectativas de obtener una separación esquemáticamente límpida entre los dos sistemas psíquicos” (Freud, 1975b, p.187).

La represión no impide que los contenidos de la agencia representante de la pulsión continúen existiendo, como tampoco que sigan formándose, de manera que van constituyendo así los retoños, que son los derivados más arcaicos del inconsciente, y que, debido a sus relaciones con el preconscious, pueden seguir atándose y estableciendo conexiones mediante las representaciones reprimidas secundariamente. Mientras tanto, hay uno en especial que queremos subrayar: las fantasías, que siendo retoños del contenido reprimido, insisten en representarse; son distintas imágenes del subsuelo psíquico que retratan enigmas que se repiten como señales de la identidad. Este tema será desarrollado a continuación (Freud, 1975b, p.146-151).

#### **2.4. DIRECTRICES HISTÓRICA DEL CONCEPTO DE FANTASÍA EN FREUD: EL RETORNO DE LO REPRIMIDO**

En el punto anterior, hemos comentado la importancia que tiene el retorno de lo reprimido en el aparato psíquico, subrayando el hecho de que este posee una cierta peculiaridad en el texto de la Represión [1915], como una especie de tercer tiempo de la misma. El retorno de lo reprimido resalta el dinamismo del inconsciente, así como su temporalidad, y se constituye como su derivado, sometido a deformaciones que permitieron que el deseo reprimido encontrara una vía de expresión. Entre las diversas manifestaciones de los derivados del inconsciente están los “síntomas, las asociaciones que se producen durante la sesión y las fantasías” (Laplanche y Pontalis, 1996, p.94). En el presente capítulo pretendemos abordar el tema de las fantasías, y en particular, las fantasías inconscientes porque estas ocupan un papel relevante en las primeras articulaciones referentes al aparato psíquico, especialmente por su vinculación con el tema de la represión, que es nuestro foco principal de atención en esta primera parte de la tesis.

#### 2.4.1. Primeras apreciaciones sobre el concepto de fantasía

En consecuencia, nos detendremos en el análisis de las fantasías inconscientes, ya que son abordadas por Freud en su primera teoría como una de las principales claves para tener acceso a los contenidos reprimidos del inconsciente, esencialmente en un plano representativo, imaginario, localizándose en la realidad psíquica del sujeto, que comprende un espacio en el que los deseos toman forma. Estas fantasías representan, en la primera tópica freudiana, el escenario del conflicto que se manifiesta, de acuerdo con lo señalado por Gerardo Gutiérrez, entre las dos vertientes: el “deseo y la defensa inconsciente erigida frente a él. Representados ambos en la fantasía inconsciente” (Gutiérrez-Sánchez, 1994, p.53).

Queremos resaltar la importancia que tiene la actividad de la fantasía inconsciente, en especial en el tratamiento psicoanalítico, en la primera teoría freudiana. Tiene la función de permitirle al sujeto, mediante la reconfiguración de la actividad inconsciente fantasmática, organizarse en un plano constructivo en relación a los mecanismos de la represión y, como consecuencia, el retorno de lo reprimido. De esa manera, las fantasías inconscientes están íntimamente vinculadas al proceso de formación del deseo, como también están en todo proceso defensivo debido a su carácter arcaico, ya que fueron constituidas en el momento en que se procesaron los primeros representantes inconscientes. De forma tal que en cada representante inconsciente reside una finalidad porque la intención con la que se agrupan los contenidos representativos posee una meta que pretende ser conquistada, un determinado objetivo, que en palabras freudiana sería una “representación representante de la pulsión” (Freud, 1975b, p.147), en estrecha vinculación con la finalidad del inconsciente y con los distintos caminos ramificados en el aparato psíquico (Freud, 1975b, p.141-147). En la primera teoría, Freud encuentra en la narrativa de este discurso las pistas que seguirán descifrando los umbrales del psiquismo. De este modo, se abre la posibilidad de seguir el camino desarrollado por el inconsciente, o sea, por el mundo fantasmagórico del sujeto psíquico, y echar un poco de luz sobre su superficie. Laplanche y Pontalis comentan que las representaciones-meta “no son más que las fantasías inconscientes” y que “no se trata de que esas representaciones remitan de

forma intencional a fines, sino que ellas mismas son elementos inductores, capaces de organizar y de orientar el curso de las asociaciones” (Laplanche y Pontalis, 1996, p.371).

Debido a la importancia, antes mencionada, pretendemos hacer un recorrido sucinto por las diversas modalidades de las fantasías designadas por Freud, con la finalidad de comprender el lugar que ocupa este tema de la Fantasía y sus desdoblamientos en lo que se refiere a su función en la primera teoría del aparato psíquico. Para este autor hay tres dimensiones en las que se presentan las fantasías: las fantasías propiamente dichas, que corresponden al consciente y al preconscious; las fantasías inconscientes; y las fantasías originarias. Sin embargo, cambiaremos el orden de presentarlas para desarrollar inicialmente las fantasías conscientes y las preconscious; luego, las polémicas fantasías originarias, y por último, trataremos las fantasías inconscientes que serán nuestro fundamental punto de atención (Freud, 1975b).

#### 2.4.2. Las aportaciones sobre las fantasías conscientes

Las fantasías conscientes representan cómo el sujeto encontró la forma de satisfacción de sus componentes libidinales reprimidos (Freud, 1975b, p.147). Son breves historias personales que recompensan al sujeto social, quien tiene que ajustarse, modelarse a una realidad externa frustrante. Aparecen debido a una cierta independencia en cuanto a la aprobación de la realidad para obtener placer. Las fantasías surgen frente a las reclamaciones de la insatisfacción (Freud, 1975b).

En la teoría psicoanalítica el término fantasía<sup>30</sup> fue utilizado por Freud, en una vasta dimensión porque en alemán, el vocablo *phantasie* posee un extenso significado que difiere de la terminología filosófica, que limita su comprensión como una facultad de imaginar. Freud se vale de la utiliza la riqueza de la palabra *phantasie*, que denota la capacidad de imaginar en el sentido de tener acceso a una dimensión creadora en los diversos campos de asociación que constituyen el complejo mundo imaginario. En la

---

<sup>30</sup> Laplanche y Pontalis han tratado de dar una dimensión específica al término Fantasía diferenciándolo del alemán y el francés, lo que se puede ver con más detalle en el Laplanche y Pontalis, 1996, p.138.

lengua francesa, la palabra *phantasie*, que procede del alemán, fue traducida por *fantasme* (Freud, 2000a, p.489). Los psicoanalistas franceses prefirieron usar esta terminología por considerar que se acercaba más a la propuesta psicoanalítica de su homólogo alemán. Sin embargo, el término en alemán es mucho más amplio: se usa para designar una formación imaginaria en sus distintas vicisitudes creativas. Por ello, el psicoanalista francés Daniel Lagache ha propuesto que se volviera a la antigua utilización del término fantasía, porque se refiere tanto a la actividad creadora como a sus producciones. En castellano, fue adoptado el vocablo *fantasía* (Laplanche y Pontalis, 1996, p.138).

Este concepto es uno de los más amplios y ambiguos del psicoanálisis, pues pertenece a distintos marcos teóricos. Además, en una misma referencia teórica puede representar diferentes fenómenos psíquicos. Freud investiga el complejo mundo de las fantasías y formula la sutil división entre lo subjetivo, que encuentra satisfacción por la ilusión, y el mundo externo, que impone el principio de realidad (Freud, 2000a).

En el texto “El creador literario y el fantaseo” [1908] (Freud, 2000a), Freud analiza algunos de los caracteres del acto de fantasear: “Es lícito decir que el dichoso nunca fantasea; sólo lo hace el insatisfecho. Los deseos insatisfechos son las fuerzas pulsionales de las fantasías, y cada fantasía singular es un cumplimiento de un deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad. Los deseos pulsionantes difieren según sexo, carácter y circunstancias de vida de la personalidad que fantasea” (Freud, 2000a, p.129-130).

Las pulsiones, en su continua insatisfacción, son las fuerzas propulsoras de las fantasías. El hombre feliz, tal como sostiene Freud, jamás fantasea, cosa que sólo hace el insatisfecho. Cada fantasía es una satisfacción de deseos, una rectificación de la realidad insatisfactoria de la sexualidad. Y si la realidad es insatisfactoria se debe a que las pulsiones no encuentran, en la realidad, una satisfacción que sea suficiente. Por eso, el sujeto se dedica a fantasear. Freud se enfrenta a la inagotable insatisfacción de la pulsión, en la que el acto de fantasear, en su función complementaria, refuerza el continuo movimiento (Freud, 2000a).

Las fantasías garantizan la sobrevivencia de cierta obtención de placer, una forma de existencia que, en cierta manera, pretende regatear la condenación de la realidad. El

anhelo de satisfacción se transforma en representante de los deseos, tanto si el sujeto es consciente de ello, como si no lo es. Freud comenta que la fantasía cumple el papel de una especie de amortiguador, una representación alternativa de placer, que le proporciona al sujeto una determinada sensación de libertad al respecto del examen de realidad (Freud, 1975b, p.218).

Según Freud, los poetas nos sobornan, en pos del beneficio del placer, al brindarnos la representación de sus fantasías. Tienen la peculiar habilidad de “reducir el abismo entre su rara condición y la naturaleza humana universal” (Freud, 2000a, p.127). Los poetas nos proporcionan un determinado poder de alejamiento, porque el adulto que fantasea, siente vergüenza, “y las esconde [a estas fantasías] de los otros, las cría como a sus intimidades más personales, por lo común preferirían confesar sus faltas a comunicar sus fantasías” (Freud, 2000a, p.129). En una nota al pie de página de dicho texto, Freud comenta los versos de la última escena de Torcuato Tasso, en los que Goethe le hace decir a su poeta-héroe: “Y donde el humano suele enmudecer en su tormento, un dios me concedió el don de decir cuánto sufro” (Freud, 2000a, p.129).

De acuerdo con el padre del psicoanálisis, el hombre construye castillos en el aire, uniendo el pasado y el futuro como una compleja tela que el deseo se dedica a tejer. De esa manera, la realidad no existiría si no hubiera, al mismo tiempo, otra realidad paralela, una dimensión en la que alguien pudiera jugar, aunque sea imaginariamente, con construcciones alternativas de satisfacción de placer. El autor hace referencia a una parte en que “la creación del reino de la fantasía dentro del alma halla su cabal correspondencia en las instituciones de ‘parques naturales’, de ‘reservas’, allí donde los reclamos de la agricultura, el comercio y la industria amenazan alterar velozmente la faz originaria de la Tierra hasta volverla irreconocible” (Freud, 1995a, p. 339). El parque natural representa un rincón donde se preserva el alma de la fantasía y su libertad de poder desarrollar lo que sea, y también donde se conserva la autonomía de cultivar lo inútil (Freud, 1995a, p. 339).

Las fantasías son como construcciones alternativas que apoyan al sujeto en una realidad a la que, de cierto modo, se ha renunciado hace tiempo. Las fantasías poseen una gran diversidad en cuanto al contenido, y, además, pueden ubicarse en distintas dimensiones del aparato psíquico. Ahora nos referiremos a las fantasías conscientes que

Freud describe como los sueños diurnos, devaneos, las escenas, episodios que constituye el individuo y que se relata a sí mismo en pleno estado de vigilia. Están regidas por el proceso secundario en el psiquismo.

#### *2.4.2.1. Principales desdoblamientos de la fantasía consciente*

Entre las fantasías conscientes, las que se presentan más a menudo son los sueños diurnos, devaneos. Estos son como una historia elaborada mentalmente que representa una satisfacción, una forma de cumplir los deseos en el nivel imaginario. Por ser de carácter consciente, este tipo de fantasía sufre una alteración defensiva, en la que el fragmento que llega conscientemente está modificado en cuanto al contenido de su origen inconsciente.

Las fantasías conscientes forman parte del mundo cotidiano del individuo. A menudo se imagina una fantasía de gratificación como, por ejemplo, poseer una fortuna, tener éxito, poder, fama, como también están las fantasías de venganza, actos violentos e incluso destructores. Se trata de breves historias personales que atenúan, recompensan al sujeto que se convirtió en sujeto social, y que tiene que ajustarse, modelarse a una realidad externa que lo frustra.

Desde los primeros textos freudianos (“Estudios sobre la histeria” [1893-95] (Freud, 1996a) se destaca un componente que está en íntima correlación con el síntoma histérico. El autor cita un caso clínico de Breuer, específicamente a la paciente Anna O., quien al estar despierta creaba un mundo ficticio, hecho que no significa que entrara en un proceso psicótico alucinatorio, y cuya finalidad era producirle una satisfacción frente a un brote de angustia. Anna O. inventaba esas escenas gratificantes como una teatralización pasajera, una especie de ausencia alucinatoria ubicada en su “teatro privado”, o sea, en la historia de su neurosis. Sin embargo, las fantasías cumplen una función, que Freud en este texto mencionado asocia a una aparición del afecto de angustia y de expectativa (Freud, 1996a, p.47-70). El autor sugiere que los contenidos fantaseados que afloran en ese acto de soñar despierto, retratan los puntos fundamentales de lo que va a llamar enfermedad incipiente, que se van repitiendo inicialmente “habiendo emergido primero como ausencia

pasajera, se organizaría más tarde como doble conciencia; la inhibición del lenguaje, condicionada por el afecto de angustia” (Freud, 1996a, p.65). En este texto enunciado, ya se alude al sueño diurno como un argumento ilusorio en estado de vigilia. Tal como resalta Laplanche (1986), en el texto freudiano de “La Interpretación de los Sueños” [1900]), el creador del psicoanálisis usa al sueño diurno como un elemento análogo a la fantasía diurna.

Los sueños diurnos aparecen en la pre-pubertad, ya al final de la infancia, y por lo general persisten hasta la etapa de madurez. El contenido de los sueños diurnos suele estar cargado de fantasías de satisfacción relacionadas con el poder o la ambición, y también vinculado al deseo erótico. Cuando la fantasía del sueño diurno aparece, se debe a una cierta independencia en relación a la aprobación de la realidad para obtener placer.

#### *2.4.2.2. Concepciones sobre la importancia de la fantasía nocturna*

En el artículo “Tres ensayos de la teoría sexual” [1905], Freud (1995b) dice que no todos los sueños diurnos son de naturaleza consciente, que algunos son inconscientes. Primero, estas fantasías del sueño diurno provienen de la investigación sexual, que fue amortecida en la infancia, durante el periodo de latencia, que prosigue en la pubertad. Para el autor, ese retorno tiene una gran importancia por representar la génesis de diversos síntomas, debido a que las fantasías configuran cómo el sujeto encontró la forma de satisfacer sus componentes libidinales reprimidos. Enseguida, Freud afirma que “son los moldes de las fantasías nocturnas los que devienen conscientemente en calidad de sueño. Estos últimos a menudo no son otra cosa que reanimaciones de tales fantasías bajo el influjo de un estímulo diurno que quedó pendiente de la vigilia, y por apuntalamiento en él (“restos diurnos”) (Freud, 1995b, p.206).

El sujeto instaura su elección de objeto primero en la esfera de la representación, justamente en esta dimensión en que el sujeto de la pubertad, en su desarrollo sexual, no podrá disociar del mundo de las fantasías, vale decir, de las representaciones que no lograrán ser realizadas. Freud sostiene que a:

*raíz de estas fantasías, vuelven a emerger en todos los hombres las inclinaciones infantiles, sólo que ahora con un refuerzo somático. Y entre éstas, en primer lugar, y con la frecuencia de una ley, la moción sexual del niño hacia sus progenitores, casi siempre ya diferenciada por la atracción del sexo opuesto (...). Contemporáneo al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consume uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más doloroso, del período de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores (Freud, 1995b, p.206-207).*

Sustenta de este modo que el sueño diurno es “la materia prima de la producción literaria, pues el artista, tras ciertos arreglos, disfraces y omisiones deliberadas, crea a partir de sus sueños diurnos las situaciones que introduce en sus novelas o sus piezas teatrales” (Freud, 2000a, p.89). La figura del héroe, representada en el sueño diurno como una identificación con la propia persona, ya denota el modo con el cual el sujeto construye su mundo imaginario. Freud manifiesta que los sueños diurnos conforman el foco y las formas en que se componen los sueños nocturnos. Esta íntima correlación se produce porque los sueños nocturnos “no son sino sueños diurnos que se han vuelto utilizables por la liberación que durante la noche experimentan las mociones pulsionales, y que son desfigurados por la forma nocturna de la actividad anímica” (Freud, 1995b, p.340).

Con esta afirmación, el autor señala las distintas modalidades del contenido onírico, en que los sueños diurnos son la parte que logró libertarse, de manera disfrazada, de la otra actividad del psiquismo, más compleja y cargada con material pulsional que constituye el material del sueño nocturno.

### 2.4.3. Las fantasías originarias: preguntas cruciales que estructuran el aparato psíquico

Enfocaremos la importancia que tienen las fantasías originarias<sup>31</sup>, porque son sumamente relevantes en la primera tónica del aparato psíquico. Tienen la función de ofrecer un revestimiento imaginario en el psiquismo, que se repite por ser argumentos de configuraciones complejas, con las que el sujeto infantil se va enfrentando durante el trayecto del desarrollo psicosexual. Estas fantasías originarias son las profantasía, también llamadas fantasías arcaicas o primitivas (*Urphantasien*). Para Freud, estas “fantasías originarias” son esquemas inconscientes transmitidos por una vía atávica a todos los hombres, lo que va más allá de la experiencia individual. Son como grandes enigmas que se transforman en preguntas al respecto del origen, la muerte y la sexualidad.

Este tipo de fantasías posee un estatuto especial en el aparato psíquico, representando el patrimonio irradiado por la herencia filogenética<sup>32</sup>. No se refieren a escenas que realmente haya vivido el sujeto. Las fantasías originarias son para Freud matrices del inconsciente y fundamentan los síntomas neuróticos.

#### *2.4.3.1. Freud cualifica cuatro tipos de fantasía originarias*

Freud describe cuatro tipos diferentes de fantasías originarias:<sup>33</sup> la fantasía de seducción retrata el origen de la sexualidad del sujeto infantil; la fantasía de la escena originaria representa la observación, por parte del niño, de la relación sexual mantenida por sus progenitores, lo que produce tanto excitación como frustración, y se refiere a la pregunta acerca del origen del individuo; la fantasía del retorno al útero materno

---

<sup>31</sup> Fantasías originarias: la fantasía es entendida en este caso como una vestimenta que se repite por tratarse de los argumentos de complejas configuraciones de la psique, con los que el niño se va confrontando en el transcurso de su desarrollo psicosexual. Son como grandes enigmas que se transforman en preguntas sobre el origen, la muerte y la sexualidad.

<sup>32</sup> Pero también esa posición freudiana es fruto de su época, en que la teoría de la evolución de Darwin, así como la teoría de Lamarke sobre las transmisiones hereditarias, eran conocidas por Freud según comenta Laplanche: “Así, el darwinismo es proclamado por Freud como la gran doctrina de la evolución, y no sería un poco apresurado encontrar en este tipo de fantasías filogenéticas un lamarckismo más o menos latente” (Laplanche, 1989, p.43).

<sup>33</sup> No nos detendremos en el tema de las cuatro fantasías originarias para no desviarnos de nuestro objeto de trabajo.

constituye un tema de unión y de satisfacción de la tendencia a no suprimir los deseos, a no ser que sean sustituidos por la realización definitiva; y la fantasía de castración que corresponde a la convicción infantil de la premisa universal del falo, los deseos incestuosos y el castigo (Freud, 1975a, 336-339).

Estas fantasías se repiten como prototipos en el discurso del neurótico en la clínica. Jean Laplanche explica que, con las fantasías originarias, Freud descubrió “algo que sobrepasa efectivamente el vivenciar individual y que informa, hasta modifica, el vivenciar particular” (Laplanche, 1989, p.45). Sin embargo, con la finalidad de explicar la repetición de estas fantasías, Freud propone que son, sobre todo, la representación de herramientas culturales preestablecidas mediante una herencia filogenéticas. Esta explicación nos parece poco convincente porque localiza al sujeto psíquico como una consecuencia de la preexistencia de la estructura, dado que, según lo resalta Gutiérrez Terraza, el “carácter simbolizante de la fantasía (construida al unísono por el deseo inconsciente y la capacidad de teorizar) hace innecesario apelar o acudir a estructuras extrasubjetivas y ahistóricas, ya que permiten encontrar en el propio campo de la representación (...) aquello que está más allá de las múltiples escenificaciones fantasmáticas (...)” (Gutiérrez-Terrazas, 1998, p.112).

#### *2.4.3.2. Algunas consideraciones sobre la polémica origen filogenética de las fantasías originarias*

De este modo, la teoría de la génesis de las fantasías originarias no necesita una explicación filogenética, porque esta no se puede auto sostener. Desde nuestro punto de vista, Freud pretende darles una argumentación biológica a estas fantasías complejas, las que están muy vinculadas a la narrativa de la estructura edipiana, como una herencia transmitida por la vía filogenética, lo que supone un craso error también situar al sujeto psíquico dentro de un orden de desarrollo que fue heredado, vinculando lo pulsional inconsciente a la reducción del atavismo inmemorial. Somos de la opinión de que esa predeterminación heredada se opone a la propuesta del psicoanálisis porque este perdería

parte de su estatuto de transformación en su labor de ir componiendo y descomponiendo el material psíquico (Freud, 1975a, p. 338).

Realmente, el tema de la filogénesis es muy polémico para el psicoanálisis, y no es nuestra intención profundizar sobre el tema en este preciso momento. A pesar de eso, muchos autores de la actualidad se interesan por la cuestión de las fantasías originarias. Entre ellos, podemos citar a Francis Pasche quien postula la idea de que las fantasías originarias tienen su origen en el instinto, y lo equiparan a la naturaleza del instinto animal, como algo que está preestablecido (Pasche, 1991, p.1069). También tenemos a Colette Chiland quien a su vez, subraya que estas fantasías son universales y que es posible que hagan parte de la condición humana debido a su constante presencia en los argumentos narrados en la clínica (Chiland, 1991, p.1139). La perspectiva que aborda Annette Fréjavill ese refiere que estas fantasías originarias son productos de un mecanismo de defensa que aparece cuando el sujeto infantil, frente a la angustia que le provoca lo desconocido, las construye con la finalidad de poder garantizar el objeto internamente, como también para tener la posibilidad de transformarlo en otros objetos (Fréjaville, 1991, p.1095-1111).

Javier Alarcón (1986) nos ofrece dos hipótesis sobre el origen de las fantasías originarias: una pura inscripción pulsional constitutiva del inconsciente primario; la representación inconsciente de un acto fundador, sea filogenéticamente (muerte ritual del padre y banquete totémico) o ontogenéticamente (seducción sexual por el adulto, observación del coito parental, escena originaria).

Autores tales como Jean-Claud Arfouilloux proponen que se examine este polémico concepto bajo el tema de la teoría de la seducción en una perspectiva generalizada, como un estatuto teórico que fundamenta el desarrollo sexual, debido a la importancia que encontró en sus casos clínicos al respecto del cuerpo de la madre como objeto imaginario (Arfouilloux, 1993, p. 1226-1233).

#### 2.4.4. Delimitaciones del concepto Freudiano: las fantasías inconscientes

Las fantasías siempre ocuparon un lugar destacado en el psiquismo, especialmente las inconscientes (Freud, 1995a, p. 340-343). Son del orden de una representación, disfraces susceptibles de contorno, guías imaginarias que tienen la función de orientación. De manera tal que las mencionadas representaciones producen enlaces de configuraciones complejas. Estos enlaces, en la primera teoría del aparato psíquico, constituyen un papel de fundamental importancia porque su foco está dirigido a los contenidos representados que estaban anclados en la teoría de la represión y el objetivo era tener acceso en la consciencia. Dicho de otro modo: en la primera teoría del aparato psíquico se busca interpretar los contenidos del inconsciente con la finalidad de obtener la cura psicoanalítica. Por eso, en este capítulo trataremos las fantasías inconscientes como sus principales representantes.

El tema de las fantasías inconscientes ya puede ser encontrado en los primeros escritos freudianos, claro que de una manera muy incipiente por tratarse de los comienzos del psicoanálisis. Los síntomas histéricos constituían el hilo conductor para llegar a la comprensión del mundo psíquico que aparecía como objeto de estudio. Freud hizo una asociación entre la fantasía histérica y su vinculación con la producción de lo inconsciente. Nos estamos refiriendo a los estudios sobre la histeria, más precisamente a la Carta 59 [1897] (Freud, 1994), en la que Freud comenta haber descubierto una nueva fuente derivada de un componente de la producción inconsciente, o sea, las denominadas fantasías histéricas, que "... según veo, por lo general se remontan a las cosas que los niños oyeron en épocas tempranas y sólo con posterioridad (*nachträglich*) entendieron" (Freud, 1994, p.285). Son como cadenas que, paulatinamente, van construyendo los primeros registros de la psiquis. Es oportuno resaltar que *nachträglich* significa suplementar, adicional, posterior, enfatiza la importancia del tiempo en la constitución del inconsciente.

En la carta 61 [1897] Freud afirma que las fantasías "son edificios protectores, sublimaciones de los hechos, embellecimientos de ellos, y al mismo tiempo sirven al autodescarga" (Freud, 1994, p.288). Aquí, el autor subraya la concepción de las fantasías

en su función de amparo vinculando, por primera vez, el tema de la sublimación y dándole connotación energética de autodescarga. Posteriormente, estas fantasías inconscientes estarán correlacionadas con la actividad onírica [1900] (Freud, 1996c, p.488). Se trata de representantes del núcleo del sueño, debido al mecanismo de represión, y también se encuentran camufladas en la actividad del soñar. Al igual que los sueños, las fantasías inconscientes están relacionadas con el cumplir del deseo, y están apoyadas, en gran parte, en las impresiones de las vivencias infantiles. Las fantasías inconscientes mantienen un vínculo con los recuerdos de la tierna infancia. Freud relaciona estas reminiscencias infantiles con los palacios barrocos de Roma, con las ruinas arcaicas, cuyos postes y pilastras proveen el material para el edificio de formas modernas (Freud, 1996c, p.489).

Las fantasías inconscientes que componen el escenario del sueño están articuladas con una compleja trama; son fugitivas y al mismo tiempo, fluidas. Muchas de ellas no se pueden capturar como tales. Al igual que en los sueños, las fantasías inconscientes están subordinadas de manera semejante al proceso del pensamiento onírico, tal como la condensación, compresión, superposición, etc. (Freud, 1996c, p. 489). Freud continúa sus profundas elucubraciones sobre el tema en su artículo “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” [1908](Freud, 2000a). En dicho texto, menciona que las fantasías inconscientes están en estrecha vinculación con el proceso sintomático de la histeria: los síntomas histéricos son como fantasías inconscientes figuradas mediante los síntomas somáticos. Incluso propone que el interés del analista se vea centrado no en los síntomas, sino en las fantasías de las cuales proceden. El síntoma histérico no está vinculado a una única fantasía inconsciente, sino a una multitud, que tendría su origen en una naturaleza sexual. Para sintetizar: “el síntoma histérico es la realización de una fantasía inconsciente al servicio del cumplimiento de deseo” (Freud, 2000a, p.145). Durante el transcurso del desarrollo psicosexual, las complejas fantasías inconscientes se van enriqueciendo y haciéndose más complejas a medida que se multiplican en una extensa cadena asociativa. Las fantasías poseen dos modalidades en cuanto a su estructura: pueden ser inconscientes primarias y secundarias (Freud, 2000a).

#### *2.4.4.1. Dos modalidades estructurales de la fantasía inconsciente: primarias y secundarias*

Las fantasías inconscientes primarias están subordinadas al proceso primario del psiquismo, cuyos procesos mentales inconscientes son los más arcaicos, las sobras de una fase del desarrollo en la que eran la única clase de proceso mental [1911] (Freud, 1994, p.224).

Esta única clase de proceso mental se refiere a las leyes del pensamiento en una etapa arcaica del proceso primario. Las fantasías inconscientes secundarias sufrieron un proceso de represión, debido a que fueron una vez conscientes y representaron una amenaza. Freud comenta sobre la fantasía inconsciente refiriéndose a las creadas por el proceso de represión, las que pueden desarrollarse sufriendo alteraciones propias del proceso primario. Estas fantasías poseen una plasticidad singular porque, según Freud “presentan una alta organización, están exentas de contradicción, han aprovechado todas las adquisiciones del sistema Cs y nuestro juicio las distinguiría apenas de las formaciones de este sistema. Por otra parte, son inconscientes e insusceptibles de devenir conscientes. Por tanto cualitativamente pertenecen al sistema Pcs, pero de hecho, al Ics. Su origen (inconsciente) sigue siendo decisivo para su destino. Hay que compararlas con los mestizos... De esa clase son las formaciones de la fantasía tanto de los normales cuanto de los neuróticos” (Freud, 1975b, p. 187-188).

Las fantasías inconscientes primarias tienen la capacidad de circular en ambos niveles del psiquismo, tanto en el Pcs como también en el Ics. En función de esta característica de doble acceso, podremos aludir a una perspectiva metafórica que es la siguiente: las fantasías inconscientes detentan un billete de ida y vuelta entre estas instancias mencionadas, lo que les permite tener una peculiar plasticidad. Por eso, Freud da el ejemplo de asemejar las fantasías a los mestizos, que guardan en sí las características de ambas razas de las que provienen. A medida en que lo originalmente reprimido permanece debido a su naturaleza irrealizable, la fantasía puede aludir de forma más cercana a lo que, de hecho, es representable en el trabajo clínico psicoanalítico (Freud, 1975b).

Estas fantasías inconscientes son argumentos imaginarios que tienen un efecto estructurador en el sujeto psíquico. De manera que al abordar este tema nuestro propósito es comprender cómo el escenario de los deseos se configura en el inconsciente. Se trata de una dimensión en la que la propia distorsión de la realidad estará al servicio de la fuerza del deseo que necesita ser camuflado, con la finalidad de encontrar una vía de expresión que sea satisfactoria.

Freud va a ubicar el concepto amplio de Fantasía en el recorrido de su obra como guías que marcan el carácter estructural del individuo neurótico en la primera tópica. Las fantasías son producciones imaginarias versátiles, constitutivas del mundo intrapsíquico, que poseen la particularidad de pertenecer al plano de la conciencia mediante el relato de los sueños diurnos, las escenas, los episodios en que el individuo construye y relata, para sí mismo, en estado de vigilia. Además, pueden configurarse en la dimensión del preconscious y del inconsciente, vinculadas a las escenas primarias, componiendo la formación de los contenidos del deseo. Se trata de fantasías más arcaicas, que de modo subyacente, se encuentran deformadas gracias a los mecanismos de defensa del psiquismo.

El doctor vienés se detuvo particularmente ante las primeras formas de representación. Las fantasías primarias, según su opinión, se estructuran en un tiempo distinto: en el momento inicial constituyente, en que toman forma las primeras configuraciones imaginarias, como resultado del encadenamiento de la pulsión. Es así que, de modo general, la fantasía posee características tales como un orden propio, una lógica y una eficacia, componiendo una compleja vida intrapsíquica.

Estas fantasías primarias inconscientes tienen una peculiar movilidad, según comenta Gutiérrez-Terrazas, por tener el “carácter simbolizante, que las sitúan como un proceso entretejido entre dos polos: el deseo inconsciente, por un lado, y la capacidad de teorizar o simbolizar, por otro” (Gutiérrez-Terrazas, 1998, p.112). Son como determinados escenarios del plano imaginario, que retratan los enigmas con los que el sujeto se debate cuando está organizando su mundo sexual intrapsíquico. A pesar de eso, las fantasías son simbolizaciones que corresponden a un elaborado proceso, integrado. Por tanto, no consideramos que sean preestablecidas como las fijaciones que forman el presunto núcleo del inconsciente.

Estas estructuras fantasmáticas son complejas y pasan por procesos de integración y construcción. Están estructuradas bajo el orden del proceso secundario. Estas fantasías están basadas, como consecuencia y no establecidas en un principio, en los primeros momentos del aparato psíquico, en que lo pulsional se va estructurando de manera progresiva frente a la pasividad originaria del sujeto infantil. Las fantasías se constituyen en consonancia con el après-coup en lo intrapsíquico legitimado por el proceso de la represión primaria. Así, señalamos estas fantasías como simbolizaciones de una dimensión imaginaria que narra los enigmas de la constitución de la sexualidad que asienta los cimientos del aparato psíquico, en el que la triangulación del Complejo de Edipo<sup>34</sup> está en estrecha vinculación con el escenario en que esas fantasías expresan su sentido. A título ilustrativo podemos mencionar la diferencia sexual, el primado del falo, de donde provienen los niños, la amenaza de la pérdida, etc.

#### *2.4.4.2. La fantasía inconsciente como evidencia de la prioridad angustia de muerte*

Silvia Bleichmar comenta que las fantasías son estructuras sumamente complejas que retratan los grandes enigmas que se transforman en preguntas, tales como: el origen (la fantasía de la escena originaria); la muerte (el trauma del nacimiento, la amenaza de aniquilación del Yo, que pueden estar vinculadas también a la fantasía de castración; la sexualidad (fantasía de seducción)). Vale destacar que, en estas preguntas enunciadas, esenciales de la estructura psíquica, lo que traspasa su esencia es la castración, la pulsión de muerte (Bleichmar, 1995, p.94). Laplanche resalta que las fantasías se configuran en la “evidencia de la prioridad de la angustia de muerte, de la cual sabemos por el análisis con cuánta frecuencia remite de hecho a otras angustias y particularmente a la angustia de castración” (Laplanche, 1989, p.23).

Ahora hagamos un paréntesis: la actividad de las fantasías favorece la comprensión de las complejas cadenas asociativas, que poseen la peculiar característica de los

---

<sup>34</sup> Para una análisis actual y innovadora del complejo de Edipo acerca de la dimensión política de la psicoanálisis: (Marinas, 2004)

contenidos representativos, pudiendo circular en diferentes instancias del psiquismo, y teniendo la capacidad de elucidar lo siniestro, cuando la oscuridad circunda la plasticidad emocional humana.

Podremos afirmar que las fantasías son vestigios de la parcial investidura de lo posible, y dibujan lo soportable en un coloreado de fantasías cifradas. Mejor dicho: algo que le dé contorno al inconsciente, que lo represente, una superficie estética del inconsciente, con la finalidad de desarrollar los umbrales del laberinto de la realidad psíquica que cada vez es más compleja para Freud a medida que desarrolla los postulados. Sin embargo, estamos en la primera tónica, en que el éxito del trabajo analítico, como muy bien lo señala Gerardo Gutiérrez, en lo que se refiere a la técnica de la interpretación “es entendida, por tanto, como lo que restituye a la conciencia el significado y el sentido de la asociación, que nos confrontaría, en último término, a otra significación: el conflicto psíquico inconsciente” (Gutiérrez-Sánchez, 1994, p.53).

### **III. ESTUDIO DEL TEXTO “LO SINIESTRO”: LO DESCONOCIDO DENTRO DE SÍ MISMO**

*“La ficción abre al sentimiento ominoso nuevas posibilidades, que faltan en el vivenciar”  
(Freud, 1995c, p.250)*

El tercer capítulo de la presente tesis tiene el objetivo de hurgar en algunos puntos importantes para investigar el entramado del texto freudiano “Lo Ominoso” (Lo Siniestro) [1919]. La finalidad consiste en rescatar el momento de la escritura de lo siniestro como un anuncio del paso que va del retorno de lo reprimido en dirección a la compulsión a la repetición. Nos proponemos explicar la importancia que tiene el texto “Lo Ominoso” al punto de constituir un verdadero hito que anuncia una nueva concepción de la teoría del aparato psíquico. Freud, desde los primeros tiempos de su actividad profesional, mostraba indicios de que el principio de placer no era suficiente para explicar determinadas manifestaciones mórbidas del sujeto. Tal como lo hemos mencionado en la segunda parte de la tesis, la represión ocupaba un lugar de fundamental relevancia al comienzo de la teoría del aparato psíquico. Posteriormente continuará siendo importante para desvelar parte del desaliento provocado por el sufrimiento psíquico.

El recorrido que hemos elegido para desarrollar este tercer capítulo de la tesis se iniciará con un breve trayecto en el que se contextualizará el momento histórico en que Freud escribió el texto de lo siniestro, estando influido por la época de la guerra. Posteriormente, expondremos de manera sucinta al respecto del significado paradójico del vocablo *unheimlich*. También distinguiremos entre lo siniestro que remite a la sensación y a la experiencia, de lo que se refiere pura y exclusivamente a la ficción literaria.

Luego nos referiremos al concepto de castración, más específicamente en el cuento “El Hombre de la Arena” del escritor E.T. Hoffmann.<sup>35</sup> Tendremos por objetivo el trazar un vínculo con la angustia de castración infantil, la que está basada en la vida adulta

---

<sup>35</sup> Cuento analizado en el propio texto de “Lo Ominoso”, tal como lo habíamos apuntado en la introducción de esta tesis.

mediante el miedo a la muerte, y en consecuencia, se halla estrechamente ligada a lo siniestro. Durante el recorrido de este sub apartado, hemos optado por delinear, de un modo sucinto, el tema de la mirada, el temor a perder los ojos, lo que corresponde al ámbito de la castración. Posteriormente, nos atenderemos al concepto freudiano de complejo de castración, deslindado en el propio cuento que antes mencionamos. Propondremos que este cuento orbita, entre otros temas, alrededor de las ideas que tanto aprecia el psicoanálisis, vale decir, tener los ojos vaciados o robados por un otro, lo que nos remite a la castración, así como la insistencia en querer ver –más allá de lo que debe ser visto- la verdad total y la búsqueda inconsciente, el miedo a la muerte, el goce y lo trágico.

Finalmente, nos dedicaremos en un tercer y largo apartado a proponer algunas consideraciones al respecto del tema del doble –que ya fue tratado en el texto Lo ominoso - como dos fenómenos: el de lo mismo y el del doble. Entendemos “lo mismo” como algo que se refiere a una imposibilidad instantánea de reconocerse, para que enseguida el Yo se apodere de esa imagen que es suya. Fue igual a lo que le sucedió a Freud cuando, de manera repentina, dentro del camarote con espejos de un tren, no llegó a reconocer su propia imagen reflejada en el metal, pero inmediatamente se dio cuenta del “malentendido” o de lo “mal reconocido”. Sin embargo, en lo que se refiere al doble, las consideraciones realizadas por Freud nos orientan a presumirlo como otro de sí mismo. El doble es otro de sí mismo, desconocido como tal y reconocido por la sensación de extrañamiento que es capaz de provocar.

Al dar continuidad a este tópico, presentaremos algunas líneas de reflexión, apoyadas en tres focos: en el primero, nos apegaremos al papel que desempeña el Doble en la literatura, posteriormente correlacionado con lo Siniestro. Después concatenaremos la función del Tótem y su vínculo con el Doble, siendo este una imagen vista en el espejo, y con la sombra, el espíritu tutelar, la doctrina de las almas, y el miedo a la muerte, en que el alma inmortal fue, probablemente, el primer doble del cuerpo para defenderse de la aniquilación del Yo.

Luego, pretendemos correlacionar la representación del Doble en una breve asociación con el desarrollo del narcisismo primario y la presencia del pensamiento

omnipotente en los niños, pues éstos creen que pueden interferir en los hechos externos. Freud da la sugerencia de una forma de conservadorismo de la energía de la libido –que se extiende hacia el objeto externo como imagen del cuerpo, Doble de sí mismo.

### **3.1. PRIMERAS APRECIACIONES SOBRE EL CONCEPTO DE LO SINIESTRO EN FREUD**

Freud termina de escribir su artículo sobre lo siniestro en un conturbado periodo de guerra. Ese es el motivo por el cual se presentan innumerables dificultades para encontrar referencias bibliográficas sobre el asunto. El impacto de ese periodo, presente en sus escritos, está demostrado con circunstancias muy conclusivas. Como buen estudioso que siempre fue, empezó un recorrido etimológico de los diversos campos semánticos de la palabra *unheimlich* (siniestro) en varios idiomas.

Nuestra propuesta, en el siguiente capítulo, es sentar las bases que determinan la diferencia que Freud establece entre lo siniestro vivido y lo siniestro del mundo de la ficción, advirtiendo sobre esta fundamental diferencia: la presencia en la literatura de la sensación de *unheimlich* no es una simple traducción de lo que fue vivido en la ficción. Sin embargo, la creación literaria sí es capaz de crear un *unheimlich* propio. Eso se debe a especificidades que trataremos a continuación, tales como el acercamiento tenue de lo más cotidiano como la realidad en la que se ubica el escritor, la habilidad impar de convertir lo familiar de lo cotidiano que en algunos casos se llega a obtener el efecto de lo siniestro. En el cuento “El Hombre de la Arena”, por ejemplo, es dable observar que el escritor quiere que nos miremos por medio de la diabólica lente de uno de sus personajes, el óptico Cóppola.

### 3.1.1. Época de guerra: Freud encuentra dificultades en su búsqueda bibliografía para elaborar sus estudios sobre ‘Lo siniestro’

De acuerdo con el traductor Strachey (Freud, 1995c, p.217) sabemos que Freud empezó a escribir el ensayo sobre “Lo Ominoso”[1919] varios años antes de su publicación y lo guardó en un cajón de su escritorio para retomarlo posteriormente. Ese fue un periodo, dicho sea de paso, particularmente importante por tratarse del final de la Primera Guerra Mundial. Se percibe claramente el impacto que tuvo esta tragedia en los escritos freudianos.

En dicho ensayo, Freud se queja de la ausencia de bibliografía médico-psicológica al respecto del tema (Siniestro), lo que se justifica en parte por tratarse de una época en guerra. El autor menciona que solamente encontró el estudio de Ernest Jentsch (1906, p.195) y que la búsqueda brotó de la propia sensación de incomodidad al percibir que nada en su vida le causa esa sensación de ominosidad, de extrañeza. Freud relata que el autor de dicho trabajo “hace ya largo tiempo que no vivencia ni tiene noticia de nada que le provoque la impresión de lo ominoso y por eso se ve precisado ante todo a meterse dentro de ese sentimiento, a despertar su posibilidad dentro de sí” (Freud, 1995c, p.220). La verdad es que Ernest Jentsch aportó muy poco sobre el asunto. Parte de esta contribución fue su interés en el cuento de Hoffmann -“El Hombre de la Arena”-, un texto que aportó valiosas ideas al psicoanálisis, tales como el fenómeno del Doble, el miedo a la muerte, y a la castración, entre otros.

Freud no duda en utilizar elementos de los más variados discursos y arma una estructura lógica que se sostiene debido a la acumulación de referencias, en detrimento de la complejidad del concepto de Siniestro. La pertinencia de los temas se afianza en el texto por las densas articulaciones, aunque ocasionalmente sean de órdenes diferentes. Se trata de una especie de asociaciones teóricas, en que se evade el menor riesgo de surrealismo debido a una postura totalmente racional, que son incorporadas a la perspectiva

psicoanalítica, abarcando desde citas literarias hasta evocaciones mitológicas, en un abordaje intertextual. A todo ello le debemos añadir las constantes alusiones a la práctica clínica, además de las relaciones conceptuales que engloban los tópicos tratados (Freud, 1995c).

### 3.1.2. Delimitación lingüística del vocablo ‘unheimlich’

Freud, influenciado por Jentsch, utilizará dos caminos para elucidar la cuestión de lo siniestro. En un principio, hará un exhaustivo recorrido por la concepción etimológica de la palabra en diversas lenguas, agrupando las diferentes impresiones de los sentimientos de lo siniestro en las sensaciones que provoca en términos sensoriales, vivencias y situaciones, tanto en personas como en cosas, con la finalidad de elucidar el carácter siniestro a partir de algo que exista en común a todos los casos, como el sentimiento de extrañeza que provoca lo siniestro.

En el texto “Lo ominoso” -en lengua alemana “*Das Unheimliche*”- a menudo se traduce por “lo siniestro”, “lo siniestro”, “lo extraño” y el sentido representa algo que es del orden de lo misterioso, inquietante, macabro, asustador, extraño, etc. (Freud, 1995c, pp. 215-251; Hanns, 1996, p.231). Con la finalidad de ayudar a la comprensión de este complejo vocablo, analizaremos minuciosamente el adjetivo *heimlich* que significa secreto, clandestino, extraño, oculto. A pesar de esto, la palabra *heimlich* en el idioma alemán arcaico también poseía una connotación de algo familiar, conocido. Se trata de un vocablo que culmina en una connotación ambigua, la que congrega tanto al sentido familiar (*heim*= *hogar*), íntimo, secreto, como también añade el sentido de extraño. Para Freud la cuestión está precisamente en la ambigüedad de la palabra *heimlich*, debido a que este término coincide con su propio antónimo *unheimlich* (Freud, 1995c, p. 220-226). Esta palabra se refiere a algo que nos provoca miedo, temblores, algo muy temible (Tochtrup, 2001, p.577). El prefijo “un” equivale aproximadamente a una negación, como “des”, “in” (Hanns, 1996, p.232). Sin embargo, ese radical puede tener una función aumentativa. Hanns (1996) subraya que, desde la perspectiva meramente lingüística, *unheimlich* “posee

solamente el sentido de inquietante y siniestro” (Hanns, 1996, p.231), o sea que no hay nada dudoso como en el término *Heimlich*. A pesar de todo, desde el punto de vista psicoanalítico, Freud dice que esta ambigüedad estará presente en el vocablo *Unheimlich* y propone que este tiene que ver (en lo más íntimo de nosotros) a aquello que nos resulta más extraño (Freud, 1995c, p. 220-226).

### 3.1.3. Diferenciaciones entre lo siniestro que se experimenta y de lo siniestro que se refiere a la ficción literaria

Con la finalidad de comprender la manera en que está constituido lo siniestro, Freud realiza el recorrido lingüístico apuntado en el apartado anterior. Sin embargo, al no estar satisfecho con el trayecto realizado, Freud usa ejemplos tomados de la ficción y de la vida real para que sean susceptibles de provocar el efecto de lo siniestro (*unheimlich*). Pretendemos basarnos especialmente en la diferencia que Freud estableció entre lo siniestro experimentado, vivido y lo siniestro del mundo de la ficción. Claro está que haremos notar esta fundamental diferencia: la presentación literaria de lo *unheimlich* no es una simple transposición de lo que fue vivido al mundo de la ficción. Defendemos que la creación literaria realmente es capaz de crear una sensación de extrañeza, un *unheimlich* propio, sui generis, que forma parte esencial de algunos géneros literarios. Así, al caracterizar la relación que hay entre lo *unheimlich* vivido y lo *unheimlich* del mundo de la ficción, Freud formula una interesante paradoja, a saber:

*Muchas cosas que si ocurrieran en la vida serían ominosas no lo son en la creación literaria, y en esta existen muchas posibilidades de alcanzar efectos lo siniestros que están ausentes en la vida real (Freud, 1995c, p.248).*

#### *3.1.3.1. Las formas en que lo siniestro se refiere a la ficción literaria*

Todo ello nos permite creer que entre la sensación de lo siniestro vivido, experimentado y lo siniestro que pertenece al mundo de la ficción hay profundas

diferencias. Claro está que también hay puntos de intersección. Sin embargo, muchos casos de lo siniestro en la vida real no lo son en la ficción. El caso recíproco también es verdadero: infinitas cosas que serían siniestras en la ficción no lo son en la vida real. Podemos dar un ejemplo de lo que estamos afirmando: los cuentos de Hadas. Una de las características de este tipo de relatos es que los seres inanimados puedan volver a la vida. ¿Quién se atrevería a decir que le provoca una sensación siniestra el ver cómo Blancanieves abre los ojos en su ataúd? Asimismo, tenemos la resurrección de los muertos en las milagrosas historias relatadas en el Nuevo Testamento, que nada tienen en común con lo siniestro (Freud, 1995c, p.246). Todo ello sin hablar de la Metamorfosis kafkiana (Kafka, 1995): el protagonista Gregorio Samsa, una mañana, al despertarse se ve transformado en un gigantesco insecto. A pesar de ello, podemos concordar en que no se trata de una idea muy original ya que la mitología está repleta de transformaciones: Cadmo y Armonía se han transformado en serpientes (Grimal, 1981, p.222); Júpiter metamorfoseó a todos los habitantes de Pitecusa en monos (Grimal, 1981, p.299); y también tenemos *El Asno de Oro*, del escritor latino Apuleyo (2006), una novela que cuenta la historia de Lucio, el que se quería transformar en pájaro mediante un determinado unguento fantástico, pero que recibió por equivocación una pomada que lo transformó en un infeliz asno.

Claro que podemos llegar al consenso de que si todo eso sucede de verdad, en la vida real nos provocaría una sensación siniestra. En contrapartida, los cuentos de hadas antes mencionados no provocan de ninguna manera una sensación siniestra. Para que se produzca el efecto siniestro es necesario que aparezca en la realidad algo que se piense como increíble, inverosímil. Sin embargo, ello debe preservar algo que sería familiar, vale decir, que aparezca algo que en realidad no debería haber aparecido. Tal como dice Schelling, citado por Freud: “lo siniestro es algo que, destinado a permanecer en lo oculto, ha salido a la luz” (Freud, 1995c, p.241). De esta forma, si el escritor, como ocurre en los cuentos de hadas, crea un mundo o una realidad fantástica en la que todo es posible, pero no introduce ningún elemento que evoque una posibilidad de identificarse, entonces por consecuencia no hay un espacio para se produzca el efecto siniestro.

Para Freud es muy diferente la situación en la que el escritor logra la hazaña de ubicar el terreno de la realidad común o cotidiana en los escritos. Cuanto más cotidiana es la realidad en la que se ubica el escritor, más asegurado está que se obtenga el efecto de lo siniestro. Los relatos siniestros que han tenido más éxito son aquellos cuya acción transcurre en el ámbito de una casa, en la realidad más cotidiana, más familiar de una persona. Sin embargo, para Freud mucho de ello sucede si el escritor aparenta estar en el terreno de la realidad común. Es entonces que adopta todas las condiciones que en la vida real determinan la aparición de lo siniestro, y cuando las vivencias tengan este carácter, también lo tendrá la ficción. En este caso, el escritor puede llegar a exaltar o multiplicar el efecto siniestro mucho más allá de lo que es posible en la vida real. El artista hace que suceda lo que jamás o raramente pudiera pasar en la realidad (Freud, 1995c, p.238-251).

Es verdad que el escritor nos provoca al comienzo una especie de incertidumbre al no dejarnos adivinar, a propósito, lo que realmente sucede y nos propone conducirnos al mundo real o a un mundo fantástico, producto de su albedrío. Claro está que el escritor tiene el derecho de hacer una cosa o la otra, y elegir por escenario de narración un mundo en el que se muevan los espíritus, demonios y fantasmas, como sucede, por ejemplo, con Shakespeare en Hamlet, en Macbeth y también, en otro sentido, en la obra “La Tempestad” y en “Sueño de Una Noche de Verano” (Freud, 1995c, p.249). Además, podemos mencionar las almas del Infierno de Dante (Freud, 1995c, p.249-251). De esa manera, tendremos que someternos al escritor y aceptar como realidad objetiva el mundo de su imaginación, aunque eso no confiere el carácter de provocar las sensaciones ominosas. Ocurre de un modo diferente en el cuento de Hoffmann, en el que se disipa la duda y nos damos cuenta de que el escritor anhela que nos miremos a través del diabólico lente del óptico Cóppola. En este cuento se hace presente una de las formas más extendidas y más siniestras de la superstición: el miedo, el horror al “mal de ojo” (Freud, 1995c, p.239). Es un tema que despierta efectos francamente siniestros y logra activar las angustias más profundas de la infancia<sup>36</sup>.

---

<sup>36</sup> Tema que trataremos más adelante, cuando abordemos la relación entre las angustias infantiles y lo siniestro.

Freud menciona otros ejemplos, como cuando un personaje se pierde en la niebla de una montaña, y a pesar de todos los esfuerzos para encontrar un sendero o un camino conocido, vuelve incesantemente al mismo lugar, caracterizado por un determinado aspecto. O cuando una persona está errante por una habitación desconocida y oscura, tanteando, buscando la puerta o la llave de luz, tropezando por décima vez con un mismo mueble. Esta es una situación que Mark Twain, aunque de una manera grotescamente exagerada, pudo darle un irresistible toque de comicidad, pero sin tener elementos siniestros (Freud, 1995c, p.237-238).

En los cuentos de Andersen las ollas hablan, como también los muebles y el soldadito de plomo. Sin embargo, nada puede estar más lejos de ser siniestro, como tampoco lo es la bella estatua que tiene Pigmalión (Freud, 1995c, p.245-251).

### *3.1.3.2. Concepciones de lo siniestro como algo experimentado – vivido*

En el mismo texto (Lo ominoso) que cita Freud encontramos otro ejemplo en que hay un sentimiento de insatisfacción que nos queda, una especie de “inquina por el espejismo, intentado, como Yo mismo [Freud] lo he registrado con particular nitidez tras la lectura del cuento de Schnitzler “La profecía” (Freud, 1995c, p.250)<sup>37</sup>. El autor también dispone de un recurso mediante el cual puede sustraerse de nuestra rebeldía y al mismo tiempo mejorar las perspectivas de alcanzar sus propósitos. Este tipo de escritor, de profunda capacidad de aprehensión de las verdades inconscientes y conocedor de la naturaleza biológica humana, nos depara un momento de fuerte tensión durante un buen lapso, con mucha habilidad y astucia, dejando para el final del cuento la aclaración de todo lo que había permanecido en suspenso. De ese modo, la ficción crea nuevas posibilidades, inexistentes en la vida real.

---

<sup>37</sup> Schnitzler, Arthur (1862-1931) dramaturgo y narrador austriaco. Abandona la medicina (como médico, ya se interesaba por el psicoanálisis) para dedicarse a la literatura.

Otras circunstancias que podemos señalar son las que privan la impresión siniestra en la farsa de Nestroy<sup>38</sup>, *Der Zerrissene* “El despedazado” - que pasa cuando el fugitivo, al que se lo tiene por asesino, cada vez que levanta la tapa del sótano ve que se le aparece el fantasma de su víctima y el fugitivo exclama desesperado: “¡Pero si yo maté solamente a uno! ¿A qué se debe esta atroz multiplicación?” (Freud, 1995c, p.251). Nosotros estamos enterados de las circunstancias que pasan anteriormente a esta escena y no podemos compartir el error del andrajoso, de manera que cuando para él eso es siniestro, para nosotros sólo tiene una irresistible comicidad. Hasta en una aparición “verdadera” como en el cuento de Oscar Wilde<sup>39</sup> “El fantasma de Canterville” desaparecen todos los rasgos que inspirarían terror, como sucede cuando el escritor se permite la broma de ridiculizarlo y de burlarse del personaje (Freud, 1995c, p.251). Este es un tipo de independencia que en el mundo de la ficción puede darse entre el efecto emocional y el asunto que ha sido elegido, vale decir, provocar sentimientos angustiantes, claramente siniestros.

Sin embargo, muchas obras literarias están cercanas del concepto freudiano de *unheimlich*. Para innumerables autores del género fantástico, el contacto con lo extraño es una experiencia frecuente en sus cotidianos. Posiblemente esta sea una de las razones por las que un escritor ejerce el oficio de escribir literatura. Freud se dedica a revelar, ya en las primeras páginas, que “lo ominoso es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo” (Freud, 1995c, p.220).

Lo siniestro siempre es un área en la que el individuo está inseguro al respecto de sus temores más arcaicos, más que su propia orientación a su alrededor. Freud manifestó esa cuestión pensando evidentemente en lo que le había pasado ese día en que se halló en una calle en la que no podría permanecer por mucho tiempo porque se trataba de la calle de los prostíbulos. La región estaba llena de mujeres maquilladas en exceso, las que se asomaban a las ventanas de los burdeles. Freud apuró el paso para alejarse del lugar, pero se perdió y después de andar bastante se dio cuenta de que estaba, exactamente, en el mismo lugar del que había salido. Evidentemente percibió que una parte de su ser no quería alejarse de ninguna manera del lugar prohibido. *Unheimlich* –para Freud– fue la

---

<sup>38</sup> Nestroy, Johann Nepomuceno (1802-1862) gran comediógrafo austriaco, precursor del teatro moderno, su originalidad está en el uso de una sátira social que retrata las farsas en forma de episodios de cultura locales.

<sup>39</sup> Oscar Wilde (1854-1900) escritor irlandés.

percepción de que por más que se dedicara a huir de ese lugar, una parte de su mente anhelaba volver de cualquier modo. Parafraseando al propio médico vienés, son como “esos cumplimientos instantáneos del deseo, y lo siniestro brilla por su ausencia” (Freud, 1995c, p.245).

Vamos a terminar este sub apartado con un ejemplo del cuento de Hauff, *Die Geschichte von der abgehauenen Hand* «Historia de la mano cortada», en el que el autor produce una determinada impresión siniestra el lograr reemplazar lo que Freud menciona en los complejos infantiles reprimidos como el complejo de castración. Este tema será tratado profundamente en el próximo apartado.

### **3.2. LA COMPLEJA RELACIÓN ENTRE LO SINIESTRO Y EL COMPLEJO DE CASTRACIÓN**

Empezaremos este punto destacando un tema relevante: la mirada. Este asunto lo vincularemos al Complejo de Castración. A partir del momento en que es creado el Psicoanálisis, podemos afirmar que la mirada deja de ser un simple atributo del sujeto de la conciencia y pasa a ser un objeto de la pulsión. El miedo de quedarse ciego, por ejemplo, es un sustituto frecuente de la angustia de castración.

Después de abordar este asunto, nos dedicaremos a la problemática del Complejo de Castración, un componente que está en la base del psiquismo y se correlaciona con la sensación de lo siniestro (Freud, 1995c, p. 231, p.243). Más adelante, vamos revisaremos el mundo de los fantasmas hoffmannianos. Nos detendremos en el análisis del mencionado cuento “El Hombre de la Arena”, por tratarse de una historia que, entre otros temas, hace un rodeo en torno a ideas que son de gran valor para el psicoanálisis, como la búsqueda inconsciente, el miedo a la muerte, el goce y lo trágico. En otras palabras, ahondaremos en la insistencia del personaje Nathaniel por querer ver más allá de lo que debe ser visto, saber toda la verdad sobre el sexo, la castración y la muerte, deseo que es totalmente insoportable. En esta saga, la figura principal del cuento, buscando la verdad, marca un camino de destrucción de los objetos y de sí mismo. En este capítulo, reflexionaremos aún sobre el personaje Nathaniel, que se encuentra en un juego de espejos desfigurados en los

que la sombra del objeto cae sobre el Yo, como un velo que lo ubica en las sombras y lo silencia en la profundidad de la oscuridad.

### 3.2.1. El miedo de perder los ojos y su relación con el temor a la castración

Desde la época de la antigüedad, la mirada fue considerada el sentido humano por excelencia. La visión y el conocimiento se hicieron inseparables. La mirada siempre articulaba el deseo a la sensación de placer. Desde los Pitagóricos el brillo, lo bello, la conquista y el poder siempre estaban asociados a la visión. Santo Tomás de Aquino (2001), en el Libro I de la Metafísica, dice que la vista es el mejor de todos los sentidos, y que abarca el mayor número de objetos. Otro doctor de la Iglesia, San Agustín (2002), en su obra “Las Confesiones”, afirma que los ojos son los sentidos que están más aptos para el conocimiento. Para la filosofía antigua, ver, desear y conocer eran fenómenos que estaban presentes en el sujeto y que se manifestaban por medio del sentido y de la conciencia. La visión llenaba los ojos y alimentaba el alma. De esa manera, el mundo sensible, fenoménico, estaba al alcance de lo que podría ser visto y tocado por los ojos (Freud, 1995c, p. 231-233).

Desde la creación del psicoanálisis, y más precisamente con Freud y Lacan, la visión pasó a tener un nuevo estatuto. Al principio hay una separación entre la visión y la mirada. Si en la antigüedad eran usados como términos semejantes, ahora se insta una diferencia. La mirada deja de ser un simple atributo del sujeto de la conciencia y pasa a ser objeto, más específicamente, un objeto de la pulsión<sup>40</sup>. Por eso, Freud nos dice que donde estaba localizada la visión, ahí se descubre la pulsión. En el Edipo, la saga de Sófocles, el objeto causa del deseo de saber se desvela al final con la mirada.<sup>41</sup>

---

<sup>40</sup> Lo que Lacan denominó de Pulsión Escópica.

<sup>41</sup> Podríamos hacer uso del Cogito cartesiano, *Pienso, luego existo*, que pasaría por algunas adaptaciones, tales como: *Veo, luego pienso*; o para el psicoanálisis, que sería: *Soy visto, luego existo*. La mirada entonces pasa a ser constitutiva de la subjetividad del sujeto. Más específicamente, podemos decir, tal como lo formuló Lacan, que la mirada del Otro estructura el funcionamiento psíquico del sujeto.

El estudio de los sueños, de las fantasías y de los mitos no enseña, más que todo, que el temor a la pérdida de los ojos, el miedo de quedarse ciego, es un sustituto frecuente de la angustia de castración. Sin embargo, es Freud, el excavador de los umbrales, quien dice que el mítico criminal, al quedarse ciego, no es más que una castración atenuada, pena que, de acuerdo con la Ley del Tali3n<sup>42</sup>, ser3a la 3nica adecuada para ese tipo de crimen. Es as3 como el temor por los ojos se relaciona con la angustia de castraci3n: es totalmente comprensible que un 3rgano tan apreciado como el ojo sea protegido por una ansiedad de este tipo. Podemos alegar que la angustia de castraci3n es el sustrato profundo de este afecto amedrentador. Por eso, el miedo de perder los ojos, de quedarse ciego, es con “harta frecuencia un sustituto de la angustia ante la castraci3n” (Freud, 1995c, p.231).

Una de las formas m3s ominosas tiene como fuente la angustia de castraci3n y parece estar en 3ntima correlaci3n con la p3rdida de los ojos, tal como mencionamos anteriormente. Complementando con el comentario de Freud que los ojos:

*Quien posee algo valioso y al mismo tiempo fr3gil teme la envidia de los otros, pues les proyecta la que 3l mismo habr3a sentido en el caso inverso. Uno deja traslucir tales mociones mediante la mirada, aunque les deniegue su expresi3n en palabras; y cuando alguien se diferencia de los dem3s por unos rasgos llamativos, en particular si son de naturaleza desagradable, se le atribuye una envidia de particular intensidad y la capacidad de trasponer en actos esa intensidad. Por tanto, se teme un prop3sito secreto de hacer da3o, y por ciertos signos se supone que ese prop3sito posee tambi3n la fuerza de realizarse (Freud, 1995c, p.239-240).*

---

<sup>42</sup> La Ley del Tali3n es un principio jur3dico seg3n el cual la pena debe ser proporcional a la ofensa. Fue ampliamente difundida en el derecho consuetudinario de los pueblos arcaicos. Uno de los m3s conocidos hasta hoy es el famoso “Ojo por ojo, diente por diente” de los israelitas (3xodo, 21, ver Biblia de Jerusal3n, 1978, p. 92). Tambi3n se pueden encontrar m3s informaciones en el Dicion3rio de Ci3ncias Sociais, 1987, p.1198.

### 3.2.2. Fundamentos teóricos del concepto del complejo de castración

Nos referiremos a la problemática del Complejo de Castración como un componente que está en la base del psiquismo y mencionaremos su posterior correlación con lo siniestro. El complejo de castración retrata la diferenciación sexual; la diferencia anatómica entre los sexos es un semblante de que algo falta, o de que podrá llegar a nacer - en el caso de la niña-, y que puede llegar a perderse –en el caso del niño. De todos modos, en esta ausencia se instaura la fantasía de una posibilidad perdida para el niño; y en el caso de las chicas se instaura la pregunta de si algún día podrá tener esa parte que le está faltando. La ausencia está presente en ambos sexos, y nacen fantasías para darle un sentido a la angustia que brota como resultado de esta falta. En la teoría sexual infantil, que consta en el texto “Tres ensayos de teoría sexual”, de 1905, Freud menciona que los niños, en determinada etapa de la vida, piensan que todos los humanos tienen pene. Para Freud, más tarde el sujeto infantil comprenderá la diferencia anatómica entre los sexos mediante la castración. Esta es una peculiar etapa de la infancia, que está representada en la evolución de la sexualidad infantil, simbolizada por el primado del falo para los dos sexos. Su valorización representa la formación prefigurada de una futura subjetividad que se constituirá por estar apoyada en el narcisismo primario. La valoración del mencionado falo señala la parte constituyente de la propia formación del Yo. (Freud, 1995c, p.231)

Por otro lado, la angustia ante la castración –peculiar del complejo edipiano- no se limita solamente a tener miedo por la pérdida real del órgano anatómico. Si fuera de esa manera, entonces las niñas no padecerían de ese tipo de angustia. Lo que sí es fundamental es el miedo de perder algo fundamentalmente constitutivo de la estructura psíquica. Se trata de un representante simbólico que sobrepasa lo real y cohabita con lo simbólico. En el texto mencionado, Freud le añade a la problemática narcisista la ampliación del concepto de angustia de castración, en que el falo se considera una parte de la imagen del Yo, y que a su vez está en íntima correlación con el Edipo.

El falo siempre ha ocupado un lugar relevante en los tiempos antiguos, expresado en diversos tipos de arte, como órgano de poder, valorización, autoridad, entre otros. Ha desarrollado una función central en los cultos y ceremonias por representar la unidad de la fuerza y la autoridad. Para el Psicoanálisis, el falo tiene el significado simbólico de la etapa llamada fálica, que consiste en la evolución de la libido para ambos sexos, y en que el complejo de castración tiene un papel fundamental, aunque tiene su mayor relevancia en la resolución del complejo edípico. Para aclarar, podemos decir que el complejo de castración tiene dos características básicas: la primera está relacionada con el miedo que tiene el niño de perder el pene; la segunda característica es la envidia de la niña. Sin embargo, lo que los niños tienen miedo de perder o no tener es el lugar de privilegio, vale decir, no es el pene en sí mismo, sino lo que representa: una posición valorada por el otro, en el referido caso, de los padres o sus sustitutos. De ese modo, Freud amplía la noción del Complejo de Edipo y añade la cuestión de que el individuo desea que el otro lo desee, en el sentido de que lo valore y lo estime. Se demuestra así que el deseo está bajo la égida del narcisismo (Freud, 1995c, p.230-232).

Lo que se teme perder ocupa una función simbólica capaz de trasplantarse de un mero sentido anatómico a una instancia que se representa por el resultado de una problemática ubicada entre lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo, como bien lo apunta Laplanche (1986). De esa manera, se amplía el significado del falo y se le delega toda una valorización que se constituye en la formación de la psiquis.

Todo ello demuestra que los privilegios que se agregan por poseer ese atributo de máxima valorización –como también de ocupar, preferiblemente, ese lugar- no residen simplemente por una calificación de atributos sino que, por sobre todas las cosas, por representar el lugar predilecto frente al otro. Eso quiere decir que consiste en ocupar un lugar de legitimidad frente a la mirada del otro, y así configurar el privilegio que se avala en una conquista. Freud sustenta que la estructura narcisista y la función edípica son inseparables, en la medida en que se constituyen de manera simultánea en el psiquismo.

Otro aspecto del Complejo de Castración que es dable mencionar está relacionado a una significación sexual narcisista. Por ello, Freud manifiesta que:

*Ya en la época de la infancia el pene es la región erógena por excelencia, el objeto sexual autoerótico más importante y su valorización se refleja de modo lógico en la imposibilidad de representar a una persona semejante al yo sin esta parte constitutiva esencial (Freud, 1995b, p.177-178).*

De ese modo, el punto de impacto en el narcisismo, el falo, como bien lo señalan Laplanche y Pontalis, se considera una parte fundamental de la imagen del Yo, y la amenaza que lo aflige pone en peligro radical esta imagen, precisamente en esa etapa del sujeto infantil, en que incluso no posee una imagen integrada, y al intentar agrupar una unidad, el niño pasa por la experiencia de sentir la amenaza de desintegrar la unificación del Yo, en esos primeros intentos de unificación (Laplanche y Pontalis, 1996, p.59). Se trata de una amenaza arcaica de aniquilación del Yo infantil en sus tentativas de integrarse en una unidad, como posteriormente será en el Edipo, habiendo una amenaza de la memoria relacionada al falo y a la ley.

Freud señala la existencia de dos aspectos: al referirse a la ley de castración dice que uno sería el propio complejo que genera angustia, y otro sería una angustia arcaica. Esta se mostraría frente al miedo de desestructuración, al peligro de diferenciación, a la onda energética, onda libidinal, que inunda completamente al individuo o a su agente de síntesis, o sea, al Yo. Aquí parece que esa angustia amenaza a la unidad del Yo, como una excitación que invade al cuerpo y no logra ser descodificada por el cuerpo. Por otro lado, la castración aparece como un representante de la ley. Y, como toda ley, constituye una narrativa con el objetivo de ordenar determinadas partes de la estructura que regula a las relaciones humanas.

Una cita del libro de Jacques Andre: la angustia de castración ya se hace presente en el texto de Freud, “Historia de una neurosis infantil”, cuando se analiza el sueño:

*Una angustia arcaica; angustia frente al deseo, frente al ataque pulsional. Desde diversos aspectos, la angustia de castración aparece como un modo de calificar y, con eso, se convierte en algo más manejable y más dominable (Andre, 1991, p.82).*

Una gran parte de la aparición de la angustia moral –que denominamos de Superyó- es en gran medida de origen pulsional, específicamente de naturaleza arcaica. En su teoría del Aparato Psíquico, Freud menciona que esta angustia es el resultado de una ley que se remite a la energía pulsional. Por lo tanto, se refiere a cómo se vincula lo pulsional con la ley, cómo se procesa esta articulación y por ello primero hay que aclarar que no se trata de lo pulsional con su carácter destructivo anárquico, sino de una determinada regulación de la pulsión. Y este regulado de la pulsión se orienta por la ley del Complejo de Edipo, o sea, es una ley compuesta por la necesidad de separar los sexos de las generaciones. Este es el núcleo de la cuestión, el Edipo que une la ley a lo pulsional. Estos dos puntos mencionados generan una encrucijada entre una fuente de angustia (pulsional) y las normas. Es precisamente en este punto de encuentro que se articula el problema de la castración.

La angustia de castración posee una multiplicidad de formas<sup>43</sup> como, por ejemplo, la angustia de despedazamiento, de separación, etc. Sin embargo, tal como lo comentan Laplanche y Pontalis, hay una angustia que es prioritaria, y se trata de la angustia de muerte, que remite a otras angustias y, especialmente, a la angustia de castración (Laplanche y Pontalis, 1996, p.23). Entonces la angustia de castración está anclada en la angustia de muerte, bien como en la angustia de pérdida de amor<sup>44</sup>. Este es precisamente el punto que nos interesa profundizar: el vínculo que hay entre la angustia de castración, especialmente en el ámbito del desarrollo de la sexualidad infantil, y su desplazamiento en la vida adulta hacia la tonalidad de la angustia de muerte. En el texto sobre lo siniestro, Freud relata algunos ejemplos al respecto de que el miedo a la muerte evoca diversas reacciones de protección, una seguridad contra el sepultamiento del Yo, una «enérgica desmentida [*Dementierung*] del poder de la muerte» (Freud, 1995c, p.235). Se trata, pues, de un recurso defensivo contra el aterrador miedo infantil de aniquilación del Yo.

El narcisismo que ordena a la vida anímica, y que encuentra sentido en el esfuerzo de unificación de un cuerpo fragmentado, gracias a la capacidad de representarse (a sí

---

<sup>43</sup> Esta cuestión está muy bien trabajada por Freud en su texto “Inhibición, Síntoma y Angustia” (Freud, 2001b).

<sup>44</sup> Inclusive Freud, en varias oportunidades en el transcurso de su teoría, la correlacionó entre la angustia de castración y la angustia de la pérdida de amor de la madre (principalmente en las mujeres), entendiendo como angustia el ataque pulsional interno.

mismo) es gobernado por el narcisismo primario basado en las representaciones nacidas de un amor sin restricción por sí mismo. Ese proceso de unificación sería un seguro “de supervivencia, que pasa a ser lo siniestro anunciador de la muerte” (Freud, 1995c, p.235).

A continuación, proponemos articular en el próximo punto del presente trabajo y recurriendo al caso de “El Hombre de la Arena” de Hoffmann, una cuestión que se refiere al despertar de la profunda y antigua angustia infantil: el hito representacional de la castración, que se desborda en una profunda aflicción en el miedo a la muerte (Freud, 1995c, p.233-238).

### 3.2.3. La correlación entre la castración y el cuento “El Hombre de la Arena” – de E.T.A. Hoffmann

Para comprender lo siniestro, Freud recurrirá al cuento “El Hombre de la Arena” – de E.T.A. Hoffmann –y, como bien lo apunta Masotta (1980)- se trata de una literatura diseñada, en que la ficción se ha vuelto necesaria para mejor ilustrar lo que se estaba tratando. La temática del cuento debe ser entendida como un sistema de bricolaje, cuyo armado final depende de la acumulación de ejemplos que se exponen. La pluralidad de los temas abarcados, al dar vueltas sobre un eje central, adquiere una velocidad centrífuga que se desprende y contorna las órbitas específicas, dignas de ponderación debido a la profundización. Los fantasmas hoffmannianos tienen garantizado el lugar paradigmático, ya que, de acuerdo con la lógica freudiana, las resonancias ominosas serán atribuidas, en gran parte, al complejo de castración, tema de este capítulo. Este cuento trata, entre otros temas, de ideas importantes para el psicoanálisis, como los ojos robados/pinchados por otro, remitiendo a la castración; la insistencia en querer ver –más allá de lo que debe ser visto- la verdad completa; y la búsqueda inconsciente, el miedo a la muerte, temas que se vinculan a lo siniestro (Freud, 1995c, p.233-238). En su recorrido, Nathaniel –un niño que llega a convertirse en un joven novio- en la búsqueda de la verdad, marca un camino de destrucción de los objetos amados y de sí mismo. La verdad sobre el sexo, sobre la

castración y la muerte son insoportables, debiendo ser vistas únicamente en su opacidad (Freud, 1995c, p.234).

### *3.2.3.1. Lo siniestro comprendido bajo dos fenómenos: el de sí mismo y el del doble*

En el texto sobre lo siniestro, Freud estudia este cuento enunciado, y le llaman la atención dos fenómenos: el de sí mismo y el del doble. También pasa lo mismo con la imposibilidad instantánea de reconocerse, para que enseguida el Yo se apodere de la imagen que le es propia. Eso es exactamente lo que le pasó a Freud, cuando al estar dentro de un camarote en un vagón de tren, de repente no reconoció su propia imagen que se reflejaba en el espejo de ese lugar, para darse cuenta más tarde del “mal entendido” o, mejor, “de lo mal reconocido” que le había sucedido (Freud, 1995c, p.228-233).

Sin embargo, en lo que respecta al doble, podemos decir que la constitución del mismo y su funcionamiento se muestran mucho más complejos. Es otro de sí mismo, desconocido como tal y reconocido por la sensación de extrañamiento que es capaz de provocar. El doble es Otro, que mira al sujeto sin decirle nada, sólo hace que se interroge con la siguiente cuestión: “¿qué quieres de mí?” El cuento retrata el desdoblado de los representantes de lo inconsciente en los diversos personajes que se multiplican y que provocan el sentimiento de lo siniestro, ratificado por el eterno retorno de lo igual (Freud, 1995c, p.234)

### *3.2.3.2. Aproximaciones del cuento ‘El Hombre de la Arena’ en la perspectiva psicoanalítica*

Ahora, volvamos al cuento de Hoffmann, maestro consumado de lo insólito. La historia pasa alrededor de los recuerdos infantiles del joven estudiante universitario Nathaniel. La narración empieza con una carta que Nathaniel le escribe a su amigo Lothaire, quien es el hermano de la novia de Nathaniel, una joven llamada Clara. En la carta pide disculpas por su alejamiento, justificado porque vive un período atormentado y

relata, con conciencia crítica, que un aparente motivo banal le desencadenó un estado de perturbación mental:

*Algo terrible se ha cruzado en mi camino. Malos presagios en relación a un tenebroso futuro pesan sobre mí como nubes cargadas, que ningún sol puede llegar a penetrar... Te diré lo que me sucedió hace algunos días, exactamente el 30 de octubre, al mediodía: un vendedor de barómetros entró a mi cuarto para ofrecerme sus mercancías... lo amenacé con tirarlo por la escalera y, después de eso, se fue, solo (Hoffmann, 1993, p. 223, nuestra traducción).*

La narración describe la total desproporción del acto frente a un simple vendedor de barómetros, conocido como un oftalmólogo de Pimento, llamado Giuseppe Coppola, e indaga –con mucha angustia– el porqué de tal aflicción. El joven atormentado continúa escribiendo con la intención de entender lo que le había pasado y calmarse. Piensa que el origen de su temor se encuentra en la época de infancia. Nathaniel cree reconocer en esta figura del vendedor de barómetros, de apellido Coppola, al terrorífico abogado Coppelius. El relato continúa evocando los recuerdos infantiles de Nathaniel, intentando desterrar los que se le anudan a la enigmática y terrorífica muerte de su amado padre. Menciona que algunas veces, antes de irse a la cama, con la intención de hacerlo dormir más temprano la madre utilizaba determinadas amenazas sacadas del folclore alemán. Hacía alusión, por ejemplo, al Hombre de la Arena, lo que constituía elementos amenazantes para cualquier niño. Además, la nodriza le añadía algunos elementos a la narrativa y decía (Freud, 1995c, p.235-237):

*Es un hombre malo que busca a los niños cuando no quieren irse a la cama y les arroja puñados de arena a los ojos hasta que estos, bañados en sangre, se les saltan de la cabeza; después mete los ojos en una bolsa, y las noches de cuarto creciente se los lleva para dárselos de comer a sus hijitos, que están allá, en el nido, y tienen unos piquitos curvos como las lechuzas; con ellos picotean los ojos de las criaturas que se portan mal [Hoffmann] Freud, 1995c, p.228,).*

Es bien sabido que el momento de irse a dormir es un paso hacia otra dimensión, en el aparato psíquico. Nathaniel, como todo niño, ingresará en el sueño activado por el

miedo, y este va a potenciar los fantasmas más recónditos de su ser, aguzará el imaginario de la criatura al pensar que está escuchando los pasos del atormentador hombre de la arena. Nathaniel no logra calmar su aflicción, muy por el contrario, esta se intensifica más mediante una curiosidad irresistible, la de ver, descubrir al Hombre de la Arena. Por ello, llega al punto de esconderse en el estudio de su padre, llevado por la intuición de que podría, finalmente, desvelar al personaje que tanto perturba su infancia. Aquella noche puede presenciar la inesperada visita de un hombre con apariencia repugnante, de hombros anchos, con una cabeza desproporcionadamente grande, con rostro ocre, una mirada penetrante y una enorme nariz, lo que identifica como El Hombre de la Arena del folclore:

*El Hombre de la Arena estaba parado frente a mi padre en el medio de la habitación, a la luz de las velas que brillaban sobre su rostro. El Hombre de la Arena, el tenebroso Hombre de la Arena, era en verdad el viejo abogado Coppelius, que siempre cenaba con nosotros [Hoffmann] (Freud, 1995c, p.238,).*

La sorpresa del descubrimiento fue saber que el Hombre de la Arena era nada menos que un personaje familiar, un conocido, la figura del abogado Coppelius, quien frecuentaba la casa de Nathaniel y robaba la alegría de la madre, al mismo tiempo que suscitaba una posición de sometimiento en el padre. El niño continúa detrás de la cortina, inundado por la curiosidad, y relata:

*Mi padre abrió la puerta de lo que yo siempre había creído que se trataba de un armario... sin embargo, era una espacio oscuro en el que había un pequeño hogar. Todos los tipos de utensilios estaban en ese lugar. Dios mío! Cuando mi viejo padre se agachó hacia el hogar, parecía ser otro hombre. Un dolor convulsivo parecía que le destorcía los rasgos en un contorno diabólico y repulsivo, haciéndolo parecido con Coppelius, movía unas pinzas incandescentes... tuve la impresión de haber visto rostros humanos sin ojos, pero con grandes agujeros en esos lugares [Hoffmann] (Freud, 1995c, p.238).*

Nathaniel es inundado por un terror insoportable, por ello grita y revela el lugar en que se encontraba escondido. Coppelius lo agarra y lo lleva hacia el hogar encendido, diciéndole “ahora tenemos un lindo par de ojos de niño” [Hoffmann] (Freud, 1995c,

p.240), y agarra con las propias manos un puñado de brasas incandescentes con la intención de ponerlas sobre los ojos del niño. De repente, el padre de Nathaniel le suplica: “Por favor, maestro, perdone los ojos de mi Nathaniel” [Hoffmann] (Freud, 1995c, p.240); a lo que Coppelius le responde a gritos “déjelo con los ojos para que cumpla con su llanto en el mundo” [Hoffmann] (Freud, 1995c, p.240).

Hoffmann (1993) no aclara si Nathaniel tuvo o no un delirio debido a la angustia o, si de hecho, se remitió a un informe que había sido concebido como real o en una dimensión figurativa. El autor deja en dudas al lector al respecto de la veracidad de los hechos. En verdad, lo importante es el impacto imaginario que le provoca a Nathaniel, la realidad psíquica, porque, en caso contrario, esa historia no surtiría ningún efecto y su uso jamás se daría. Por ello, las amenazas externas se añaden a la angustia interna, el Hombre de la Arena provoca, el sentimiento de lo extraño, de lo siniestro al reconducirlo a una antigua angustia infantil: la castración (Freud, 1995c, p.233). Este es un punto relevante que deseamos subrayar en nuestro trabajo. Freud hace referencia a la función del desdoblamiento de la representación de la imago-parental:

*En la historia infantil, el padre y Coppelius figuran la imago-padre fragmentada en dos opuestos por obra de la ambivalencia; uno amenaza con dejarlo ciego (castración), y el otro, el padre bueno, intercede para salvar los ojos del niño (Freud, 1995c, p.232).*

Queremos destacar que cuando el cuento nos relata la acción de quemar y arrancar de ojos, todo ello permite ubicarlo en su justa importancia: entrelazando los poderes con el complejo de castración propiamente dicho, ratificando lo que antes hemos citado, cuando la experiencia psicoanalítica indica que el herir los ojos o perderlos es una angustia insoportable para los niños. Esta perdura en muchos adultos que tienen mucho más miedo de lastimarse los ojos que otra parte del cuerpo (Freud, 1995c, p.231).

Sin embargo, el momento más aterrador que le ocurrió en la infancia a Nathaniel, es el que relató en la carta a su amigo Lothaire, tratándose de algo que no había revelado todavía:

*Te convencerás de que no es por culpa de mis ojos que todo parece que no tiene color, en mi vida. Sabrás, efectivamente, que una terrible fatalidad se dio en mi vida, llegando como una gran masa de nubes terribles, que quizás solamente yo logre disipar solamente con la muerte [Hoffmann] (Freud, 1995c, p.241).*

Nathaniel se refiere a un hecho en que participa, otra vez, el abogado Coppelius, quien un año después vuelve a la ciudad. De modo repentino, vuelve a su casa y provoca sorpresa y molestias a todos. Ni el padre de Nathaniel esperaba esa visita y al ver que su familia está convulsionada, especialmente Nathaniel, promete que esa será la última vez que dicha visita entrará en la casa. También les pide a todos que suban al primer piso de la casa. El pequeño Nathaniel es capturado por la penetrante mirada del abominable abogado, que lo petrifica. Inundado por el pavor, sube para irse a dormir, con mucho miedo y perturbado por una sensación inquietante y una indescriptible angustia. El cuento toma un rumbo de suspenso del reencuentro y nos da la sensación de que, inevitablemente, algo fatídico va a pasar. En eso se escucha un grito agudo y desesperado. Nathaniel corre hacia el estudio del padre y se depara con una escena terrible, que lo marcaría para siempre: su padre estaba “en el piso, junto al hogar. Estaba muerto, con el rostro quemado, ennegrecido y terriblemente desfigurado” [Hoffmann] (Freud, 1995c, p.241).

*3.2.3.3. Lo trágico arrebató la infancia: brota la angustia que se hace presente con todo el vigor del pasado*

La desesperación se apodera de la escena; la madre se desmaya; las hijas gritan de horror y Nathaniel acusa a Coppelius, llamándolo de demonio maldito, gritándole: “Ud. mató a mi padre” [Hoffmann] (Freud, 1995c, p.241), para enseguida perder el sentido, no sin antes haber lanzado un grito de dolor. Lo trágico que había arrebatado su infancia brota y la angustia se hace presente con todo el vigor del pasado. Nos referimos a la muerte prematura del padre, cuya imagen perdurará en la atemporalidad de lo inconsciente, pues se trata de insoportables visiones del desamparo. Al narrar ese nefasto recuerdo de su vida tiene el propósito de ratificar el motivo de su desproporcionada reacción –citada al comienzo del presente sub apartado- frente al vendedor de barómetros, Giuseppe Coppola,

por creer que es un doble del propio abogado Coppelius, que lo acusa de ser el responsable por la muerte de su padre (Freud, 1995c, p.236-238).

Es así como el extraño rasgo –que se sale completamente del marco de la representación del Hombre de la Arena, nos dice Freud (1995C, p.238)- pone en escena el nuevo equivalente de la castración. Cuando señala la identidad de Coppelius con su ulterior contraparte, Coppola, ambos son reediciones, reencarnaciones, un doble del padre de Nathaniel:

*Al verlo a Coppelius ahí – recuerda el ya crecido Nathaniel – un pensamiento aterrador se adueñó de mi alma: ningún otro sino él podría ser el Hombre de la Arena. Sin embargo, el Hombre de la Arena no era más el monstruo de una historia infantil, que ofrecía los ojos de los niños a sus propios hijos en el nido, en una noche de luna creciente. Claro que no. Se trataba, ahora, de un terrible monstruo, espectral que llevaba consigo el odio, la miseria y la destrucción – temporales eternos- siempre que se hacía presente [Hoffmann] (Freud, 1995c, p.242).*

Nathaniel, incluso ya adulto, seguirá estando inundado por la angustia: la fuerza de su historia emerge y lo sitúa en una confusión psíquica. Su novia, Clara, en vano intentará sacarlo de esa turbulencia emocional, dándole una connotación de realidad a los hechos. A pesar de eso, no logra ayudar a su novio porque este se encuentra inundado por la ausencia de lucidez: al escucharla siente que sus palabras son sólo un discurso frío, sin color, y muerto. Las sobrias reflexiones de Clara le suenan a Nathaniel como un viento congelado en el fuego interno que está a punto de extinguirse, desvitalizado por el abismo que lo invade, un sentimiento de vacío que lo desaloja del mundo real (Hoffmann, 1993, p.242).

Proponemos hacer una lectura de la reacción del joven Nathaniel frente a los distintos personajes en cuestión que se desdoblan en diversos dobles - El Hombre de la Arena, Coppelius, Copolla -, repetición del contenido reprimido por una parte, y por otra, presencia de la compulsión de repetición que enlaza el sentido de esos personajes. Son repeticiones que pertenecen a una nueva configuración de concebir lo imaginario, y arman otro orden, el de lo siniestro, lo siniestro que son “aquellos que tienen que ver con los

augurios, los presagios o con lo funesto, es decir, lo relacionado con la muerte” (Gutiérrez-Sánchez, 1993, p.129).

Queremos señalar que, efectivamente, se produce una vivencia de contenidos reprimidos que se desvelan y proporcionan el acceso a la conciencia mediante el retorno de lo reprimido<sup>45</sup>; son producciones de lo inconsciente, un acercamiento de su materialidad. Sin embargo, proponemos pensar que el efecto de lo siniestro no se remite meramente a los contenidos del retorno de lo reprimido sino que va más allá: lo siniestro está vinculado al proceso de repetición que, a su vez, está anclado en una nueva teoría pulsional freudiana, en la que se retoma la dualidad pulsional y se inaugura el concepto de pulsión de muerte versus la pulsión de vida. Así, el retorno de lo reprimido está articulado con la represión y se encuentra regido por el orden de lo interpretable, de lo que podemos simbolizar, mientras que la compulsión de repetición se articula con la pulsión de muerte<sup>46</sup> -como una tendencia del psiquismo a una repetición mortífera- que va más allá del principio de placer.

El concepto de compulsión a la repetición en el texto de lo siniestro no se encuentra elaborado, pero ya es dable presenciar las reflexiones de la futura construcción en el texto del propio Freud, cuando dice:

*En lo inconsciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una compulsión de repetición que probablemente depende, a su vez, de la naturaleza más íntima de las pulsiones; (...) confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica, se exterioriza todavía con mucha nitidez en las aspiraciones del niño pequeño y gobierna el psicoanálisis de los neuróticos en una parte de su decurso.*

---

<sup>45</sup> En el segundo capítulo de la tesis hemos presentado la estructuración del aparato psíquico, en la primera tópica freudiana, enfocando el tema de la represión, en los distintos aspectos dinámico y económico, bien como los retornos de lo reprimido, los actos fallidos, los sueños diurnos y, especialmente, le dedicamos un sub apartado al tema de las fantasías, más específicamente a las primarias o también llamadas inconscientes.

<sup>46</sup> El texto en cuestión es “Lo ominoso”, publicado como sabemos en 1919, un año antes del texto “Más allá del principio de placer” [1920], de gran relevancia en la teoría Freudiana, por ser un divisor de aguas entre la primera teoría pulsional y la segunda. Pensamos que Freud, ya en el texto de lo siniestro, da señales del cambio de paradigma de la teoría del aparato psíquico, de acuerdo con lo que ratificamos anteriormente. Proponemos pensar que las huellas serían justamente la articulación del concepto de lo siniestro, la sensación que no es el producto del retorno de lo reprimido –de la represión–, sino vinculado a la compulsión de repetición.

*Todas las elucidaciones anteriores nos hacen esperar que se sienta como lo siniestro justamente aquello capaz de recordar a esa compulsión interior de repetición (Freud, 1995c, p.238).*

Freud ya anuncia esta propensión del aparato psíquico, pero se sabe que el desarrollo de esta tendencia tiene su base en la nueva teoría pulsional, que será publicada en un texto posterior, o sea, en “Más allá del principio de placer” [1920] (Freud, 1995d, p.1-62), en que, de hecho, protagonizará esta nueva etapa de los postulados del psicoanálisis. Se trata de un artículo en que el autor dará un estatuto de excelencia a las pulsiones de vida y de muerte. Especialmente la pulsión de muerte, que es soberana, actúa de forma silenciosa en el psiquismo, en que una de las principales formas de expresión está en el carácter eminentemente repetitivo. Debemos entender que el fenómeno de la repetición no se limita a la tentativa de evitar las experiencias que provocan displacer o a una búsqueda de la satisfacción libidinal porque el principio de repetición es más arcaico e irreducible al principio de placer e incluso se opone al mismo. Freud lo atribuye a una fuerza demoníaca, tiene un carácter regresivo, viene de los orígenes, y por ello tiene un estado de excelencia (Freud, 1995d, p.1-20).

Es fundamental subrayar que al final de la primera tópica freudiana, el análisis tenía como material lo reprimido y la desmentida. La meta que demarca, como finalidad entre uno y otro, es el objetivo de la construcción. Esa será el arma para operar al respecto de lo inaccesible de los recuerdos, lo que abarca la desmentida. La interpretación es inoperante para descifrar lo que opera en el orden de la desmentida. La interpretación consiste en el reencuentro, para el sujeto, de un sentido oculto, con un significado no evidente, pero susceptible de ser significado. La interpretación, tal como lo señalan Laplanche y Pontalis (1996), tiene por acción el sacar a la luz las modalidades del conflicto defensivo y apunta, en última instancia, al deseo que se formula en la producción de lo inconsciente (Laplanche y Pontalis, 1996, p.209). De esta forma, el contenido a ser interpretado es el significado y el sentido que es narrado en la asociación libre. Las fantasías inconscientes representan el escenario de ese conflicto psíquico inconsciente entre el deseo y la defensa inconsciente. Cuando la interpretación es entendida –como lo que restituye a la conciencia el significado y por consecuencia, el sentido de la asociación-

como un enfrentamiento, en último término, existirá otra significación que nos conduciría al conflicto psíquico.

Volviendo a la segunda matización que empezamos -referida a la segunda tópica freudiana- hay algo en la clínica que no es susceptible de ser interpretado, de ser accesible para que se desprenda alguna significación de sentido que colabore en la construcción de un sentido que nos conduciría al conflicto inconsciente. Sabemos bien que levantar la represión consiste en recuperar lo que se perdió en la memoria y que se ha vuelto inaccesible para el propio sujeto. En este momento, debemos decir que lo reprimido actúa sobre las representaciones. En cambio, la desmentida siempre actúa sobre las huellas de lo percibido. Las huellas de lo percibido no presentarían el mismo grado de integración mnémica que la representación (Freud, 1996e, p. 22). Por ello, en la desmentida, la acción resultante se acerca más a la destrucción y a borrar el recuerdo. Por este motivo la negación, que se juega en la represión, pone en funcionamiento una sola cosa en dos estados diferentes. Por su parte, la negación que se da en la desmentida pone en escena dos cosas, escindida la una de la otra. Entre ambas formas de negar u oponerse a la memoria hay un correlato con dos formas de memoria diferente: la doble inscripción, tal como Freud la describe en la metapsicología, y la fragmentación del recuerdo. Freud señala que coincidiendo con ello es posible observar que regularmente la interpretación alcanza un sentido por medio de un elemento aislado del material discursivo del paciente, una idea, un acto fallido, etc.; en cambio, la construcción tiene que operar con distintos fragmentos, por lo general actuados. Esos contenidos que se pueden manifestar concomitantemente en afectos y actos violentos, pueden ocasionar lo que según Foulkes es la quiebra de las escisiones del Yo, donde el sujeto más que refutar una percepción está penado a no poder simbolizarla. (Foulkes, 1993). Podemos afirmar que, en el caso de la desmentida, hay una carencia de simbolización, pero que está motivada fundamentalmente por una oposición del sujeto a su integración, un no querer saber nada de lo percibido. Vale la pena resaltar que nos estamos refiriendo a una incapacidad estructural para acceder a la simbolización, y, más que un no querer, se trata de un no poder darle sentido. Tal como le sucede al personaje Nathaniel, no logra sostener el peso de la castración como amenaza al narcisismo, que retrata una incapacidad de simbolización.

### 3.2.3.4. *Los primeros esbozos de Freud sobre la compulsión a repetición a partir del cuento “El Hombre de la Arena”*

El cuento también nos revela la compulsión de repetición en los personajes que se desdoblan, se repiten, retratando así una dificultad para tener la capacidad de construcción debido a la dificultad estructural del material a ser simbolizado. Se repite de manera incansable en los personajes que se duplican, portando el mismo significado, el temor a la castración (Freud, 1995c, p.238). En esta duplicidad, los personajes reactualizan que la pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a la plena satisfacción, que consistiría en una repetición de una vivencia primaria de satisfacción, revivida por Nathaniel frente a los diversos dobles. Freud nos comenta que el camino hacia atrás –a lo que tanto anhela la satisfacción plena- de una forma general es obstruido por la resistencia debido a que las represiones se mantienen erguidas “y entonces no queda más que avanzar por la otra dirección del desarrollo, todavía expedita, en verdad sin perspectivas de clausurar la marcha ni de alcanzar la meta” (Freud, 1995d, p.42).

Podríamos pensar que la forma en que conduce su existencia, Nathaniel vive bajo el yugo de la repetición que retrata un continuo recomenzar rumbo a la muerte. Podemos afirmar que el avanzar en otra dirección es el progreso, y por qué no decirlo, una apuesta a la vida regida por Eros: la pulsión de vida (Freud, 1996e, p.231). Claro está que hablar de pulsión de vida representa evocar su opuesto, la pulsión de muerte. Al respecto del retorno de la dualidad freudiana, el psicoanalista J.C. Plá realiza un interesante análisis en que correlaciona las experiencias de lo siniestro con la compulsión de repetición: “Sin Eros no hay retorno alguno de lo reprimido, no hay angustia, no hay transferencia. Pero Eros trae siempre lo mortífero que apunta, esencialmente a una desorganización psíquica, a una destrucción del sujeto como tal, riesgo sin el cual no hay análisis” (Pla, 1981, p.251). Este tan tenue paso de la muerte a la vida podría sugerirse como una experiencia de lo siniestro hacia la sublimación.

Es importante destacar que el retorno de lo reprimido conserva su función como pistas para la interpretación del material de lo inconsciente. De forma tal que la represión,

en la segunda teoría del aparato psíquico, mantiene su relevancia –en su parcialidad o no-, lo que se perdió en la memoria, y se ha vuelto accesible y susceptible de interpretación para el propio sujeto. Por ello, en la primera tópica freudiana el objetivo del análisis consiste en sacar a la luz los fragmentos de la historia olvidada, también calificada como lo reprimido. Sin embargo, lo que está en el orden de lo siniestro, no es accesible a la interpretación porque está al servicio de la compulsión de repetición. Lo siniestro es inaccesible a la interpretación porque remete para más allá del simbólico.

A pesar de esto, Freud va más allá: “La pieza del complejo alcanzada con mayor intensidad por la represión, el deseo de que muera el padre malo, halla su figuración en la muerte del padre bueno, imputada a Coppelius” (Freud, 1995c, p.232). Queremos apuntar que en el cuento se hace presente una animosidad que camufla a la castración porque la imagen del padre, como personal leal y honrada, se convierte en algo repugnante y enemigo en los personajes que son, precisamente, sus desplazamientos.

Gerardo Gutiérrez se dedica a resaltar que lo que produce la sensación de lo siniestro no es “el contenido de lo que irrumpe, sino las características mismas de la irrupción” (Gutiérrez-Sánchez, 1993, p.138). El autor entiende que lo siniestro es la “patentización extraña de algo que siendo familiar debería haber permanecido oculto. Esta es la definición más clara que Freud nos aporta, es la definición clásica desde él” (Gutiérrez-Sánchez, 1993, p.138). Y Bleger (1972) afirma que la vivencia de lo siniestro no es un simple retorno de lo reprimido, sino una irrupción de la ambigüedad.

#### *3.2.3.5. La muñeca Olimpia: la incapacidad de amar del personaje Nathaniel*

El ser somete, duda en abrazar a la rugosa realidad, niega el amargo surco que está presente en la incompletud de la vida, ese duro reconocimiento que nos invita al olvido. Pero es necesario equivocarse, poder errar en los desasosiegos, ejercer el coraje de nuestros continuos encuentros y desencuentros que integran nuestra existencia.

El cuento de Hoffmann posee la intencionalidad de desentrañar una vida experimentada en la ceguera - desmentida - en que remanecen las pequeñas miserias

humanas. La singular textura del tiempo y la memoria va dibujando el lado incesantemente misterioso en capas espesas de tiempo que coexisten en la profundidad detallada en sensaciones que describen a las dimensiones de la sexualidad, de la adolescencia, del mundo de la fantasía, la fascinación por la muerte, y por qué no decirlo, la dificultad imperiosa del amor. Para Freud, era inevitable la neurosis infantil. En consecuencia, la inhibición es el producto del desarrollo psicosexual infantil reactivada en la etapa de la adolescencia y susceptible de cristalizarse en la etapa de la madurez (Freud, 1995c, p.233-236).

En la búsqueda de la verdad, Nathaniel, que ahora es un joven-novio expone un camino de destrucción de los objetos amados y de sí mismo. La verdad al respecto del sexo, la castración y la muerte son insoportables, contenidos que brotan frente a una estructura débil tal como la tiene el mencionado joven, que no hace la necesaria frontera para proteger lo que sólo debe ser visto únicamente en su opacidad. La dimensión trágica pasó a un primer plano, dando lugar a todo lo horroroso que implica la caída del velo, el borrado de los límites –precisamente ahí, en que la angustia dejó de estar enmarcada. Sin embargo, Nathaniel no logra superar los infortunios que la vida nos arrebató (Freud, 1995c, p.230-237).

Un día, cuando Nathaniel prueba los prismáticos ve a través de la ventana la habitación del profesor Spallanzani, un especialista en mecánica y fabricante de autómatas, donde se encontraba una linda joven. Inundado por un sentimiento de éxtasis, relata: “Por primera vez logré ver la extremada belleza en la forma de un rostro; apenas sus ojos parecían opacos, extrañamente detenidos y muertos. Pero, cuando me puse a mirarlos con más atención, parecía que la luz de la luna brillaba en esos ojos” (Hoffmann, 1993, p.238).

El personaje también ve que el profesor agarra a una figura femenina, tomándola de los hombros y el italiano Coppola lo hacía asiéndola por los pies. Ambos la arrastraban de un lugar a otro, peleándose para ver quién se quedaba con ella. Nathaniel, profundamente horrorizado, retrocede al reconocer que la figura femenina era nada menos que Olimpia. Poseído por una furia irresistible, fue hasta la habitación del profesor e intenta arrancar a la amada de las garras de los dos enfurecidos hombres. Pero, en ese preciso momento, Coppola se da vuelta, con una fuerza descomunal, y arrebató la figura de

las manos del profesor y con ella le da un terrible golpe, que lo hace tambalear y caerse de espaldas sobre la mesa en que había frascos, tubos de ensayo y todo esto se partió en mil pedazos. Nathaniel se detuvo espantado, con demasiada nitidez había visto el rostro de cera de Olimpia, mortalmente lívido, el que no tenía ojos y en su lugar había dos cavidades negras porque ella era una muñeca sin vida (Freud, 1995c, p.232-235).

En este momento, podemos comentar una vez más algo sobre el tema de los ojos: en este punto, el sujeto sufre una perforación con la mirada que se destaca del Otro. Una mirada sin sustancia, pero que lo traspasa. El sujeto es afectado por la mirada que se ve en él y que no sabe el porqué. La mirada del Otro es puro reflejo de su visión sobre el sujeto mirado. El Otro –tal como antes fue mencionado- es lo que se destaca de sí mismo y vuelve al sujeto mirado (Freud, 1995c, p.232-235). Nos parece interesante el comentario de la psicoanalista Cayaffa al respecto de que Nathaniel, al mirar a Olimpia, el amor y el deseo hablan al mismo tiempo por sus ojos, hay aquí un “intercambio de vida y muerte entre ellos. La elección de Olimpia es la elección de la muerte. Ella sólo vive ante él con la vida que él le entrega, él muere ante los ojos del mundo con la muerte que ella le transmite” (Cayaffa, 1987, p.35).

El extrañamiento es la sensación de mirar y no reconocer lo que es suyo. No se reconoce en lo que el Otro vio, transmitiéndole su enigmático mirar. Como la cabeza de Medusa<sup>47</sup> - tan bien retratada por el pintor italiano Caravaggio - que parece reflejar el temor de los que la miran: su mirada era tan penetrante que petrificaba a todo aquel que la mirara de frente (Freud, 1995d, p.270-271).

Freud y Lacan consideran que el sujeto no quiere saber nada sobre la falta del Otro, porque eso remitiría a la propia falta y por consecuencia, a la dolorosa experiencia de la castración. Este doble o lo siniestro están en el lugar del Otro que refleja lo que nuestro des-conocimiento no se cansa de negar. La mirada trae el placer cuando “gambetea” a la castración, llenando la falta-a-ser del sujeto como la ‘falta fálica’. Y provoca displacer cuando no cumple la función de tapar el agujero de la falta, mostrando la separación entre

---

<sup>47</sup> Medusa es un monstruo que se hace más vivo después de muerto. La fascinación que ejerce, por una mezcla de belleza y horror, es una especie de talismán que salva y mata al mismo tiempo.

la falta y el objeto, devolviendo el sujeto a su propia castración y la consecuente angustia (Freud, 1995c, p.227-229)<sup>48</sup>.

Lacan llamó a lo que se destaca de la mirada del Otro, que ya está perdido, como causa del deseo, de goce, de la castración. Al Otro le falta ese mirar, este objeto que se separa y que, al mismo tiempo, hiere, marca al otro sujeto en su paso mítico, meteórico e idílico. Tal como dice el poeta portugués, Mário de Sá Carneiro, en el poema O Outro (*El Otro*): “*Eu não sou eu nem sou outro, sou qualquer coisa de intermédio, pilar da ponte de tédio, que vai de mim para o outro*” [No soy yo ni soy otro/ soy cualquier cosa de intermedio/ pilar del puente del tedio/ que va de mí al otro] (Sá-Carneiro, 1995, p.82, Traducción libre).

### 3.2.3.6. *Lo suicidio: borramiento de la frontera del Yo*

El cuento de Hoffmann revela lo que estaba destinado a permanecer oculto en la sombra. La oscuridad irrumpe en complejas “cadenas significantes que divergen y confluyen” (Propato, 1988, p.886). La historia de Nathaniel se va desgranando, todo va sucediendo en un hilo de difícil equilibrio, de una vida atormentada por el miedo que lo intriga y lo atormenta por la ineludible presencia de la sospechosa hendidura destino, esa difícil búsqueda de sí mismo, en que el alma es despojada de los sueños y de los duelos.

Nathaniel, un tiempo después de haberse recuperado de una larga enfermedad, parece que ha superado los infortunios que ha vivido y en esta etapa nueva de la vida se propone casarse con Clara, es así que un:

*(...) día, ella y él pasean por la ciudad, sobre cuya plaza mayor la alta torre del Ayuntamiento proyecta su sombra gigantesca. La muchacha propone a su novio subir a la torre, en tanto el hermano de ella, que acompañaba a la pareja,*

---

<sup>48</sup> El neurótico supone a un Otro como soporte de su mirada, tanto anhela sentirse deseado, cuanto nunca saber lo que él representa para ese Otro, hecho que genera angustia. El perverso intenta devolverle al otro la mirada (como objeto perdido) para hacerlo gozar; para el psicótico, la mirada no tiene el estatuto de objeto separado del Otro y sí de un atributo del otro dándole poder vigilar y castigar. En todas esas circunstancias se trata de la mirada del Otro (Freud, 1995d, p.88).

*permanece abajo. Ya en lo alto, la curiosa aparición de algo que se agita allá, en la calle, atrae la atención de Clara. Nathaniel observa la misma cosa mediante el prismático de Coppola, que encuentra en su bolsillo; de nuevo cae presa de la locura y a la voz de ‘¡Muñequita de madera, gira!’ pretende arrojar desde lo alto a la muchacha (Freud, 1995c, p.229-230).*

El hermano de Clara acude en su auxilio e impide que la mate, pero Nathaniel sigue en su estado de locura y furia, exclamando: “¡Círculo de fuego, gira!”. Entre las personas que integran la multitud para ver dicho espectáculo de locura, se destaca la figura de Coppelius, debido a su extraordinaria altura, el que reaparece con su aire sombrío, que Freud resalta diciendo:

*tenemos derecho a suponer que la locura estalló en Nathaniel cuando vio que se acercaba. Alguien quiere subir para capturar al furioso, pero Coppelius dice sonriendo: ‘Esperen, que ya bajará él por sus propios medios’. De pronto Nathaniel se queda quieto, mira a Coppelius y se arroja por encima de la baranda dando el estridente grito de ‘¡Sí, bellos ojos, bellos ojos!’. Al quedar sobre el pavimento con la cabeza destrozada, ya el Hombre de la Arena se ha perdido entre la multitud (Freud, 1995c, p.230-231).*

Nathaniel, siendo presa del horror a su propio vacío, que lo atrae irresistiblemente con la fuerza fascinante del goce supremo, queda “compulsado a repetir ciegamente hasta la muerte, hundido en un abisal vacío que sólo esa muerte descarnada puede llenar” (Propato, 1988, p.888).

Lo que pretendemos resaltar, en este sub apartado, es que la vivencia de lo siniestro corresponde, tal como lo dice Maldavsky, al derrumbe del aparato psíquico ante una percepción inelaborable. La ruptura que ocurre en el momento de la herida narcisista resurge en él doble omnipotencia (Maldavsky, 1979). De manera tal que lo familiar, Heimlich, se convierte en Extraño, el *Unheimlich*, las deformes recurrencias “a una escena primaria ferozmente prohibida de ver no sólo se vehiculan a través de las prácticas nocturnas secretas y flamígeras” (Propato, 1988, p.886), como las extremidades de los picos torcidos de los hijos del Hombre de la Arena, que aguijonean a los niños que no se

quieren dormir. Los desplazamientos son muchos y se presentan en forma de doble, vivencia sustentadora de la sensación de siniestro” (Propato, 1988, p.887).

En el cuento, la fantasía pierde el nivel simbólico para suceder en una “realidad”, no una realidad material, tal como diría Freud, sino una realidad psíquica con toda la carga de sentidos. Nathaniel vive su desamparo, se desnuda ante la vivencia de lo siniestro, un teatro fantasmático del aparato psíquico con las sutiles deformaciones que se multiplican en los diversos personajes del cuento. Tal como dice Freud un poder hostil, que obra de una manera nefasta sobre nuestro ser (Freud, 1995c, p.233). El joven, fruto de las relaciones parentales, se encuentra en un juego de espejos desfigurados, en que la sombra del objeto recae sobre el Yo, como un velo que lo localiza en las sombras y le silencia en la profundidad de la oscuridad. Nathaniel se halla en el límite del desmoronamiento del Yo: “embargado por el inquietante sentimiento de lo siniestro, al borde del abismo” (Etienne, 1991, p.1100).

Sobre el recorrido de la pulsión, el deseo se monta en la tentativa incansable de una imposible realización. En este sentido, Freud nos propone que pensemos la presente articulación entre las pulsiones y el deseo. Tanto las pulsiones de vida como las pulsiones de muerte caminan, lado a lado, con la realización del deseo. Esto se da porque si la pulsión de vida corre atrás del objeto que es capaz de satisfacer su deseo, la pulsión de muerte se contrapone a esta cuando busca englobar al objeto de la satisfacción. Mientras la pulsión de vida quiere, solamente, el encuentro con el objeto, la pulsión de muerte quiere todo el objeto. En la pulsión de vida el sujeto se presenta activo porque busca al objeto. En la pulsión de muerte el sujeto es tragado y en esta fusión la pulsión de muerte lleva al sujeto a su propia autodestrucción, justamente a camino de la búsqueda del goce pulsional (Freud, 1995d, p.85).

### 3.3. EL DOBLE: UN ESPEJO QUE RETRATA AL ESPECTRO SINIESTRO QUE ANUNCIA LA MUERTE

Aquí comentaremos que en la literatura encontramos diversas representaciones del doble: desde los trágicos griegos, pasando por Shakespeare y arribando a los contemporáneos. Sin embargo, afirmamos definitivamente, también, que la obra más expresiva de todos los tiempos tal vez sea shakespeareana: *Comedy of errors* [*La comedia de los errores*], en la que el doble representa la dualidad en su aspecto más perplejo y siniestro. Más adelante, haremos nuestras las palabras proferidas por Otto Rank, cuando le atribuye al doble el específico poder de presentarse para impedir la muerte de sí mismo (Freud, 1995c, p.234). También abordaremos lo sobrenatural y la usurpación voluntaria. Luego, nos dedicaremos a describir, a grandes rasgos, algunos ejemplos de doble, como por ejemplo: *El médico y el monstruo*. Ha de quedar claro para todos nosotros que el doble se convierte en una imagen de asombro. Después abordaremos la cuestión de que el Tótem protege y también castiga al mismo tiempo y que mediante el Tótem, Freud logró una comprensión psicoanalítica al respecto del origen de las religiones. Veremos que el estudio del trabajo “Tótem y tabú” [1913] permite pensar la cuestión imaginaria sociocultural como una defensa contra lo inesperado y que lo primitivo es portador de la omnipotencia del pensamiento y que los primitivos y los neuróticos les atribuyen supervaporización a los actos psíquicos. En ese mismo y largo capítulo, también nos dedicaremos a abordar el tema del narcisismo, sabiendo que se trata de un estado en que la libido se dirige al propio Yo. De ese modo, analizaremos detalladamente algunas partes de las Metamorfosis de Ovidio, más precisamente la historia de Eco que ama a Narciso en vano. Este mito destaca la imposibilidad de identificarse consigo mismo. Más adelante, explicaremos el origen del término Narcisismo, utilizado ampliamente por el psicoanálisis. Después, llegaremos a la conclusión de que Freud lo utiliza para mostrar una forma de investidura pulsional necesaria a la vida subjetiva, que es una peculiar relación que tiene alguien consigo mismo mediante otro que permite esa interrelación que anticipa, desarrolla el papel de la intermediación de cierta imagen de sí. Nos referiremos incluso a la significación energética del narcisismo; discutiremos el texto “Introducción al Narcisismo” de Freud;

hablaremos del narcisismo primario y secundario; más adelante abordaremos el vínculo que tiene el narcisismo con la angustia de castración, peculiar al complejo de Edipo; discutiremos el lugar del falo (y su significado simbólico); y por último, hablaremos del Ideal del Yo, que la evolución del Yo comprende el abandonar el narcisismo primario de donde aparece –concomitantemente- un inmenso deseo de reconquistarlo.

### 3.3.1. La función del doble en el psicoanálisis vinculado a la literatura

La literatura se ha dedicado desde siempre a explorar el tema del doble. La comedia de los errores existe desde toda la eternidad. Los mellizos ya usurpaban las identidades en los palcos de la Grecia Antigua. Aristófanes, Plauto, Shakespeare, Tirso de Molina, Lope de Vega, Corneille, Calderón de la Barca, Moliere y tantos otros creadores usaron esta cuestión voluntaria o involuntaria de la heterogeneidad. Todos sabían que el destino -tal como lo afirma la frase estoica- se dedica a guiar a todo el que lo consiente y arrastra a todo el que se recusa. Esta motivación del argumento, condicionada por la semejanza, ya existía incluso en las leyendas heroicas. El hecho de apoderarse de lo análogo se remonta a los ciclos de las mitologías hindúes y de las leyendas tebaicas: Mercurio, por ejemplo, asume la forma del esclavo Sosías. Molière, retoma ese tema en el año 1668 y crea la obra *Amphitryon*, en que transforma a ese mito heroico en una cómica desventura conyugal. Un conflicto psíquico crea al doble, proyección del íntimo desorden. Son espejos, sombras, fantasmas, apariciones y retratos. En el espejo nos duplicamos y pocos de nosotros tienen la oportunidad de descubrir lo que está del otro lado, como lo hizo Alicia en el País de las Maravillas.

En el texto de 1919, afirma que el doble (a pesar de que nos parece ser algo extranjero, extraño para nosotros mismos) siempre nos acompaña desde los tiempos primordiales del funcionamiento psíquico, estando siempre preparado para resurgir y así provocarnos una sensación de inquietante extrañeza (Freud, 1995c, p.234).

Una de las obras de teatro más expresivas de todos los tiempos, tal vez sea shakespeariana, y nos referimos a la “*Comedy of errors*”. Aquí Shakespeare duplica al

número de hermanos idénticos, agregándoles un par de mellizos criados, y así se va multiplicando exhaustivamente el casi inextricable enmarañado, por decirlo así. El doble, nos dice Clément Rosset (1988, p.37) representa la dualidad en el aspecto más perplejo y siniestro.

Oscar Wilde creó el doble de Dorian Gray y su retrato, un recurso aparentemente vacío de significación, desprovisto de sentido en el mundo de la literatura fantástica, pero que, en realidad, muestra ser mucho más complejo. Esta obra posee un creador y su monstruosa creación, sujetándolos a una nueva fragmentación. El personaje, el pintor Basilio Hallward, crea lo que al fin de cuentas será una aterradora obra de arte, digna de las regiones del Tártaro, en la que se revela mucho de su propia vida y que, exactamente por eso, debe permanecer en secreto. Sin embargo, la vida que él pintó se hace independiente del creador, se liberta. El retrato figura como original y doble del propio Dorian. Simplemente piensa en un deseo imposible: permanecer siempre joven mientras el retrato envejece. Dorian es un narcisista introvertido, por así decirlo, y no logra realizar sus pulsiones, por lo que las desplaza hacia el objeto en una tentativa de obtener la satisfacción narcisista. El creador frente a su criatura: “Te has convertido en la encarnación visible del ideal invisible, cuya memoria nos obceca a todos los artistas, como un sueño perfecto” (Freud, 1995c, p.251).

Esta obra de Wilde, importa decirlo, en su época [1891] se transformó en una especie de evangelio del decadentismo y del esteticismo. La muerte de Dorian es simultánea con el golpe que él le da al retrato. Los criados entrar a la sala mirando el magnífico retrato en la pared de su amo. El retrato estaba allá, tal como ellos lo habían conocido: en el esplendor de la juventud y belleza. Sin embargo, en el piso yacía el cadáver de un hombre de traje, con un cuchillo clavado en el pecho, lívido, arrugado, repugnante. Solamente por los anillos que tenía lo pudieron identificar: era Dorian Gray (Freud, 1995c, p.250-251).

Fue la muerte, y solamente ella, la que hace que el Yo coincida consigo mismo y afirme nuevamente la unicidad en cuanto algo irreductible. El psicoanalista, discípulo freudiano, Otto Rank, en la obra “Don Juan et le Doublé”, le atribuye al doble el poder específico de evitar la muerte de sí mismo (Freud, 1995c, p.234-235). De acuerdo con ese

autor, la creencia ancestral en la muerte está directamente vinculada a la temática del doble y al desdoblamiento de la personalidad porque el doble se manifiesta como un privilegiado mecanismo cuya función es la inhibir la muerte del sujeto, por él representado.

En esa línea de lo sobrenatural, vamos a descubrir, por ejemplo, que Casanova<sup>49</sup>, al envejecer, se transporta a una identidad que corresponde a la de un doble más joven, para así gozar de la última noche de amor. En este caso específico, nos deparamos con un ambiente o contexto en que el sujeto y su doble coexisten en perfecta simbiosis.

La usurpación de la voluntad fue explorada en el teatro español del Renacimiento: semejanzas de rey o dignatarios con campesinos, utilizadas para fines políticos. En el sentido contrario es importante mencionar el Mahabharata (siglo IV-V a.C.), el libro sagrado de la India, en el que a lo largo de muchas páginas se muestra a cuatro dioses tomando la apariencia de la heroína que ayuda al rey a encontrar la verdadera heroína. El doble sobrenatural en las páginas literarias: de un modo general, se trata de la metamorfosis momentánea de un dios que se convierte en mortal, de quien usurpa los rasgos y la identidad. Sin embargo, lo contrario también se da: el sueño de eternidad por medio de la reencarnación en un doble, joven, sirve de tema para “The story of the late Mr. Elvisham” [1897], de H. G. Wells. Se trata del hombre que, una vez más mediante el mito del doble, intenta abarcar los privilegios divinos. Por ejemplo, en la mitología griega, tenemos a Galatea que fue esculpida por Pígmalión quien se enamoró de su propia obra e impresiona a la diosa Afrodita, pero esta, viendo tan gran amor, transforma el sólido mármol en una criatura de carne y hueso.

La más famosa de las historias de los dobles fue escrita por Stevenson –*El extraño caso del Dr. Jekyll y de Mr. Hyde*–, conocido en portugués como *O médico e o monstro*. El primero de ellos sabe que está duplicado y por eso intenta, en su calidad de científico, desvincularse de la parte malformada de su ser, que no combina con sus intenciones sociales altruistas. Sin embargo, el buen doctor Jekyll, como un mero espectro de sí mismo, se encontrará parasitado por el otro, el malo, Hyde, mucho más fuerte que el pobre Jekyll, pálida imagen de la honorabilidad. Al morir, se pueden ver las características de

---

<sup>49</sup> Esta idea surgió también del médico vienés y escritor Arthur Schnitzler, fallecido en el año 1931. (*El retorno de Casanova* -1917).

lo que él era realmente: un cuerpo, encogido, que tiene los rasgos hediondos del otro (Rosset, 1988). Para Clément Rosset “no se escapa del destino” lo que significa, simplemente, que no se puede escapar de lo real. “Lo que es y no puede no ser [...] Lo que existe siempre es unívoco: en el borde lo real, sea el hecho favorable o desfavorable, los dobles se disipan por encantamiento o por maldición” (Rosset, 1988, p.38).

### 3.3.2. El empleo del doble bajo el ángulo de lo siniestro

La noción del doble designa una representación del Yo que puede adoptar distintas formas, encontradas en el animismo primitivo, como una extensión narcisista y como garantía de inmortalidad. Otto Rank – en su trabajo sobre el doble [1914] – fue el primero que desarrolló esta noción en el campo psicoanalítico. Freud, lo cita *ad nauseam* en el artículo “Lo Extraño” [1919]. “He aquí: la presencia de ‘dobles’ en todas sus gradaciones y plasmaciones, vale decir, la aparición de personas que por su idéntico aspecto deben considerarse idénticas; el acrecentamiento de esta circunstancia por el salto de procesos anímicos de una de estas personas a la otra. De suerte que una es co-poseedora del saber, el sentir y el vivenciar de la otra” (Freud, 1995c, p.234) – dice Freud a propósito del cuento *El Hombre de la Arena*, de Hoffmann.

Freud retoma el asunto del doble y lo integra a la noción de “inquietante extrañeza”, esa “variedad particular de lo pavoroso que remonta para el más allá, que es desde hace mucho tiempo es conocido, desde hace mucho tiempo es familiar”, pero que se convirtió en horrorosa porque corresponde a algo reprimido que ha retornado (Freud, 1995c, p.234-236). Mencionando a Heinrich Heine, Freud dice que el doble se ha convertido en una imagen de asombro de la misma manera en que los dioses se convierten en demonios después de que se desmorona su religión [1910]. Ya no es el propio doble (sombra) que continúa viviendo, sino el espíritu de un ancestral que renace en el embrión, dice Otto Rank en 1914 (Freud, 1995c).

Un conflicto psíquico crea al doble, una proyección del íntimo desorden. El precio que debe ser pagado para su liberación es el miedo del encuentro. Pero el doble está

vinculado también al problema de la muerte y el deseo de sobrevivir a ella, siendo indisolubles el amor por sí mismo y la angustia de muerte. Para Keppler (1972), es al mismo tiempo algo idéntico al original y diferente, hasta poder llegar al opuesto. Siempre es una figura fascinante para el que duplica, en virtud de la paradoja que representa (es al mismo tiempo interior y exterior; está aquí y allá; es opuesto y complementario) y en el original provoca reacciones emocionales extremadas (atracción y repulsión).

Para terminar este capítulo apelaremos, una vez más, al gran maestro vienés: tenemos personajes que deben ser considerados como idénticos porque así lo parecen. Esta relación se acentúa por procesos mentales que saltan de uno a otro de los personajes por aquello que denominaríamos telepatía. De ese modo, uno posee conocimiento, sentimientos y experiencias en común con el otro. O también la relación está marcada por el hecho de que el sujeto se identifica con otra persona, de tal forma que nos queda la duda sobre quién es, cuál es su yo (*self*), o sustituye su propio yo (*self*) por uno extraño. En otras palabras, hay una duplicación, división e intercambio del yo-self (Freud, 1995c, p.292).

#### **3.4. LA FUNCIÓN TOTEMICA: LA QUE PROTEGE Y CASTIGA AL MISMO TIEMPO**

Al estudiar el contenido de los modos totémicos de pensar de los pueblos primitivos, Freud arriba a la conclusión de que realmente hay muchos puntos de concordancia entre la vida mental de los salvajes y de los neuróticos, y que de hecho hay una vasta analogía clásica entre los salvajes, los neuróticos, los niños, o sea, en nosotros mismos. Es dable destacar que el sistema del totemismo, especialmente en Australia, toma el lugar de todas las instituciones religiosas y sociales. De manera general, se representa mediante un animal o una planta, o si no una fuerza de la naturaleza, tal como la lluvia, por ejemplo. El tótem conoce y trata con indulgencia a sus hijos. Existe la ley que prohíbe a todos los miembros del mismo clan el hecho de relacionarse de manera sexual unos con los otros, exigiendo el casamiento exogámico, entre otras leyes.

Mediante el totemismo, el padre del psicoanálisis encontró una posible comprensión psicoanalítica de los orígenes de la religión: que tal posibilidad pueda ser

admitida o no en términos históricos. La formación religiosa fue así puesta en el terreno del complejo paterno<sup>50</sup> y construida sobre la ambivalencia que lo domina. Reconstruyendo lo que se mencionó anteriormente sobre el respeto al animal-tótem, esquivándose de tener relaciones sexuales con individuos del sexo contrario que pertenezcan al mismo clan, vamos a tratar de los inevitables “tabúes”, palabra adoptada del léxico polinesio por el capitán James Cook [1769], en cuyo relato de viaje subraya que el tabú se aplica toda cosa que está prohibido tocar. Freud define al tabú como un adjetivo con significaciones opuestas: sagrado, consagrado, y también, peligroso, interdicto e impuro.

El autor menciona de manera esquemática lo que denominamos frustración (denegación) al hecho de que “una pulsión no pueda ser satisfecha; prohibición, a la norma que establece, y privación, al estado producido por la prohibición”. Este juego de oposiciones que hemos mencionado recién de los impulsos instintivos forma parte de la estructura interna que está constituida por fuerzas contradictorias de intereses.

#### 3.4.1. La función del tabú: las leéis más antiguas que gobiernan la humanidad

Las genuinas fuentes del tabú brotan exactamente donde nacen las pulsiones más primitivas y, al mismo tiempo, más duraderas del hombre, comenta Wilhelm Wundt.

Es interesante realizar un paréntesis, el que manifiesta Michele Porte (Porte, 1996), con la hipótesis de las pulsiones de vida y de muerte que permitirían hacer que el tabú fuera autónomo, algo que Freud nunca hizo; nos hizo ver, en cambio, que el poder mágico que se le atribuye al tabú retrocede para su habilidad de inducir al hombre a la tentación. Se porta como si fuera un contagio, porque precisamente el ejemplo es contagioso y porque el deseo prohibido se desplaza de lo inconsciente a algo más. Pensamos que este algo más remite a la negación del poder de la muerte, que gobierna la vida anímica de los

---

<sup>50</sup> El padre de la horda primitiva, omnipotente y plenamente narcisista, se adueñaba de todas las mujeres, y por eso mataba o subyugaba a todos los hijos, a los que podía expulsar. Un día, ellos se reúnen y juntos se dedican a derribar, descuartizar y también ingerir al padre, quien había sido tanto el enemigo como también el ideal de los hijos.

primitivos. Sería una forma de superación y de seguridad de la supervivencia de un ser-siniestro, anunciador de la muerte.

Hay un refrán alemán según el cual es necesario pensar en algo como si fuera la muerte, o sea, pensar en algo que sea improbable, increíble. Freud manifiesta en la segunda parte del texto *De guerra y muerte. Temas de actualidad* [1915], que efectivamente es imposible imaginar nuestra propia muerte y que siempre que lo intentemos podremos percibir que seguimos estando presentes como meros espectadores. Freud añade con meridiana claridad que cuando se trata de la muerte de otro, el hombre civilizado, con mucho cuidado, se cuida de no hablar de eso estando dentro del campo auditivo de la persona condenada. El autor va más lejos y manifiesta que solamente los niños desprecian esa limitación y de una manera abierta y sin tapujos se amenazan, mutuamente, con la posibilidad de morirse, incluso llegan a hacer lo mismo con alguien a quien aman. Un ejemplo, “Mamá querida, cuando por desgracia mueras, haré esto o aquello” (Freud, 1975b, p. 290). Mencionemos otra sagaz observación freudiana: se trata de la suma consideración que se les tiene a los muertos. Al fin y al cabo ellos no lo necesitan, pero es más importante para nosotros que la verdad de los hechos e incluso esa consideración a menudo es más grande que con las personas que siguen vivas. El colapso es total cuando la muerte afecta a un ser amado. Nuestras esperanzas, deseos, placeres son sepultados con la persona amada. Procedimos como si fuéramos uno de los Asra (Freud, 1975b, p. 291) -tribu de los árabes que mueren cuando un ser amado ha muerto.

Freud continúa la explicación y añade que el hombre primitivo asumía una actitud notable en relación a la muerte. Lejos de ser una actitud coherente era, en verdad, altamente contradictoria. Al mismo tiempo en que admitía la muerte con suma seriedad, reconociéndola como el fin de una vida, la negaba y la reducía a absolutamente nada. Por ejemplo, no hacía la mínima objeción a la muerte de otro, significando la aniquilación de alguien a quien odiaba. El hombre prehistórico no tenía ningún escrúpulo en provocarla. En síntesis, era más impulsivo y cruelmente maligno de que los otros animales. En este preciso momento, consideramos de importancia transcribir un trecho del texto freudiano:

*La muerte propia fue para el hombre primordial sin duda tan inimaginable e irreal como lo es hoy para cada uno de nosotros. Pero a él se le presentaba un caso en*

*que esas dos actitudes contrapuestas hacia la muerte chocaban y entraban en conflicto recíproco, y este caso devino muy importante y muy rico en consecuencias de vasto alcance. Ocurría cuando el hombre primordial veía morir a uno de sus deudos, su mujer, su hijo, su amigo, a quienes ciertamente él amaba como nosotros a los nuestros, pues el amor no puede ser mucho más reciente que el gusto de matar {Mordlust}. Entonces debía hacer en su dolor la experiencia de que también uno mismo puede fenecer, y todo su ser se sublevaba contra la admisión de ello; es que cada uno de esos seres queridos era un fragmento de su propio yo, de su amado yo (Freud, 1995b, p.294).*

Hagamos un nuevo paréntesis: Otto Rank señala que la evolución entre la reivindicación narcisista de inmortalidad y la aceptación de la continuidad genésica de los padres a los hijos está en el origen del totemismo. Una de las reflexiones que Freud hace sobre el doble, cuando trabaja la cuestión de lo siniestro, es la idea de Otto Rank, según la cual el doble está asociado a la imagen vista en el espejo, y con la sombra, el espíritu tutelar, la doctrina de las almas y el miedo a la muerte (Freud, 1995c, p.235). El alma inmortal fue, probablemente, el primer doble del cuerpo. Tal recurso duplicador existe para defenderse de la aniquilación del Yo.

Freud manifiesta que lo heterogéneo hace parte de la condición humano, al paso que Lacan parafrasea a Rimbaud (Yo es otro) y muestra que el otro del sujeto jamás se halla donde se lo imagina; el acceso a lo simbólico se realiza por la división del Yo.

### 3.4.2. La fuerza del inconsciente retratada en la compulsión a la repetición

En el texto sobre lo siniestro, Freud vincula el fenómeno del doble con el retorno de lo reprimido, como un sentimiento que vuelve y causa la sensación ominosa, dejando escapar que en sus observaciones el doble es “el permanente retorno de lo igual” (Freud, 1995c, p.234)<sup>51</sup>. Del mismo modo en que se convierte en terrorífico, amenazador, regido

---

<sup>51</sup> En el texto “Lo ominoso”, hay una cita del traductor que nos recuerda que en el texto “Más allá del principio de placer” [1920] se usa una frase parecida: “el eterno retorno de lo igual” (Freud, 1995d, p.22).

por el “inconsciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una compulsión de repetición” (Freud, 1995c, p.238), y completa esas articulaciones con el agregado de que probablemente tiene un estrecho vínculo con la naturaleza más íntima de las pulsiones.

Estudiar el Tótem y tabú consiste en pensar lo imaginario sociocultural como una defensa ante lo inesperado, “acerca de la soledad, el silencio y la oscuridad, todo lo que podemos decir es que son efectivamente los factores a los que se anudó la angustia infantil” (Freud, 1995c, p.251). Una angustia que siempre nos puede reconducir a lo familiar, lo de antiguo, que se conserva en una delgada cubierta, que revela nuestra frágil relación con la muerte. Retrato de ello es el animismo, los ensalmos y las magias de los primitivos en la omnipotencia de pensamiento de los primitivos y su nexos con la muerte. Lo siniestro es el espectro de la muerte negada.

Laplanche (1993) señala que Freud pretende situar el descubrimiento psicoanalítico en el mismo diapasón de dos grandes acontecimientos que han desconcertado al hombre frente a la incertidumbre. En el texto *Una dificultad del psicoanálisis* ubica al hombre sufriendo la misma humillación frente a la prepotencia que mueve al egocentrismo y destrona al hombre de su omnipotencia (Freud, 1995c, p.125-136). En el siglo XVI, cuando Copérnico prueba que la tierra no es el centro del sistema solar, se provoca un devastador efecto para los hombres porque desmitifica una de las más antiguas certidumbres que tenía la Iglesia Católica. De ese modo se producen sentimientos penosos en el narcisismo, a raíz de saber que hemos dejado de ser el eje del universo y ahora somos sólo una parte del mismo.

La otra herida narcisista se ocasionó con la teoría de la evolución de las especies darwiniana, en la que el hombre proviene por evolución de especie de animales anteriores. En este caso la cuestión refleja el rebajamiento humano oriundo de la escala inferior de las especies y así se rompe la ilusión de tener un privilegio, reconociéndose el parentesco con los simios. Freud entiende esto como una herida biológica, postulado al que se opone, también la Iglesia Católica debido a la interpretación literal del libro del Génesis.

Freud es un hombre de su tiempo y está naturalmente influido por los ideales de la Ilustración, por el imperativo de la razón que indica el conocimiento como un hecho que

ilumina el oscuro laberinto de la psiquis humana. A pesar de eso, Freud se da cuenta enseguida de la limitación que conlleva el iluminismo vigente de la época, y se depara con otro tipo de lógica que sustenta la estructura del sujeto psíquico. Lo inconsciente es el sustentáculo de esta lógica diferente, que representa la tercera herida narcisista<sup>52</sup> para la humanidad que destrona la anhelada soberanía del Yo, tal como fue anunciada por la modernidad.

En este proceso de descubrimientos, al respecto de las presuposiciones que fundamentan la psiquis, Freud introduce una peculiar lectura al analizar las paradojas y los conflictos pertinentes al sujeto de lo inconsciente. Veamos un ejemplo: para este autor, el Yo representa la tarjeta de nuestra identidad, pilar de la subjetividad que está sedimentada en un campo minado, oscuro y complejo. Se trata de un personaje artificial que piensa donde no es y es exactamente donde no piensa. De manera tal que en vez de sustentar los deseos, se doblega ante la negación represiva y alienante. Por eso es, al mismo tiempo, un prisionero y la prisión. Sin embargo, el Yo también consiste en un canal de iluminación del mundo humano, por lo que posee la curiosa característica de transformar la debilidad en fortaleza, apaciguando la angustia y evocando los mecanismos de defensa y también construyendo con ellos la torre denominada identidad. A pesar de ello, sabemos que esta torre no es un verdadero paraíso porque se yergue en un suelo movedizo, ya que el Yo está localizado entre dos grandes pilares: el Ello, que detenta la vitalidad y el Superyó que posee la seña de la identidad. Freud, con su lucidez, comprende la indeleble complejidad de la angustia del Yo entre estas dos alternancias, que circulan entre el caos pulsional y el orden despótico.

---

<sup>52</sup> Ambas lesiones narcisistas son de orden cosmopolita: la descentralización del hombre como centro del universo y de la biología de Darwin, donde el hombre es el resultado de una evolución.

### 3.4.3. La omnipotencia del pensamiento presente en los hombres primitivos y en los niños en su temprana infancia

En la cultura del Egipto Antiguo había una práctica constante que estaba consagrada a plasmar la imagen artística del muerto en un material perenne. Freud nos cuenta que estas representaciones han nacido sobre el terreno del irrestricto amor por sí mismo, el narcisismo primario, que gobierna la vida anímica tanto del niño como del primitivo. Con la superación de esta fase cambia el signo del doble: de un seguro de supervivencia, pasa a ser el lo siniestro anunciador de la muerte (Freud, 1995c, p.235).

Lo primitivo es portador de la omnipotencia del pensamiento. Es un principio que rige la magia, la técnica de la modalidad animista de pensamiento. El desarrollo de la noción de animismo tiene lugar en “Tótem y tabú”[1912-1913], en que se acerca de la magia y de la omnipotencia de las ideas. Se trata de un caso freudiano lleno de coyunturas de circunstancias favorables:

*He tomado la designación ‘omnipotencia de los pensamientos’ de un hombre de suma inteligencia, que padecía de representaciones obsesivas y que, luego de restablecido por un tratamiento psicoanalítico, pudo dar pruebas también de su solidez y racionabilidad. (...) Había acuñado tal expresión para explicar todos esos raros y lo siniestros acontecimientos que parecían perseguirlo a él, como a otros aquejados de su misma enfermedad. No acababa de pensar en una persona cuando ya la tenía frente a sí, como si la hubiera conjurado; si de pronto preguntaba por la salud de un conocido a quien no veía desde mucho tiempo atrás, le informaban que había muerto por esos días, lo cual lo llevaba a creer que aquel se le había anunciado telepáticamente; si enviaba a un extraño una maldición, ni siquiera tomada muy en serio, podía esperar que habría de morir pronto, cargándolo con la responsabilidad de su deceso. Acerca de la mayoría de estos casos, él mismo fue capaz de comunicarme, en el curso del tratamiento, cómo se había producido el espejismo y los pasos que había dado para afirmarse en sus expectativas supersticiosas. Todos los enfermos obsesivos son supersticiosos de*

*este modo, la más de las veces contrariando su mejor intelección (Freud, 2000c, p.89).*

En su trabajo sobre *Animismo, magia y la omnipotencia de los pensamientos* (Freud, 2000c, p.79) Freud dijo que los hombres primitivos y los neuróticos les atribuyen una supervaloración a los actos psíquicos. Esta actitud perfectamente puede ser relacionada con el narcisismo y encarada como un componente esencial de este. Se trata del tema que vamos a desarrollar en el próximo capítulo.

### **3.5. PORTACIONES ENTRE LO NARCISISMO Y LO MIEDO A LA MUERTE: UN SENTIMIENTO SINIESTRO**

#### 3.5.1. Primeras apreciaciones sobre lo narcisismo y su representación en la mitología griega

*Yo que sentí el horror de los espejos  
No sólo ante el cristal impenetrable  
Donde acaba y empieza, inhabitable,  
Un imposible espacio de reflejos...  
(Borges, 2013)*

Desde un comienzo, sabemos que el narcisismo es el estado en que la libido se dirige al propio Yo: amor a sí mismo. La causa determinante de esta expresión está *consensus omnium* en el mito de Narciso, quien era un joven muy bello, que despreciaba el amor. Hay varias leyendas sobre Narciso, pero la más conocida es de Ovidio, que consta en su obra “Las Metamorfosis” (Ovidio, 1991)<sup>53</sup>. Recordemos la historia: al nacer Narciso, sus padres –Cefiso y Liríope– fueron a consultar al adivino Tiresias (el ciego que recibió de Zeus el don de la *manteia*, o sea, la capacidad de conocer el futuro, además de tener el privilegio de sobrevivir a siete generaciones). Tiresias, entre otras adivinaciones,<sup>54</sup> llegó a

---

<sup>53</sup> Ovidio Nasón fue un extraordinario versificador y poeta lírico, de origen griego que vivió del año 43 a. de C. hasta el año 14 al 18 de nuestra era.

<sup>54</sup> Tiresias, al poseer los dones de la premonición, descubre los crímenes que, de hecho, sin saberlo, cometió Edipo, y aconseja a Creonte que expulse al rey para librar a Tebas de la mancha que este le impone.

vaticinar que Narciso tendría una larga vida siempre y cuando nunca se dispusiera a contemplar su propia figura.

Ovidio (1991) narra la historia de una linda ninfa, llamada Eco, que ama a Narciso sin ser correspondida. Por sentirse rechazada poco a poco se van dejando morir hasta el momento en que tiene, por señal de vida, sólo un débil y melancólico susurro. Sin embargo, como si fuera una justificación retributiva, por así decirlo, la diosa Némesis condena a Narciso a enamorarse de su propio reflejo en la laguna de Eco. Efectivamente, Narciso se acuesta en un banco a la orilla del río, y se agacha en dirección al agua. Cuando busca el reflejo de su cuerpo en el agua, solamente ve una flor, la que hoy lleva el nombre de Narciso. El joven va creciendo con una característica: desdeña a todos los que inútilmente desean su amor. Como castigo de los dioses recibe la petición de que:

*El joven que tanto desdén acumula ame sin ver satisfecho su deseo de ser amado...  
Y ese objeto de imposible amor será la propia imagen de Narciso, reflejada en la  
quieta superficie de una fuente inmaculada y cristalina limpieza (Jiménez, 1993,  
p.30).*

El mito se dedica a resaltar la imposibilidad de identificarse a sí mismo, porque de acuerdo con la leyenda, Narciso solamente tendría una larga vida si *nunca llegara a conocerse*. Tal como lo señala José Jiménez, el reconocimiento de sí, refleja *la terrible verdad del carácter transitorio, fugaz, engañoso del Yo*. Para Narciso, la fina línea de agua que refleja su imagen representa la identidad engañosa de sí mismo, que reconoce como falsa porque si llegara al conocimiento de sí, ello representará su propia muerte. El agua significa el carácter transitivo entre la vida y la muerte, y pasar de ese tenue límite sería aprehender la totalidad de una verdad inasible.

El mito relata una cercanía entre la adivinación y la imagen, retratando la dificultad y el deseo con los individuos buscan encontrar algo estable, o sea, un signo de identidad que pueda revelar algo de sí mismo. Porque la imagen de Narciso reflejada en el agua no ofrece la nitidez que busca la mirada. Una vez más recurrimos a Jiménez, quien dice: “Si peligroso es mirar de frente a la divinidad, no menos nocivo puede resultar fijar nuestra mirada en el espejo incierto del agua” (Jiménez, 1993, p.28).

El segundo punto abordado en el mito de Narciso se refiere a la incapacidad de amar, no pudiendo hacerlo nunca de forma completa y por eso se lleva la carga engañosa de nunca bastarse a sí mismo. La historia relata que, de tanto menoscabar a los otros, el joven sufrirá el castigo de amar sin poder ver, nunca jamás, su deseo satisfecho. La figura de Narciso será la propia característica de inaprensible que tiene el objeto de deseo, amando una esperanza sin cuerpo, no reconociendo su propia imagen, sin identificarse y por eso mismo, no pudiendo reconocer su deseo.

Consideramos oportuno, citar un fragmento de la Canción de la alondra de Bernard de Ventadour:<sup>55</sup> Espejo, después de haberme visto en ti, mis profundos suspiros me matan.; y estoy perdido, como se perdió el bello Narciso en la fuente.

El narcisismo no es la contemplación de sí mismo, sino el llenado de una imagen de sí cuando se contempla otra cosa, dice Deleuze (2002, p.145). El Yo vidente se llena con una imagen de sí al contemplar la excitación que lo liga. Se produce a sí mismo, “se extrae” de lo que contempla (en lo que él contrae e inviste por la contemplación).

### 3.5.2. Concepción freudiana sobre lo narcisismo

Freud utiliza el término “*narcisismo*” creado por el psiquiatra Paul Näcke en 1899 (Freud, 1975b, p. 71). Sin embargo, el propio Freud añade en 1920 una nota al pie de la reedición de la obra “Tres ensayos de la teoría sexual”, escrita originalmente en 1905, en que ratifica que el sexólogo Haverlock Ellis, en 1898, ya había comentado algo acerca del tema. Este último autor describe en su trabajo las actitudes del autoerotismo, observando que los individuos presentaban un comportamiento defensivo contra sus relaciones de objeto, y a la vez acompañado de una actitud de auto admiración. Ellis identificó este último tipo de comportamiento semejante a la actitud del personaje del mito griego de *Narciso*, denominando una conducta psicológica de: “Narcissus-like” que significa “a la manera de Narciso”. A pesar de eso, en realidad se descubre que ese término fue usado por

---

<sup>55</sup>Bernard de Ventadour, (1125-1195) considerado como uno de los mejores músicos de su tiempo, un trovador de canciones líricas de gran contenido poético. La canción antes citada, la alondra, famosa por su canto melodioso.

vez primera en 1887, por el psicólogo francés Alfred Binet (1857-1911) para describir una forma de fetichismo que consiste en elegir a la propia persona como objeto sexual.

Sin embargo, años más tarde, en 1899, Paul Nacke fue el que formalizó el término narcisismo, después de estudiar las conductas de la perversión sexual, y se depara con una cierta cantidad de sujetos que se comportaban de forma a dar a su propio cuerpo una connotación de *objeto sexual*. A esta conducta llamó “narcismus”, correspondiente a un comportamiento de amor a sí mismo, lo que aparecía en los casos de psicosis, en especial en la paranoia (Freud, 1975b, p. 71).

En 1911, el psicoanalista Otto Rank, en sus estudios, llega a la conclusión de que en el desarrollo natural de la sexualidad está presente un narcisismo normal. Este posicionamiento de Rank contribuye fundamentalmente a los estudios del narcisismo, el que comienza a ser visto ya no como una perversión ni una característica peculiar de los homosexuales, sino como un componente normal de la evolución sexual del individuo neurótico. Esto influye definitivamente en la ampliación del concepto de narcisismo. Basado en ello, Freud afirma que “por fin, surgió la conjetura de que una colocación de la libido definible como narcisismo podía entrar en cuenta en un radio más vasto y reclama su sitio dentro del desarrollo sexual regular del hombre” (Freud, 1975b, p.71).

La hipótesis del narcisismo normal resultó ser para Freud una clave indispensable para formular la concepción del narcisismo como un componente constitucional de la personalidad del individuo. Así pues, afirma que “el narcisismo en este sentido no sería una perversión, sino el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo” (Freud, 1975b, p.72). Es decir, el narcisismo pasa a ser considerado como un componente inherente a la personalidad del individuo en su juego pulsional general, formando parte tanto de los registros de la neurosis como de las psicosis. Con esa nueva argumentación, Freud empieza a hacer un recorrido relacionando rasgos y conductas narcisistas en sujetos neuróticos en general (Freud, 1975b).

### 3.5.3. La elaboración compleja sobre el narcisismo: una análisis del texto “Introducción del Narcisismo” [1914]

Sin embargo, en 1914, Freud propone introducir el concepto de narcisismo para explicar los cuatro aspectos que tiene: el narcisismo como perversión sexual; como etapa del desarrollo; como investidura libidinal del Yo y como la elección de objeto (Freud, 1975b, p.72). Esta proposición, nos dice Elisabeth Roudinesco y Michael Plon (1998), implicó en una primera reformulación de la teoría de las pulsiones, desapareciendo la separación entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales. Ahora el Yo estaba definido como un gran reservatorio de libido. Para aclarar un poco más, Freud hace del narcisismo una forma de investidura pulsional que es necesaria para la vida subjetiva, vale decir, en vez de ser algo patológico se convierte en un elemento estructurado del sujeto.

El narcisismo también representa una especie de estado subjetivo, relativamente frágil y de equilibrio fácilmente amenazado. Sobre esas bases se construyen las nociones de ideales, en particular del Yo Ideal y del Ideal del Yo. También están las llamadas psiconeurosis narcisistas, que son formas de psicosis (más exactamente la manía y la melancolía). El Yo se encuentra originalmente, en los comienzos de la vida, investido pulsionalmente y en parte es capaz de satisfacer a las pulsiones sobre sí mismo, dice Freud en su texto “Pulsiones y Destinos de la Pulsión” [1915]<sup>56</sup>.

De acuerdo con Freud, hay dos etapas del narcisismo: el primario y el secundario. El primero corresponde a la investidura libidinal originaria del Yo, del que una parte es cedida más tarde a los objetos, con lo que permite una posición entre la libido del Yo<sup>57</sup>, y la libido del objeto. El narcisismo secundario corresponde al retorno hacia el Yo de la libido que ha sido retirada de los objetos. El narcisismo es una peculiar relación, en la que alguien se vincula consigo mismo mediante otro. Se trata del Otro materno que delimita

---

<sup>56</sup> Lacan (1994) define al narcisismo como la atracción erótica provocada por la imagen especular. Esta relación erótica se da subentendiendo la identificación primaria que le da forma al Yo en el estadio del espejo.

<sup>57</sup> De acuerdo con Deleuze, el Yo produce a sí mismo o “se extrae” de lo que contempla (en lo que él contrae e inviste por contemplación). Se trata del narcisismo vinculado a la castración: la amenaza de desintegración de la imagen representativa de sí mismo.

con sus cuidados, el cuerpo infantil cargándolo de libido y así le permite la interrelación que anticipa y desarrolla el papel de intermediación, tal como lo define Laplanche (1987b) de cierta imagen de sí mismo, que funciona como un soporte de la noción integral total de sí, con la finalidad que el sujeto infantil pueda establecer un vínculo imaginario.

La concepción del narcisismo desemboca en una totalización de una imagen, una posición de integridad que, por otro lado, evoca una contraposición: la existencia de una herida que da soporte al tema de la castración. Esa integridad mencionada se apoya en un referencial ficticio de una imagen física que posee suma importancia en las producciones imaginarias que se forman a partir de ella. De acuerdo con lo que comenta Laplanche sobre el envoltorio del cuerpo, “engloban todo un universo de pertenencia... todo eso para desembocar – si tenemos en cuenta un nivel más elaborado- en la noción del Yo (*moi*) que también se constituye como una imagen, como una metáfora, como en el transporte, en el lugar de lo psíquico, de esta unidad corporal” (Laplanche, 1987b, p.70). La herida narcisista denota la angustia que el sujeto vive frente a las insatisfacciones, las demandas no saciadas, así como también muestra la frágil unidad corporal, un cuerpo que no se coordina psicomotoramente por su inmadurez.

El presente estudio pretende averiguar las primeras experiencias de la amenaza de desintegración corporal, que es vivida como una angustia de aniquilación, en el que el Yo se siente amenazado en su unidad narcisista. Y, consecuentemente, el miedo a la muerte, vinculado al doble (destacado por Freud en su texto *Lo siniestro*), que en la infancia es el miedo a la castración, y se convierte, en la vida adulta, en el miedo a la muerte.

Laplanche subraya algunos aspectos importantes a partir del narcisismo fálico: la noción de integridad fálico-narcisista como un todo narcisista que abarca al falo como una parte esencial de la integridad y es inseparable de un intercambio entre el cuerpo y el pene (Laplanche, 1987b, p.71). La significación energética del narcisismo está en que esa imagen de la unidad narcisista tiene que ser cargada –invertida a fin de mantener su potencial energético. Justamente es ese potencial energético el que contrabalancea las tentativas de efracción oriundas del exterior. Podemos decir que la tentativa de efracción proviene del proceso natural de desarrollo en el que alguien está expuesto a amenazas, a no ser atendido cuando lo desea, a estar solo cuando no lo quiere. Mientras tanto, se hace

necesario que esta unidad esté investida por el Otro materno, que le dé un lugar como sujeto de su deseo. Es fundamental que el sujeto infantil sea amado y cargado con la imagen narcisista, con libido, que está siendo construida de sí. La importancia de esto para la tesis es referente a esa imagen que está siendo investida, en que el efecto de la imagen se puede retratar cuando la investidura no fue suficiente. Sin embargo, es fundamental resaltar la importancia que tiene que el sujeto sea deseado, amado, investido para que posea un lugar, una identidad narcisista, con la finalidad de que pueda defenderse de las amenazas que son peculiares al proceso de la vida.

El narcisismo está relacionado con la angustia y la angustia de castración. Este afecto en psicoanálisis es la angustia del Yo que está ligada a una amenaza de posible desestructuración, a un peligro que pueda atentar contra la integridad de la forma narcisista. El tema del narcisismo<sup>58</sup> desarrollado por Sigmund Freud en el texto “Introducción del Narcisismo”(1914) está compuesto por tres partes. En la primera, se establecerá el concepto de narcisismo primario como un primer estado de la teoría de la libido que precede a toda investidura de objeto y se fundamenta en una autosatisfacción vivida por el sujeto infantil. El autor va a particularizar el proceso evolutivo del Yo, que necesita desarrollarse, y cuya constitución estará atravesada por la aparición de narcisismo, siguiendo un orden cronológico, un camino que va desde el autoerotismo, pasando por el narcisismo hasta llegar al amor de objeto. Freud destacará la distribución de la libido entre la libido yoica y la libido de objeto, mantenida por el principio de conservación lineal de la energía libidinal.

---

<sup>58</sup> En el psicoanálisis, el mito de Narciso fue asociado en un principio por Freud a la cuestión del homosexualismo en el texto “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci” [1910], en el que comenta “Decimos que halla sus objetos de amor por la vía del *narcisismo*, pues la saga griega menciona a un joven Narciso a quien nada agradaba tanto como su imagen reflejada en el espejo y fue transformada en la bella flor de ese nombre” (Freud, 2000b). Freud utiliza al personaje de la mitología griega *narciso*, quien no podía amar nada más que su propia imagen.

#### 3.5.4. Concepciones freudianas del narcisismo primario y secundario

En la segunda parte, Freud modifica la hipótesis del narcisismo primario debido a la ineficacia para limitar el funcionamiento de la teoría económica de la libido, exponiendo que el narcisismo primario se basa en el narcisismo parental, con la fundamental importancia de la participación del otro. Se trata de un punto importante que empezará al final de la segunda parte del texto y se extenderá en el recorrido de la tercera, que será la formación del concepto de Ideal del Yo, y sus correlaciones con la sublimación, autoestima y la conciencia moral (Freud, 1975b, p.71-98).

Freud reconoce la idea de un narcisismo infantil primario con apoyo en una idea ya desarrollada anteriormente en su texto “Tótem y Tabú”, escrito en 1913, en el que menciona la presencia de la omnipotencia del pensamiento en los niños y en los pueblos primitivos como “una sobrestimación del poder de sus deseos y de sus actos psíquicos” (Freud, 1975b p.73). Creen que pueden interferir en los hechos externos. Y esa creencia se debe al desplazamiento de su investidura libidinal yoica que es cedida a los acontecimientos externos. Freud sugiere una forma de conservación de la energía de la libido que se extiende hacia el objeto externo como una imagen parecida con “el cuerpo de una ameba y los seudópodos que emite” (Freud, 1975b, p.73).

El autor también manifiesta que el narcisismo nace dentro del sujeto y a partir de allá se dirige a los objetos: “de ese modo nos formamos la imagen de una originaria investidura libidinal del Yo cedida después a los objetos” (Freud, 1975b, p.73). Con ello, Freud expone una oposición resultante entre la libido yoica y la libido de objeto. El autor opina que el aumento de una de ellas lleva a la reducción a la otra, porque en ese momento piensa a la libido como una cantidad fija, lo que más adelante, con el propio desarrollo del concepto de narcisismo, pasará por evidentes cambios.

Esta presuposición (los dos tipos de libido) está bien determinada en la primera parte del texto. Freud ejemplifica ese posicionamiento tanto en los casos amorosos como en la situación que viven los paranoicos. En relación a los primeros, prepondera la libido de objeto, mientras que está reducida la libido del Yo. En lo que concierne a los segundos,

los paranoicos, las fantasías adquieren grandes proporciones, debido a la investidura de la libido yoica en detrimento de la libido objetal que se reduce.

Durante el transcurso del texto que estamos mencionando, Freud se dedica a postular la cuestión del autoerotismo como el estado inicial de la libido, en el que el individuo se autosatisface. El autoerotismo es un primer estado de la teoría económica de la libido en el que el individuo al principio invierte en su propio cuerpo, como un objeto de satisfacción sexual y que solamente en un posterior momento desplaza su libido al objeto. Freud expone un orden en la evolución del desarrollo de la libido que empieza en el autoerotismo, introduciendo el narcisismo y posteriormente, el amor de objeto (Freud, 1975b, p.74-78).

En un primer momento, el narcisismo está compuesto, en el sujeto infantil, por un narcisismo primario que se caracteriza por una autoinvestidura libidinal que carece de la participación del objeto externo, configurando un estado *anobjetal* (Freud, 1975b, p.74-78). En otro punto del artículo, Freud comenta que “ahora las pulsiones autoeróticas son iniciales, primitivas; por tanto, algo tiene que adicionarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se pueda constituir” (Freud, 1975b, p.74). El Yo no está preformado, tiene que desarrollarse en un proceso evolutivo de las representaciones psíquicas para que se pueda constituirse como unidad. Freud expone una secuencia que empieza en el autoerotismo, pasando por el narcisismo para finalmente llegar al amor de objeto.

De acuerdo con lo que Freud le dice en una carta a K. Abraham, en 1914, el narcisismo fue el parto arduo y exhibe todas las consiguientes distorsiones (Abraham, 1969). Demuestra así la dificultad de marcar los contenidos del narcisismo. Por ello, adoptará como metodología los estudios clínicos de la parafrenia, partiendo de las desfiguraciones de lo patológico con la finalidad de corroborar la comprensión de lo que es normal. De ese modo, como las neurosis de transferencia abren el camino para la observación de la libido de objeto, serán las psicosis las que van a facilitar la percepción de la psicología del Yo, de la libido narcisista.

Posteriormente, en el texto sobre el narcisismo, Freud desarrollará esa investigación analizando los siguientes ejemplos clínicos: la enfermedad orgánica, la hipocondría y el estado de amor. Al respecto de la enfermedad orgánica podemos afirmar que Sandor Ferenczi fue quien más influencia ejerció en el pensamiento freudiano. Se trata de un defensor de la importancia de la enfermedad somática en la distribución de la libido. Este autor desarrolló un trabajo sobre las patoneurosis, que interpretó como las enfermedades psicológicas que poseen una base en la enfermedad orgánica. Además, Ferenczi (1997) comprobó que en las enfermedades, la libido se retiraba de los objetos del mundo externo y se condensaban en un determinado órgano del cuerpo del paciente. Para ambos autores, el padecimiento del órgano hace que el individuo se retraiga del mundo de los objetos y concentre la libido en sí mismo.

Freud llega a afirmar que el individuo pasa por una alteración de la investidura de la libido cuando es atacado por una enfermedad, volviendo a invertir en ella cuando ya está curado (Freud, 1975b, p. 79). Menciona que “la libido y el interés yoico tienen, en este caso, el mismo destino y se hacen otra vez indiscernibles” (Freud, 1975b, p.79). El egoísmo del enfermo es una forma de retirada narcisista de las posiciones libidinales volcadas sobre la propia persona, en que se altera la distribución de la libido en detrimento de la modificación en el Yo.

En el caso de la hipocondría, también se da una retracción de la libido, la que es transformada en libido narcisista, con el éxtasis de esa libido transmutada al cuerpo como sensaciones corporales penosas. La hipocondría se asemeja a la enfermedad orgánica tanto por desplazar las sensaciones displacenteras y concentrarlas en un órgano, como también por el parecido en cuanto a la distribución de la libido. Freud dice que la diferencia básica radica en que las enfermedades orgánicas están fundamentadas en las alteraciones orgánicas y que en las hipocondrías no ocurre lo mismo (Freud, 1975b, p.74-78).

Freud defiende que las esquizofrenias tienen, como punto de partida, el éxtasis de la libido en el Yo. Para comprender mejor estos dichos freudianos, el autor destaca que es necesario remitirse a un texto anterior, de 1914, en el que explica que el camino que sigue la enfermedad y la formación de síntomas en las neurosis de transferencia se explican a partir de la frustración que acciona la introversión de la libido. El individuo retira la libido

de los objetos de la realidad y obtiene la satisfacción en la vida de fantasía (Freud, 1975b, p.74-78).

Freud dice que durante el transcurso de las primeras satisfacciones de la vida sexual, las experiencias autoeróticas son vividas articuladamente con las funciones vitales que están al servicio de la autoconservación. Ello quiere decir que las pulsiones sexuales se descargan primero en las satisfacciones de las pulsiones yoicas y sólo después se vuelven independientes de ellas. Freud defiende que este tipo de apuntalamiento tiene por base una primera relación de nutrición y amparo aplazados a los primeros objetos sexuales en que se viabiliza mediante la madre o un sustituto. El planteamiento de que el bebé logra su primer objeto sexual sobre el fundamento de la pulsión de nutrición (pulsión de autoconservación) ya había sido comentado por Freud en su trabajo “Tres ensayos de la teoría de la sexualidad” [1905] (Freud, 1995b).

La idea de un narcisismo parental es desarrollada por Freud en el final de la segunda parte de su trabajo. En principio, realiza un recorrido con la finalidad de elucidar la eficacia que tiene el narcisismo primario para explicar los indicios de la teoría económica de la libido. “En función de la debilidad en observarla directamente, introduce un nuevo elemento constitutivo del narcisismo que es la participación del narcisismo de los padres, que fundan los momentos iniciales del narcisismo primario” (Freud, 1975b, p.85-87)<sup>59</sup>. Con esta preocupación el autor manifiesta que:

*El narcisismo primario que suponemos en el niño, y que contiene una de las premisas de nuestra teoría sobre la libido, es más difícil de asir por observación directa que de comprobar mediante una inferencia retrospectiva hecha desde otro punto (Freud, 1975b, p.87).*

Expone la dificultad de observarlo directamente y el proceso dinámico de las representaciones psíquicas, que no se puede acompañar en un tiempo lineal. Habrá que

---

<sup>59</sup> El concepto del narcisismo primario no sigue un concepto lineal en el presente texto. Inicialmente es clasificado por Freud como un primer estado de la vida del niño en que inviste su energía libidinal en sí mismo y toma a sí como primer objeto de amor caracterizando un estado anobjetal. Cuando introduce el concepto de narcisismo parental admite por primera vez que el narcisismo primario se fundamenta en el narcisismo parental.

comprender los pasos mediante un movimiento retroactivo, resignificando los contenidos representativos que hacen parte de la estructura psíquica. Constata la participación de los padres en la inicial formación de las primeras representaciones psíquicas y hace la siguiente deducción:

*Si consideramos las actitudes de los padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado (Freud, 1975b, p.87).*

En la retrospectiva al narcisismo de los padres, Freud destaca la importancia que tiene el movimiento no lineal en el tiempo psíquico que se procesa de forma dialéctica en un continuo retroceder, articulando las complejas redes interactivas padre-hijo en la construcción de las representaciones de la psiquis. Los padres reproducen sus propios contenidos narcisistas mediante las investiduras valorativas que interfieren de modo activo en la vida del bebé, y constituyen los primeros rastros de su narcisismo primario. Este, que hasta el momento no tenía una forma tan precisa en el texto freudiano, ahora ha quedado demarcado como presupuesto de que se fundamenta mediante el narcisismo parental (Freud, 1975b, p.84-87).

Hasta el final de la segunda parte de su texto, Freud estudia cómo se procesan las actitudes de los padres y cómo se ubican en los hijos. Resalta la necesidad de que los padres les atribuyan toda clase de perfección a sus hijos, como una característica que gobierna el primer vínculo afectivo. Esta posición de privilegio que tienen los hijos, Freud la llamó “Su Majestad, el bebé” (Freud, 1975b, p.88). El niño es el centro de todas las atenciones y cuidados, como un verdadero rey que vive un estado de totalidad y omnipotencia.

La sobreestimación del niño por parte de los padres cumple la función de realizar los respectivos sueños y deseos incumplidos de los progenitores. Ellos necesitan creer que el niño estará inmune a la *enfermedad, la muerte y el renunciar al goce*. Como también que no padecerá de las limitaciones y restricciones inherentes a la propia constitución de la vida en la sociedad. El autor expone que “el punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del Yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad

refugiándose en el niño” (Freud, 1975b, p.88). El vínculo afectivo que se establece entre los padres y el hijo determina las primeras representaciones en el niño, siendo este el momento en que se constituyen las estructuras originales. Por lo tanto, el narcisismo primario será sustentado por el narcisismo de los padres.

### 3.5.5. Aproximaciones entre narcisismo y complejo de castración

La última idea que se discute en el texto de 1914 sobre el narcisismo será la concepción teórica desarrollada por Adler, el psicoanalista contemporáneo del autor. Adler (1983) defiende un concepto sobre la “protesta masculina” basada en que la formación del carácter se funda en la valoración social, relegando la naturaleza de la libido. Por lo tanto, ese autor no considera importante la cuestión de la naturaleza narcisista como constitutiva de la experiencia inconsciente. En este preciso punto, Freud discuerda por considerar inapropiado todo ello para aclarar los problemas de las neurosis (Freud, 1975b, p. 53).

Freud desarrollará una importante articulación ente el narcisismo y el complejo de castración. Este último es peculiar a una etapa de la infancia que está representada en la evolución de la sexualidad infantil y simbolizada por la primacía del falo para ambos sexos, su valoración representa la formación prefigurada de una futura subjetividad que se estará constituyendo al apoyarse en el narcisismo primario. La valoración del mencionado falo señala la parte constituyente de la formación del Yo (Freud, 1975b).

Por otra parte, la angustia de castración, que es peculiar del complejo edipiano, no se limita sólo al tener miedo de la pérdida real del órgano anatómico. Si fuera realmente así, no sería posible en el caso de las niñas. Lo que realmente está en juego en esa cuestión es el miedo de perder algo fundamentalmente constitutivo de la estructura psíquica. Se trata del representante simbólico que sobrepasa lo real y cohabita con lo simbólico. En este texto, Freud lo añade a la problemática narcisista. Con ello amplía el concepto de angustia de castración, en el que el falo se considera como una parte de la imagen del Yo, y que a su vez está en íntima correlación con el Edipo (Freud, 1996e, p.181-188).

El *falo* siempre ha ocupado un lugar destacado en los tiempos antiguos, lo que ha sido expresado en los diversos tipos de arte como el órgano del poder, valoración, autoridad, entre otros. Ha desarrollado una función central en los cultos ceremoniales en los que representa la unidad de la fuerza y la autoridad (Freud, 1996e, p.181-188).

Para el psicoanálisis, el falo tiene el significado simbólico, el de una fase llamada *fálica* que consiste en la evolución de la libido en ambos sexos, en que el complejo de castración tiene un papel central que encuentra su mayor relevancia en la resolución del complejo edipiano. El complejo de castración tiene dos características básicas: la primera, por estar relacionada con el miedo que tiene el niño de perder el pene y la otra, la envidia de la niña. Sin embargo, lo que temen perder o no tener es, en verdad, el lugar privilegiado que ocupan, vale decir, no es el pene en sí mismo, sino lo que representa: una posición valorada frente a los otros (los progenitores). De ese modo, Freud amplía la noción de Complejo de Edipo, en el que ya no lo asocia al simple deseo sexual por el padre, sino que le añade la cuestión de que el individuo desea que el otro lo desee en el sentido de que lo valore y lo estime. Se demuestra así que el deseo está bajo la función del narcisismo.

Lo que se tiene miedo de perder ocupa una función simbólica capaz de trasplantarse de un mero sentido anatómico a una instancia que está representada por el resultado de una problemática, entre lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo. Se amplía el significado del falo y a él se le delega toda una valoración simbólica que se constituye en la formación de la psiquis. Es así que los privilegios agregados por poseer este atributo de máxima valoración, y de preferencia ocupando ese preciso lugar, no residen simplemente en ubicarse en una calificación de atributos, sino, por sobre todas las cosas, por representar el lugar predilecto frente al otro. Esto quiere decir ocupar un lugar de legitimación frente a la mirada del otro, y así configurar un privilegio que se legitima en una conquista. Freud manifiesta que la estructura narcisista y la función edipiana son inseparables en la medida en que se constituyen de manera simultánea en el psiquismo.

La investidura de los padres formará los primeros rasgos de una imagen prefigurada e idealizada de sí mismo, en que Freud expone la formación del Yo Ideal. El autor afirma que “podemos decir que alguien erigió en el interior de sí mismo un ideal por el cual mide su Yo actual” (Freud, 1975b, p.90). El niño construye una imagen de sí

formalizando su representación en el plano imaginario, con el cual se relacionará. De manera tal que el Ideal del Yo<sup>60</sup> caracteriza un perfil representativo de sí, que está compuesto por una escala de valores y atributos debido a las investiduras de los progenitores. La imagen que el niño formará de sí mismo está cargada con los contenidos valorativos adscritos por sus padres, y construirá una dimensión imaginaria idealizada de sí mismo.

Sin embargo, la idealización del Yo refleja un proceso que afecta al objeto. En contrapartida, lo engrandece en el plano psíquico para mantener así la ilusión de que existe un objeto perfectamente completo para la satisfacción sexual directa. Un ejemplo de ello es la sobreestimación sexual del objeto expresando, justamente, la necesidad de idealizarlo.

Freud propone la idea de una instancia psíquica especial cuyo objetivo es garantizar la realización narcisista mediante las gratificaciones del Ideal del Yo. Explica ese estadio con lo que probamos como conciencia y luego añade que “el estímulo para la formación del Yo ideal, cuya vigilancia está encomendada a la conciencia, tuvo su punto de partida en la influencia crítica ejercida, de viva voz, por los padres” (Freud, 1975b, p.96). Con ello expone no sólo una teoría estructural, sino también anuncia una teoría de las relaciones que les objete la importancia dada al proceso de internalización al efecto crítico de los padres y la sociedad.

Por último, desarrolla la cuestión de la auto-estima, relacionándola con el narcisismo. Señala que “el sentimiento de sí depende de manera particularmente estrecha de la libido narcisista” (Freud, 1975b, p.95). Explica la forma de actuación del proceso fundamental y las representaciones psíquicas. Afirma que “una parte del sentimiento de sí es primaria, el residuo del narcisismo infantil; otra parte brota de la omnipotencia

---

<sup>60</sup> Freud elabora una distinción entre la formación del ideal del Yo y la sublimación. Afirma que la sublimación es un proceso que corresponde a la libido de objeto y *consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante de la satisfacción sexual*. Pone de relieve que en la sublimación se desvía de la trayectoria de la pulsión sexual, que por no tener una satisfacción sexual directa se expresa de forma disfrazada en otros propósitos. En la formación del proceso de la neurosis la sublimación contribuye de forma diferente en relación al ideal del Yo. La instalación del ideal aumenta las exigencias del Yo y así se torna un fuerte aliado para favorecer la represión. Como señala Freud “la formación del ideal sería, de parte del Yo, la condición de represión.”(Freud, 1975, p.90). Sin embargo, la sublimación forma parte de una vía de escape que es capaz de cumplir con una exigencia, sin permitir que la represión ocupe el lugar.

corroborada por la experiencia (el cumplimiento del ideal del Yo), y una tercera, de la satisfacción de la libido de objeto” (Freud, 1975b, p.97). Freud muestra lo siguiente: el complejo funcionamiento del psiquismo está compuesto por las distintas instancias que abarcan lo intrapsíquico con todos los complejos sistemas en que el otro interfiere de manera contundente por ser un representante idealizado que cimienta la propia subjetividad.

Al final, Freud expresa que la evolución del Yo consiste en abandonar al narcisismo primario de donde surge de modo concomitante un inmenso deseo de reconquistarlo. El abandono del narcisismo primario se da por la vía de desplazamiento de la libido sobre un Yo ideal, impuesto desde afuera, resaltando las cargas libidinales del objeto. Si de ese modo el Yo se empobrece, vuelve a enriquecerse por medio de la satisfacción que obtiene de los objetos y gracias al cumplimiento del ideal. De esa manera, dice el autor, la auto-estima tiene tres aspectos fundamentales: el residuo narcisista infantil, el cumplimiento del ideal y la satisfacción que proviene del objeto.

En la primera parte del texto, Freud desarrolló, como un primer tiempo del narcisismo, el *narcisismo primario*, fundamentado en un estado de autosatisfacción y de autosuficiencia, caracterizado como una actividad autoerótica que se apoya en un estado *anobjetal*, el que, por su parte, se caracteriza por la ausencia de la relación con el otro. En la segunda parte añade un cambio extremadamente significativo en relación a la cuestión del *narcisismo parental* como sustentáculo del *narcisismo primario*. Afirma que la observación directa de este último no ofrece bases sólidas en la investigación del complejo campo psíquico de la teoría de la libido. Por ello, habrá que retroceder a otro punto, al narcisismo de los padres (Freud, 1975b, p.72-78).

La participación de los padres se elucida en la tercera parte (Freud, 1975b), en que las investiduras estarán formadas por los propios contenidos narcisistas, que serán desplazados, revividos y proyectados en el niño. Este construye, de modo paulatino, una imagen unificada de sí mismo, sustentada por los valores y atributos de los padres. Para Freud, el niño toma una imagen de sí que consiste en la representación idealizada del otro, en que se apoya para formar la unidad yoica.

Freud trató de verificar en qué camino se había formado esta representación idealizada de sí mismo y, comentando sobre el asunto, dice que “sobre este Yo ideal recae ahora el amor de sí mismo de que en la infancia gozó el Yo real” (Freud, 1975b, p.91). Toda omnipotencia vivenciada en la infancia será desplazada para sí como si fuera un objeto sexual exterior, unificando una imagen de sí sustentada por la internalización de la imagen, totalizando el ideal del Yo que forma parte de ella en la primera infancia. Freud afirma que durante la posición de perfección narcisista vivida en la infancia, el hombre se muestra incapaz de renunciar a ella y al mismo tiempo intenta recuperarla mediante el Ideal del Yo, de manera tal que “lo que el hombre proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su propia infancia, en la que él fue su propio ideal” (Freud, 1975b, p.91). La aserción *proyecte frente a sí como su ideal el sustituto del narcisismo perdido* denota que los padres reviven en los hijos, mediante las actitudes de predilección y privilegios.

Freud aclara la importancia que tiene la investidura del Otro, marcada por un discurso totalizador, cuya función es formalizar y legitimar las primeras representaciones que alguien tiene de sí. Según Hugo Bleichmar, “para que haya Yo ideal se tiene que haber pasado del examen de los rasgos a la persona total” (Bleichmar, 1983, p.78). Para este autor el concepto de Ideal del Yo no fue desarrollado por Freud como un núcleo de funciones unificadas, sino como la aparición de una *representación en que el sujeto se ve como una unidad*.

De acuerdo con sus comentarios sobre el Ideal del Yo, los padres invisten en el bebé una imagen idealizada de perfección, en la que legitiman la estima y forman un conjunto representativo de calificaciones que harán parte del Yo idealizado del niño. Mientras tanto, también hay otro componente importante: las investiduras del orden sexual, particularmente a la madre por encontrarse en relación directa mediante los primeros cuidados de nutrición e higiene. Desde los primeros vínculos, madre-hijo ya están presentes los contenidos sexuales de la madre. De acuerdo con Bleichmar:

*En el momento del nacimiento del hijo, la madre, como sujeto escindido, posee tanto la capacidad de amor narcisista (que permitirá la unificación libidinal del*

*niño en la constitución de la tópica yoica), como un conjunto de deseos reprimidos que tienen como sede el propio inconsciente de la madre (Bleichmar, 1995, p.123).*

Desde los primeros tiempos, la investidura materna está marcada por la compleja dinámica interna de una madre en conflicto.

Gutiérrez Terrazas comenta que los dichos de Freud, cuando articula el narcisismo parental como estructura del narcisismo primario, inauguran una correlación “muy importante, porque introduce el espacio del vínculo intersubjetivo en la constitución de toda subjetividad, al mismo tiempo que da cuenta del recubrimiento imaginario - procedente del otro- en todo narcisismo” (Gutiérrez-Terrazas, 2002, p.141). De esa manera se forma una interacción entre las dos intersubjetividades, en las que cada una está compuesta por la estructura intrapsíquica en conflicto.

#### ***IV. LO RETORNO A UN NUEVO DUALISMO PULSIONAL: LA PULSIÓN DE MUERTE VERSUS LA PULSIÓN DE VIDA***

En esta cuarta parte de la tesis buscamos entender la paradoja más compleja del psicoanálisis: la pulsión y la muerte. Se trata de abordar un asunto con el que Freud hacía mucho tiempo se deparaba en la clínica: la compulsión a la repetición, un goce en la insatisfacción. Sucedió en pleno periodo del vigor de la metapsicología freudiana, en los aflictivos años de la guerra (entre 1914 y 1918). Esta fue una época de grandes indagaciones al respecto del sufrimiento del neurótico, movido por la desesperanza sentimiento peculiar al conflicto bélico, que lo impele a elaborar sus nuevas convicciones.

En tiempos de paz, Freud presenta con lucidez irónica el axioma según el cual todo lo que es vivo aspira a fenecer. Así inaugura la idea de pulsión de muerte en el brillante texto “Más allá del principio de placer” [1920]. En ese artículo, nos invita a recorrer el ámbito más oscuro e inaccesible de la vida anímica (Freud, 1995d, p.172). Pretendemos describir, a grandes rasgos, el texto de 1920 de la obra freudiana antes mencionada. En primer lugar, comentaremos particularidades con un breve histórico de la debida influencia en las nuevas concepciones, dándole especial atención a su historial personal, vale decir, la muerte de la propia hija de Freud. Posteriormente, delinearemos las primeras apreciaciones freudianas de la no inclinación del psiquismo al principio del placer, justificando que los eventos mentales son puestos en curso por una tensión desagradable. Más adelante explicaremos que la sustitución del principio del placer por el de realidad sólo puede ser responsable por un reducido número de experiencias desagradables. Luego haremos la descripción de la compulsión a la repetición, vinculada a los sueños de los enfermos de neurosis traumática. Se trata de los llamados sueños traumáticos de los pacientes que han sufrido algún accidente, pero que también se dan durante el análisis de neuróticos, trayéndoles otra vez los traumas olvidados de la infancia. Freud percibió que los sueños, que podemos definir como desagradables, también pueden ser los sueños de castigo, cuando el deseo inconsciente realizado en el sueño fuera el deseo de ser castigado.

Posteriormente veremos *Fort-Dá*. En este segmento haremos una descripción circunstanciada del juego repetitivo del propio nieto de Freud. Se trata del juego del carretel, y consiste en que un niño utiliza principalmente un carretel de madera que está atado por un hilo de coser "... y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso Dá (acá está). Mas, cuando el carretel se iba, el niño exclamaba: Fort (se fue)" (Freud, 1995d, p.252). Freud interpretó ese gesto diciendo que el juego correspondía a su renuncia pulsional (a renunciar a la satisfacción pulsional), al dejar que la madre se fuera, sin protestar o llorar por ello, se reparaba, representando por sí mismo, con los objetos a su alcance ese disiparse y retornar (Freud, 1995d, p.252). Añadimos que el placer del niño reside en el hecho de que el objeto vuelve, que el niño sobreviva a la ausencia de su madre en función de su retorno. Es importante señalar que hay una diferencia entre placer y satisfacción. Una situación desagradable puede causar satisfacción. Hay una discusión acerca de lo que sería la satisfacción obtenida en el acto de jugar. Tanto se puede interpretar como la repetición misma del acto de pérdida, la repetición de displacer; como puede interpretarse como la posibilidad del sujeto de controlar el acto de pérdida, de repetirlo. El juego de *Fort-Dá* es una tentativa para superar un displacer, motivado por movimientos repetitivos. Freud agrega que el juego de *Fort-Dá* también consistiría en un momento crucial constitutivo de la historia del sujeto, por la sustantivación *de las manifestaciones centrales de lenguaje* como articulador de la angustia de la ausencia materna en la acción de la compulsión a la repetición.

Luego destacaremos las dos vías de expresión básicas de la pulsión: el afecto y las representaciones. Después, especificaremos mediante una descripción de la llamada representación-cosa, que es parte de las experiencias que se van viviendo, vinculadas al objeto mediante el aparato de percepción y de las regiones erógenas. Inmediatamente después hablaremos de la representación-palabra, vínculo construido con el sujeto adulto, en que la expresión de las emociones, los primeros sonidos, se van transformando en códigos. Freud subraya también la importancia de los restos mnemónicos ópticos, como el suceder consciente mediante el retroceso de los restos visuales. Terminaremos esta parte especificando que el niño del juego de *Fort-Dá* logra domesticar las idas y vueltas de la madre, que le producen angustia, con la práctica del carretel y hace de este objeto un representante materno.

En el siguiente segmento, más específicamente en el apartado cuarto que también compone el punto sobre la *pulsión de muerte*, trataremos las consideraciones freudianas realizadas sobre la clínica psicoanalítica; describiremos que el paciente, la mayor parte de las veces, repite los materiales reprimidos como una experiencia contemporánea, e invariablemente las actúa en la transferencia en la relación con el analista.<sup>61</sup> Hemos llegado a la compulsión a la repetición, el Yo se resiste al tratamiento, dice Freud. Sin embargo, la compulsión a la repetición debe ser atribuida a lo reprimido inconsciente. Vamos a citar varios ejemplos, señalados por Freud, sobre esta tendencia a la repetición. El más paradigmático lo cuenta Tasso en la epopeya *Gerusalemme Liberata*, cuyo héroe Tancredo, inadvertidamente, mata a la propia amada, Clorinda, en un duelo, pues ella estaba disfrazada con la armadura de un caballero enemigo. Acto seguido al entierro, Tancredo le hace un corte al tronco de un árbol con la espada y en vez de salir savia, aparece sangre. La voz de Clorinda, cuya alma está aprisionada en el tronco del árbol, se escucha lamentarse de que una vez más Tancredo la ha herido de muerte. La compulsión a la repetición surge de reiterarse lo que se conoce como más íntimo y, paradójicamente, como desconocido. (Freud, 1995d, p.22)<sup>62</sup>

En el quinto subapartado –la tesis propiamente dicha sobre la pulsión de muerte– hablaremos de las pulsiones y su vínculo con la dimensión orgánica. Argumentaremos que Freud llegó a la conclusión de que el desarrollo orgánico es decurrente de influencias externas al organismo, que lo perturban y lo desvían de su natural dirección. Señalaremos, asimismo, que lo inorgánico es muerto, que el hecho de que vengamos de él y de que estemos retornando en su dirección indica que hay una pulsión motora en lo inorgánico que llevaría a la vida, pero que en ésta la pulsión pasaría a tener una causa final: retornar a la muerte. Más adelante nos referiremos a las pulsiones sexuales –únicas, que buscan un estado de cosas que nunca fue logrado. Lo que estas buscan no es la reproducción, sino la satisfacción. Freud vio dos especies de pulsiones: las que buscan lo que es vivo, y las otras, las pulsiones sexuales que están perpetuamente intentando y logrando una

---

<sup>61</sup> En el capítulo intitulado “Ética de la transferencia”, Marinas desarrolla a idea de una ética del fenómeno psicoanalítico de la transferencia, particularmente a partir de Lacan y Levinas (Marinas, 2014).

<sup>62</sup> El alma de Clorinda, la amada de Tancredo, estaba presa en un árbol; ignorante de ello, Tancredo descargó su espada sobre el árbol y manó sangre. Esta historia es narrada por Freud con más detalle, en relación con la «compulsión de repetición», en (Freud, 1995d, p.22).

renovación de la vida. Luego llegaremos a la conclusión de que probablemente no hay otro tipo de pulsiones a no ser las referidas libidinales, incluso las pulsiones del Yo de autoconservación. Tras haber abordado ese asunto, intentaremos junto a Freud, entender el origen de una pulsión como proveniente de una necesidad.

Veamos la hipótesis freudiana: la unión sexual sería anhelada por significar el deseo de retornar a una unión que anteriormente existía entre las dos mitades. Platón ya había tratado este asunto. La hipótesis de Freud es que la libido narcisista, y con la extensión del concepto de libido (las células individuales), la pulsión sexual fue transformada por nosotros en Eros, el cual busca reunir y mantener juntas a las partes de la sustancia viva. Finalmente, terminaremos esta cuarta parte de la tesis remitiéndonos otra vez al maestro vienés, afirmando que el principio de placer protege contra los peligros que vienen de afuera, y por sobre todas las cosas, contra los aumentos de la estimulación que viene de adentro, lo que hace más fácil la tarea de vivir. En este sentido, estaría al servicio de la pulsión de muerte por buscar un aislamiento erótico con lo de afuera. Asimismo, iría contra la pulsión de vida que generaría estimulaciones libidinales de dentro, intentando descargarlas. Como broche final, terminaremos este trabajo afirmando que, finalmente, esta potencia subversiva llamada Pulsión de Muerte también es el camino por el cual todo puede ser recommenzado. Hay una relación entre la pulsación de la muerte, la deconstrucción, la reconstrucción, y la continua relación dialéctica de redirección del deseo y rediseño de la subjetividad; una fuerza creativa de cambio y creación de lo nuevo. Esto en oposición a Eros, que es la pulsión de vida, que tiende a estabilidad, inmovilidad, unión y cristalización.

#### **4.1. UNA ANÁLISIS PROFUNDA DEL TEXTO FREUDIANO MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE PLACER: UN DIVISOR DE AGUAS EN LA TEORÍA PSICOANALÍTICA**

Freud sabía que los sentimientos de placer y displacer están arrinconados, que echan raíces en la región más oscura e inaccesible de la mente. Sin embargo, no por ello

dejó de relacionar tales transitivos indirectos a la cantidad de excitación que está presente en la referida mente.

Antes de hacer un sondeo para ir a las profundidades del tema, el doctor austríaco no perdió de vista la contribución de G. T. Fechner (1873), quien afirma que los impulsos conscientes siempre poseen una determinada relación con el placer y el displacer, y que también pueden ser comprendidos como una relación psicofísica con condiciones de estabilidad e inestabilidad. Freud encontró éstas y otras meditaciones en una pequeña obra de Fechner [1873] (Freud, 1995d, p.7-9).

Al leer la obra de Freud se sabe desde un comienzo que el principio de placer tiene por fundamento y móvil al principio de constancia. En realidad este último principio fue extraído como conclusión de los hechos que impulsaron a Freud a adoptar el principio de placer. “El principio de constancia” se remonta a los inicios de los estudios psicológicos freudianos. El primero que fue publicado al respecto, con una cierta extensión, el autor fue Breuer –en términos semifisiológicos– cerca del final de la Sección de la parte teórica de los “Estudios Sobre la Histeria” (Freud, 1996a, p.204-213). Es ahí donde Breuer lo define como “la tendencia a mantener constante la excitación intracerebral” (Freud, 1996a, p.208). En cambio, el displacer que sentimos es en su mayoría, como lo dice Freud, un displacer *perceptivo*. Puede tratarse de una percepción de una presión por parte de las pulsiones insatisfechas, o ser la percepción externa de lo que aflige en sí mismo o que provoca expectativas desagradables en el aparato mental (Freud, 1996a).

La investigación que realizó Freud sobre la reacción mental ante un peligro lo llevó a usar el farol de Diógenes sobre lo que sucede con todo tipo de accidente que involucra un riesgo de muerte, vale decir, la ya entonces conocida *neurosis traumática*, que se acerca a la histeria por la abundancia de síntomas motores que son parecidos, tal como lo afirma el propio Freud. Al abandonar el oscuro y melancólico tema de la neurosis traumática, Freud se dedica a realizar un estudio activo y critica el método de funcionamiento usado por el aparato mental en una de sus primeras actividades *normales*, estando aquí en íntima conexión con los juegos infantiles (Freud, 1995d). Freud usa el ejemplo de lo que ocurrió con su propio nieto, un jueguito que él mismo denominó de *Fort-Dá*:

*El niño tenía un carretel de madera atado con un piolín. No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras de sí por el piso para jugar al carrito, sino que con gran destreza arrojaba el carretel, al que sostenía por el piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo «o-o-o-o», y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso «Dá» {acá está}. Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver (Freud, 1995d, p.14-15).*

Freud desenmarañó la cuestión al interpretar que ese juego, aparentemente ingenuo, estaba relacionado con la gran realización cultural del niño, la renuncia pulsional que había hecho al permitir, sin quejarse y sin protestar, que la mamá se alejara. De acuerdo con el parecer freudiano, el niño hacía que el vaivén manifestara, por así decirlo, una compensación de los daños. Se trataba de un contrabalance que tenía en cuenta, evidentemente, que la ausencia de la madre no infundía ningún placer ni siquiera la indiferencia en el niño. Además, Freud defendió que la repetición de esa experiencia aflictiva en cuanto juego era unisonante, se armonizaba con el principio de placer porque el alejamiento de la mamá había sido representado una preliminar necesaria a su alegre retorno, y en esto último residía el verdadero propósito del juego (Freud, 1995d, p.14-16). Aquí, el punto para Freud es que si el carretel es la madre y su pérdida dolorosa: ¿por qué entonces repetir con el carrete? Pensamos en dos hipótesis: primero es que aunque perdió, el niño podría cuando él quería, tirar el carretel, convirtiéndose así en dueño de la situación, controlando la aparición / desaparición del objeto deseado; la segunda es el niño disfrute la satisfacción resultante de la repetición del acto displacentero de la pérdida.

Freud, desde siempre perceptivo, no dejó pasar en blanco el hecho de que el psicoanálisis era en su génesis –primero y por sobre todas las cosas- un arte interpretativo, pero como eso no solucionaba el problema terapéutico, se obligaba al paciente a confirmar la construcción teórica del analista con su propia memoria. Sin embargo, el paciente - sostiene Freud- no puede recordar la totalidad de lo que tiene reprimido, y aquello que no le es posible recordar puede ser, exactamente, la parte esencial:

*Se hizo cada vez más claro que la meta propuesta, el devenir-consciente de lo inconsciente, tampoco podía alcanzarse plenamente por este camino. El enfermo*

*puede no recordar todo lo que hay en él de reprimido, acaso justamente lo esencial. Si tal sucede, no adquiere convencimiento ninguno sobre la justeza de la construcción que se le comunicó. Más bien se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente, en vez de recordarlo, como el médico preferiría, en calidad de fragmento de pasado (Freud, 1995d, p.18).*

Freud está refiriéndose a la compulsión a la repetición, cuya referencia precoz y poco desarrollada ya se encontraba en su artículo “Recuerdo, Repetición y Elaboración” [1914] (Freud, 1996d).

El padre del psicoanálisis -que desde siempre sostuvo controversias consigo mismo- se dio cuenta de que las resistencias del paciente se originaban del Yo. Fue así como llegó a la conclusión de que la compulsión a la repetición debe ser atribuida a lo reprimido inconsciente. Más adelante aclara que “está claro que la mayor parte de lo que se vuelve a vivenciar bajo la compulsión a la repetición debe causar displacer al Yo, porque lleva a la luz las actividades de los impulsos instintuales reprimidos” (Freud, 1995d, p.20). Sin embargo, ya en su edad madura sustentó que la compulsión a la repetición también rememora del pasado las experiencias que no incluyen ninguna posibilidad de placer y que nunca, aun hacía mucho tiempo, fueron de resultados benéficos, ni produjeron satisfacción, y que incluso fueron reprimidos.

Al someterse desde un principio a rigurosos interrogatorios internos, Freud observa y realiza la sentencia condenatoria del florecimiento precoz de la vida sexual infantil, porque “sus deseos son incompatibles con la realidad y con la etapa inadecuada de desarrollo a la que arribó el niño”. Esto llega al final en las más aflictivas circunstancias y con el acompañamiento de los más penosos sentimientos: “La pérdida del amor y el fracaso dejan atrás de sí un daño permanente a la auto-consideración, bajo la forma de una cicatriz narcisista” (Freud, 1995d, p.20) – afirma Freud.

Sabemos perfectamente que los pacientes repiten, en la transferencia, todas las situaciones indeseadas y las penosas emociones. Las reviven con la mayor inventiva. Freud especifica una serie de situaciones artificiosas de los pacientes, tales como: provocar la interrupción del tratamiento; sentirse despreciados otra vez; obligar al médico a que se

dirija a ellos de manera severa; descubrir objetos apropiados para sus celos, entre otras situaciones. Todo esto constituye, naturalmente, las actividades de la pulsión destinadas a llevar a la satisfacción. Sin embargo, ninguna lección –garantiza Freud- fue aprendida de la antigua experiencia de que las actividades; al contrario, condujeron solamente al displacer. En realidad, afirma Freud, se repiten bajo la presión de una compulsión (Freud, 1995d, p.20-21).

Freud llega a la conclusión de que hay, efectivamente, en la mente una compulsión a la repetición que sobrepuja el principio de placer, relacionando con la compulsión a los sueños que ocurren en las neurosis traumáticas y el impulso que hace que los niños se dediquen a jugar (Freud, 1995d, p.20-21).

Freud establece por hipótesis que la conciencia puede no ser el atributo más universal de los procesos mentales, sino sólo una función especial de estos. Él mismo admite que esto es una especulación forzada. Ahora, el autor profundiza en el mundo de la metapsicología y dice que la consciencia constituye la función de un sistema específico, que describe como *Cs.*: “lo que la conciencia produce, consiste esencialmente, en percepciones de excitaciones provenientes del mundo externo y de sentimientos de placer y displacer que sólo pueden aparecer del interior del aparato psíquico” (Freud, 1995d, p.22). Freud afirma que así es posible atribuirle al sistema *Pcpt-Cs* una posición en el espacio. Con la ayuda de la anatomía cerebral, Freud llega a suponer que dicho sistema deba estar localizado en la línea fronteriza entre el exterior y el interior, dirigiéndose hacia el mundo externo y abarcando los otros sistemas psíquicos.

Freud también parte de la premisa de que todos los procesos de excitación que se dan en los otros sistemas forman los fundamentos de la memoria (Freud, 1995d, p.18-19). Por otro lado, dice el profesor vienés, el sistema *Cs* –contrastando lo que les sucede a los otros sistemas– se caracteriza por la peculiaridad de que en él los procesos de excitación no dejan atrás de sí a ninguna alteración permanente en sus elementos, “pero se calman, por así decirlo, en el fenómeno de hacerse conscientes” (Freud, 1994d, p.22). Enseguida, mediante una cadena de razonamientos, arriba a la conclusión de que la protección contra los estímulos para los organismos vivos es una función casi más importante de que su recepción:

*Para el organismo vivo, la tara de protegerse contra los estímulos es casi más importante que la de recibirlos; está dotado de una reserva energética propia, y en su interior se despliegan formas particulares de transformación de la energía: su principal afán tiene que ser, pues, preservarlas del influjo nivelador, y por tato destructivo, de las energías hipergrandes que laboran fuera (Freud, 1995d, p.27).*

En el trabajo “The Mystic Writing-Pad” [1925], Freud tiene otra discusión sobre “el escudo contra los estímulos”. Más adelante describe como traumáticas a cualquiera de las excitaciones provenientes de afuera que necesariamente sean suficientemente poderosas como para atravesar el escudo protector: “Creo que podemos atrevernos a concebir la neurosis traumática común como el resultado de una vasta ruptura de la protección antiestímulo” (Freud, 1995d, p.31).

Freud afirma que en un gran número de traumas la diferencia que hay entre los sistemas a los que les falta preparación y los sistemas llenos de disposiciones preliminares, preparados mediante la hipercatexia, puede ser el factor decisivo para determinar el resultado. Sin embargo, si la intensidad del trauma llega a exceder determinado límite, este factor, sin ninguna duda, dejará de tener importancia. El autor sostiene que la realización de un deseo se lleva a cabo, de manera alucinatoria, mediante los sueños. A pesar de eso, prosigue, no es al servicio de este principio que los sueños de los pacientes que sufren de neurosis traumáticas nos conducen de vuelta, con tal regularidad, a la situación en la que sucedió el trauma (Freud, 1995d, p.31).

Enseguida, describe el tipo de proceso que se encuentra en lo inconsciente, como un proceso químico primario, en contraposición con el proceso secundario –que prepondera en la vida de vigilia normal. Después, observa lo siguiente: “Puesto que todas las mociones pulsionales afectan a los sistemas inconscientes, difícilmente sea una novedad decir que obedecen al proceso psíquico primario” (Freud, 1995, p.34). En ese momento, el autor le restituye la fuerza al tema de la compulsión a la repetición, afirmando que las manifestaciones presentan un carácter pulsional, en alto grado, y cuando actúan en oposición al principio de placer, tienen la apariencia de una potestad “demoníaca” que está

en acción. Freud sigue los rastros de la hipótesis según la cual una pulsión “es un impulso, inherente a la vida orgánica, para restaurar un estado anterior de la cosa” (Freud, 1995d, p.35), no sin antes dejar separadas las pulsiones sexuales.

Hasta ese momento, Freud había recorrido con sumo rigor un trayecto sobre la nítida distinción entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales, dejando siempre claro que las primeras ejercen presión en el sentido de la muerte, y las últimas en el sentido de una prolongación de la vida. Sin embargo, siempre está precavido y dice que en realidad, es solamente del primer grupo de pulsiones que podemos afirmar que posee un carácter conservador, o mejor dicho, retrógrado, correspondiente a una compulsión a la repetición porque, según nuestra hipótesis, las pulsiones del Yo se originan de la animación de la materia inanimada y buscan restaurar el estado inanimado. Por su parte, en lo que respecta a las pulsiones sexuales, aunque sea verdad que reproducen los estados primitivos del organismo, lo que visiblemente desean por todos los medios es la coalescencia de dos células germinales que se diferencian de una particular manera (Freud, 1995d, p.34-36).

Luego usa por vez primera la expresión *pulsión de muerte* (Freud, 1995d, p.31). Es el preciso momento en que, mediante un encadenado de argumentaciones, sentencia que “establece una incisiva oposición entre las pulsiones yoicas y las pulsiones sexuales, y según la cual las primeras se esfuerzan en el sentido de la muerte y las segundas en el de la continuación de la vida,” y en seguida el autor añade que tal oposición “resultará sin duda insatisfactoria en muchos aspectos, aun para nosotros mismos” (Freud, 1995d, p.43).

Freud, de manera retroactiva, vuelve a atar el hilo de la madeja, según el cual toda sustancia viva está marcada para morir por causas internas. En verdad, el autor se redime diciendo que quizás haya adoptado esa creencia porque hay en ella un determinado consuelo: “Si uno mismo está destinado a morir, y antes debe perder por la muerte a sus seres más queridos, preferirá estar sometido a una ley natural incontrastable, la sublime {Necesidad}, y no a una contingencia que tal vez habría podido evitarse” (Freud, 1995d, p.44). Por último, dice que esa creencia en la necesidad interna de morir, quizás sólo sea otro plan sin base; otro de los alborozos de esperanza para poder soportar las ingentes tareas, hercúleas, de la existencia.

Nuestro maestro austríaco no cierra los ojos ante el contenido de los escritos de August Weismann (1834-1914), quien introdujo la división de la sustancia viva en partes mortales e inmortales. La parte mortal es el cuerpo, en sentido más estricto, el “soma”, que sólo él está sujeto a la muerte natural, nos dice, de manera didáctica, el propio biólogo alemán:

*Las células germinales, por otro lado, son potencialmente inmortales, en la medida en que, en determinadas condiciones, son capaces de desarrollarse en un nuevo individuo o, en otras palabras, de cercarse de un nuevo soma (Freud, 1995d, p.45).*

Freud se había quedado impresionado con la consonancia de ideas de ambos estudiosos (Weismann y él mismo), cuya analogía al respecto del punto de vista fue obtenida por diferentes caminos. Mejor dicho, distinguieron dos especies de pulsiones: las que buscaban llevar lo que es vivo hacia la muerte, y las pulsiones sexuales que constantemente están intentando y logrando una renovación de la vida (Freud, 1995d, p.45-46).

Más adelante, Freud afina con el mismo diapasón schopenhaueriano: la muerte es el verdadero resultado y, por eso, el propósito de la vida. Sin embargo, la pulsión sexual es la *corporificación* de la voluntad de vivir (Schopenhauer, 2004, p. 236). Freud nos dice:

*Podría ensayarse transferir a la relación recíproca entre las células la teoría de la libido elaborada por el psicoanálisis. Imaginaríamos entonces que las pulsiones de vida o sexuales, activas en cada célula, son las que toman por objeto a las otras células, neutralizando en parte sus pulsiones de muerte (vale decir, los procesos provocados por estas últimas) y manteniéndolas de ese modo en vida; al mismo tiempo, otras células procuran lo mismo a las primeras, y otras, todavía, se sacrifican a sí mismas en el ejercicio de esta función libidinosa (Freud, 1995d, p.49).*

No obstante, el profesor vienés arriba a la conclusión de que el desarrollo de su teoría al respecto de la libido iba muy lento. Pese a ello, no dejaba de ofrecer a la

contemplación el hecho de que la oposición original entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales se había mostrado totalmente inapropiada porque vio que una parte de las pulsiones del Yo era libidinal y que las pulsiones sexuales (probablemente al lado de las otras) operaban en el Yo (Freud, 1995d, p.49-50).

Freud continúa subrayando el carácter libidinal de las pulsiones de auto-conservación, ya que reconoce a la pulsión sexual como Eros, el conservador de todas las cosas y el conservador “y de derivar la libido narcisista del Yo, de las existencias de libido, por medio de la cual, las células del soma están unidas unas a las otras” (Freud, 1995d, p.49). Freud, como siempre, indicando las diferentes facetas que hay para encarar una determinada cuestión, se pregunta si las pulsiones de auto-conservación también son de naturaleza libidinal, si no existirá otra pulsión que no sea la libidinal. Frente a esta interrogación, contesta diciendo de manera tajante: de todos modos, no hay otras visibles. Llega a la conclusión, con indisimulado *savoir dire*, que se ve obligado a concordar con los críticos que habían desconfiado desde el principio de que el psicoanálisis pudiera explicar todo por la sexualidad. “Permanece la dificultad de que el psicoanálisis hasta aquí no nos permite indicar cualesquiera pulsiones (del Yo) que no sean libidinales” (Freud, 1995d, p.51). Para Freud se aplicaba el lema de no desistir nunca: no está de acuerdo con la conclusión de que no exista ninguna otra pulsión. Tanto es así que argumenta:

*Dada la oscuridad que hoy envuelve a la doctrina de las pulsiones, no haríamos bien desechando ocurrencias que nos prometieran esclarecimiento. Hemos partido de la grande oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. El propio amor de objeto nos enseña una segunda polaridad de esta clase, la que media entre amor (ternura) y odio (agresión) (Freud, 1995d, p.52).*

Parece que el deseo de Freud era relacionar de manera mutua las dos polaridades, derivando una de la otra. El autor manifiesta que desde un comienzo determinó la identidad de la presencia de un componente sádico en la pulsión sexual<sup>63</sup>.

---

<sup>63</sup>Tal como sabemos, Freud ya se había manifestado sobre este asunto en la primera edición de los “Tres ensayos sobre a teoría de la sexualidad” [1905] (Freud, 1995b, p.159).

Freud arriba a la siguiente conclusión: el sadismo que fue expulsado del Yo había apuntado el camino para los componentes libidinales de la pulsión sexual y estos siguieron hacia el objeto. “Donde sadismo originario no ha experimentado ningún atemperamiento ni fusión (*Verschmelzung*), queda establecida la conocida ambivalencia amor-odio de la vida amorosa” (Freud, 1995d, p.53). Todo esto preanuncia el estudio freudiano de la “fusión” pulsional que consta en el cuarto capítulo de su posterior texto “El Yo y el Ello” [1923] (Freud, 1996e, p.41-48).

En este momento, Freud reanuda el tema de las pulsiones sexuales de auto-conservación, y manifiesta que las experiencias con protistas ya habían demostrado que a coalescencia de dos individuos que se separaron enseguida sin que haya habido ninguna división celular subsecuente tiene un efecto fortalecedor y rejuvenecedor sobre ambos.

Sin embargo, Freud todavía sigue con dudas que interponen tardanzas y problemas. La línea de pensamiento freudiana permanece llena de tropiezos y obstáculos aparentemente insuperables debido al hecho de no poder atribuirle a la pulsión sexual la característica de una compulsión a la repetición, lo que primeramente lo había puesto en el camino de las pulsiones de muerte (Freud, 1995d, p.40-54).

A pesar de eso, el profesor austríaco se inspiró en el espíritu de la teoría platónica de acuerdo con la cual la naturaleza humana original no era como la actual, sino muy diferente. En primer lugar, los sexos eran originalmente tres y no dos como ahora. Había el hombre, la mujer y la unión de los dos, llamado andrógino. Estos últimos tenían una sola cabeza y cuello, pero todo lo restante era doble: cuatro manos, cuatro pies, dos rostros, dos sexos, etc. Por diversas provocaciones que los andróginos habían realizado (se desplazaban a una velocidad alta como si fueran los atletas de un circo) los dioses pidieron que Zeus los castigara y este mandó cortarlos por la mitad. Después, cada una de las partes del andrógino vagaba por el mundo en busca de la otra mitad y cuando ambos se encontraban permanecían abrazados, como una tentativa de volver al estado de unión anterior. Sin embargo, ante esa imposibilidad terminaban muriéndose de inanición (Freud, 1995d, p.54-55).

Freud, un espíritu profundo en un hombre de vasta cultura, sabía que esa misma teoría platónica (que consta en el diálogo *El Banquete*) podría ser encontrada en los Upanishads<sup>64</sup>, en que el origen del mundo, a partir de Atman está descrito de la siguiente manera:

*(...) Pero él [el Atman (el Sí-mismo o Yo)] no tenía ninguna alegría. Efectivamente, uno no tiene alegría alguna cuando está solo. Por eso anhelaba un segundo. Y era él tan grande como una mujer y un hombre enlazados. Y dividió en dos partes este Sí-mismo suyo: de ahí nacieron marido y mujer. Por eso este cuerpo es en el Sí-mismo, por así decir, una mitad separada, como lo dijo Yajñavalkya. Por eso este espacio vacío, aquí, es llenado por la mujer (Nota de Freud, 1995d, p.56).*

Por último, Freud, después de haber llevado las precauciones hasta el extremo, arribó a la conclusión de que no precisaba sentirse muy perturbado en su deseo de determinar un juicio categórico al respecto de las especulaciones sobre las pulsiones de vida y de muerte, debido al hecho de que existen muchos procesos oscuros que confunden fácilmente al investigador. Freud finaliza la cuestión al decir que la incertidumbre de su especulación fue aumentada por la necesidad de pedirle recursos teóricos a la ciencia de la biología, una tierra de posibilidades ilimitadas. A partir de este momento, vamos a dar continuidad al cuarto capítulo mediante un apretado resumen.

---

<sup>64</sup> Nota de Freud: “Traducción de U. v. Wilarnowitz-Müllendorff (Platón, I, págs. 366-7). [Agregado en 1921:] Al profesor Heinrich Gomperz (de Viena) debo las indicaciones siguientes acerca del origen del mito platónico, que reproduzco en parte con sus propias palabras: Querría llamar la atención sobre el hecho de que la misma teoría, en lo esencial, ya se encuentra en los Upanishad. En efecto, hallamos el siguiente pasaje en los Bribadâranyaka-upanishad , 1, 4, 3 [traducción de Max-Müller, 2, p. 85-6]” (Freud, 1995d, p.56).

#### 4.1.1. Elaboraciones iniciales de la singularidad tratada en este texto de 1920 sobre el dúo: placer – displacer

Freud hace hincapié en la paradoja más compleja del psicoanálisis, que ni siquiera la filosofía ni la ciencia de la psicología lograron desenmarañar, ni proyectar un poco de luz: las sensaciones de placer y displacer, tan imperiosas para los humanos. Se trata de una tendencia que encontramos en la experiencia más universal y que tiene una mayor visibilidad -en períodos belicosos- en los ojos de un hombre que hacía mucho tiempo que había tenido el valor de confesar en la letra impresa los hostiles sentimientos que poseía<sup>65</sup>. De forma más libre, ejerce el poder de disponer de sí, de sus ideas, y escribe estando consciente de la fragilidad de las nuevas convicciones. Escribe de un modo más suelto, ejerce el privilegio de los que lanzan al vacío de sus nuevos argumentos especulativos. Tiene plena conciencia del tiempo de gestación de sus reflexiones.

Freud se encontraba inducido, parcialmente, por el espíritu precursor de sus ideas, aunque también estaba impelido, en parte, por las muertes de amigos y parientes, especialmente la de su hija Sofía, quien en el frescor de la vida, cuando cargaba en su seno el embarazo de su tercer hijo, fue súbitamente arrancada de este mundo. Sofía fallece en el año 1920, que coincide con la época de publicación del texto “Más allá del principio de placer” (Freud, 1995d, p.1-62). La comunidad psicoanalítica le atribuye el origen de las nuevas ideas freudianas precisamente a la pérdida de la hija. Sin embargo, el biógrafo Peter Gay aclara la cuestión diciendo: “Freud se disgustó por esa observación (...) agregó que eso estaba equivocado. ‘Más allá del principio de placer’ fue escrito en 1919, cuando mi hija estaba todavía sana y floreciente” (Gay, 1996, p.443). De forma que Freud insiste y “para reforzar su argumentación, reiteró que había hecho circular el manuscrito ‘Más allá del principio del placer’ prácticamente completo entre sus amigos de Berlín ya en el mes de septiembre de 1919” (Gay, 1996, p.443).

---

<sup>65</sup> Peter Gay comenta que “Freud había revelado su funcionamiento en sí mismo, privadamente en sus cartas a Fliess, y públicamente en *La interpretación de los sueños expone sus sentimientos como el deseo de se muriera su hermano, bien como sus agresivos sentimientos edípicos contra el padre. O su imperativa tendencia de tener un enemigo en la vida*” (Gay, 1996, p.444).

En textos anteriores a 1920 ya es dable observar los argumentos que posteriormente serán abordados con más precisión y fundamentando el funcionamiento de los postulados de la pulsión de muerte. Uno de ellos, que ocupa un lugar decisivo, es la tendencia compulsiva a la repetición, tal como habíamos enunciado en la parte dos de la tesis al respecto a “Lo ominoso”[1919]. Con ese propósito enunciamos la tragedia en que la temible hechicera Cólquida –Medea<sup>66</sup>– quien ayuda a Jasón en la búsqueda del Vello de Oro. Unos tiempos después, la historia - por así decirlo- se repite de modo compulsivo cuando ella le ordena a Teseo que enfrente al Toro de la maratón, haciendo del héroe ateniense un doble de Jasón.

En épocas recientes [1990] se descubrió que Freud ya había publicado, en el año 1915, un texto titulado “Nosotros y la muerte”: “Hay algo más allá del principio del placer que está ya minando esta teorización” (Chamorro, 1991, p.113). Se trata de la naturaleza humana<sup>67</sup> retratada en su aspecto y textura más salvaje: mezquindades, frivolidades, superficialidades, teatralizados en la venganza calculada, cuyo parámetro es la violencia y la frustración. Consideramos oportuno mencionar el infanticidio cometido por la hechicera Medea frente a su marido, Jasón, en un clima de paroxístico aumento de la violencia. Todo eso, de cierta manera nos remite a la ambivalencia de la embriaguez dionisiaca portadora de alegría o de furor, de vida o muerte.

Es una paradoja de la que Freud no se podría abstener, revelando la tendencia de la humanidad hacia la desagregación, mezcla de libertad conferida a una ética de la elección, en que el cuerpo y la mente nos hacen registrar como verdadero el hecho de que estemos integrados en un todo, sensación de crecimiento, aunque nos dilate hacia la degeneración, en el camino de la finitud.

---

<sup>66</sup> *Medea* es una pieza de teatro de Eurípides en la que el protagonista es abandonada por su marido para casarse con la hija del rey. Expulsada de la ciudad, Medea se venga de su marido y mata a sus dos hijos.

<sup>67</sup> Comenta Peter Gay que en el “invierno de 1915, le pidió a sus oyentes que pensara en la brutalidad, la crueldad y la maldad repartidas entonces por todo el mundo civilizado, y que le admitieran que el mal no podía excluirse de la naturaleza humana esencial” (Gay, 1996, p.444).

#### 4.1.2. Primeras apreciaciones de la no inclinación del psiquismo al principio de placer

Freud empieza el primer capítulo de su texto admitiendo que en la teoría psicoanalítica no se puede suponer que el camino tomado por el mundo psíquico esté regulado por el principio de placer –justificando que los eventos mentales son colocados en curso por una *tensión desagradable* –, cuyo resultado final coincide con una reducción de lo tenso, esquivándose del displacer o produciendo el placer propiamente dicho. El aumento de la tensión -o de la cantidad de excitación libre- produciría displacer, y entonces su reducción produciría placer (Freud, 1995d, p.7-10).

Enseguida, Freud nos recuerda que se trata de hipótesis especulativas buscadas como una tentativa de describir y explicar los hechos de la observación diaria en nuestro campo de estudio. El autor añade que no interesa saber si con la hipótesis del principio de placer está o no acercándose de algún sistema filosófico determinado, históricamente establecido, sino que deja claro que su interés no consiste en adherir a algún sistema específico, sea este existente o establecido históricamente, sino que intenta describir los hechos observados, que hacía mucho tiempo lo inquietaban en la clínica (Freud, 1995d, p.10-11).

Freud se apoyará en la psicofisiología de Fechner para afirmar que el placer está vinculado al acercamiento, a una “*tendencia a la estabilidad*”. Por otro lado, el displacer está vinculado al desvío de esa estabilidad, mientras que entre los dos límites la diferencia consistiría en algo no más cuantitativo, sino cualitativo (Freud, 1995d, p.8-9). De esa manera, el predominio del principio de placer en la vida mental equivale a la “hipótesis de que el aparato anímico se afana por mantener lo más baja posible, o al menos constante, la calidad de excitación presente en él” (Freud, 1995d, p.8-9). Dicho de otra manera: el aparato mental rastrea los pasos del principio de Nirvana o, al menos, del principio de constancia.

Es precisamente en este momento que Freud empieza a anunciar sus argumentos, contrarios a la dominación del principio de placer, y explica que si existiera el mencionado predominio, la inmensa mayoría de nuestros procesos mentales tendría que ser acompañada por el placer o conducir en esa dirección. Sin embargo, la experiencia general

contradice completamente una conclusión de este tipo. Por lo tanto, lo máximo que se puede decir, añade Freud, es que en la mente hay una fuerte *tendencia* hacia el principio de placer. El objetivo que tendría el placer sería proporcionar una estabilidad -o una disminución de las tensiones o excitaciones- aunque fueran accesibles solamente por aproximación. En resumen: Freud postula un principio en que el aparato mental busca reducir las tensiones; pretende también que esta disminución correspondiera, para el Yo, a un sentimiento de placer, pero afirma que este placer no puede ser logrado a no ser por una aproximación. En caso contrario, sentiríamos más satisfacción que displacer y eso, agrega Freud, no sucede. Siguiendo paralelamente este argumento, presentamos otro escenario mediante el uso de la cuestión filosófica del Bien y del Mal. Citamos la parábola del encadenamiento agustino: cada cual empieza por Caín, pero se trata de convertirse y mantenerse como Abel. Los esfuerzos casi siempre frustrados en caso de que digamos embate: placer- displacer (Freud, 1995d, p.8-11).

Es entonces que el autor busca explicar en qué circunstancias se puede impedir la reducción de las tensiones. Un ejemplo: el principio de placer es primario y así, ineficaz y peligroso desde el punto de vista de la auto-conservación del organismo frente a las exigencias del mundo externo, de manera que es sustituido por el principio de realidad, que no abandona la intención de, fundamentalmente, obtener placer, pero que exige el aplazamiento de la satisfacción, descartando una serie de posibilidades de obtenerla, consintiendo de manera temporaria con el displacer, como una especie de largo rodeo hacia el placer (Freud, 1995d, p.9-11).

#### 4.1.3. Freud mantiene la dicotomía entre el principio de placer versus el principio de realidad

Freud menciona también que el principio de placer se conserva firme y constante sin el yugo del principio de realidad cuando es usado por las pulsiones sexuales, que son difíciles de educar (Freud, 1995d, p.10). Estas a menudo logran prevalecer sobre el principio de realidad en detrimento del organismo en su conjunto (Freud, 1995d, p.10).

Es en este momento que Freud mantiene la dicotomía entre el principio de placer versus el principio de realidad –correspondiendo de manera respectiva- a las pulsiones sexuales versus las pulsiones del Yo, aunque el principio de realidad sea una forma derivada del principio de placer bajo la égida de las pulsiones del Yo, mientras que el principio de placer vence al de realidad cuando imperan las pulsiones sexuales en detrimento del Yo y del organismo. En otras palabras, el principio de placer puro –no transformado por la auto-conservación en principio de realidad- se convierte en destructor del Yo y del organismo (Freud, 1995d, p.10-11).

La sustitución del principio de placer por el de realidad, dice Freud, sólo puede ser responsabilizada por un reducido número de experiencias desagradables. Cuando el Yo pasa a organizaciones más compuestas, entonces algunas pulsiones innatas son expulsadas de la unidad del Yo por el proceso de represión y así, “se las retiene en estadios inferiores del desarrollo psíquico y se les corta, en un comienzo, la posibilidad de alcanzar la satisfacción” (Freud, 1995d, p.10), y cuando lo logran, “se procura por ciertos rodeos una satisfacción directa o sustitutiva, este éxito, que normalmente habría sido una posibilidad de placer, es sentido por el Yo como displacer” (Freud, 1995d, p.12).

Debido a la represión, lo que sería –por definición freudiana- un placer, o sea, descarga y reducción de la tensión, pasa a ser sentido como un displacer porque recibiría la censura y la condena del Superyó. Freud comenta que no hay dudas de “que todo displacer neurótico es de esa índole, un placer que no puede ser sentido como tal” (Freud, 1995d, p.10-11). Sin embargo, estas dos formas de displacer, dice el autor, “están muy lejos de abarcar a la mayoría de nuestras vivencias de displacer” (Freud, 1995d, p.11). Tal vez sea apropiado tener un súbito recuerdo del epicureísmo, identificando el bien soberano con el placer, que concretamente debe ser encontrado en la práctica de la virtud y en la cultura del espíritu.

## ***4.2. LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN VINCULADA: LOS SUEÑOS DE LOS ENFERMOS DE NEUROSIS TRAUMÁTICA Y EL JUEGO DEL FORT-DÁ***

### 4.2.1. La compulsión a la repetición vinculada a los sueños de los enfermos de neurosis traumática

En la neurosis traumática –incluyendo la neurosis de guerra- los sueños poseen la característica de “reconducir al enfermo, una y otra vez, a la situación de su accidente, de la cual despiertan con terror” (Freud, 1995d, p.13). Es como una fijación en la experiencia que desencadenó la enfermedad hace mucho tiempo. A pesar de eso, Freud no se da por satisfecho con este argumento mencionado, y le contrapone otro: “Sin embargo, no he sabido que los enfermos de neurosis traumática frecuenten mucho en su vida de vigilia el recuerdo de su accidente. Quizá se esfuercen más bien por no pensar en él” (Freud, 1995d, p.13).

Si en el momento del accidente se produce una fijación, por lo menos en el caso de las neurosis traumáticas, esta se da por la represión, de modo tal que solamente aparecerán en la mente en ocasiones que recuerden inconscientemente lo que ha sucedido, o también en los sueños (Freud, 1995d). Pero, Freud no piensa de esa manera, por lo menos en aquel momento:

*Cuando se admite como cosa obvia que el sueño nocturno [en los que padecen de neurosis traumática] los traslada de nuevo a la situación patógena, se desconoce la naturaleza del sueño (Freud, 1995d, p.13).*

Precisamente, la naturaleza del sueño correspondería al temor de la realización del deseo de los sueños. Como no quiere que los sueños de los neuróticos traumáticos estremezcan la creencia en ese temor, Freud prefiere pensar que la función de soñar, en esta condición, está perturbada, separando de sus propósitos y habiendo inclinaciones masoquistas del Yo. Ello explica que sería un deseo de repetir o recordar una experiencia

de displacer. Por lo tanto, Freud no piensa que los sueños puedan solamente expresar los deseos reprimidos, sino también cualquier tipo de contenido reprimido, que las experiencias traumáticas serán reprimidas exactamente por la acción del principio de placer, y que serán susceptibles de retornar inclusive en los sueños, o más precisamente, en las pesadillas. Esto se da sin que haya habido ninguna perturbación en la función o en el propósito de los sueños –así definidos-, ni buscando un placer masoquista (Freud, 1995d, p.52-53).

En la “Interpretación de los Sueños”[1900] (Freud, 1996c, p.325-612), Freud afirma en el apartado *Realización de Deseos*, que las representaciones aflictivas pueden tener acceso al contenido del sueño de la siguiente manera: si el inconsciente desea algo y el Yo lo reprime, entonces, eso será vivido por el Yo como algo aflictivo en el sueño y probablemente encontrará un contenido efectivamente aflictivo de la vida diurna para servir de apoyo para la entrada, en el sueño, del deseo que fue reprimido por el Yo. Ello se da por tras de un sueño de contenido efectivamente aflictivo para el Yo, pero para lo inconsciente sería, al contrario: la satisfacción de deseo. Así, el guerrero sueña con la tropa; el cazador con las florestas, el pescador con las redes y los anzuelos, y sigue así (Freud, 1996c, p.346-406).

En ese mismo capítulo, Freud también observa que los sueños de displacer al mismo tiempo pueden constituir sueños de castigo, cuando el deseo inconsciente realizado en el sueño fuere el de ser punido. Se trataría de un deseo inconsciente del Yo, o mejor dicho, del Superyó, según la nomenclatura de la segunda tópica freudiana<sup>68</sup>.

En el caso específico de la neurosis traumática, podemos decir que el recuerdo de algo, que en la vida de vigilia fue realmente aflictivo para el Yo, es descartado por Freud con toda razón como acceso al sueño para abrir un camino hacia la realización de algún

---

<sup>68</sup> Consideramos provechoso en este preciso momento señalar que en el primer capítulo del texto “El Yo y el Ello” [1923] Freud retoma los postulados establecidos hasta aquel momento en el transcurso del trabajo psicoanalítico, pero ahora los considera insuficientes. Primero, el autor establece dos tipos de inconsciente. Uno, latente que puede hacerse consciente, lo que sería llamado de preconscious. El otro, formado por la represión, lo que sería propiamente el inconsciente. Freud añade que el Yo sería hasta entonces una “organización coherente de procesos mentales” (Freud, 1996e, p.30), a la que la conciencia se encontraría ligada, y también su instancia censora, responsable por la represión. El autor observa que “todo lo que es recalcado, es Ics, pero no todo lo que es Ics es recalcado” (Freud, 1996e, p.31). Dice, por ejemplo, que “también una parte del Yo es Ics” (Freud, 1996e, p.31).

deseo rechazado por el Yo deseado por el inconsciente. Ello se justifica en que siempre se trata de un mismo tipo de recuerdo de la experiencia traumática, que lo descaracterizaría como material para ser usado por los deseos inconscientes reprimidos. Freud también descarta la posibilidad de que se trate de un deseo de castigo, que en ciertos casos podría estar presente, pero en verdad nunca en todos. Es necesario que conozcamos totalmente nuestros sueños para no sufrir por causa de ellos, diría Proust (Freud, 1996c, p.345-348).

De este modo, queda postulada la hipótesis de que se trataría de un desvío de la función del sueño de realizar deseos reprimidos, o de un deseo masoquista. Faltaría todavía entender al sueño como expresión de lo reprimido, independientemente de ser un deseo o no (Freud, 1995d, p.52-53). Debido a que la neurosis traumática contradecía la teoría de los sueños, en vez de instituir una pequeña modificación en dicha teoría, Freud optó por postular una misteriosa tendencia masoquista del Yo, lo que lo llevó junto con otros aspectos que analizaremos, a especular sobre la pulsión de muerte en su carácter de compulsión de repetición. Al respecto, Gilles Deleuze dice que la repetición no se contenta con multiplicar los ejemplares bajo el mismo concepto, porque pone al concepto fuera de sí y hace que exista en otros ejemplares, *hic et nunc* (aquí y ahora) (Deleuze, 2002, p.376). Deleuze (2002) añade que esta fragmenta la propia identidad, como Demócrito fragmentó y multiplicó en átomos al Ser-Uno de Parménides. Para Deleuze la multiplicación de las cosas bajo un concepto absolutamente idéntico tiene por consecuencia la división del concepto en cosas absolutamente idénticas. La materia es la que realiza este estado del concepto fuera de sí, o del elemento infinitamente repetido. Deleuze añade que es exactamente por eso que el modelo de la repetición se confunde con la pura materia, como fragmento de lo idéntico o repetición de un mínimo. Por tanto, la repetición tiene un *sentido primero* desde el punto de vista de la representación: el de una repetición material y nunca repetición de lo mismo (Deleuze, 2002, p.376-378).

## 4.2.2. El juego de la ausencia materna Fort-Dá

### 4.2.2.1. *El juego del carrete y la ausencia materna: compulsión a la repetición y satisfacción pulsional*

En esta parte de la tesis nos dedicaremos a analizar el texto “Más allá del Principio de Placer” (Freud, 1995d, p.1-62), específicamente las manifestaciones de la compulsión a la repetición. Además, trataremos el ejemplo dado por Freud del famoso juego del carretel, explicando cómo un niño ante la ausencia de su madre juega de una manera repetitiva para domesticar la angustia que está sintiendo. Pero antes de sobrepasar el umbral del ejemplo del juego, hemos optado por recurrir a un texto anterior, de la época de los inicios del psicoanálisis: “Para una concepción de las afasias: un estudio crítico” [1891]. Este texto posee una singular importancia pues en él Freud aborda la relación madre-hijo denominada de *Complejo de Semejanza*, que tendrá conexión con lo que vamos a discutir en el ejemplo del juego del carretel. En ese trabajo, Freud menciona por vez primera los conceptos de representación-cosa y representación-palabra. El primer concepto también será motivo de nuestro interés para los temas antes mencionados, y para ver cómo Freud aborda los primeros vínculos madre-bebé. Posteriormente, relacionaremos dichos vínculos con el juego del carretel. Para ello haremos un breve recorrido por el tema de la representación propiamente dicha con la finalidad de comprender la función de la representación-cosa (Freud, 1995d, p.14-15).

Freud, un observador nato, al convivir con algunos parientes se da cuenta del juego repetitivo que realiza el hijo de un matrimonio, un niño de 18 meses (en realidad, su nieto), que tenía el hábito de “arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de la cama, etc., todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance” (Freud, 1995d, p.14); al hacerlo, pronunciaba con sumo interés y satisfacción un prolongado “o-o-o-o”. De acuerdo con Freud –y con la propia madre del niño- ese sonido no se refería meramente a una simple interjección, sino que representaba la acción contenida en “Fort” (se fue). El infante utilizaba principalmente un carretel de hilo de madera que estaba atado por un piolín “y después, tirando del piolín,

volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso “Da” {acá está}” (Freud, 1995d, p.15). El bebé agarraba el carretel mediante el piolín, lo tiraba repetidas veces de manera tal que desapareciera del campo de su visión y obtenía placer al recoger el piolín y ver reaparecer ante su vista el carretel.

Freud interpreta este gesto diciendo que era un juego que correspondía a “su renuncia pulsional (la renuncia a la satisfacción pulsional)”, al dejar ir a su madre sin protestar o llorar “se resarcía, digamos, escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar” (Freud, 1995d, p.15). Está claro que el niño no podría sentir la partida de su madre como algo agradable o indiferente. Aquí es relevante observar que el niño no lograba articular la ida de la madre en palabras. El hecho de lanzar el juguete se refiere al acto de control sobre la situación, la cual, al ingresar al discurso, se materializa mediante el lenguaje. Los adultos no juegan ni lanzan cosas porque hablan, simbolizan sus pérdidas, aun cuando sea de modo precario.

Entre otras interpretaciones, Freud expresa inicialmente una muy convincente: “Se advierte que los niños repiten en el juego todo cuanto les ha hecho gran impresión en la vida; de ese modo accionan la intensidad de la impresión y se adueñan, por así decir, de la situación” (Freud, 1995d, p.16). Esto nos lleva a agregar que el placer del niño reside en que el objeto vuelve, o sea que el niño puede sobrevivir ante la ausencia de su mamá, en función del retorno de esta. Este juego simula lo que le da fuerzas para sobrevivir: la espera no será infinita porque la mamá va a volver. Por lo tanto, el principio de placer está siendo postergado y el juego repite la ausencia de su madre de forma tal que este actualiza el displacer que se invierte en consuelo, como una prorrogación del placer que vendrá posteriormente. El juego del *Fort-Dá* es una tentativa para superar al displacer, motivado por movimientos repetitivos, fijos, que cada vez reactualizan el ejercicio de soledad del niño. Se trata de una manera de certificarse de que la madre va a permanecer junto a él, aunque se aleje temporalmente.

Es así que Freud explica el juego del carretel mediante la compulsión a la repetición, su modo de funcionar como inclinaciones, más allá del principio de placer, o sea, “que la repetición iba conectada a una ganancia de placer de otra índole” (Freud, 1995d, p.16). Es una tendencia más primitiva y más independiente que el principio de placer. La explicación freudiana dice que el niño juega porque le resulta angustiante la

ausencia materna. El infante repite lo que angustia, de manera tal que el principio de placer no se explica: la compulsión a la repetición constituye para Freud un ejemplo de la no superioridad del principio de placer, porque tal compulsión extiende su influencia a la pulsión de muerte (Freud, 1995d, p.14-16).

Hagamos un paréntesis: Paul-Laurent Assoun (1982) dice que es dable destacar que, en “Más allá del principio de placer”, Freud realiza una aproximación entre la búsqueda de las pulsiones fundamentales y las especulaciones de los fisiólogos a ese respecto: “Cada uno defendía tantas pulsiones y ‘pulsiones fundamentales’ cuanto le placía y jugaba con ellas, como los antiguos filósofos de la naturaleza lo hacían con los cuatro elementos: agua, tierra, fuego y aire” (Assoun, 1982, p.16). Porque, añade el autor, la psicología fundamental de las pulsiones, en vías de constitución, se confrontaba con el problema del origen del ser psíquico. Por lo tanto, se encuentra en una situación análoga a la de la Escuela de Mileto, confinada entre la arbitrariedad de la determinación de los principios y la necesidad de la tarea previa a toda comprensión del mundo (Assoun, 1982).

#### *4.2.2.2 La expresión del juego Fort-Dá: una base de unidad del empleo del lenguaje*

El par simbólico de la exclamación *Fort-Dá* fue usado por Freud en este texto para agregar que la fuerza de la compulsión a la repetición, que no se rige por el principio de placer, también constituye una de las introducciones a la teoría de la pulsión de muerte. Representa el acceso del sujeto infantil al lenguaje, con una dimensión de pérdida que este último denota. El *Fort-Dá* también sería un momento crucial, constitutivo de la historia del sujeto, por la sustantivación de las manifestaciones centrales del lenguaje (Chemama, 1995, p.82). Es interesante ver cómo el Fort-Dá es un primer intento para simbolizar el lenguaje.

*Chemama (1995), citando a Lacan, nos recuerda que: “esta pérdida es estructuralmente más una pérdida de la relación directa con la cosa, contemporánea del acceso al lenguaje (...). El sujeto renuncia a la cosa, en particular, pero no exclusivamente a la madre, como primer objeto de deseo. Su*

*satisfacción pasa por el lenguaje, pudiéndose decir que su deseo se eleva a una potencia secundaria, pues, desde entonces, será su propia acción (hacer aparecer y desaparecer) que irá a constituir el objeto (Chemama, 1995, p.83).*

La expresión Fort-Dá constituye la base de unidad de la función del lenguaje, tratándose de una representación compleja, compuesta por los elementos acústico, visual y cenestésico. Dibujará una iconografía de la letra al distinguir cuatro elementos del aparato del lenguaje: la imagen sonora (verbal); la imagen visual (letra); la imagen del lenguaje y por último, la imagen de la escritura. Es así como Freud subraya la concepción de que la palabra posee un contenido complejo en un cuadro asociacionista en que los elementos de original visual, acústico y cenestésico están enlazados. (Freud, 1975b, p.207-212). Defiende también que la palabra requiere su significación mediante su ligazón con la representación objeto, o mejor dicho, la unión de la palabra con el objeto (en el presente caso, el juego del *Fort-Dá*) (Freud, 1995d, p.15).

Estas inscripciones tan peculiares del aparato psíquico, cargadas de significativos contenidos, narran al respecto del complejo ordenamiento mental, en que la representación ocupa un papel fundamental. Consideramos oportuno rastrear la relación de la palabra con el objeto, mediante el concepto de representación-cosa (*Sachvorstellung*)<sup>69</sup> y de representación-palabra (*Wortvorstellung*). (Freud, 1975b, p. 197). Para Freud, hay dos expresiones básicas de la pulsión: el afecto y las representaciones. Como sabemos, Freud trata de articular la pulsión como un territorio límite entre lo psíquico y lo somático. Se trata de una región fronteriza, donde se formará una compleja cadena asociativa, en que las experiencias registradas en el cuerpo cobrarán significado concomitantemente con el complejo desarrollo del aparato psíquico, donde las representaciones serán cargadas de significados (Freud, 1996a).

Cuando la pulsión es representada –lo podemos decir en alemán- es *Darstellbar*: descifrada en imágenes; *Vertretbar* significa que son sustituidas por esas imágenes y estas, por su parte, son *Vorstellungen*: representaciones internas, reproducciones mentales. Se puede sugerir que Freud pensaba que había una representación ideativa y psíquica de cada

---

<sup>69</sup> En “Duelo y melancolia”(1917e), Freud reemplazo “*Sachvorstellung*” por “*Dingvorstellung*.” (Freud, 1995, pt. 198)

uno, y que dicha representación se relacionaba y al mismo tiempo se separaba y disociaba del objeto. La representación hace referencia al sujeto y no a la cosa, porque, en cierta medida, la representación mata y aliena la cosa. Son como imágenes conservadas en la memoria que se propagan en objetos o en acciones a las que se les une la pulsión, y son accionadas. En estos dos últimos sentidos, Freud sostiene que la pulsión es representada por medio de las representaciones (Freud, 1995d, p.15-17).

Hay determinadas pulsiones que se ligan a una imagen-representación (*Vorstellung*): las *Vorstellungen*, ideas, representaciones o imágenes que están interligadas como una red. En este tejido imaginario se forma el campo psíquico por el cual las manifestaciones de los estímulos pulsionales pueden circular. Es como si fuera un galpón de almacenado de imágenes de representaciones o vivencias que constituyen la memoria (Freud, 1975b, p. 197-200). Los términos lingüísticos de la palabra (*Representar*) ilustran la riqueza de su uso para desembocar en *Vorstellung*, cuyo desarrollo se enfoca en la carga imagética, con su coloquialidad, principalmente como un fenómeno familiar y comprendido de manera psíquica. Podemos decir que la imagen surge como una reproducción, y transporta en sí la idea de un objeto, que sería su referente. Deberá contener un potencial de proyecciones, direccionamiento de la mirada, así como una serie de asociaciones referentes, proporcionando una sucesión de transferencias. (Freud, 1975b, p. 197-200) La imagen como representación de la cosa para el sujeto remite a una representación idea, que se vincula a otras representaciones constantes en la memoria del sujeto. Esta operación es muy singular y disuena del objeto. De hecho se relaciona a la historia de cada uno y al modo como se ha dado la percepción de la imagen en el sujeto. De esta forma, el pasado es condición de análisis del presente, pero siempre resignificado. La representación imagen/cosa del objeto se vincula a cómo la historia particular de cada uno es percibida por el sujeto.

De manera tal que, representar es hacer perceptible un objeto ausente o un concepto mediante una imagen, figura o signo. Se trata de un movimiento de poner frente a los ojos; llamar a la imagen introduciendo la función del pensamiento en conjunto con la referida imagen, que en su seno detenta el sentido. La figura, el signo, “va a aparecer como *reproducción*, y lleva en sí la idea de un objeto que sería su referente” (Kaufmann, 1996, p.427).

Freud, estando todavía en su etapa pre-analítica, formula también los dos tipos de representaciones: la *representación-palabra* y la *representación-cosa*, en el texto “Contribución a la concepción de las afasias” [1891]. Assoun (1995) comenta que Freud relativizó las explicaciones sobre la teoría de las afasias, en su connotación como lesiones cerebrales en la evolución del proceso que afecta tanto al lenguaje como a la memoria. Evidentemente, Freud va a discutir en los niveles anatómicos y tóxico, pero ya había establecido la diferencia y se preguntó qué nos puede enseñar el estudio de los disturbios del lenguaje. En cuanto a su aparato, es un punto ciego que nos encontramos. En el recorrido de lo escrito sobre las afasias, el padre del psicoanálisis anuncia la escisión entre lo que se refiere al orden de la palabra y lo que nos remite al orden de la cosa, o podríamos decir, del objeto (Assoun, 1995, p.80). El texto que mencionamos data de 1891 y es una especie de arqueología de la teoría freudiana, una preparación para el famoso texto del “Proyecto de una psicología científica” [1895], que trata de una importante discusión de la lingüística para comprender a la Metapsicología. Justamente es por medio del estudio de las patologías de las afasias que se transborda la cuestión de la función del lenguaje y del pensamiento.

#### *4.2.2.3 Representación-cosa y de representación-palabra*

Ahora llegó la hora de pasar al concepto propiamente dicho de la representación-cosa, el resultado del proceso de las primeras marcas dejadas por las experiencias vividas en el aparato psíquico. Estas marcas enunciadas, junto con la cantidad de excitación o *quántum* de afecto que las investirá, van a formar las pulsiones, los deseos y la libido. Se trata de las primeras marcas de vivencias que son consecuencia de todo el aparato de percepción y de todas las regiones erógenas. Las representaciones-cosas son esencialmente visuales, y las imágenes son sus componentes característicos (Freud, 1975b, p. 197).

El modelo se configura en la descripción que hace Freud de las vivencias de satisfacción, en dos textos importantes: “Proyecto de Psicología” [1895] (Freud, 1994) y “La Interpretación de los Sueños” [1900] (Freud, 1996c). La representación-cosa se refiere a la hipótesis de una primera experiencia, ciertamente extendida a todas las vivencias

posteriores, las cuales se archivan dependiendo del orden de importancia. La vivencia de satisfacción es registrada en el aparato psíquico por la imagen de un objeto –resaltando que la idea de este objeto está correlacionada a la pulsión- que se destinará a lograr su objeto, o sea, determinado tipo de satisfacción. Podrá ser una persona, un objeto real o fantasmático (Freud, 1996a; Freud, 1995d; Freud, 1994; Freud, 1975b). El hecho de que esta representación sea particular y disonante del objeto es precisamente lo que permite que las cosas tengan significados diferentes para personas diferentes y que el sujeto fantasee sobre el objeto. Tanto la imagen del objeto como el hecho de ser destino de la pulsión significan una proyección particular sobre el objeto, una presión cualificativa sobre él. La fantasía sobre un objeto muestra algo del deseo inconsciente de cada uno: aquello que el objeto representa para el sujeto. Esto habla del sujeto que desea. No dice nada de la cosa, sino de lo que la cosa es para ese alguien específico.

Podemos afirmar que la representación-cosa es la parte de las experiencias que se va vinculando al objeto mediante el aparato de percepción y de las regiones erógenas, que dejan sus rastros. Estos se vuelven representación-cosa, que debido al vínculo de satisfacción con el objeto, van constituyendo imágenes en el aparato psíquico. Asimismo, aparecerá en el adulto la división del aparato psíquico, en Ello, Yo y Superyó, lo que hace más compleja la ubicación de dónde estarán los registros de las nuevas vivencias y a las que se remitirán las vivencias que se tuvieron anteriormente.

De acuerdo con Laplanche (1987) la representación está claramente diferenciada del rasgo mnémico: esta vuelve a investir y a reavivar ese rasgo que no es en sí mismo nada más que su inscripción. Es importante observar que la representación-cosa se diferencia de los rasgos mnémicos cuando estas vuelven a ser investidas, convirtiéndose así en característica de deseo – de deseo de los objetos-, y que, debido a estos, se puede establecer un vínculo (vínculo materno) y, consecuentemente, desear. Así, la representación-cosa no debe ser entendida como algo análogo mental del conjunto de cosa. Está presente en diversos sistemas asociativos.

A medida en que se desarrolla el sujeto infantil se van modificando las regiones erógenas y, consecuentemente, serán diferentes los rasgos en el psiquismo. Indebidamente

tendrá efectos traumáticos y esto generará fijaciones, promoviendo la división en el psiquismo que configurará la represión primaria. En las diversas etapas del desarrollo psicosexual, el niño vivenciará el complejo edipiano, que posee la función de estructurar a la personalidad y darle sentido al deseo. Este será el responsable por la amnesia infantil y el sepultamiento de toda la sexualidad infantil, conmemorada con el momento en que se instala el llamado Superyó (Freud, 1996e, p.181-188; Laplanche, 1987).

Se trata del efecto de la incapacidad infantil de registrar las impresiones por ser fruto de la represión que incide en la sexualidad infantil extendiéndose a otros hechos de la infancia. El campo que abarca la amnesia infantil tendría su límite temporal en la declinación del complejo edipiano, lo que permite la entrada del periodo llamado de latencia. Es así como se sepultan las cosas referentes a esa sexualidad infantil, ya que estas fueron incestuosas durante el periodo del complejo de Edipo (Freud, 1996e, p.181-188). De este modo, la representación-cosa de la sexualidad infantil queda relegada en el Ello. Es así como no será compartido con la palabra y como consecuencia de ello, no tendrá acceso al Yo, que se angustiaría en la presencia de ese material. Sin embargo, el Ello sigue invistiendo y muchas veces apareciendo como síntomas neuróticos, actos fallidos, sueños (Freud, 1996c).

Para Freud, la representación-cosa se rige por el proceso primario que pertenece a la dimensión de lo inconsciente, constituido por la condensación y el desplazamiento. La representación consciente engloba la representación-cosa y también la representación de la palabra correspondiente. La representación inconsciente es solamente la representación-cosa (Freud, 1996e; Freud, 1975b, p.164-167). En otra clave explicativa, Freud, con el objetivo de hacer una distinción metapsicológica, utiliza la expresión representación-cosa esencialmente vinculada al campo visual, y la representación-palabra vinculada a la cuestión acústica (Freud, 1996e, p.13-60).

La representación-palabra se origina del vínculo construido con el sujeto adulto, en que la expresión de las emociones, los primeros sonidos, se van transformando en códigos. Esto se da en función de que la respuesta emitida por ese adulto (la madre o quien efectúa dicha función) va transformando esos llamados infantiles en significados. Al darle sentido,

por ejemplo, a un grito de dolor; la respuesta a esta actitud colabora en la construcción del complejo mundo del lenguaje (Freud, 1996c, p.21-25; Freud, 1975b, p.163-167).

El proceso se da, en un primer momento, en el aparato psíquico, como rasgos mnémicos registrados por la percepción, la configuración de la representación-cosa. Posteriormente, se transformará, en este primer momento (el de la percepción del sonido) en un significante de un significado (representación-cosa). Se trata de la relación lógica que las representaciones necesitan para obtener precisión o para simplemente ser configuradas, además de la imagen, la palabra. La palabra permite que las representaciones construyan nuevas asociaciones, otros niveles de complejidad, la propia distinción entre realidad y el mundo de los deseos inconscientes (Freud, 1996e, p.21-25; Freud, 1975b, p.163-165).

Es así como de la representación-palabra nace toda la posibilidad de que el ser humano pueda crear. Debido a la capacidad de lenguaje, se forman densas cadenas asociativas constituidoras del mundo psíquico, cuya unidad funcional de la palabra formará una compleja representación compuesta por los elementos acústico, visual y cenestésico. La representación-palabra es el representante consciente de la representación-cosa, cuando esta se vincula con otra directamente como su significante. Además, esta significación se rehace en virtud de varias vinculaciones con otras palabras e incluso hasta con significantes de otras representaciones-cosas.

Laplanche, en el texto “El inconsciente y el ello” dice que:

*en el caso del proceso primario, la energía psíquica se escoa libremente, pasando sin barreras de una representación para otra según los mecanismos de desplazamiento y de condensación, tiende a reinvestir plenamente las representaciones ligadas, la vivencia de satisfacción constitutiva del deseo. En el caso del proceso secundario, la energía comienza por estar ligada antes de escoarse de forma controlada; las representaciones son investidas de una más estable, la satisfacción es postergada (Laplanche, 1987b, p.143-144).*

En el texto “El Yo y el Ello” –al comentar el tema del proceso en pensamiento: representación-palabra-, Freud hace una alusión interesante, que se encaja en el punto que precisamente estamos tratando, correlacionando con las arcaicas representaciones del psiquismo, los primeros rastros:

*Los restos de palabra provienen, en lo esencial, de percepciones acústicas a través de lo cual es dado un particular origen sensorial, por así decir, para el sistema Pcc. En un primer abordaje pueden desdeñarse los componentes visuales de la representación-palabra por ser secundarios, adquiridos mediante la lectura, y lo mismo las imágenes motrices de palabra, que, salvo en el caso de los sordomudos, desempeñan el papel de signos de apoyo (Freud, 1996e, p.23).*

En otra parte del mismo texto, Freud manifiesta que “la palabra es entonces, propiamente, el resto mnémico de la palabra oída” (Freud, 1996e, p.23). De esa forma, el autor desarrolla su razonamiento, y expresa que determinadas representaciones-palabras son restos mnémicos, que en el pasado fueron percepciones acústicas:

*y, como todos los restos mnémicos, pueden devenir de nuevo consciente (...), sólo puede devenir consciente lo que ya una vez fue percepción Cs., y exceptuando los sentimientos, lo que desde adentro quiere devenir consciente tiene que intentar trasponerse en percepciones exteriores. Esto se hace posible por medio de las huellas mnémicas (Freud, 1996e, p.22).*

De esa manera, Freud nos alerta que, cuando se reanima un recuerdo, la investidura se conserva en el sistema mnémico. Es así como Freud manifiesta la importancia que tienen los restos de palabras provenientes de las percepciones acústicas, cuyo origen es sensorial, para el sistema Pcs. En un primer momento, también puede desdeñarse en una dimensión visual de la representación-palabra, como función de signos de apoyo. En esta misma línea de pensamiento, Freud subraya la importancia de los restos mnémicos ópticos, como un suceder consciente por medio del retroceso de los restos visuales (Freud, 1996e, p.21-25). Añadimos el elemento de los restos ópticos con la finalidad de desentrañar el complejo:

*estudio de los sueños, y el de las fantasías inconscientes (...) [que] pueden proporcionarnos una imagen de la especificidad de este pensar visual (...). Por tanto, el pensar en imágenes es sólo un muy imperfecto devenir-consciente (...), está más cerca de los procesos inconsciente que el pensar en palabras, y sin duda alguna es más antiguo que éste (Freud, 1996e, p.22).*

Con esta cita, Freud nos proporciona una más amplia perspectiva del proceso del pensar visual, como una dimensión cercana al inconsciente y al proceso onírico.

#### *4.2.2.4. Las relaciones primordiales con la madre*

En el texto “Proyecto de una psicología” [1895 (1950)] Freud comenta el concepto llamado de *Complejo del Semejante* (Valles, 1995, p.144), que consiste en una reflexión sobre el origen de la comprensión de los actos ajenos que circundan al niño en las primeras interacciones que realiza con su medio. Este tema está tratado de una forma rápida y breve; se presume que el niño es capaz de integrar y elaborar el medio que lo rodea, y que la madre o el representante de la función materna es el principal mediador de dicho proceso. En esa relación del sujeto infantil con el otro materno, permanece como un cuerpo extraño en el psiquismo. Esto será, en ese momento, denominado complejo de semejanza.

Freud manifiesta que en las primordiales relaciones con ese primer semejante, la madre, hay dos funciones. Una primera función parte de esa relación con la propia madre, que queda integrada al sistema de representaciones, el cual adquiere sentido y hace de esta relación con ese otro materno algo familiar, conocido, con sentido y, en consecuencia, se relaciona con el principio de placer. Otra función se vincula al hecho de que existe algo en esa relación con ese otro primitivo que no se hace asimilable por el psiquismo, causando un sentimiento profundamente inquietante, incomprensible para el niño, que escapa a toda posibilidad de representación y que permanece como algo no inaprehensible en el psiquismo, como un cuerpo extraño, no íntimo del aparato psíquico. Estas dos funciones permiten que el vínculo establecido de esa relación sea simbolizable. Pero, en contrapartida, en este mismo vínculo hay un resto no descifrable para el niño en esa

relación primordial, que el autor denomina la cosa que *resiste a ser representable*, simbolizando en términos de sentido, de significación y, consecuentemente, de angustia del niño.

Entre la representación-cosa y las palabras que componen esa lengua, en principio extranjera como es para el niño precisamente la lengua materna, decimos que queda un hueco, en el que se desliza la pregunta sobre el enigma que representa el niño para su madre. Se trata de un enigma que permanece, por más que el niño haya aprendido la correspondencia que hay entre un fonema y el objeto. Lo que sucede es que en la lengua las palabras no tienen valor de signo, sino de significante. El signo nombra un objeto; las palabras en la lengua, antes de referirse a un objeto, se refieren a otras palabras. De ese modo, primero es necesario decir que muchas palabras no se refieren a ningún objeto, como sed, amor. Habrá que observar, a su vez, que inclusive las palabras que se refieren a objetos, cobran sentido porque se refieren a las palabras significantes y no a los signos, y tendrán significación con otras palabras (Freud, 1996e, p.23-25).

Podemos asociar que con el juego del carretel de hilo, el *Fort-Dá*, el niño elabora la ausencia de su madre. El niño no juega solo, juega en la dimensión imaginaria de la ausencia de la figura de primitiva importancia. Además, lo irrepresentable está vinculado con la represión primaria, que tendrá sentido en la represión secundaria, aunque algo se pierda en las primeras marcas o registros de la formación del aparato psíquico del niño. Por lo tanto, el aparato psíquico se construye a partir de las cosas vistas y escuchadas, pasadas por la interpretación de cada subjetividad. La interpretación de esas cosas que han sido vistas y escuchadas estructurarán el mundo subjetivo del sujeto infantil, dándoles contorno, las primeras formas que en verdad serán las primeras respuestas, ubicándolo en relación a los enigmas que constituirán su ser en el desarrollo psicosexual (Freud, 1995d, p.13-17).

Tal como lo señala Gerardo Gutiérrez, no hay ningún sentido que pueda ser deducido “porque en lo que respecta a la compulsión a la repetición no hay ningún sentido a desentrañar. No hay otro sentido que la pura repetición: el repetir por repetir” (Gutiérrez, 1993, p.54). En el puro acto de repetir, su sentido está regido por la pulsión de muerte, que es indescifrable.

### **4.3. ACLARACIONES SOBRE LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN EXTERNALIZADA EN EL CURSO DEL TRATAMIENTO PSICOANALÍTICO**

#### 4.3.1. Resistencia e obscurecimiento del material clínico en la arte de interpretar: un imperativo a la compulsión de repetición

Freud empieza haciendo consideraciones generales acerca de la clínica psicoanalítica que, en la primera teoría del aparato psíquico (lo que estructuraba el acceso a la cura en la Metapsicología tenía como elemento determinante el *arte interpretativo*) consistía en descubrir el material inconsciente oculto para el paciente, reunirlo y, en el momento oportuno, hacérselo saber. A pesar de ello, el autor sabía que todo eso no resolvía el problema terapéutico, porque subraya que “el enfermo puede no llegar a recordar todo lo que hay en él de reprimido, acaso justamente lo esencial” (Freud, 1995d, p.18). Freud agrega que el paciente, la mayoría de las veces, repite los materiales reprimidos como una experiencia contemporánea que, invariablemente, los actúa en la transferencia, en la relación con el analista (Freud, 1995d, p.17-18). La neurosis inicial, entonces, es sustituida por la neurosis de transferencia. Freud añade que el analista: “Tiene que dejarle revivir cierto fragmento de su vida olvidada, cuidando que al par que lo hace conserve cierto grado de reflexión en virtud del cual esa realidad aparente pueda individualizarse cada vez como reflejo de un pasado olvidado” (Freud, 1995d, p.19). Además dice: “Con esto se habrá ganado el convencimiento del paciente y el éxito terapéutico que depende de aquel” (Freud, 1995d, p.19).

¿Por qué esta repetición de las experiencias pasadas? ¿Por qué la resistencia al tratamiento? La conclusión a la que arriba Freud es la siguiente: el Yo se resiste al tratamiento, pero la compulsión a la repetición debe ser atribuida a lo reprimido inconsciente. De ese modo, la resistencia consciente e inconsciente del Yo funciona bajo la influencia del principio de placer, buscando evitar el displacer que sería producido por la liberación de lo reprimido. La compulsión a la repetición, oriunda de lo reprimido

inconsciente, a su vez, produciría displacer para el Yo, pero también produciría placer para el inconsciente por el simple hecho de liberar a las pulsiones reprimidas. Estas, de modo contrario a las pulsiones sexuales, no serían de inicio placenteras y fueron reprimidas, aunque rememoran del pasado las experiencias que no incluyen a ninguna posibilidad de placer y que nunca –aunque haya transcurrido mucho tiempo- traen satisfacción, incluso para los impulsos pulsionales posteriormente reprimidos (Freud, 1995d, p.20-21).

Se trata de las compulsiones de repetición de la misma fatalidad, de las que nos había hablado Freud. Un caso ejemplar es el de la mujer que se casó por tres veces y en todos los matrimonios, sólo había pasado un corto tiempo de casamiento cuando el marido se enfermaba y quedaba bajo los cuidados de la esposa. Esto se repitió en los tres matrimonios que tuvo. Freud relaciona la repetición como una resistencia y dice que cuanto mayor es la misma, más extensivamente se hace la actuación (*acting out*) (repetición) que substituirá el recordar, “pues el recordar ideal de lo que fue olvidado –que ocurre en la hipnosis– corresponde a un estado en el cual la resistencia fue puesta de lado” (Freud, 1996d, p.197).

Como ya aludido anteriormente, el paradigma de esta cuestión fue narrado con visos verdaderamente poéticos por la pluma diestra de Tasso quien en su epopeya *Gerusalemme Liberata* relata que el héroe Tancredo, inadvertidamente mata a la propia amada Clorinda en un duelo: ella estaba disfrazada bajo la armadura de un caballero enemigo. Acto continuo al entierro, Tancredo se interna en un lo siniestro bosque encantado, que aterroriza al ejército de los cruzados. Ahí hiende un alto árbol con su espada, pero de la herida del árbol mana sangre, y la voz de Clorinda, cuya alma estaba aprisionada en él, le reprocha que haya vuelto a herir a la amada Clorinda (Freud, 1995d, p.22) - cuya alma está aprisionada en el tronco. Freud relaciona ese lamento con la compulsión de repetición, porque el héroe en una nueva ceguera involuntaria una vez más hiere a la amada. El autor robustece la fuerza de la compulsión a la repetición, el ser humano frente a la fatalidad del destino, y dice: “osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer” (Freud, 1995d, p.22).

#### 4.3.2. El principio de la repetición como ultima tentativa de libertad del infortunio del neurótico

Los humanos repetimos para liberarnos, no necesariamente del recuerdo, sino del afecto desagradable que lo acompañó, y en consecuencia, del significado sentido, inconscientemente atribuido a ese afecto. Una mala experiencia solamente es mala por haber sido una amenaza para el Yo, a la integridad de este, una herida narcisista, vale decir, de alguna manera fue una experiencia traumática. Dicho de otro modo: una relación que, por más que también haya tenido aspectos positivos para el Yo, tuvo aspectos negativos que lo hirieron, que lo amenazaron, y que lo cuestionaron. Estas relaciones o momentos más o menos traumáticos, eventos que aparentemente eran pequeños, pero que marcaron justamente por su carácter agresivo vivido por el Yo, retornan mientras no se deshaga la amenaza. Vuelven durante el tiempo en que la cosa herida no haya sido deshecha, redimida. Mientras tanto, el Yo habrá desarrollado estas maneras reactivas y defensivas de dirigir esta agresión con la finalidad de minimizarla o de minimizar el deterioro ejercido sobre la integridad del Yo y su autoimagen.

La repetición se da como una finalidad de deshacer el displacer y, por lo tanto, por el principio de placer. No se logra extirparlo simplemente dejando de recordar, no por un masoquismo, sino justamente porque esta agresión que fue vivida *todavía* ejerce su acción, agrade, todavía provoca displacer, *aunque no se recuerde* la agresión, aunque esté reprimida. Se la reprime para seguir viviendo, pero el contenido desagradable de lo reprimido se mantiene mientras no sea diluido *porque* permanece desagradable incluso estando reprimido. No hay placer inconsciente en la repetición del displacer, sino una tentativa de darle una nueva oportunidad para que lo que fue vivido por el Yo como una injusticia en el pasado se pueda redimir y repare al Yo en el presente, y así pueda verse libre finalmente de ese displacer. Se repite con la finalidad de resolver lo que no pudo ser resuelto en el pasado. Sobre esta cuestión en Freud, existe un cierto consenso para afirmar que, aunque no haya placer en repetir, hay satisfacción, algo que pertenece al goce. Pero sería interesante resaltar también que la repetición puede ser entendida como una fuerza dirigida a la solución del conflicto originario y de tentativa de aniquilación del displacer.

Se forma como un molde de comportamiento psíquico, afectivo, de una interacción entre las relaciones con los otros y con el medio ambiente, pero también una reacción

defensiva ante las amenazas de determinados hechos. La repetición no es otra cosa que la forma que se encuentra para sobrevivir a esas experiencias. Para modificar esta forma y no repetirla más es necesario el análisis y la transferencia que se establece en dicho proceso, convenciendo al Yo inconsciente del paciente de que ya no corre peligro. Tal como lo dijo Freud, en el fragmento que hemos mencionado anteriormente, el analista debe permitirle al paciente que reviva estas experiencias traumáticas y agresivas, ahora en un ambiente protegido. Y también se debe tener el cuidado necesario para que el paciente *adquiera* un cierto grado de alejamiento “que le permitirá -a pesar de todo- reconocer que lo que parece ser realidad es, en verdad, sólo un reflejo del pasado olvidado” (Freud, 1995d, p.19). Pero, sobre todo, que este desagradable pasado sea desinvertido porque el analista no invierte en él la importancia proveniente del carácter amenazante de la experiencia conforme fue vivida e investida por el paciente en el pasado. El paciente transfiere y vive una neurosis de transferencia, y en esta, verá que lo que le parecía amenazante, ya no lo es más. Estando en paz con el sentimiento vivido, ahora ya no es revivido como destructor, y así el paciente logra disolverlo.

#### 4.3.3. Reflexiones sobre el laberinto de la compulsión a la repetición

Si la persona no logra dejar de invertir en un sentimiento desagradable asociado a una experiencia pasada es porque la experiencia vivida lo ha cuestionado narcisísticamente, aunque sea de modo imaginario, de manera tal que abandonar la experiencia molesta sería lo mismo que –paradójicamente- asumir el contenido desmerecedor o desintegrador que esta indica. Llegar a deshacer el nudo es posible cuando la integridad del Yo ya fue garantizada, y cuando el insulto pasado no ataca más al Yo inconsciente en el tiempo presente. En otras palabras: si hubo trauma es porque algún mensaje se juntó a la experiencia haciendo que fuera vivida como amenazadora. Repetir la experiencia que fue dolorosa es una forma de intentar separar a la experiencia del significado sentido en el momento pasado, lo que por lo general fracasa, aunque con el tiempo se logre mejorar. Normalmente falla porque se repite no sólo la experiencia, sino también la forma de reaccionar y defenderse. Al fin y al cabo, se trata de la misma persona, y el análisis puede y debe servir para alterar la perspectiva de comprensión (no

necesariamente consciente) y, por lo tanto, de afecto con relación a la situación, modificando así lo que está en juego: el valor, la investidura efectuada, las imágenes de sí, las reglas dictadas de manera inconsciente por los otros. Mientras más una experiencia haya estremecido la autoimagen de una persona, más intensamente será necesario profundizar en las identificaciones enmarañadas en el sentimiento que la acompaña. Efectivamente, se trata siempre de una búsqueda para librarse del displacer (o una repetición del castigo, análoga al sueño de castigo, en el que se repite para ser castigado otra vez por lo que un día fue presentado como condenable y que se incorporó en el Superyó de la persona).

#### 4.3.4 La herida narcisista y la neurosis de destino: interferencias en el proceso de la compulsión a la repetición

Freud está de acuerdo con la influencia de la herida narcisista en la repetición. El maestro de Viena afirma que la pérdida del amor y el fracaso dejan tras de sí un daño permanente a la autoconsideración bajo la forma de una cicatriz narcisista, lo que contribuye al sentimiento de inferioridad: la pérdida del amor y el fracaso se van a repetir (en el caso de que se repitan) como una tentativa de reparación de la cicatriz dejada por la experiencia vivida y/o como castigo por haber sucedido eso.

Freud añade lo siguiente:

*los pacientes repiten, en la transferencia, todas las situaciones indeseadas y emociones penosas, reviviéndolas con la mayor creatividad (...) Ninguna de esas cosas puede haber producido placer en el pasado ni nos pueden llevar a suponer que causarían menos desagrado hoy en día si emergieran como recuerdos en los sueños –en vez de asumir la forma de nuevas experiencias. En verdad, constituyen la actividad de las pulsiones destinadas a llevar la satisfacción, pero ninguna lección fue aprendida de la antigua experiencia de que estas actividades, al contrario, condujeron solamente al displacer. A despecho de eso, son repetidas bajo la presión de una compulsión (Freud, 1995d, p.21).*

Freud nos dice que lo mismo se aplica para las neurosis de destino, cuando, sin la producción de síntomas, las personas repiten el destino escrito, de alguna manera, por ellas mismas, y determinado por las influencias infantiles primitivas. En todos los casos, las personas repiten por alguna razón: por ajuste de cuentas, creencias, ideas, costumbres, o por obtener alguna ganancia secundaria y tener miedo a perderla. También puede ser porque el hecho de abandonar el displacer significará contrariar al deseo de algún familiar o de alguna ley que le fue presentada como necesaria o digna de valor. De una manera o de otra están dialogando y accionando las experiencias pasadas y se hace necesario que algo les muestre la repetición y lo que impide superarla, de modo que se permita la emergencia de lo nuevo y la diferencia. Se trata de algo que permita ver al otro en su singularidad en vez de confundirlo, inconscientemente, con lo que ya se conoce (Freud, 1995d, p.21-23).

La compulsión a la repetición aparece por repetirse lo que se conoce, lo ya sabido, lo que se aprendió, lo que fue enseñado, de los valores pasados e introyectados de manera superyoica. Se hace necesario deshacer la rigidez de la creencia introyectada por el Superyó para que este acepte los nuevos valores y, por sobre todo, la flexibilidad como un valor. Sin embargo, para ello es necesario que el Yo esté en confianza, pudiendo renunciar a lo conocido sin sentirse bajo el riesgo de un colapso o de una desintegración.

Freud piensa que si tenemos en cuenta las observaciones como las que se basan en el comportamiento, en la transferencia y en las historias de vida de hombres y mujeres, entonces no sólo encontraremos coraje para suponer que realmente existe en la mente una compulsión a la repetición que sobrepuja al principio de placer, sino que también nos inclinaremos a relacionar la compulsión a la repetición con los sueños que ocurren en “los enfermos de neurosis traumática y la impulsión al juego en el niño” (Freud, 1995d, p.34).

Freud se da cuenta de que sólo en extraños casos podemos notar los motivos que llevarían a la compulsión a la repetición en su estado puro, porque, por lo general, están apoyados en otros motivos placenteros. Arriba a la conclusión de que parte de lo que fue descrito “parece inteligible sobre una base racional, de modo que no tenemos la necesidad de convocar una noticia y una misteriosa fuerza motivadora para explicarla” (Freud, 1996e, p.37).

Freud piensa que no todos los ejemplos del juego de dados son abarcados por el funcionamiento de las familiares fuerzas motivadoras, porque una parte queda suficientemente bien explicada como para justificar la hipótesis de una compulsión a la repetición, algo que parece ser más primitivo, más elemental y más pulsional que el principio de placer (Freud, 1995d, p.60-62).

#### **4.4. EL PSIQUISMO COMO UN MODELO PERCEPTIVO, RECEPTOR Y DEFENSOR DE LOS ESTÍMULOS Y EXCITACIONES: ENTRE LO EXTERIOR Y LO INTERIOR DE LAS PULSIONES**

##### 4.4.1. Los estímulos pulsionales interno/externo: esquemas y especulaciones en la metabiología

Al seguir su esquema de la interpretación de los sueños, Freud comienza afirmando que la conciencia es la función del sistema consciente [Cs], que percibe las excitaciones provenientes del mundo externo y los sentimientos de placer y displacer, que son oriundos del interior del aparato psíquico. Todos los procesos excitadores que ocurren en los otros sistemas dejan tras de sí rasgos de memoria, que no necesariamente se convertirán en conscientes. Estas marcas o rasgos no serían dejados en el sistema [Pcpt.-Cs] (perceptivo-consciente). Al respecto, Freud retoma las especulaciones metabiológicas del “Proyecto” de 1895, que estaba inédito hasta aquel entonces, y que en un principio no tenía la intención de llegar a publicar. (Freud, 1994). De ese modo, hace una analogía entre la embriología y el sistema nervioso. La energía, cuando pasa de un medio a otro, encuentra resistencias; en el sistema [Cs] la energía circulará libre y móvil, sin ninguna dificultad, y por ello no dejará marcas, y será capaz de una descarga libre. La superficie protectora que el sistema Cs constituye como base externa reduce la intensidad de los estímulos que llegan al organismo. El amparo se da contra los estímulos externos, aunque pueda suceder que los estímulos que son muy fuertes atraviesen el escudo protector y se vuelvan de ese modo amenazadores (Freud, 1994).

El aparato mental, en el sentido del exterior, se encuentra resguardado contra los estímulos y las cantidades de excitación que inciden sobre él y que poseen solamente un efecto reducido. Sin embargo, en el sentido interior, no existe dicha protección, de manera tal que las excitaciones de las partes más profundas se extienden al sistema de modo directo y en cantidad no reducida, dando origen a los sentimientos de la serie de lo desagradable. (Freud, 1994).

Sea que concordemos o no con estas especulaciones metabiológicas, es interesante observar que Freud piensa el psiquismo de un modelo perceptivo, receptor (y defensor) de los estímulos y excitaciones, estableciendo una diferencia clara entre lo exterior y lo interior, situando lo que será el Yo en esa frontera, blanco de ataques tanto externos como internos. Lo que sobresale es la idea de un ataque, y de un tipo de ataque de ambos lados, además de una defensa contra las pulsiones y los estímulos, como el propio Freud se dedica a mostrar en el acercamiento (Freud, 1994).

#### 4.4.2. Los estímulos internos versus externos: reducción de la tensión

Freud continua explicando que, primero, los sentimientos de displacer preponderan sobre todos los estímulos externos y, por lo tanto, no dependen de ellos. Cuando las excitaciones externas producen un gran aumento de displacer, entonces hay una tendencia a tratarlas como si actuaran no de dentro, sino de afuera, de modo tal que pueda accionarse el escudo protector contra los estímulos externos. Los estímulos internos entonces son proyectados en agentes externos, y el Yo se defenderá externamente de lo que se origina en el propio interior del aparato psíquico. Habría que concordar con que el placer es el resultado necesario –y único- de la reducción de la tensión. Coincidentemente o no, esta idea mencionada es fundamentalmente la misma que tenía Schopenhauer, quien sustentaba que todo placer es negativo, o sea, no se da por fruición, sino por alivio (Freud, 1995d, p.31). Desprecia los placeres porque son perjudiciales si se comparan con el precio de dolor que se paga –diría el poeta latino Horacio (65-8 .C.). Dicho de otro modo: tendríamos que aceptar que el psiquismo está determinado como el reflejo del mecanismo de cantidades de energía, en el sentido organicista del término, y que lo que es

propriadamente psíquico sería sólo el resultado de las represiones y resistencias ante lo orgánico, por fuerza de la cultura, que tendrían más o menos fuerzas de contención de las cantidades de energía (Freud, 1995d, p.41-42).

Ahora hagamos un paréntesis sobre lo que enuncia Schopenhauer. Dice Freud en el penúltimo capítulo de “Más allá del Principio de Placer”:

*Y hay otra cosa que no podemos disimular: inadvertidamente hemos arribado al puerto de la filosofía de Schopenhauer, para quien la muerte es el «genuino resultado» y, en esa medida, el fin de la vida, mientras que la pulsión sexual es la encarnación de la voluntad de vivir (Freud, 1995d, p.53).*

Cuando sucede un trauma no hay cómo impedir que grandes cantidades de estímulos se acumulen en el aparato mental, por lo que se hace necesario el dominio, vinculado a la energía, para que no permanezca como energía libre y destructora. Cuanto más alta sea la investidura del sistema, más grande será la fuerza vinculante. Cuanto más grande sea la investidura, mayores serán las condiciones del vínculo de la energía libre que llega al aparato (Freud, 1995d, p.34). Cuando una energía libre se vincula al pasar por el aparato mental, no adopta más la calidad de energía libre, sino de energía aquiescente.

#### 4.4.3. Neurosis traumática como escudo protector

Freud considera a la neurosis traumática como la consecuencia de una gran ruptura en el escudo protector. El trauma no sería el resultante de la cantidad de energía libre que llega al aparato mental, sino la relación de esa cantidad con el horror (susto, pavor) y la amenaza a la vida, vale decir, hubo o no un tiempo de preparación para la angustia y para la hipercatexia (o superinvestidura). Un sistema con baja catexia no se halla capaz de vincular grandes cantidades de excitación (Freud, 1995d, p.29).

Las pesadillas de la neurosis traumática tienen por función dominar retrospectivamente al estímulo, desarrollando la angustia como causa de la neurosis traumática. Esta función del sueño, aunque no contradiga al principio de placer, es

independiente de este, porque es más primitiva que el objetivo de obtener placer y evitar el displacer (Freud, 1995d, p.9-10).

Podríamos hacer una objeción y decir que dominar al estímulo –que no había sido dominado- corresponde a dominar y deshacer un displacer. El hecho de que no sean sueños de realización de deseos, no implicaría que fueran regidos por el principio de placer y por la neutralización del displacer. El propio Freud es quien nos dice que los sueños que se tienen durante el periodo de análisis, que recuerdan los traumas psíquicos de la época de la infancia, se apoyan en el deseo de conjurar lo que fue olvidado y reprimido. Lo que sí nos parece digno de subrayar es que los sueños traumáticos también son maneras - inconscientes- de expiar el displacer del sentimiento vivido en el hecho amenazador y traumático (Freud, 1995d, p.29-31).

La función que Freud le atribuye al sueño (la realización de los deseos de las pulsiones perturbadoras con el objetivo de que estas no lo inquieten) no se mantiene en el caso de los sueños de las neurosis traumáticas. Es por ello que le hará pensar en un más allá del principio de placer, cuyo motor sería la compulsión a la repetición (Freud, 1995d, p.40).

#### 4.4.4. La compulsión a la repetición para Freud desprecia al principio de placer

Freud vuelve a la metabiología y describe las pulsiones del organismo, que vienen de su interior, mencionando que cuando estas no son proyectadas no encuentran ningún escudo protector al llegar al aparato mental. Estos impulsos son libres y móviles, no están vinculados, y presionan como una descarga. En lo inconsciente se da el proceso primario, en que las investiduras son fácilmente transferidas, desplazadas y condensadas, mientras que el proceso secundario es lo que ocurre en el preconscious y en el consciente (Freud, 1995d, p.39-42).

Las pulsiones obedecen al proceso primario, a las investiduras libres, mientras que las investiduras vinculadas constituyen el proceso secundario. La falla en someter las energías

internas libres al proceso secundario -la falla en vincularlas- tendría un efecto análogo al trauma. El dominio del principio de placer - afirma Freud- sólo sería posible en el proceso secundario, cuando fuera modificado el principio de realidad. Antes del proceso secundario, la tarea de dominar o someter las excitaciones internas antecedería al principio de placer. Por lo tanto, este sería el papel de la compulsión a la repetición (Freud, 1995d, p.38-42). Esta, que presenta un carácter pulsional, cuando actúa en oposición al principio de placer tiene la apariencia de una fuerza demoníaca en acción (Freud, 1995d, p.40). La compulsión a la repetición, en la transferencia de los hechos de la infancia -dice Freud- desprecia el principio de placer y el paciente se manifiesta incapaz de obedecer al proceso secundario. Freud añade que “cuando las personas que no están familiarizadas con el análisis sienten (...) el miedo de despertar algo que, de acuerdo con sus pensamientos, es mejor dejar adormecido, en realidad de lo que realmente tienen miedo es de que aparezca esa compulsión” (Freud, 1995d, p.40), como si pasaran a ser dominadas por algo que no pueden controlar. La repetición parece una protección y defensa contra lo desconocido. Es interesante pensar que, si la repetición provoca displacer y se vincula a la pulsión de muerte, ¿cómo puede entonces estar al servicio de la mantención de un orden por el desorden? En este punto convendría reflexionar e indagar: ¿este displacer provocado por la repetición servirá para proteger al sujeto de un miedo, una falta, una verdad mucho más dolorosa y desestabilizadora que el propio placer provocado? ¿Sería este el “lado Eros” de la repetición?

En este momento, Freud explica que la compulsión a la repetición sería pulsional por el atributo universal de las pulsiones, de acuerdo con las cuales “una pulsión es un impulso, inherente a la vida orgánica, para restaurar un estado anterior de cosas” (Freud, 1995d, p.40), impulso que la entidad viva fue obligada a abandonar por la presión de las fuerzas perturbadoras externas. El autor no dice por qué postular esta definición de pulsión, pero en una nota a pie de página observa que no tiene ninguna duda de que nociones análogas ya fueron presentadas en varias oportunidades, sin hacer referencia exacta dónde ni por qué. Sabemos, finalmente, que Schopenhauer ya había postulado la idea de que la repetición y el retorno constituyen la lógica de las cosas (incluyendo a las personas) y la forma más general de la naturaleza.

#### 4.4.5. Reflexiones sobre el conservadorismo de las pulsiones

Freud añade que esa concepción de las pulsiones es desconcertante porque estamos acostumbrados a ver en estas un factor que impele cambios y desarrollos, mientras que, de acuerdo con esta concepción, se trata exactamente de “lo contrario, o sea, una expresión de naturaleza conservadora de la sustancia viva” (Freud, 1995d, p.41). Observemos que sólo el hecho de ser desconcertante y opuesto a todo lo que se consideraba anteriormente no constituye un motivo para que esta nueva concepción sea más pertinente, verdadera, concertante con la realidad o más profícua que la anterior.

Luego, el maestro vienés apoya su argumento en ejemplos de peces y pájaros, cuyos comportamientos salvajes se justificarían por una búsqueda de lo que constituían los hábitos de sus ancestrales de la misma especie. Otro argumento que presenta Freud y que considera más expresivo se relaciona a lo hereditario y defiende que “el germen de un animal vivo está obligado, en el curso de su evolución, a recapitular las estructuras de todas las formas de las que se originó” (Freud, 1995d, p.41), y agrega que lo hace, en vez de avanzar rápidamente, por la vía más corta hasta la forma final, como si hubiera una forma final preestablecida y una teleología forzándolo hasta esta. Está claro que se trata de un razonamiento contrario a las actuales teorías de la evolución por las que los organismos simplemente se alteran mediante la adaptación y no por alguna finalidad oculta o previa. Por lo tanto, se da sin ninguna repetición de las formas de las que se originaron y, si algunas mantienen la forma genética, ello se debe sólo a las que no mutaron, o que se mezclaron muy poco, de manera tal que permanecieron, no lucharon para conservarse, ni buscaron repetirse. La diferencia viene siempre de una repetición diferencial, siempre nueva, hacia adelante, sin retorno ni recapitulación y, por sobre todo, sin causa final o a priori.

#### 4.4.6. Especulaciones sobre las distintas finalidades de la pulsión

Freud suministra otro ejemplo sobre la regeneración de un órgano perdido. El autor observa que hay una objeción plausible que indica que, además de las pulsiones de conservación que impelen a la repetición, hay pulsiones que, por el contrario, “impulsan hacia el progreso y la producción de nuevas formas” (Freud, 1995d, p.36) lo que será tenido en cuenta posteriormente. Por el momento -dice- es tentador perseguir, hasta llegar a la conclusión lógica, la hipótesis de que todas las pulsiones tienden a la restauración de un estado anterior de cosas, alertando que el resultado “posiblemente dé la impresión de un misticismo o de una falsa profundidad” (Freud, 1995d, p.37), pero añade que esos no son sus propósitos. Luego agrega: “Supongamos que todas las pulsiones orgánicas son conservadoras, que son adquiridas históricamente y que tienden a la restauración de un estado anterior de cosas” (Freud, 1995d, p.37).

Dada la hipótesis inicial, nos vemos obligados a arribar a la conclusión, piensa Freud, de que el desarrollo orgánico es producto de las influencias externas sobre el organismo, que lo perturban y lo desvían de la dirección natural. Al final, siendo un organismo vivo elemental, no tendría el deseo de alterarse, teniendo bajo las mismas condiciones que repetir el mismo curso de vida. “En última instancia, lo que ha dejado su marca en el desarrollo de los organismos debe haber sido la historia de la Tierra en que vivimos y de la relación con el Sol” (Freud, 1995d, p.38) -especula Freud. Entonces, toda modificación habría sido impuesta al organismo, y sólo sería aceptada por las pulsiones orgánicas conservadoras para ser posteriormente repetida. Por ello, las pulsiones darían una apariencia engañadora de ser fuerzas tendientes al cambio, cuando en verdad estarían buscando alcanzar el antiguo objetivo aunque lo hagan por nuevos caminos que les fueron impuestos. Este objetivo final de todo el esfuerzo orgánico puede ser especificado, razona el autor.

#### **4.5. INDAGACIONES SOBRE LAS FUERZAS QUE IMPELEN AL ORGANISMO PARA QUE RETORNE A LA MUERTE**

Este es un momento propicio para detenernos y hacer una ponderación. ¿Por qué definir a la pulsión como una inclinación para restaurar un estado anterior? Y más todavía: ¿De dónde se puede extraer la hipótesis metabiológica y metafísica de que esta tendencia es interna y que la interacción con el medio la perturbaría y la desviaría del deseo de repetir enseguida? Se configura una intencionalidad y una teleología o teleonomía de la pulsión, como si esta tuviera una finalidad que fue preestablecida, previendo en ella la propia existencia efectiva, un curso inicialmente antevisto del que se desviaría por fuerza de lo que le es externo. Como si hubiera una causa final: la pulsión existiría para (en función de lograr determinado fin) realizar una cierta tarea que le sería trascendente y que le sería impuesta por su naturaleza. De ese modo, el organismo se forzaría para lograr su objetivo final, tal como una especie de antropomorfismo – proyección de las finalidades de las creaciones humanas sobre las creaciones de la naturaleza. El origen de estas proyecciones antropomórficas sobre los seres vivos es, históricamente, la hipótesis de Dios a imagen y semejanza del hombre, que habría creado a las criaturas para que logren determinado fin, cierto objetivo final. El hecho de que Dios esté oculto de la idea de finalidad -teleología e intencionalidad- no significa que su idea esté menos presente.

Una vez establecido que hubo un objetivo final en lo orgánico, y que desde esta hipótesis retornáramos a la lógica, Freud raciocina que estaría en contradicción a la naturaleza conservadora de las pulsiones el hecho de que el objetivo de la vida fuera un estado de cosas que jamás hubiera sido alcanzado. Sin embargo, seguimos insistiendo en algo que es obvio. Este razonamiento sólo se podría sustentar si hubiera un objetivo de la vida. Freud señala que si la pulsión condujera a un progreso hacia una mejora, sería extraño que el producto final de esta -que sería el objetivo de la vida- todavía no se hubiera logrado (Freud, 1995d, p.37-42). En otras palabras: lo que le sirve de argumento a favor de la naturaleza conservadora de la pulsión es suponer que lo contrario de todo ello sería necesariamente un progreso y una perfección un día alcanzado, vale decir, no existen sólo estas dos posibilidades; la pulsión puede mover, impeler a un cambio sin que de ningún modo sea en dirección al progreso o algo mejor, o algo que empeora, o sea lo que fuere

adjetivado como antropomórfico, un cambio, un movimiento, o una transformación (Freud, 1995d, p.39-40). Freud se manifiesta desengañado con la falsa idea de una evolución hacia un progreso humano y de la especie. Por ello arriba a la conclusión de que hay una característica conservadora de la pulsión. La cuestión no está reducida a elegir entre las dos opciones. Lo más curioso y sorprendente es que Freud crea, por así decir, no la idea de progreso, sino la idea del objetivo de la vida:

*Contradiría la naturaleza conservadora de las pulsiones el que la meta de la vida fuera un estado nunca alcanzado antes. Ha de ser más bien un estado antiguo, inicial, que lo vivo abandonó una vez y al que aspira a regresar por todos los rodeos de la evolución. (Freud, 1995d, p.38).*

A partir de la idea de una búsqueda romántica y nostálgica de un estado anterior, Freud se anima a realizar una nueva hipótesis:

*Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones internas, no podemos decir otra cosa que esto: la meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo (Freud, 1995d, p.38).*

Supone que además de haber un interior muy separado de un exterior en la constitución de los organismos, en este interior habría una fuerza interna que tendería a llevar a la muerte a todo lo que vive. Freud sigue su hipótesis e iguala que todo lo que vive va a morir por razones internas y así retornará a lo inorgánico.

#### 4.5.1. Fuerzas que impelen al organismo para el retorno a la muerte

Nos sentimos impelidos a declarar que el objetivo de toda vida es la muerte, árbitro ecuánime de todas las miserias humanas, como diría Enrique VI. Pero el final no es la finalidad, porque no es buscado, no es un deseo, una intención o un objetivo. Habría que suponer una finalidad, no sólo en la vida, sino también en la propia pulsión. Los materiales

que nos constituyen se gastan durante el transcurso de nuestras interacciones, que se llaman vida.

Freud completa su razonamiento y señala que las cosas inanimadas existían antes de las vivas. Podemos recordar que esta precedencia no impide que siempre haya habido movimiento y combinación entre los elementos en la naturaleza, lo que convierte a lo que llamamos vida en una variación de otra calidad, de movimiento e interacción: animación, cambio intrínseco, inmanente. Y, sobre todo, que esta precedencia en nada puede corroborar la hipótesis de la búsqueda de la muerte, y ni siquiera del retorno al estado anterior. En otras palabras, Freud supone que lo inorgánico es muerto, que el hecho de que provengamos de eso y también que retornemos a él, indicaría que hay una pulsión, como un barco a motor en lo inorgánico que llevaría la vida, pero que en esta pulsión pasaría a tener una causa final que sería la de volver a la muerte. ¿El objetivo de la pulsión, en lo inorgánico, sería la de retornar a qué cosa? ¿A la muerte? Pero ¿ya no está muerto?

Freud sigue relatando su mito y dice: “En algún momento, por una intervención de fuerzas que todavía nos resulta enteramente inimaginable, se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida” (Freud, 1995d, p.38). La tensión que apareció en la sustancia que se hizo animada se esforzó por neutralizarse y este esfuerzo habría generado la primera pulsión, la de volver al estado inanimado. Sin embargo, las influencias externas se habrían alterado (¿debido a qué?) de manera a obligar a la sustancia a que se alejara de ese retorno y a efectuar desvíos complicados antes de que finalmente pudiera lograr su objetivo de muerte. Es así como los tortuosos caminos para la muerte corresponderían a lo que consideramos como fenómenos de la vida. Es oportuno que citemos los versos de Imre Madách: ¿Por qué nos atrae el placer, como a Tántalo, si no disponemos del vigor de un Hércules, ni tampoco tenemos las mil formas de un Proteo? ¿Será el placer como el agua fresca para quien tiene sed, y la muerte para quien se sumerge en ella? Desde esta perspectiva, la vida pulsional tiende hacia la muerte, mientras que las pulsiones de autoconservación se opondrían a la vida pulsional, pero de modo relativo (Freud, 1995d, p.39-40).

Esas pulsiones autoconservadoras tendrían la función de garantizar que el organismo siguiera el propio camino hacia la muerte, vale decir, que una fuerza

irrepresentable habría dado origen al organismo vivo, que no habría logrado morir enseguida debido a influencias externas a él (Freud, 1995d, p.39). Además, el organismo aunque de modo pulsional intente morirse pasará como organismo creado a luchar contra la muerte corta, porque “desea morir sólo a su propio modo”, y por ello, presenta “la enigmática determinación (tan difícil de encajar en cualquier contexto) de mantener la propia existencia frente a cualquier obstáculo” (Freud, 1995d, p.39) . ¿No es enigmático? Sin embargo, si pensamos que el organismo busca morirse, entonces es realmente enigmático que intente luchar contra lo que le provocaría la muerte, a menos que -solución conciliadora- entendamos que busca morir a su modo y no por factores externos. Esos factores externos, que fueron los responsables por la aparición y el mantenimiento de la vida, ahora serían los responsables por el fin. Al contrario, el organismo que buscaba morirse ahora busca vivir para morir a su manera: “Por eso surge la situación paradójica de que el organismo vivo lucha con toda su energía contra los peligros, en verdad, que podrían ayudarlo a lograr más rápidamente su objetivo de vida” (Freud, 1995d, p.40), o sea, la muerte. Realmente, es sorprendente que la vida pulsional lucharía por la muerte, mientras que la vida organizada lucharía por la vida, el proceso primario contra el proceso secundario, aunque el objetivo final de la vida organizada sea el mismo que el de la vida pulsional, aunque buscándolo a su modo.

#### 4.5.2. Células germinales que operan a favor de la vida

Freud empieza a describir a las células germinales que recorrieron la totalidad del camino del desarrollo para la muerte natural y “probablemente retuvieron la estructura original de la materia viva” (Freud, 1995d, p.39). Por ello, al repetir el estado anterior, en verdad repiten el proceso que les dio origen, o sea, el proceso de surgimiento de la vida, de manera que: “al final, una vez más una parte de la sustancia lleva su evolución a un término, al paso que otra parte transborda nuevamente, como un nuevo germen residual al comienzo del proceso de desarrollo” (Freud, 1995d, p.39).

Nos podríamos preguntar por qué una parte se desarrolla más que ella misma y otra queda como un residuo, tal como había sido. Podemos decir que las pulsiones cuidan de los destinos de estas células germinales que sobreviven más allá de la muerte del individuo, dándole abrigo, colocándolos en contacto con otras células germinales, que serían las pulsiones sexuales. Freud dice que estas son conservadoras por traer estados originales de la materia vida (las células germinales) y por ser fuertes ante las influencias externas (al principio servían para generar la vida, no para impedirla; al fin y al cabo los obstáculos a la vida sólo serían internos), y por preservar la propia vida por un largo periodo, ya que “solamente a ellas les podemos atribuir un impulso interno en el sentido del progreso y del desarrollo superior” (Freud, 1995d, p.39). Freud las denomina “las verdaderas pulsiones de vida” (Freud, 1995d, p.39). Operan a favor de la vida y contra el propósito de las otras pulsiones. De manera contraria a las pulsiones originarias, se precipitarían para lograr el objetivo final de la vida tan rápidamente como les fuera posible, mientras que las pulsiones sexuales efectuarían una nueva salida para prolongar, de ese modo, la jornada. Las pulsiones sexuales prolongarían la jornada del organismo que, de modo interno, tenderían hacia la muerte más rápida. Las pulsiones de autoconservación encontrarían en las pulsiones sexuales un apoyo para su finalidad de morirse, sólo según el modo de la vida ya formada. Quizás sea que las pulsiones buscan morir a su propio modo, apoyadas en las pulsiones sexuales para no dejar al organismo que muera lo más rápido posible (Freud, 1995d, p.39-40).

Las pulsiones sexuales serían las únicas que tendrían como objetivo un estado de cosas que nunca ha sido logrado. Existen estos dos grupos de pulsiones que luchan contra las pulsiones originarias: las sexuales, que empujan al organismo a un nuevo estado, y las de autoconservación, que intentan evitar la muerte repentina (Freud, 1995d, p.40).

Freud se manifiesta al respecto de no existir ninguna pulsión que propulse al organismo, animal o vegetal hacia un desarrollo superior. Se trata sólo de una adaptación a la presión de las fuerzas externas (Freud, 1995d, p.40). El autor está afirmando con eso que no hay una teleonomía hacia un perfeccionamiento, un progreso, ni una involución, por así decirlo. Sin embargo, no afirma que no haya en este caso una teleonomía hacia el estado anterior y, en consecuencia, hacia la muerte.

Freud también niega que haya una pulsión hacia la perfección, la que habría traído a los seres humanos el actual estado de realización intelectual y sublimación ética. Contempla “lo que, en una minoría de individuos humanos, parece ser una pulsión incansable en el sentido de una perfección más grande” (Freud, 1995d, p.40) sólo como resultado de una mayor represión pulsional en la cual se apoya, y además crea todo lo que hay de más precioso en la cultura humana. Esto no impide la presión persistente del impulso reprimido, siendo que esta tensión entre la satisfacción exigida y la satisfacción conseguida es lo que impulsaría al individuo en dirección a su perfeccionamiento, sin permitirle ninguna interrupción en ninguna de las posiciones que han sido logradas.

Finalmente, habría una oposición entre el camino regresivo hacia una completa satisfacción pulsional y las represiones que obstruyen dicho camino. La perfección estaría del lado de la represión. Nos preguntamos: ¿está contra las pulsiones originarias o contra las pulsiones sexuales? Esta búsqueda de la perfección sería el resultante de los esfuerzos de Eros tomados en conjunto con los resultados de la represión -dice Freud (Freud, 1995d, p.41). Nuevamente nos preguntamos: ¿está contra o a favor de las pulsiones sexuales?

Es dable destacar que Freud insiste en el hecho de que la sexualidad humana es, en sí misma, algo aberrante. Sin embargo, podemos decir que es aberrante en relación a la función biológica de la reproducción. Lo que la pulsión sexual tiene por objetivo no es la reproducción, sino la satisfacción (Freud, 1995d, p.41-42).

Freud afirma que las pulsiones del Yo ejercen presión hacia la muerte, y que, por lo tanto, poseen un carácter conservador: se originan de la animación de la materia (inanimada) y buscan llegar a lo inanimado. Las pulsiones del Yo estarían, pues, en la categoría de las pulsiones de muerte. Por otro lado, las pulsiones sexuales ejercerían presión para prolongar la vida. La expresión “a lo que claramente tienden por todos los medios posibles a su alcance” (Freud, 1995d, p.41) indica la fusión de dos células germinales que prolongarían la vida de la célula y le darían la apariencia de inmortalidad. Sin embargo, Freud no considera satisfactoria esa división.

Freud descrea de la hipótesis de que toda sustancia viva está marcada para morir por causas externas. Para fortalecer su tesis, recurre a los Escritos de los poetas. Nos

referimos al Romanticismo Alemán. En seguida, el autor admite, citando a Schiller, el poeta y filósofo germano: “Puede ser que esta creencia en la necesidad interna de morir sea, sólo, otra de las ilusiones que creamos para soportar el pesado fardo de la existencia” (Freud, 1995d, p.42).

Consideramos oportuno mencionar una de las greguerías del poeta Ramón Gómez de la Serna, quien dijo que: solamente al morirnos nos acordamos de que ya habíamos estado muertos antes de nacer. Freud asocia esta muerte a las causas internas de la Ananké, la necesidad. El autor menciona a las razas primitivas y contrapone que “toda muerte ocurre (...) a la influencia de un enemigo o de un espíritu malo” (Freud, 1995d, p.44) o sea, “a un acaso del que, posiblemente, podríamos haber escapado” (Freud, 1995d, p.44) .

Sin embargo, es evidente que esa creencia en evitar a la muerte se opone a la inevitabilidad de la muerte. Al oponerla a causas internas se recae en un falso silogismo porque sería suponer –como parece ser el caso- que existe lo interno que es independiente de lo externo y viceversa. En caso de que no hubiera causas internas, el individuo o la célula potencialmente no morirían nunca. Esto equivale a decir que si no hubiera causas externas en la vida de alguien, como por ejemplo un ataque del enemigo, este alguien nunca se moriría (Freud, 1995d, p.44). No hay interior sin relación con lo exterior, ni exterior que no se relacione con lo interior. De este modo, las causas externas, en el sentido de la interacción y el consecuente uso y desgaste del individuo, siempre existirán. No es posible que concibamos lo interno sin la interacción con lo externo y, evidentemente, sin desgaste. La inevitabilidad de la vida y de la muerte está en que no hay vida sin interacción con el mundo y con el otro, y no en que morimos por una fuerza interna. No es preciso proyectar o imaginar una intencionalidad interna del organismo para que aparezca la muerte, porque lo externo no es sólo el suceso brusco, sino la interacción con el mundo, ya sea abrupta o continuada. Que la existencia sea un pesado fardo para que lo aguantemos es un sentimiento que algunos tienen y otros no, pero que ciertamente no justifica la creencia en la necesidad de la muerte porque esta es inevitable. No obstante podría justificar fehacientemente la asociación de esa necesidad a una programación interna del organismo transferible a lo inconsciente biológico de la persona, en forma de un deseo de morirse (Freud, 1995d, p.43-45). En suma: el hecho de que la muerte sea

inevitable no apoya en nada a la creencia de que nos morimos por causas internas, de que finalmente se pueda naturalizar o universalizar el deseo de morir que ataca a algunas personas. Y que, además, es una característica de la nostalgia romántica de los poetas de la época y de la cultura de Freud. Es como si fuera posible pensar en lo interno sin relación con lo externo, algo como: ¿Por la falta de alimentos, mi muerte sería provocada por causas internas, porque abandonándome no puedo sobrevivir; o a causas externas porque la comida externa no llegó a mi organismo? El razonamiento freudiano se basa, precisamente, en la alimentación. En el caso de los protozoarios dice que son alimentados “sólo con los productos de su propio metabolismo” que se “expelían al fluido circundante” (Freud, 1995d, p.47). Los protozoarios morían –concluye- inequívocamente, a las causas internas; al final sus excrementos vienen de su interior... Mientras son abastecidos “de fluido nutriente nuevo” los protozoarios no mueren, las causas externas no los dejan morir (Freud, 1995d, p.46-47).

#### 4.5.3. Células germinales y las pulsiones

Freud propone que la biología sea el juez ante esa discrepancia, la aguja, el fiel de la balanza. Añade que no hay concordancia entre ellos. Apoya la tesis que más le place (la de Weismann), que divide “a la sustancia viva en partes mortales y en partes inmortales” (Freud, 1995d, p.45). La parte mortal corresponde al cuerpo, y la inmortal a las células germinales que son inmortales en potencia porque son capaces de estar cercadas por un nuevo soma. Freud contempla la posibilidad de una analogía con esta teoría, pues diferencia no dos partes, sino: “dos especies de pulsiones: las que buscan conducir a todo lo que es vivo hacia la muerte, y las otras, las pulsiones sexuales, que perpetuamente están intentando y logrando una renovación de la vida” (Freud, 1995d, p.45).

Sin embargo, la concordancia de ideas con el biólogo antes mencionado termina con la teoría de este porque, al contrario de lo que piensa Freud, la muerte “no puede entenderse como una necesidad absoluta, fundada en la naturaleza de la vida” (Freud, 1995d, p.45). De modo contrario, para Freud ha habido pulsiones de muerte desde siempre sobre la faz de la Tierra.

A pesar de todo, como en las experiencias con los protozoarios que pueden ser encarados como seres inmortales, Freud considera que no se le debe dar mucha importancia a esto: la pulsión de muerte en estos seres puede no estar visibles y sólo ser percibidas en los animales superiores, cuando es posible encontrar una expresión morfológica (Freud, 1995d, p.45). El autor conjetura que en los protozoarios, los esfuerzos de la pulsión de muerte “pueden ser tan completamente ocultos por las fuerzas preservadoras de la vida que posiblemente nos sea muy difícil encontrar cualquier prueba directa de su presencia” (Freud, 1995d, p.45). Es así como el autor decide abandonar momentáneamente el experimentalismo, aun cuando no encuentre pruebas para la pulsión de muerte. Esta ausencia se puede aplicar “solamente a los fenómenos manifiestos y no se haría imposible la presunción de procesos que tienden a ella” (Freud, 1995d, p.45). Freud deduce, de modo optimista, que la biología no contradice las hipótesis de las pulsiones de muerte. Prefiere darle continuidad a la visión eminentemente dualística de la vida pulsional. Recurre a los pensadores de su época, especialmente a la filosofía de Schopenhauer, de acuerdo con la cual la muerte “es propiamente el resultado” de la vida. A ello, añade: “es, en esta medida, el propósito de la vida, al tiempo que la pulsión sexual es la corporeidad de la voluntad de vivir” (Freud, 1995d, p.45).

Una vez más asocia la pulsión sexual a la función de la célula germinal y esta a la prolongación de la vida, pero se trata de una prolongación de la vida colectiva porque: “una célula ayuda a conservar la vida de otra, y la comunidad de células puede sobrevivir aunque las células individuales tengan que morir” (Freud, 1995d, p.45). Por lo tanto, la pulsión de muerte valdría para el individuo, pero la pulsión de vida llevaría a la perpetuación de la comunidad –tal como afirma Freud al respecto de las células-, a la sociedad o la cultura, en otros términos. Es entonces que el autor pasa a aplicar la teoría de la libido, a la que se arribó en el psicoanálisis:

*Imaginaríamos entonces que las pulsiones de vida o sexuales, activas en cada célula, son las que toman por objeto a las otras células, neutralizando en parte sus pulsiones de muerte (vale decir, los procesos provocados por estas últimas) y manteniéndolas de ese modo en vida; al mismo tiempo, otras células procuran lo*

*mismo a las primeras, y otras, todavía, se sacrifican a sí mismas en el ejercicio de esta función libidinosa (Freud, 1995d, p.49).*

De esta manera, las células germinales tendrían un comportamiento “narcisista” – nos dice Freud – en el sentido del comportamiento neurótico que retiene la libido en el Yo, y no utiliza nada de ella en las investiduras de objeto, exigiendo su libido, vale decir, la actividad de las pulsiones de vida para sí mismos. El autor concluye que, de ese modo, “la libido de nuestras pulsiones sexuales coincidiría con el Eros de los poetas y de los filósofos, que mantiene unidas a todas las cosas vivas” (Freud, 1995d, p.49).

Freud pasa a una retrospectiva del camino del psicoanálisis y se dedica a criticar el uso indiscriminado de las hipótesis sobre las pulsiones básicas. Deja claro que es importante hacer tal suposición para permitir que la teoría psicoanalítica pueda avanzar, pero que cuando se llegue a cierto punto, es probable que sea necesario dejar la teoría que nos servía hasta ese momento para dedicarnos a otra más apropiada (Freud, 1995d, p.49-50). Las pulsiones sexuales se dirigen a un objeto y se oponen a las pulsiones del Yo, entre estas a las de autoconservación del individuo. De un lado está el amor y del otro, el hambre. Luego está el concepto de sexualidad y, simultáneamente, el concepto de pulsión sexual que necesitó ser ampliado y toma al propio individuo como objeto (Freud, 1995d, p.50). Freud manifiesta que la libido narcisista era la manifestación de la fuerza de la pulsión sexual y que, necesariamente, tendría que ser identificada con las pulsiones de autoconservación; de modo que la oposición original entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales se mostró inapropiada. Añade que se vio que una parte de las pulsiones del Yo era libidinal, pero que otra parte no lo era, y que las pulsiones sexuales, probablemente unas al lado de otras, operaban en el Yo. En otras palabras: no toda pulsión era sexual, pero una parte de las pulsiones del Yo sí lo era, lo que equivale a decir que parte de las pulsiones sexuales actuaba en el Yo (Freud, 1995d, p.51).

Aunque Freud deshaga la oposición entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales, mantiene la idea de que las psiconeurosis se apoyan en un conflicto entre las pulsiones, siendo que “la diferencia entre ambas variedades de pulsiones (...) no será cualitativa, ahora debía definirse de otro modo, a saber, tópico” (Freud, 1995d, p.51). En este momento –continúa– se hace necesario reconocer la pulsión sexual como Eros, el

conservador de todas las cosas, y derivar la libido narcisista del Yo de las existencias (stock) de libido por medio de las cuales las células del soma están en condiciones de acceder unas a las otras. De ese modo, hasta las pulsiones del Yo de autoconservación serían libidinales, de lo cual se puede entender que posiblemente no haya ningún otro tipo de pulsiones a no ser las referidas libidinales (Freud, 1995d, p.52). No era esa la intención de Freud, pero llegó a la conclusión de que o el psicoanálisis acepta que la única pulsión es sexual, o de lo contrario, que la libido significa la fuerza pulsional en general. Freud comprende que intentó equiparar las pulsiones del Yo a las pulsiones de muerte, y las pulsiones sexuales a las pulsiones de vida, pero que después arribó a la conclusión de que las pulsiones de auto conservación también son de vida, y también sexuales. Sin embargo, esas concepciones permanecieron “dualistas”, porque declara que la oposición ya no se da entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales, sino entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte (Freud, 1995d, p.52).

Freud sospecha que otras pulsiones, que no son las de autoconservación, funcionan en el Yo, pero que “permanece la dificultad de que el psicoanálisis hasta ahora no nos permitió indicar cualquier pulsión del Yo que no sea libidinal” (Freud, 1995d, p.52). Freud solamente conoce un tipo de pulsión, la sexual, pero considera que eso no constituye una razón suficiente para que concordemos con la conclusión de que realmente no existe ninguna otra (Freud, 1995d, p.52-53). Si no hay ninguna indicación de la existencia de ningún otro tipo de pulsión, pero tampoco nada que pueda comprobar que este otro tipo de pulsión no exista, entonces Freud arriba a la conclusión de que, dada la oscuridad que hoy inunda la doctrina de las pulsiones, no sería prudente rechazar cuestiones que prometan dar luz a ese mundo umbrío que actualmente reina en la teoría de las pulsiones. La idea que utilizará tendrá, de acuerdo con su visión, la ventaja de mantener su prehipótesis dualística (Freud, 1995d, p.51-52). El autor sólo se valió de esta hipótesis a partir de la gran oposición entre pulsiones de vida y de muerte.

El primer ejemplo de semejante polaridad lo encuentra en el propio amor de objeto: existente entre el amor (o afición, afecto) y el rencor (o agresividad). El autor expresa, enfáticamente, el deseo de derivar una de la otra, relacionado con esas dos polaridades (Freud, 1995d, p.52-53). Para ello, desarrolla el siguiente razonamiento hipotético:

identificada la presencia de un componente sádico en la pulsión sexual, este puede volverse independiente y, bajo la forma de una perversión, llegar a dominar a toda la actividad sexual de un individuo. La pulsión sádica también sería un “componente predominante en una de las organizaciones pregenitales” (Freud, 1995d, p.53). Sin embargo, se pregunta ¿cómo podría “la pulsión sádica, cuyo fin es perjudicar al objeto, derivar de Eros, el conservador de la vida?” (Freud, 1995d, p.52). Si el sadismo fuera pregenital, entonces “¿no cabe suponer que ese sadismo es en verdad una pulsión de muerte apartada del Yo por el esfuerzo y la influencia de la libido narcisista, de modo que sale a la luz sólo el objeto?” (Freud, 1995d, p.52).

Freud explica la hipótesis según la cual en la fase pregenital oral “el apoderamiento amoroso coincide todavía con la aniquilación del objeto” (Freud, 1995d, p.52), pero que en el paso hacia la etapa genital la pulsión sádica asume, para los fines de la reproducción, el objetivo de dominar al objeto sexual hasta el punto necesario de la efectivización del acto sexual (Freud, 1995d, p.52-53). El sadismo muestra el camino sexual hacia el Eros. Cuando el sadismo original, en la etapa oral, no se mezcla a la pulsión sexual, el resultado sería la ambivalencia entre el amor y el odio en la vida erótica (Freud, 1995d, p.53). Freud reconoce que esa manera de ver las cosas creaba una conmoción mística: “cae sobre nosotros la sospecha de que habríamos buscado a toda costa un expediente para salir de un estado de gran perplejidad” (Freud, 1995d, p.53). El masoquismo, continúa, es un retorno del sadismo sobre el propio Yo del sujeto; un retorno que en verdad se trata de una regresión a una etapa anterior de la historia de la pulsión. Ello exige la hipótesis de que puede haber un masoquismo primario. Después de estas, digamos, especulaciones, Freud vuelve a la metabiología. Observa que el acto sexual tiene un efecto fortificante y rejuvenecedor en los dos individuos de la relación. A partir de esto, presenta su “hipótesis” de que “los procesos vitales del individuo lo llevan, por razones internas, a una abolición de las tensiones químicas” (Freud, 1995d, p.53), y a la muerte, mientras la unión con otro individuo y más precisamente con la sustancia viva, lleva a un aumento de las tensiones químicas, provocando nuevas diferencias vitales. Luego afirma que “la tendencia dominante de la vida mental y, posiblemente, de la vida nerviosa en general consiste en el esfuerzo para reducir, mantener constante o para remover la tensión interna debida a los estímulos” (Freud, 1995d, p.54). A esta tendencia, la denomina principio de Nirvana, que

se expresa mediante el principio de placer. Freud llega a la conclusión de que esa tendencia mencionada constituye uno de los más fuertes razonamientos para creer en la existencia de la pulsión de muerte (Freud, 1995d, p.54).

En este momento razona del siguiente modo: si el acto sexual se diera contra el curso de la vida, en su tarea de dejar de vivir, convirtiéndola en más difícil por el hecho de ser rejuvenecedor, la copulación “no habría sido mantenida y elaborada, sino por el contrario, sino evitada” (Freud, 1995d, p.55). De no ser así, habría una pulsión de vida que ya estaría funcionando en los organismos más simples, siendo anterior a las pulsiones de muerte y a las pulsiones de vida. Si no quisiéramos abandonar la hipótesis de las pulsiones de muerte -concluye Freud- es necesario que optemos por la hipótesis de la asociación entre las dos pulsiones (Freud, 1995d, p.54-55). Prosigue en su objetivo de encontrar los argumentos que confesadamente puedan ayudarlo en este caso y para entender el origen de una pulsión proveniente de una necesidad, no explicada ni comprendida, de restaurar un estado anterior de cosas. El sustentar esta hipótesis lo lleva a usar el ejemplo mítico que desarrolla el filósofo Platón, en su obra *El Banquete*, más precisamente en el discurso realizado por Aristófanes (Freud, 1995d, p.56). En base a ese texto, sugiere que el mito en cuestión irá a abordar no sólo el origen de la pulsión, sino también la más importante variación en lo que se refiere al objeto:

*'Antaño, en efecto, nuestra naturaleza no era idéntica a la que vemos hoy, sino de otra suerte. Sepan, en primer lugar, que la humanidad comprendía tres géneros, y no dos, macho y hembra, como hoy; no, existía además un tercero, que tenía a los otros dos reunidos (...) el andrógino'. Ahora bien, en estos seres humanos todo era doble: tenían, pues, cuatro manos y cuatro pies, dos rostros, genitales dobles, etc. Entonces Zeus se determinó a dividir a todos los seres humanos en dos partes 'como se corta a los membrillos para hacer conserva'. (...) El seccionamiento había desdoblado el ser natural. Entonces cada mitad, suspirando por su otra mitad, se le unía: se abrazaban con las manos, se enlazaban entre sí anhelando fusionarse en un solo ser (Freud, 1995d, p.56).*

Acerca del origen del mito platónico, reproducido parcialmente, Freud resalta que este sufre una influencia en lo que se refiere a lo esencial, ya que se encuentra en los Upanishad (Freud, 1995d, p.56). Luego añade que:

*hallamos el siguiente pasaje en los Bribadâranyaka-upanishad: donde se describe el surgimiento del universo a partir del Atman (el Sí-mismo o Yo): ‘Pero él [el Atman (el Sí-mismo o Yo)] no tenía ninguna alegría. Efectivamente, uno no tiene alegría alguna cuando está solo. Por eso anhelaba un segundo. Y era él tan grande como una mujer y un hombre enlazados. Y dividió en dos partes este Sí-mismo suyo: de ahí nacieron marido y mujer. Por eso este cuerpo es en el Sí-mismo, por así decir, una mitad separada, como lo dijo Yajñavalkya. Por eso este espacio vacío, aquí, es llenado por la mujer’ (Freud, 1995d, p.56).*

La reflexión freudiana se apoya en que la unión sexual sería deseada por significar el anhelo del retorno a una unión que existía anteriormente entre las dos mitades. De ese modo, la sustancia viva habría sido dividida en partes, y después de esa escisión, se esforzarían por llegar a reunirse mediante las pulsiones sexuales. Esas partes habrían creado un núcleo cortical para protegerse de los estímulos externos y se habrían convertido en multicelulares, transfiriendo la pulsión de reunión hacia las células germinales (Freud, 1995d, p.56).

Freud recuerda que su afirmación sobre el carácter regresivo de las pulsiones se apoya en el material observado de la compulsión a la repetición. Admite que, posiblemente, haya sobreestimado la significación, pero añade que no se puede seguir una idea de este tipo a no ser combinando el material observado con lo que es puramente especulativo y así, ampliamente divergente de la observación empírica. El autor prosigue y afirma que mientras más frecuente esto se realice en el decurso de la construcción de una teoría, menos fidedigno deberá ser el resultado final, tal como hoy lo sabemos (Freud, 1995d, p.56-57).

Freud menciona que la expresión Nirvana es de Bárbara Low, quien la utilizó para nombrar al principio de inclinación a la extinción de la tensión. Consta en el libro que ella publicó, titulado “Psycho-Analysis: a brief account of the freudian theory” y fue en el

mismo año en que apareció el texto “Más allá del Principio de Placer” [1920], de Freud quien dice que, “podemos haber tenido un golpe de suerte o nos podemos haber extraviado vergonzosamente” (Freud, 1995d, p.54). Freud considera que gran parte de ese trabajo no es fruto de la intuición, debido a que esta “parece ser el producto de un tipo de imparcialidad intelectual” –, sino que antes se debe a los prejuicios internos, que están profundamente arraigados y sobre los cuales nuestra especulación inadvertidamente les da ventaja” (Freud, 1995d, p.54).

Freud explica también que el lenguaje figurativo, peculiar a la psicología profunda y al psicoanálisis, por un lado lleva la descripción de los procesos desubicadores y oscuros, pero, por otro lado, sería justamente ese lenguaje el que habría permitido estar al tanto de los procesos. Estas deficiencias se podrían desvanecer si fuera posible sustituir los términos psicológicos por expresiones fisiológicas o químicas, porque estas, aunque sean solamente una parte del lenguaje figurativo, son algo con lo que estamos familiarizados desde hace mucho tiempo, y también es posible que sea un lenguaje más simple (Freud, 1995d, p.58-59).

El autor añade que la incertidumbre de nuestra especulación fue aumentada por los préstamos que hicimos de la biología. De la misma manera, podemos esperar –dice Freud– que la biología “dentro de pocas decenas de años, nos suministre las informaciones más sorprendentes sobre las cuestiones que formulamos” (Freud, 1995d, p.58), que podrán ser de un tipo que eche por tierra toda nuestra artificial manera de presentar las hipótesis. Sea como sea, agrega, algunas de las analogías, correlaciones y vinculaciones que contiene la línea de pensamiento merecen ser tenidas en cuenta.

Al terminar el capítulo, en nota de pie, aclara que con la hipótesis de la libido narcisista y también con la extensión del concepto de libido hacia las células individuales, transformamos la pulsión sexual en Eros, que busca reunir y mantener juntas a las partes de la sustancia viva. Las pulsiones estrictamente sexuales serían, a su vez, “la parte de Eros devotada hacia los bienes” (Freud, 1995d, p.59). Las especulaciones freudianas sugieren que Eros opera desde el comienzo de la vida como una pulsión de vida, en oposición a la pulsión de muerte, creada por el hecho de que la materia inorgánica ha tomado vida. Eros forzaría la unión de lo que había sido separado, pero la pulsión de

muerte presionaría hacia lo inorgánico, hacia lo que por fuerza de Eros se había convertido en orgánico. “La especulación busca entonces resolver el enigma de la vida mediante la hipótesis de estas dos pulsiones que luchan entre sí desde los orígenes” (Freud, 1995d, p.59).

En un texto que fue agregado en el año 1921, Freud dice que las pulsiones del Yo correspondían, inicialmente, a cualquier pulsión excepto a las sexuales, que se devotan a un objeto exterior. En un momento posterior, el autor entendió que una parte de las pulsiones del Yo también sería de carácter libidinal, tomando al Yo como objeto. De esa manera, la oposición entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales se transformó en una oposición entre las pulsiones (narcisistas) del Yo y las pulsiones de objeto, ambas de carácter sexual. En lugar de la inicial oposición, apareció una nueva oposición. ¿De dónde surgió, cómo y por qué? Dice Freud: “entre las pulsiones libidinales (del Yo y de objeto) y otras pulsiones”. ¿Cuáles? “Hay que suponer” –¿Qué hay que suponer?– “que estén presentes en el Yo”, y que posiblemente la oposición pueda ser observada en las pulsiones destructivas. Esta oposición entre las pulsiones libidinales y las pulsiones destructivas, transformaron nuestras especulaciones -admite Freud- en una oposición entre las pulsiones de vida (Eros) y las pulsiones de muerte (Freud, 1995d).

#### 4.5.4. El principio del placer e las pulsiones

Iniciamos este apartado con una condicional: “Si realmente es un carácter tan general de las pulsiones el de querer restablecer un estado anterior, no podemos asombrarnos de que en la vida anímica tantos procesos se consumen con independencia del principio de placer” (Freud, 1995d, p.60). De ser así, muchos son los procesos que se realizan en la vida mental sin depender del principio de placer. La repetición desagrada, pero es más fuerte que nuestra inclinación al placer: es una característica intrínseca de las pulsiones, originadas en la tentativa que hace lo inorgánico para volver para sí la parte que se hizo orgánica. Sin embargo, los procesos pulsionales de la repetición no se oponen, necesariamente, al dominio del principio de placer (Freud, 1995d, p.60).

Freud manifiesta que una de las más antiguas e importantes funciones del aparato mental consiste en someter a las pulsiones sexuales, vale decir, “sustituir el proceso primario” que prepondera en las pulsiones sexuales “por el proceso secundario”, convirtiendo lo que era energía de investidura libre y móvil en energía aquiescente o tónica (Freud, 1995d, p.60). Esta transformación enunciada, aunque no se dé de modo placentero, estaría a favor del principio de placer por tratarse de una manera de evitar un displacer. El principio de placer es una tendencia que opera al servicio de una función y esta tendría como “misión” liberar completamente al aparato mental de las excitaciones, conservar la cantidad de excitación de modo constante, o bien mantener dicha excitación lo más baja posible. Esta función se daría para el “esfuerzo más fundamental de toda sustancia viva: volver al mundo inorgánico” (Freud, 1995d, p.60). Se trata de un retorno al reposo original.

En la extinción de la tensión producto del acto sexual, Freud busca un argumento a favor de su hipótesis y le atribuye a dicha extinción el carácter de ser la finalidad del acto sexual: el impulso pulsional es la propia “función preliminar destinada a acomodar la excitación para luego tramitarla definitivamente en el placer de descarga” (Freud, 1995d, p.60). Añade que el placer de la descarga sería el producto de la eliminación de la tensión y la excitación se daría para provocar su eliminación. El autor subraya que los procesos libres o primarios, que remontan al comienzo de la vida mental, originan sentimientos mucho más intensos que los generados por el proceso primario o secundario. El hecho de que exista el principio de placer en el proceso primario habría motivado a que el organismo postergara el placer, estableciendo el proceso secundario. El dominio del principio de placer se hace más seguro, teniendo que someterse a lo que le quitó intensidad (Freud, 1995d, p.60-61). En este punto, Freud reanuda la cuestión del carácter de descarga de la pulsión sexual y afirma que las pulsiones de vida aparecen como destructoras de la paz, del principio de Nirvana y del principio de constancia, y en fin, de la pulsión de muerte. Las pulsiones sexuales irrumpen y producen una tensión, cuyo alivio se siente en forma de placer (Freud, 1995d, p.54).

En estas concepciones enunciadas encontramos una incoherencia. El principio de placer estaría vinculado a Eros, mientras la compulsión lo estaría a la repetición vinculada

a la pulsión de muerte. Esta sería la que provoca el placer de la no tensión. Eros en la forma de pulsión sexual provocaría tensión, siendo placer no la propia excitación, sino solamente el alivio posterior. La pulsión de muerte es reconquistada después de que la rompa de forma tensional, de la pulsión de vida (Freud, 1995d, p.54-58). Sin embargo, ¿el displacer de la compulsión a la repetición y el de la propia pulsión de destrucción son formas de buscar la paz que da la constancia o el Nirvana? Es precisamente en este sentido que Freud afirma que el principio de placer parece servir a las pulsiones de muerte porque Eros sirve para generar una tensión que debe ser aliviada, y el placer se encuentra justamente en ese alivio y en la calma resultante de ello. El autor dice que el principio de placer se mantiene en guardia contra los peligros que vienen de afuera, pero por sobre todo, contra los aumentos de estimulación provenientes de dentro que harían más difícil la tarea de vivir. En este sentido, estaría al servicio de la pulsión de muerte por buscar un aislamiento erótico con lo de afuera, así como también estaría contra la pulsión de vida, que generaría estimulaciones libidinales de dentro, buscando descargarlas (Freud, 1995d, p.59). Sin embargo, las estimulaciones son la acción de Eros, pulsión de vida, que complicarían la tarea de vivir. La pulsión de vida, al provocar un estímulo interno, haría más difícil la tarea de vivir, facilitada por la pulsión de muerte que alivia ese estímulo, lo que a su vez provocaría una calma que tendería hacia la muerte (Freud, 1995d, p.59). Freud arriba a la conclusión de que todo esto levanta otras cuestiones:

*aquí se anudan otros problemas, innumerables, a los que todavía no es posible responder. Pero debemos ser pacientes y esperar que la investigación cuente con otros medios y tenga otras ocasiones. También hay que estar preparados para abandonar un camino que se siguió por un tiempo, si no parece llevar a nada bueno. So los creyentes que piden a la ciencia un sustituto del catecismo abandonado echarán en cara al investigador que remodele o aun rehaga sus puntos de vista (Freud, 1995d, p.62).*

#### 4.5.5. “El Yo y el Ello” y la serie placer-displacer

Poco después de terminar sus estudios denominados “Más allá del principio de placer” [1920] -en los que manifiesta que la incertidumbre de su especulación había aumentado por la necesidad de pedir conceptos prestados a la ciencia de la biología, por tratarse de una tierra de limitadas posibilidades-, Freud se dedica a lo que ha sido llamado el último de sus grandes trabajos teóricos: “El Yo y el Ello”. Es un estudio en el que ofrece una detallada descripción de lo que ya estaba desarrollando en el texto de 1920. Ensancha los horizontes y explica que las percepciones internas -tales como las sensaciones, los sentimientos y, especialmente, lo que pertenece a la serie placer-displacer- son más primordiales que las percepciones que aparecen externamente (Freud, 1996e). Luego menciona que las sensaciones de naturaleza placentera no conducen al movimiento, mientras que las displacenteras impelen hacia un cambio, hacia la descarga. Freud también expone a la contemplación la consideración de que el displacer implica una elevación de la investidura energética y el placer una reducción de dicha investidura (Freud, 1996e, p. 24).

En resumen, podemos entender que el displacer funciona como un impulso reprimido, en el sentido de que puede ejercer una fuerza impulsiva sin que el Yo lo perciba, o incluso como una compulsión a la repetición. Solamente cuando hay una resistencia a la descarga y a la compulsión este impulso se hace consciente como displacer. De manera tal que los sentimientos son conscientes o inconscientes, no siendo imperioso, ni siquiera necesitando una vinculación a las representaciones verbales para que sean transmitidos directamente al consciente (Freud, 1996e).

Freud supone posteriormente que las investiduras de objeto proceden del Ello, en donde las tendencias eróticas se sienten como necesidades. En esta etapa, el Yo que todavía es débil no sublima a estas pulsiones y solamente le queda hacer algo para sujetarlas o desviarlas mediante el proceso de represión.

#### 4.5.6. Las pulsiones: vida y muerte – El empeño en restablecer el estado de las cosas alterado por la aparición de la vida

Freud continúa realizando sus especulaciones y es exactamente en el cuarto capítulo del ensayo [1923] (en él todo converge hacia la pulsión de vida y de muerte) que el autor recapitula las dos clases de pulsiones que había presentado en “Más allá del principio de placer”. La primera clase serían las pulsiones sexuales o Eros que englobarían no sólo la pulsión sexual desinhibida propiamente dicha, sino también las pulsiones sexuales inhibidas en cuanto a su objetivo, las pulsiones sexuales sublimadas que derivan de las pulsiones inhibidas, y las pulsiones del Yo, de autoconservación (Freud, 1996e, p.41-42). En lo que se refiere a la segunda clase de pulsiones, una vez más reconoce la difícil indicación, tomando al sadismo perverso como su representante, mientras que el “componente sádico de la pulsión sexual sería el ejemplo clásico” de una fusión pulsional entre Eros y la pulsión de muerte (Freud, 1996e, p.42). Freud nos recuerda también que la hipótesis de una pulsión de muerte ya había sido presentada con base en consideraciones teóricas y que, según esta hipótesis, tendría una tarea determinada que sería llevar la vida orgánica nuevamente a un estado inanimado. Por otra parte, imaginó que Eros se dirigiría a complicar la vida por el hecho de unir las partículas de sustancia viva en unidades cada vez mayores para preservarla. Las dos pulsiones serían conservadoras en el sentido de que ambas “se estarían esforzando para restablecer un estado de cosas que ha sido perturbado por la aparición de la vida” (Freud, 1996e, p.41). Una vez que surgió la vida, Eros se esforzaría para conservarla, y la pulsión de muerte se esforzaría para restablecer el estado anterior a su apareamiento. Las dos pulsiones están presentes en toda partícula de una sustancia viva (Freud, 1996e, p.41).

Eros combina organismos unicelulares en formas pluricelulares y esta unión provocaría una neutralización de la pulsión de muerte que está presente en toda célula aislada, desviando la pulsión de muerte hacia fuera, en la forma de pulsiones destructivas mediante el aparato muscular. La pulsión de muerte se expresa como pulsión de destrucción dirigida contra el mundo externo y contra otros organismos como una forma de anular , y por lo tanto, evitar la autodestrucción (Freud, 1996e, p.41-42).

Podría haber una fusión y una separación de las dos pulsiones. Tal como lo hemos anunciado, el componente sádico de la pulsión sexual para Freud es un ejemplo de fusión; y el sadismo como perversión es tenido como un ejemplo de separación, aunque no sea llevada a extremos, cuando la pulsión de muerte se habría convertido –no de modo total- en relativamente independiente (Freud, 1995d, p.53). Cuando la pulsión de muerte, mediante la pulsión de destrucción, busca la descarga de lo que está unido y por tanto, algo que está tenso, habitualmente se pone al servicio de Eros y de la libido de objeto, utilizando la agresividad para obtener el objeto al cual pretende unirse. A su vez, la pulsión de muerte usaría al propio Eros para descargar las tensiones provocadas por la excitación. La regresión de la libido de la etapa genital hacia otra anterior se debería a una difusión, a retirar algo de Eros, así como el avance de una etapa anterior hacia la etapa genital definitiva se daría por una añadidura de pulsiones eróticas (Freud, 1996e, p.41-46).

#### 4.5.7. El amor y el odio - dos caras de la misma moneda: las pulsiones destructivas y eróticas

Correspondiendo a las dos clases de pulsiones encontramos la polaridad entre el amor y el odio. Sin embargo, Freud levanta una cuestión importantísima y complicada al mencionar que muy a menudo el amor y el odio están juntos, como también menciona el hecho de que con suma frecuencia el amor se transforma en odio y el odio en amor (Freud, 1995d, p.53-55). De esa manera es dable observar que se perdería la base para una diferenciación tan fundamental en cuanto a la que se pretende entre las pulsiones eróticas y las pulsiones de muerte. Es entonces que el autor menciona detalladamente las razones por las cuales el amor se transformaría en odio. La primera de ellas sería el hecho de que una persona le dé a otra los motivos para que esto suceda. Ello se dará entendiéndolo o no el motivo factual, o tenido como tal, ya que siempre habrá un motivo, sea este de modo consciente o inconsciente, percibido o no, debido al otro o a uno mismo. Otra razón para ello sería el caso de que los sentimientos de amor se expresarían, inicialmente, mediante la hostilidad y las tendencias agresivas. En este caso, el autor entiende que el componente de

la pulsión destructiva que está presente en la investidura de objeto llegó antes que el componente de la pulsión erótica (Freud, 1996e, p.41-45).

Nos preguntamos, ¿qué sería decir que una pulsión “se apresuró en ir adelante” de la otra? Aunque entendamos las dos clases de pulsiones como si fueran metáforas, ¿qué está explicando la metáfora al decir que un tipo de pulsión se apuró más que otra? Es importante que entendamos, por ejemplo, que a menudo los sentimientos de amor se expresan al principio de un modo hostil, como cuando algunas personas –como una defensa- agraden al objeto de amor para probarlo, poniendo a prueba de modo inconsciente el amor para ver si logra sobrevivir a la agresión y así constatar si son amados de la misma forma en que aman o piensan amar. También pueden hacerlo por miedo a decepcionarse y así rechazan el vínculo que podría estar empezando. De ese modo no correrían el riesgo de un posterior dolor que podría ser sentido como mucho más grande o de sentirse inconscientemente culpables. Es como si no merecieran ese amor, o incluso deseando punirse, castigarse de modo inconsciente (Freud, 1995d, p.52-56). O tal vez se trata de un poco de cada una de las posibilidades enunciadas y ciertamente de otras que deberán ser investigadas en el análisis. Un ejemplo: etapas ya superadas permitirán la expresión de sentimientos propiamente amorosos (o activos y no reactivos). No vemos la necesidad de especular al respecto de las cantidades de pulsiones de muerte y de vida que afluyen antes o después unas de las otras (Freud, 1995d, p.59).

En ambos casos que fueron levantados por Freud no habría exactamente una transformación de una pulsión en otra. Los casos de efectiva transformación serán hallados en la psicología de las neurosis. Sin embargo, los ejemplos sirven para ilustrar la transformación del amor en odio, pero no son presentados en su vínculo con las pulsiones destructivas y eróticas (Freud, 1995d, p.55).

#### *4.5.7.1. Las pulsiones de muerte, el clamor de la vida y Eros*

Freud dice que a menudo los impulsos pulsiones derivan de Eros. “Si no fuera por las consideraciones presentadas en Más allá del principio de placer” y “por los

componentes sádicos que se vincularon a Eros, tendríamos dificultades en apegarnos a nuestro punto de vista dualista fundamental” (Freud, 1996e, p.13). El apego de Freud a este punto de vista dualista se debe al componente sádico que se liga a Eros, que analiza en el ensayo, y a los demás argumentos de “Más allá del Principio de Placer”. “Sin embargo, en vista de que no podemos escaparnos de esta concepción de cosas, debemos concluir que las pulsiones de muerte son, por su naturaleza, mudas y que el clamor de la vida procede en la mayor parte de Eros y de la lucha contra Eros” (Freud, 1995d, p.59). En el texto freudiano entendemos que si podemos huir a esa concepción, hipotética como él mismo lo afirma en repetidas ocasiones, podremos llegar a otras conclusiones y encontrar otras variaciones.

El principio de placer sirve como brújula en la lucha contra la libido, la fuerza que introduce disturbios. Esto quiere decir que el displacer provocado por Eros, por la vida, que es indicado al Ello por el principio de placer, lleva al mencionado Ello a seguir la pulsión de muerte. Las reivindicaciones realizadas por Eros de las pulsiones sexuales elevan los niveles de tensión e impiden la muerte inmediata, de manera que el resultado final de la suma de la pulsión de muerte y las tensiones provocadas por Eros es el principio de constancia de Fechner, que consiste en una reducción continua en relación a la muerte (Freud, 1996e, p.45-47).

Freud considera que el Ello es guiado por el principio de placer. Por la percepción del displacer, este desvía las tensiones eróticas y se esfuerza para satisfacer las tendencias directamente sexuales, buscando realizar la descarga (Freud, 1996e, p.41-46). Freud piensa que la eyección de las sustancias sexuales es la separación del cuerpo y del plasma germinal, lo que podría explicar la sensación de muerte que se siente (a veces, cuanto más esfuerzo físico sea desplegado) en la satisfacción sexual: “después de que Eros haya sido eliminado mediante el proceso de satisfacción, la pulsión de muerte se encuentra libre para realizar sus objetivos” (Freud, 1996e, p.48). El Yo, al sublimar un poco de la libido para sí mismo, ayudaría al Ello en la disolución de las tensiones eróticas. Parece que Freud, en este preciso momento, denomina de sublimación a la desexualización de la libido que entonces podrá ser utilizada tanto por Eros para los nuevos “displaceres” culturales, los ideales de la cultura, etc., así como también para la pulsión de muerte.

#### 4.5.8. Sentimiento de culpa, melancolía y Superyó

Freud manifiesta que hay dos enfermedades en que el Superyó es particularmente severo y a menudo dirige su ira contra el Yo de un modo cruel: la melancolía y la neurosis obsesiva. La diferencia entre ambas sería la siguiente: para la neurosis obsesiva el sentimiento de culpa (aunque exista y de un modo cruel) no se justifica para el Yo, que busca el apoyo para destituir las exigencias del Superyó (Freud, 1996e, p.28-29). En cambio, en la melancolía el Yo consiente a las exigencias del Superyó concordando con la culpa que le es imputada. Cabría, entonces, descubrir los impulsos reprimidos que realmente se encuentra en el fondo del sentimiento de culpa (Freud, 1996e, p.28). Freud dice que, en este caso, el Superyó se expresa de manera negativa, interceptando al Ello inconsciente que el Yo desconoce. No reconoce como suyos los impulsos del Ello, y los censura de la misma manera como lo hace el Superyó, de modo que no se identifica con las críticas que le son realizadas, ya vez que no se ve como agente de los impulsos, a los que también considera “censurables”. En el caso de la melancolía, el Yo se identificó con estos impulsos y, por lo tanto, los considera censurables y se reconoce como culpable (Freud, 1996e, p.28-29).

El sentimiento de culpa también permanece inconsciente en la histeria: “El Yo histérico se defiende de la percepción penosa con que lo amenaza la crítica de su superyó de la misma manera como se defendería de una investidura de objeto insoportable” (Freud, 1996e, p.52). Así como reconoce que hay de su parte una investidura y un interés en el objeto, también niega que haya interés y investidura que sean blanco de críticas superyoicas. Es de esa manera que generan en sí la ambivalencia y la contradicción. En estos casos, de “estados histéricos” o de histeria, “el Yo” es el responsable por el hecho de que “el sentimiento de culpa permanezca inconsciente” (Freud, 1996e, p.52).

Freud sostiene que el aumento del sentimiento de culpa inconsciente puede transformar a una persona en un criminal porque al tener un sentimiento inconsciente de culpa muy poderoso, algunas personas se alivian solamente cuando cometen un delito y de

ese modo pueden vincular “el sentimiento inconsciente de culpa con algo real y actual” (Freud, 1996e, p.53).

Nos llama particularmente la atención el hecho de que hasta ese momento de su análisis, Freud nunca haya hablado de pulsión de muerte o de Eros. Eso será añadido desde ahora, cuando Freud continúe su reflexión y manifieste que el Superyó –que es “parte del Yo”– se origina “a partir de las cosas que oyó” – privilegiando la audición y el habla, así como también las “representaciones verbales” sin siquiera citar los demás sentidos, o la comunicación no verbal, la extra verbal, como las expresiones faciales, miradas, gestos, toques, cariño, apoyo, sustentación o simplemente la falta de ellos (Freud, 1996e, p.52-54). En resumen, todas las formas no verbales en que se expresan el amor o el enojo, o cualquier afecto. Por su parte, la energía de la investidura Superyoica provendría de las fuentes del Ello. Dicho de otro modo, el Superyó estaría constituido por afectos reprimidos o –tal como quiere Freud – de representaciones verbales reprimidas, pero la energía no vendría de la represión, sino del Ello inconsciente, desviada para la moral (Freud, 1996e, p.53-54).

En el caso de la melancolía, el Superyó excesivamente fuerte “dirige la cólera” contra el Yo (Freud, 1996e, p.52), y el autor agrega: “como si se hubiera apoderado de todo el sadismo disponible en la persona” (Freud, 1996e, p.54). ¿Todo el sadismo disponible? ¿Hay un sadismo ‘disponible’ en las personas? “El componente destructivo se ha depositado en el Superyó y se ha vuelto hacia Yo” (Freud, 1996e, p.54), considera Freud, afirmando entonces su frase emblemática que, en la melancolía, “una cultivo pura da pulsión de muerte” influye al Superyó, buscando “impulsar el Yo a la muerte”, sin que esa agresividad afecte al propio Yo, a pesar de las críticas que realiza el Superyó que lo culpa por los ‘errores’ en relación al objeto (Freud, 1996e, p.54). En este caso, “fue liberada la pulsión de destrucción” contra el objeto (Freud, 1996e, p.54). El Yo se dedica a luchar contra los objetivos de destrucción del objeto, que “permanecen en el Ello”, pero el Superyó castiga al Yo como si los objetivos de destrucción provinieran del Yo y no de los impulsos destructivos del Ello. A pesar de eso, ¿no son precisamente las censuras morales las que generan los impulsos destructivos? O, para decirlo en términos freudianos, ¿no son las censuras morales las que se valen de los impulsos destructivos para criticar al Yo?

Entonces, ¿el Superyó critica al Yo también por los impulsos destructivos que él mismo llevó al Yo, cuando este los utiliza desviados contra el objeto? Parece que Freud está diciendo precisamente esto. El autor ve en la transformación de los impulsos destructivos “una sustitución real del amor por el odio” (Freud, 1996e, p.54). ¿No sería suficiente con entender por qué el amor da lugar al odio? Freud dice que aunque continúe impotente, el Yo intenta defenderse contra el Ello, como también contra las “censuras de la conciencia punitiva” del Superyó manteniendo “bajo control a las acciones más brutales de ambos lados” (Freud, 1996e, p.54), al precio de un “auto-suplicio interminable” y una “tortura sistemática del objeto” (Freud, 1996e, p.54). Sin embargo, ¿por qué del amor pasa al odio? Porque el Yo, al mismo tiempo en que acepta criticarse, no considerándose perfecto como debería ante las censuras, críticas y exigencias superyoicas, critica y odia al objeto de su amor, porque este tampoco es perfecto como él mismo cree, bajo la influencia del Superyó, como debería ser. Echarle la culpa al otro es una salida para disminuir la propia (Freud, 1996e, p.54). El juicio severo contra sí y contra el objeto provienen de la misma instancia, siguen los mismos criterios impuestos por el Superyó. En lo que este es severo para juzgar al Yo también lo será en el juicio del objeto debido a la acción del mismo. Porque el Yo, al ser criticado por el Superyó, se siente rebajado, incapaz, desmerecedor de recibir la investidura de objeto. Si eso se da, entonces el objeto es visto como hipócrita, engañador, porque bajo las críticas del Superyó la instancia del Yo no podría ser amada por nadie. De ese modo, en nombre del Superyó, el Yo se dedica a agredir al objeto que se atrevió a amarlo. En fin, no precisamos usar la idea de pulsión de muerte –como tampoco lo hizo Freud al principio de su análisis- para llegar a entender las reacciones afectivas y la alternancia y ambivalencia que hay entre el amor y el odio (Freud, 1996e, p.54).

#### 4.5.9. Tres destinos de la pulsión de muerte

Freud retoma el asunto y manifiesta que “las peligrosas pulsiones de muerte” tienen tres destinos: en parte se “convierten en inocuas” en el individuo debido a la fusión con las pulsiones eróticas; en parte son “desviadas para el mundo externo bajo la forma de

agresividad (Freud, 1996e, p.54); y en parte, permanecen dentro del individuo, auto-destruyéndolo. Cuanto más controla la agresividad una persona hacia el exterior, más severo y agresivo se hace el Superyó, subraya el maestro vienés. Podemos añadir que lo contrario no es totalmente válido: una falta total de control y de equilibrio no hace que el Superyó sea menos riguroso (Freud, 1996e, p.54-55). Freud enfatiza que el hecho de que la opinión común imagine que si el patrón de exigencia moral del Superyó fuera alto, la agresividad sería reprimida, cuando en verdad, se da exactamente lo contrario. La agresividad que no se expresa termina por desplazarse contra el propio Yo, explica Freud. Toda moralidad, añade, “tiene el carácter de dura restricción, de prohibición cruel” (Freud, 1996e, p.55). Freud considera que es precisamente de esta relación de la moral con la prohibición que aparece la idea de “un ser superior que distribuye castigos inexorablemente” (Freud, 1996e, p.55). Desde el punto de vista del “control pulsional” efectuado por la moralidad, el Ello es totalmente amoral, el Yo se esfuerza por ser moral y el Superyó es supermoral, pudiendo llegar a convertirse en cruel tanto como el Ello puede serlo (Freud, 1996e, p.55).

Freud considera que, si el Superyó surge de “una identificación con el arquetipo paterno” (Freud, 1996e, p.55), y si “toda identificación de esta índole tiene el carácter de una desexualización o, aun, de una sublimación” (Freud, 1996e, p.55), entonces esta sublimación -por ser una desexualización e implicar una difusión por la retirada del “componente erótico” y que no une más la agresividad a sí- libera el componente destructivo en el Superyó que está formado por la identificación bajo la forma de “una inclinación de agresión y destrucción” (Freud, 1996e, p.55). El Superyó es severo, cruel y “dictatorial” porque la sublimación exigida para su formación le retiraría la pulsión erótica, quedándole solamente la destructiva. Una vez más podemos preguntarnos si no existe contradicción cuando consideramos que la sublimación y la moral -que Freud tiene como elevadas- convierten el Superyó en severo, agresivo, cruel y dictatorial, sin el componente de Eros o de unión (Freud, 1996e, p.55). A final de cuentas, ¿no era justamente la sublimación lo que impediría la supuesta violencia del Ello asesino? O si no, ¿en pro de la paz para con los demás, los Superyoes se hacen crueles con sus respectivos Yoes? Sin embargo, nos preguntamos, ¿eso no sería lo mismo que decir que en pro de Eros, para con los otros, se tiene a la pulsión destructiva para consigo mismo? O en otras

palabras, ¿la unión a los demás implicaría en la crueldad de su propio Superyó contra el Yo? ¿No fue en ese mismo ensayo que Freud consideró que incluso la unión social es un caso de sublimación?

El autor, no obstante, también aclara que el Yo “es una pobre cosa sometida a tres servidumbres y que, en consecuencia, sufre las amenazas de tres clases de peligros: de parte del mundo exterior, de la libido del Ello y de la severidad del Superyó” (Freud, 1996e, p.56). ¿Será que el Yo sólo se defiende? Me parece que no. El Yo puede hacer la mediación entre las pulsiones del Ello y las censuras y cobranzas del Superyó. ¿Sólo ‘debe servir’? Podemos contestar también negativamente. Decir que el es la esfera de creación y interpretación del espacio socialmente posible para el deseo y la evasión de las pulsiones, sin poner en riesgo la integridad de Yo. ¿Solamente es amenazado? ¿El mundo externo, la libido o las pulsiones, y el Superyó, son siempre peligros? Aquí es posible argumentar que por distintas razones son las leyes empleadas a lo sujeto y lo aflige porque son órdenes de lo desconocido y amenazan su integridad. Freud sostiene que estas relaciones provocan angustia. El Yo intenta que “el Ello se haga dócil al mundo”, y “por medio de la actividad forzarlo al mundo para que se adecue a los deseos del mencionado Ello” (Freud, 1996e, p.56). El maestro austríaco dice que el Yo sería como el analista, quien al privilegiar al mundo real, se ofrece al Ello como un objeto libidinal con la finalidad de poder unir el Ello a sí mismo y, consecuentemente, al mundo real. El Yo intenta proteger el sujeto del mundo externo y de sí mismo. El Yo desempeña así una función. Es de ese modo que el Yo “no es el auxiliador del ello; es también su siervo sumiso, que corteja el amor de su amo” (Freud, 1996e, p.56). Con el objetivo de “mantenerse en avenido con el Ello” (Freud, 1996e, p.56), el Yo “se dedica a vestir las órdenes inconscientes del Ello con sus racionalizaciones” (Freud, 1996e, p.57), se dedica a fingir que el Ello está mostrando obediencia ante las exigencias de la realidad; incluso cuando en verdad “ha permanecido rígido e inflexible” (Freud, 1996e, p.58) disfraza los conflictos del Ello con la realidad y los propios con el Superyó. A menudo “se rinde a la tentación” de hacerse “oportunista y mentiroso” (Freud, 1996e, p.58).

Freud defiende que el Yo, por “su trabajo de identificación y sublimación” se dedica a reforzar “las pulsiones de muerte del Ello”, ayudándolas a que “tengan el control

sobre la libido” (Freud, 1996e, p.58). Sin embargo, el Yo corre así el riesgo de convertirse en “objeto de las pulsiones de muerte” y de perecer, tal como ocurre en el caso de la melancolía. Al retirar la libido de los objetos y llevarla para sí, se ofrece como objeto para ello, y así el Yo acumula libido “dentro de sí” convirtiéndose en el “representante de Eros” y anhelando “vivir y ser amado” (Freud, 1996e, p.58). Preguntamos: ¿amado por quién? ¿Por el propio Ello o por los objetos? Pero, ¿no fue justamente para desviar la investidura de objeto para sí que el Yo ha sublimado? Entonces, ¿existiría la sublimación contra la investidura de objeto y al servicio de la pulsión de muerte, pero terminaría por promover a Eros y, consecuentemente, la propia investidura de objeto, sólo desexualizada? ¿O solamente promoviendo a Eros como narcisismo? Una posible articulación es señalar que las pulsiones siempre actúan juntas; el displacer también genera satisfacción cuando se trata de defenderse de un displacer todavía mayor.

Freud se dedica a explicar la relación del Yo con el Superyó, afirmando que, en un primer momento, el Yo es la sede real de la angustia. “Lo que da miedo al Yo a raíz del peligro exterior o del peligro libidinal en el ello sabemos que es su avasallamiento o aniquilación” (Freud, 1996e, p.57-58) afirma considerando que ese miedo no puede ser comprendido en términos analíticos. El Yo sólo estaría reaccionando a la alerta dada por el principio de placer en la forma de tensión y displacer. No obstante, el “pavor que el Yo le tiene al Superyó” correspondería –según Freud- al miedo de la castración porque el Superyó provendría de la introyección del padre que “antaño lo amenazara con la castración” (Freud, 1996e, p.58). Freud afirma que el miedo a la muerte puede fácilmente ser distinguido del miedo de un objeto (“angustia realística”) y de la angustia libidinal neurótica. Cree que el miedo a la muerte se debería al hecho de “abandonar en gran parte su investidura libidinal narcisista”, tal como abandona un objeto externo. En el caso de la melancolía, el miedo a la muerte proviene del hecho de que “el propio Yo se abandona porque se siente odiado y perseguido por el Superyó, en vez de sentirse amado” (Freud, 1996e, p.58). Para el Yo, vivir solamente vale la pena cuando se es amado por el Superyó, como “representante del Ello”. El Superyó ocuparía la “función protectora y salvadora que al comienzo recayó sobre el padre, y después sobre la Providencia o el Destino” (Freud, 1996e, p.59), de modo que cuando el Yo se sienta desterrado por el Superyó, se dejaría morir. El miedo a la muerte deriva del miedo a la castración. En este subtema, es el punto

central al que deseamos arribar. El propio Ello, a su vez, no tendría cómo demostrarle al Yo “el amor o el odio” porque no logró, “no ha consumado ninguna voluntad unitaria. Eros y pulsión de muerte luchan en el ello” (Freud, 1996e, p.59). Freud concluye que nos podríamos representar al Ello como si “estuviera bajo el imperio de las mudas pero poderosas pulsiones de muerte” (Freud, 1996e, p.59), cuyo objetivo “consiste en quedarse en paz, evitar el displacer, las tensiones, y por tanto, estando bajo el poder del principio de placer, anulando a ‘Eros, el perturbador de la paz’” (Freud, 1996e, p.59) y las uniones, llevando así al Ello a las investiduras de objeto. La lucha interna del Ello se daría entre el invertir en los objetos y aplacar la tensión que provoca precisamente esa investidura (Freud, 1996e, p.59). El Ello, al mismo tiempo que es dominado por las pulsiones de muerte, sería el reservatorio de la libido que lo haría buscar a los objetos. Pero esta pulsión erótica sería combatida por las pulsiones de muerte que, o bien buscan la descarga y el alivio de la tensión libidinal o bien serían ayudadas por el Yo narcisista que tomaría a la libido para sí, la que después podría ser dispuesta (estando debidamente desexualizada y deserotizada) para otros fines sublimatorios y culturales, inclusive generando el agresividad del Superyó (Freud, 1996e, p.58-59).

## ***V. CONSIDERACIONES Y PERSPECTIVAS***

### **5.1. EL TEATRO PRIVADO DEL PSIQUISMO: EL HILO DE ARIADNA DEL APARATO PSÍQUICO**

El segundo capítulo lo hemos dedicado a la noción fundamental que orienta la lógica del aparato psíquico de la primera tópica freudiana: el concepto de represión. En esta etapa inicial de la metapsicología freudiana, actúa como hilo conductor para la comprensión del camino de Dédalo de la mente humana. Asimismo, hemos discutido sobre el estatuto metapsicológico de la represión, particularmente el renombrado texto fechado en 1915 “La represión”. Partimos elucidando el fundamento del aparato psíquico afirmando que en este mismo texto Freud propuso un estatuto distinto a la represión, al que le atribuyó la utilidad de un agente que instaura el origen de una división en el inconsciente. Abordamos los destinos de la pulsión y su vínculo con la represión. Valiéndonos de una mayor amplitud argumentativa, señalamos que al formar parte integrante del inconsciente, la represión realiza los deberes y ejerce excitaciones internas – originalmente pulsionales – cuya extensión de tiempo inclinaría la balanza hacia un excesivo placer (Freud, 1975b, p.135-152). La resistencia del inconsciente no es el efecto del reflejo de la consecuencia lógica sólo de lo reprimido, sino también del YO, que no puede romper la energía más allá del combate a la represión. Freud destacó siempre el carácter inagotable de los contenidos inconscientes, y mencionó los deseos reprimidos siempre activos -por así decirlo, inmortales- en nuestro consciente. Lo anterior denota un cambio significativo de la primera tópica hacia la segunda, en la cual lo reprimido coincide con el inconsciente, y el Yo se adapta al pre consciente. En la segunda tópica el Yo también es inconsciente. Todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo lo inconsciente es reprimido (Freud, 1975b, p.135-152).

En el tercer capítulo, que versa sobre lo Siniestro, hablamos de la habilidad incomparable que tiene lo obscuro para desordenar, descomponer, perturbar la tranquilidad de la morada psíquica en su intento por urdir ciertos vínculos entre lo siniestro y la pulsión de muerte (Freud, 1995c, p.215-252). Señalamos que ambos

tienen como eje principal la compulsión a la repetición y que no se restringen a lo que queremos olvidar, o reprimir de nuestro pasado, a no ser aquello que nos ignora y al mismo tiempo nos constituye. Ambos poseen, además, una naturaleza extranjera que nos habita. Advertimos incluso que en el texto sobre lo Siniestro ya se anunciaba la complejidad del sujeto que tiende a repetir situaciones dolorosas o penosas de su existencia, que el psicoanálisis denomina compulsión a la repetición. Antes del texto “Más allá del principio de placer”, Freud mantenía que el sujeto “repite porque reprime”. No obstante, en el cambio a la segunda teoría del aparato psíquico dicho presupuesto se invierte: “reprime porque repite”, modificando radicalmente el abordaje terapéutico psicoanalítico. Evidenciamos también que Freud utilizará caminos explicativos que arrojan una nueva luz sobre lo siniestro (Freud, 1995d, p.1-62). En principio, el autor traza un recorrido exhaustivo sobre la concepción etimológica de la palabra siniestro en diferentes lenguas, agrupando las diversas impresiones de los sentimientos de lo siniestro en percepciones sensoriales, vivenciales y situaciones, en personas o cosas, con el objetivo de diluir el carácter detestable a partir de algo común a todos los casos: el sentimiento de extrañeza que provoca lo siniestro. Freud propone, asimismo, diferenciar entre lo Siniestro vivido de lo Siniestro que se remite a la ficción literaria (Freud, 1995c, p.215-252).

Posteriormente hicimos un breve recorrido histórico sobre la importancia del acto de mirar desde una perspectiva amplia. Para ello subrayamos su relevancia en la teoría psicoanalítica, vinculándolo a la pérdida de los ojos y la castración. En este trayecto incorporamos el cuento “El Hombre de la Arena”, del músico y escritor fantástico-inquietante E.T.A. Hoffman, que retrata y narra lo siniestro al reconducirlo hacia una antigua angustia infantil: la castración. Aquí nos detuvimos. Citando a E.T.A. Hoffmann: “Lo ominoso de la ficción – de la fantasía, de la creación literaria – merece de hecho ser considerado aparte. Ante todo, es mucho más rico que lo ominoso del vivenciar” (Freud, 1995c, p.250)”. Destacamos que lo siniestro se articula entre el deseo de desconocer lo conocido que le es propio o se sumerge en el acto de hacerse señor del saber, de la verdad, del gozo y la muerte para ya no conocer (Freud, 1995c, p.215-252). Este fue el fin de Edipo, del mencionado hombre de la arena y de tantos otros mitos de la literatura universal.

A la manera de Eugenio Trías, dijimos que la sensación de lo siniestro es espínosa, y que está llamada a la existencia cuando algo sentido y presentido, temido y secretamente deseado por el sujeto súbitamente se hace realidad, produciendo así en el sentimiento de lo siniestro la realización de un deseo oculto, íntimo y prohibido o de un deseo retardado en la fantasía inconsciente que comparece en lo real. Esta es la piedra de toque, la verificación de una fantasía que alborota e infunde miedo formulado como deseo (Trías, 1982). El entresijo deseo-temor estimula lo siniestro potencial, que al ponerse en práctica se convierte en siniestro efectivo, conduciendo finalmente al sujeto a la fuente de sus temores y deseos.

Aún en relación a los hilos tejedores de las articulaciones, consignamos la cercanía entre lo siniestro y la castración, pues ambos nos remiten al horror, a lo infinito, a la muerte (Freud, 1995c, p.215-252). El caso cambia de figura cuando se piensa en lo representable, que trae en sí su límite, y no conduce al sujeto a dejarse inflamar, a obedecer al llamado de los efectos de lo trágico narrados en las fantasías. Estos ropajes perimetrales son los que distorsionan lo que está en el subsuelo del inconsciente. Lo siniestro es un eterno *será*, un *no-ser*, un *falta-para-ser*, que se define más por la negación formal de su presencia que por el placer de su ausencia. No dejamos de mencionar que lo siniestro freudiano instauro y establece los fundamentos de una mirada renovada sobre los pilares de la subjetividad, una naturaleza que abraza en sí una paradoja subjetiva que el sujeto a oscuras ignora pero que reside en su intimidad, lo que constituye la extraña idiosincrasia de lo íntimo. En efecto, no es por obra del azar que el individuo psíquico vive casi siempre sintiendo una gran escasez de sí mismo (Freud, 1995c, p.215-252). ¿En cuántos momentos no quisiéramos adiestrarnos para el tolerantismo, ejercitar condescendencias, practicar mansedumbres, no ser nosotros mismos la medida de todas las cosas? Parece que lucháramos como Polinices y Etéocles, hermanos cuya enemistad era tal que al ser condenados a la hoguera las mismas llamas bregaban entre sí.

En la sección intitulada *El doble: espejo que retrata el espectro siniestro que anuncia la muerte*, Freud se aboca a dos fenómenos, a saber, el *Mismo* y el *doble*. El primero se refiere a una imposibilidad instantánea de reconocerse a sí mismo, para

que, acto continuo, el Yo se apodere de aquella imagen que es suya, como ocurrió con el propio Freud cuando en cierta ocasión no reconoció su imagen reflejada en un espejo en el interior de un tren, lo que le provocó reparos del “mal-entendido” o del “mal-reconocido”. En cuanto al *doble*, este presenta una constitución y funcionamiento de intersticios más complejos. El *doble* es un otro de sí mismo, incógnito y reconocido por la sensación de extrañeza que es capaz de ocasionar. Dijimos, además, de forma más detallada, que el sentimiento de lo siniestro parece sobremanera determinante en todas las condiciones sobre las que el mecanismo de duplicación imaginaria parece prevalente: tema literario del *doble* (Freud, 1995c, p.215-252).

Tras una breve presentación del *doble* en la literatura, presentamos el segundo subcapítulo denominado *Tótem: protege y castiga al mismo tiempo*. La primera vez en que Freud se refiere a lo siniestro es en *Tótem y tabú*. En dicho texto aborda el carácter siniestro como corroboración de la omnipotencia del pensamiento, como mera resignación en que el hombre confiesa su pequeñez y se resigna a la muerte. Así, estudiamos el Tótem ligado al imaginario socio-cultural como defensa contra lo inesperado y lo extraño entrañable desde nuestra condición de desamparo caracterizado por “la soledad, el silencio y la oscuridad”. “Todo lo que podemos decir es que estos son los factores efectivos a los que se anudó la angustia infantil” (Freud, 1995c, p.251). Una angustia que siempre se puede reconducir hacia lo remoto familiar y que se conserva en una delgada cubierta que revela nuestra frágil relación con la muerte. Retrato de ello es el animismo, los ensalmos y las magias de los primitivos en la omnipotencia de pensamiento de los primitivos y su nexa con la muerte. Lo siniestro es el espectro de la muerte negada (Freud, 1995c, p.251).

Continuando el estudio de la omnipotencia de los pensamientos (la sobre estima de los procesos anímicos) nos abocamos al tema del narcisismo. Según Freud, éste forma parte del desarrollo individual por el que todos atravesamos. Se trata de una fase correspondiente al animismo de los primitivos que deja su huella en el psiquismo bajo la forma de secuelas y remanentes capaces de exteriorizarse como si todo cuanto hoy nos parece ominoso cumpliera la condición de tocar estos restos de actividad. La

defensa opera de modo inconsciente. El individuo no reconoce los mecanismos de defensa que usa para desviar las pulsiones o deseos peligrosos (Freud, 1995c, p.234-237). El sujeto camina avergonzado de sus propias risas contrahechas, de incontrolable subservidumbre. Tenemos innumerables debilidades, miedos e inseguridades que han perfeccionado los embustes, las imposturas educadas, y han fortalecido nuestros desasosiegos. Sabemos que el hombre está guiado e inclinado por sí mismo a la maldad, a intentos siniestros que provienen de él mismo. Todos nosotros tenemos nuestra cuota de Aquiles, quien furioso amarró el cadáver de Héctor a su carro y lo arrastró por doce días. La represión es una inhibición voluntaria de una operación psíquica que tiende a suprimir conscientemente una idea o un afecto cuyo contenido es desagradable (Freud, 1995c, p.235).

En el cuarto y último capítulo – en que nos dedicamos a la *pulsión de muerte*– señalamos con mayor detención que la pulsión de muerte es un ramo ascendente de la pulsión propiamente dicha, término que Freud preservó para definir la carga energética encontrada en el origen de la actividad motora del organismo y del funcionamiento psíquico inconsciente del hombre. Esta fuerza, que podemos definir como pulsional, se presenta de múltiples formas, creando un molde para la pluralización del término. Siendo así, es preferible pensar siempre en pulsiones en lugar de pulsión (Freud, 1995d, p.4-7). Este trabajo se abocó a la Pulsión de Muerte, concepción freudiana según la cual existe una tendencia retroactiva que lleva al organismo al camino de regreso, a dirigir el camino hacia los orígenes, al estado primordial de la *no-vida*, vale decir, hacia un estado que conduce a la inanimación. A ello añadimos que la pulsión de muerte no se manifiesta de manera aislada. Su actividad es reconocible particularmente a través de las compulsiones de repetición, actuando como reparación con Eros, palabra que posee significaciones tan múltiples como el amor entre los sexos, el amor a sí mismo, el amor a los padres y a los niños, la amistad y el amor a los hombres en general, la devoción a objetos concretos y a ideas abstractas, y las pulsiones sexuales parciales propiamente dichas (Freud, 1995d, p.49-50). Señalamos que Freud reflexiona de forma crítica sobre la tendencia natural del organismo hacia el principio de placer, y a la construcción de las primeras evidencias de su no inclinación, en las que el placer, la descarga y disminución de la

tensión resultan en displacer. Reflexionando sobre cómo la neurosis traumática contradecía la teoría de los sueños, señalamos aquello que Freud reconoce como una misteriosa inclinación masoquista que explicaría el deseo de repetir o de recordar una experiencia de displacer.

Para ilustrar la compulsión a la repetición nos basamos en el ejemplo dado por Freud cuando este observaba a un niño que continuamente lanzaba un carretel para después traerlo de regreso en un continuo ejercicio de vaivén (Freud, 1995d, p.15). Concluimos finalmente que la compulsión a la repetición es pulsional en virtud de un atributo universal de las pulsiones. Al modo de Freud, consignamos que es más fácil someterse a una ley impiedosa de la naturaleza, a la sublime necesidad, que a un azar del que quizás podríamos haber escapado (Freud, 1995d, p.15).

Hablamos luego de la creencia de que la vida se opone a la inevitabilidad de la muerte (Freud, 1995d, p.49). La inevitabilidad de la muerte está en que no hay vida sin interacción con el mundo y con el otro y no en que morimos por una fuerza interna. Sobre este particular, discurrimos que de nada sirve la creencia de que morimos por causas internas o de que se pueda naturalizar o universalizar un deseo de morir que ata a algunos pero no a todas las personas. Tratamos del reconocimiento freudiano sobre la pulsión sexual como Eros, lo conservador de todas las cosas (Freud, 1995d, p.50). La oposición entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales se convirtió en una oposición entre las pulsiones narcisistas del Yo y las pulsiones de objeto, ambas de carácter sexual. La existencia de principio de placer en el proceso primario habría inducido al organismo a postergar dicho placer, estableciendo así el proceso secundario. En realidad, el principio de placer parece servir a las pulsiones de muerte, pues Eros sirve para generar una tensión a ser aliviada, y el placer se encuentra justamente en este alivio y en la calma que de él adviene (Freud, 1995d, p.50). Señalamos que no fue sin causa justificada que Freud reconoció un carácter *demoníaco* en esta compulsión a la repetición, objeto que, según él mismo declara, consiste en la evanescencia o disolución de los conjuntos y en el debilitamiento progresivo-rápido de las cosas (Freud, 1995d, p.57). Hacia el ocaso de su vida, empero, reconoció que la teoría pulsional había encontrado poca resonancia entre sus

colegas psicoanalistas. Freud se esforzó al extremo para mostrar en circunstancias conclusivas hasta el *finis*, hasta la obra postrera, el concepto, el punto de vista de la pulsión de muerte, que resultaba de una exigencia especulativa fundamental sugerida por la obstinación irreductible de hechos valiosos. Con ello, dicho concepto adquirió una importancia ampliativa tanto en la clínica como en la curación.

\*

*Al leer que En Vidas Imaginarias, de Marcel Schwob, Lucrecio enloquece por beber de un filtro, Freud debió imaginarlo como representante del ser humano que ha perdido la razón. Por esta acción el personaje olvida las palabras griegas del papiro y por primera vez, estando loco, conoce el amor, y durante la noche, por haber sido envenenado, conoce la muerte. En esta aproximación a la locura y lucidez pudo haber gravitado también la lectura de los Diarios de Kafka, en los que el genial autor de Praga comenta que el año pasado sólo estuvo despierto poco más de cinco minutos.*

## **5.2. EL MOVIMIENTO DEL PSIQUISMO: LA REPRESIÓN Y SUS VICISITUDES**

En el segundo capítulo señalamos que el psicoanálisis nace en terrenos que habían sido escasamente transitados, donde la neurología había sucumbido ante el enigma del síntoma histérico. El foco de atención de Freud se desprende del cuerpo orgánico y se instala en un cuerpo emocional, reflejando el sufrimiento de un mundo interno-oscuro, denominado por su compañero de estudio Dr. Breuer de *teatro privado*. Ante tamaño desafío, el tratamiento utilizado será hipnótico y posteriormente hipnótico catártico. En este decurso, la preocupación freudiana consistía en ubicar de forma insistente el factor traumático, el cual, pensaba, nacía

inicialmente de los factores externos de las experiencias de seducción sexual vividas por sus pacientes. Suponía que el origen del mecanismo de la represión de orden sexual tendría su núcleo en sucesos reales traumáticos, atribuyendo así a la teoría de la seducción el receptáculo esencial de la represión (Freud, 1996a, p.38-39). Sin embargo, en el transcurso de sus estudios descubrirá que lo esencial se debe al hecho de que los síntomas neuróticos no se encuentran vinculados directamente a hechos reales, y que para la neurosis era más importante la realidad psíquica que la material. La psicología alemana del siglo XIX, apoyada en el modelo de J. Herbart, influirá en Freud en lo concerniente al concepto de represión para construir su futuro modelo del aparato psíquico. Freud tendrá, pues, una ardua tarea: ajustar el esbozo embrionario que articula en el mismo aparato psíquico la memoria y la percepción. Esta última remite a una posición fronteriza, mientras que la memoria es la esencia misma del aparato.

Posteriormente discutimos el texto “Teoría de los sueños”. (En los sueños, recordemos, el aparato psíquico se ordena espacialmente entre sistemas correspondientes al Inconsciente, el Pre-consciente y el Consciente). Esquematizamos un recorrido minucioso sobre el concepto de represión, procediendo a la lectura del texto “La represión” [1915], estudio de mayor relevancia concerniente a sus estatutos metapsicológicos. En este punto desarrollamos las primeras consideraciones sobre la represión en esa etapa de compleja elaboración para así proporcionar una apropiada base teórica del concepto mediante su explicación, ejemplificación y fundamentación en el aparato psíquico. Abordamos el tema de los representantes de la pulsión y llegamos al importante principio del retorno de lo reprimido. Revelamos luego el carácter indestructible del inconsciente y abrimos camino para lo que trabajaremos más adelante en “Lo ominoso”, texto que anuncia la compulsión a la repetición a través del retorno de lo reprimido. Dedicamos un apartado sobre el retorno de lo reprimido, cuya finalidad es elucidar que la primera teoría psíquica sigue la lógica según la cual repetimos los síntomas neuróticos debido a la represión. Utilizamos las fantasías -principalmente las inconscientes- para justificar esta lógica de la primera teoría del aparato psíquico: nos referimos a las fantasías conscientes como breves historias personales que atenúan y recompensan al sujeto que se convirtió en sujeto

social, el cual debe ajustarse y modelarse a una realidad externa frustrante. Analizamos las fantasías originarias como un ropaje que se repite por corresponder a narrativas de complejas configuraciones de la psique que el niño encuentra en el curso de su desarrollo psicosexual. Hablamos del tema de las fantasías inconscientes, que ocupan un papel destacado en la primera teoría del aparato psíquico, y destacamos que las fantasías inconscientes son las principales representantes del retorno de lo reprimido.

Resaltamos además que fue el profundo conocimiento de la neurofisiología lo que estimuló a Freud a penetrar con mayor insistencia en los estudios de una patología que aún estaba por desvelar sus causas, explicando que la histeria se comporta en la parálisis y en otras manifestaciones como si la anatomía no existiera. Articulamos el vivo intercambio de opiniones que tuvo con el profesor Charcot y mencionamos el surgimiento de su trabajo *Algunas consideraciones con el objetivo de un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas*. Comentamos, asimismo, la publicación conjunta con Breuer de los “Estudios sobre la histeria”, libro en que aún gravita la influencia de los postulados charcotianos y de algunas concepciones de Janet. Aclaremos el famoso caso de la joven Anna O, afectada por síntomas corporales que los neurólogos de la época no lograron curar. Mencionamos que Freud encontró en la sintomatología del cuerpo un camino para desvelar la complejidad del sufrimiento psíquico, arguyendo que el psicoanálisis nace definido por el desafío de entender la persistencia del síntoma. El estado del cuerpo físico está presente con toda su carga, con un dolor que será comprendido inicialmente a través del concepto de represión que ya está presente en los primeros escritos clínicos sobre las histerias.

Vale resaltar que Freud utilizará la práctica de la hipnosis como método de tratamiento para la histeria, cuyo objetivo era producir por medio de sugerencias impuestas al paciente durante el transe hipnótico la extinción de la presión responsable por los síntomas. La utilización del tratamiento catártico se debe a su componente afectivo, pertinente a las emociones provocadas por una jerarquía temporal. El objetivo durante el tratamiento hipnótico catártico objetara promover la

aparición de la cena traumática - o sea, la interpretación elaborada por el sujeto – desencadenada por el efecto. La intención era evocar la catarsis. En este punto, el recuerdo trataba de llenar las lagunas de la memoria, induciendo al paciente a encontrar el hecho traumático con la consecuente liberación de la carga afectiva patogénica. Freud no demoró en constatar los obstáculos que implicaba la técnica de sugestión hipnótica catártica, pues ésta no permitía avanzar en sus tratamientos (Freud, 1994). Hemos afirmado de manera contundente que el paulatino abandono de la práctica hipnótica provocó la independencia de Freud respecto a sus contemporáneos, y que el avance del psicoanálisis se debe a una de las principales divergencias entre la teoría hipnoide de Breuer y el concepto freudiano de defensa. La práctica de Freud se orienta desde un comienzo a generar medios sobre los cuales el paciente pueda recordar un hecho infantil que haya sido, por ventura, traumático. No obstante, enfrenta resistencia: los pacientes son estimulados a recordar y sus esfuerzos son inútiles (Freud, 1994, p.36). La defensa surge entonces como una barrera del Yo del paciente hacia la idea amenazadora. El agente de defensa es el Yo y los mecanismos involucrados en la acción defensiva son los mecanismos del Yo o están ligados a él. Freud enfrenta un terreno oscuro, en el cual debe comprender la lógica del sufrimiento del histérico. Descubre así que dichos pacientes sufren de reminiscencias, lo que lo lleva a investigar caminos cuya luminosidad absoluta es imposible.

A veces el ser humano se siente triste pensando que morirá sin haber aprendido nunca el arte de preservar afectos. Severo consigo mismo, cuando quiere mostrarse exageradamente incisivo en sus afirmaciones es porque está repleto de dudas. No es por casualidad que el sujeto esté constituido de actividades o métodos de funcionamiento del Yo al servicio de la defensa (Freud, 1994). Sabe que, como evoca Octavio Paz, la piedra triunfa en la escultura y se humilla en la escala. Sospecha que el ser humano es interpretado por una lírica que toca la lira como Schopenhauer. Sabe que es inútil querer deslindar misterios, descifrar invisibilidades, traducir lo oscuro, principalmente las paradojas místico-religiosas. Para Freud, lo traumático opera como una extrañeza concebida como algo que perdura en el psiquismo de forma eficaz aunque ajeno a sí mismo. Freud y Breuer sostienen que la clínica necesita introducirse

en el mundo de las representaciones imaginarias del paciente (lo que Breuer denominó *teatro privado* de la mente) a fin de producir efectos catárticos por medio de la expresión de las emociones y la verbalización (Freud, 1995d, p.14-15). Por su parte, la preocupación de Freud radicaba en encontrar el hecho traumático, aquello que había sido realmente vivido y subyacía en los sueños diurnos y la producción de síntomas. A ello agregó que, por medio de la represión, la histeria se constituye de una idea intolerable como modo de defensa y que la representación reprimida permanecería bajo la forma de marcas mnémicas, convirtiéndose, a través de la represión, en la causa de sus síntomas. Parece, pues, que el ser humano es dominado por una desacreditación premunida de suavidad poética, de desinterés provisto de altivez (Freud, 1996a, p.29-39).

Freud objetivaba localizar aquello que atormenta al paciente insistiendo en el estudio de los síntomas y creía en la teoría de la seducción, según la cual habría un primer momento en la infancia en que el niño sufriría un atentado sexual por parte de un adulto y un segundo momento –en la pubertad-, en que un acontecimiento aparentemente inofensivo activaría retroactivamente el recuerdo del primer acontecimiento, desencadenando así una excitación sexual. En 1897 abandona su posición sobre la teoría de la seducción. Pasa por un momento de amargura al darse cuenta de que había tomado por realidades históricas las fantasías de seducción de sus pacientes histéricos. Cambia entonces la teoría traumática. El autor da un salto cualitativo cuando comprende que el mundo de la fantasía se aborda esencialmente en un plano imaginario, localizado en la realidad psíquica del sujeto. En esta instancia, el hecho narrado en el análisis -ocurra éste o no- será de vital importancia y su papel será fundamental debido a su efecto de realidad. Añade que la fantasía de seducción no se refiere necesariamente a un acontecimiento real (ocurrido verdaderamente en la vida del individuo), pues su valor está en la representación de datos de la organización estructural apoyados en una dimensión mítica. Al abandonar Freud la existencia de la seducción traumática externa modifica radicalmente su forma de exponer la neurosis. De este modo, dejará de considerar la neurosis como algo externo y comenzará a vislumbrarla como una obra interna. La concepción freudiana de la represión se fundamenta en un modelo apoyado en la tradición de la psicología

alemana que se remonta al siglo XIX, época en la que se destaca la representativa figura de Herbart. La influencia herbartiana está más arraigada de lo que pensamos en los postulados freudianos. Para este autor, la vida psíquica es una retahíla de representaciones. Ello es posible a partir del momento en que la nueva representación comienza a asemejarse a la antigua representación oscurecida (Freud, 1975b, p.138-139).

A lo largo de la tesis hemos considerado que las similitudes entre Freud y Herbart no se basan simplemente en sus respectivas distinciones entre representación consciente y representación inconsciente, sino en la idea del filósofo de que las representaciones que se vuelven inconscientes por efecto de la represión lucharon por hacerse conscientes mientras permanecieron inconscientes.

A veces releemos a Lucrecio para reaprender a dominar el arte de despreciar las acciones humanas. Pero sabemos que los mecanismos de defensa del sujeto psíquico operan de modo aislado y ocurren juntos según patrones siempre cambiantes e interrelacionados, valiéndose de distintos comportamientos, ideas, afectos, aspectos del carácter, funciones del Yo e incluso pulsiones (Freud, 1975b, p.138). Señalamos que es notable la semejanza que existe entre la teoría freudiana y las concepciones de Herbart, sobre todo si investigamos las influencias epistemológicas en las ideas de Freud relativas al aparato psíquico, con especial atención al mecanismo de represión. Cabe añadir que en sus “Estudios sobre la histeria” Freud teoriza sobre el aparato psíquico como si se tratara de capas o estratos y estuviera compuesto de archivos. La idea se centra en una circulación de energía de las neuronas (Freud, 1996a, p.39-43).

Enfatizamos que la teoría del psiquismo se va desarrollando progresivamente cuanto a sus elaboraciones, y que Freud releva su interés en concebir un aparato psíquico formado por una perspectiva de representaciones. Asimismo, investiga el modo en que estas se sedimentan y establece una dimensión temporal en que se reorganizan, formando nuevos enlaces. El autor esclarece, además, sus primeras concepciones ilustrándolas en un esquema que define como simple y provisional. Este esquema supone el origen de una teoría que se va haciendo cada vez más compleja a lo largo de su obra, y que no pretende señalar exhaustivamente los caracteres

psicológicos, sino elaborar una nueva psicología, algo que hará posteriormente cuando trabaje en el séptimo capítulo de la “Interpretación de los Sueños” (Freud, 1996c, p.345-503).

Resaltamos que en la primera etapa del aparato psíquico, Freud habla de una mera percepción, la cual no ocasiona ningún registro en sí misma. Es en la segunda etapa cuando ocurre la primera escritura (Freud, 1975b, p.141). Este registro se refiere al orden de la percepción, que en sí no es susceptible de hacerse consciente, salvo quizás por asociaciones o simultaneidad. Discutimos sobre la idea del concepto de inscripción (*Niederschrift*) de Freud, donde el autor se refiere a la noción de signo, inscripción y transcripción, más próximos al lenguaje y a la escritura que las neuronas de la formulación antes citada. Las marcas mnémicas también están presentes en el “Proyecto de psicología para neurólogos” (Freud, 2000a). Según este texto, los acontecimientos psíquicos quedan grabados en forma de memoria en el psiquismo y serán reactivados por efecto de la investidura. En la tercera etapa del aparato psíquico (el segundo registro desarrollado en el esquema freudiano) se vislumbra otro elemento. Este segundo registro posee la peculiaridad de ser conscientemente inalcanzable - como *el otro*-, pero con la característica de estar regido por otros intereses y de que su acceso no se procesa por simple simultaneidad. Concluimos aquí que la represión se comprende como algo que pertenece al orden del displacer, pues el hecho de desvelar el material psíquico provocaría una turbulencia en el pensamiento y su trabajo de traducción accionaría elementos anteriores, inmemoriales (Freud, 1975b, p.150). No obstante, se trata de contenidos que debido a su naturaleza displacentera son intraducibles, como los antiguos *foros*. Señalamos también que se inicia así la generación del aparato psíquico, fundamentado en la elusión del displacer.

La dificultad para acceder a los acontecimientos traumáticos del sujeto nos revela los inicios del psicoanálisis. Ciertamente estamos habitados por una verdad que no se ofrece espontáneamente a la memoria. Freud enfrenta un hecho nuevo que influirá decisivamente en el futuro del psicoanálisis: el tema de la repetición (*Wiederholen*). Con ello da un paso que trasciende su tiempo, pues comprende que no

se puede reducirá *lo otro* a aquello que se cree conocer de él, e insiste en investigar la vía de lo que lo otro tiene de inaccesible.

Hicimos hincapié en que el aparato psíquico encuentra un lugar mejor definido en sus sistemas, el cual abarca el Inconsciente, el Pre-consciente y el Consciente (Freud, 1975b, p.143). Inicialmente, Freud comprendía el aparato psíquico como un campo de fuerzas e imaginaba hipotéticamente un aparato psíquico en la dimensión topográfica como “regulador de tensiones”. El movimiento del psiquismo es sobre todo inconsciente. Los deseos son esencialmente inconscientes y pueden ser rechazados, o incluso difundidos, de forma disimulada bajo el aspecto de afectos, ideas, palabras o acciones. Freud tendrá que extraer el material de las garras del inconsciente y por medio de la interpretación arrojar luz sobre el material que está reprimido, sofocado por la censura y arrojado en el inconsciente (Freud, 1975b, p.143-144).

Entendemos la represión básicamente como un mecanismo que consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de esta y cuyo camino hacia la satisfacción puede suscitar a veces más displacer que placer (Freud, 1975b, p.148-151). Señalamos, asimismo, que no siempre podemos afirmar que la represión impide la satisfacción de la pulsión. De ser así, si su función de defensa se encaminara al extremo de impedir toda y cualquier satisfacción de la pulsión, el propio aparato psíquico perdería su sentido de ser. Freud esclarecerá más aún en qué circunstancias se funda el aparato psíquico, para lo que propondrá un estatuto distinto a la represión, atribuyéndole la función de un agente que instaura el origen de un tópico inconsciente como instancia separada de lo pre consciente-consciente. La represión es el mecanismo responsable por esta división que, por un lado, decanta la subjetividad del lado del Inconsciente y, por otro, establece los valores del Pre consciente/Consciente. La represión opera como mecanismo que instaura la cisión de los dos sistemas y al mismo tiempo es el mecanismo del sistema del Pre consciente/consciente que ampara los efectos del Inconsciente (Freud, 1975b, p.143-144).

Posteriormente discurrimos sobre las diversas fases de las represiones primarias y secundarias (Freud, 1975b, p.143). A modo de resumen, la represión primaria es la

etapa inicial del aparato psíquico fundamentada en una especie de división psíquica primordial que configura el primer tiempo de la represión, en el que se constituyen los nudos iniciales de la pulsión a un representante. Estos nudos jamás serían reprimidos en sí mismos a no ser que se fijaran en el inconsciente por efecto de una contra-investigación: lo que accede al Prc (Freud, 1996c, p.592-593).

Por otra parte, la represión secundaria se constituye en un *doble* proceso de atracción y repulsión (Freud, 1996c, p.593). La atracción se debe a que algo fue reprimido desde tiempos anteriores, vale decir, desde el polo de la represión primaria. La repulsión obedece a las características que el contenido pueda tener. Sabemos que raramente el ser humano se basta en su propia soledad. Recurrimos a las palabras, al arte como organizador del dolor, acariciamos nuestros propios delirios, y sabemos que nada reemplaza al hechizo de las manos de quien ya no se sabe exactamente por dónde anda (Freud, 1996c, p.593). Posiblemente no sabemos que la pérdida del amor y el fracaso dejan tras de sí un daño permanente en la auto consideración bajo la forma de una cicatriz narcisista, contribuyendo así más que cualquier cosa otra al sentimiento de inferioridad (Freud, 1996c, p.593-594).

A continuación tratamos de la pulsión en su pertenencia al orden de la representación y los estímulos oriundos del cuerpo. Señalamos que ésta es representada en el psiquismo a través del representante-representativo (Freud, 1975b, p.147). Freud lleva a comprender de forma diferente tanto la represión como la división de los destinos de la pulsión. No obstante, la represión no deja de ser uno de los destinos de la pulsión, y pasa a ser considerada distintamente conforme tengamos en vista la representación o la energía ligada a dicha representación. El resultado alcanzado por la represión es el representante representativo como un todo. Lógicamente, el afecto debe verse de alguna manera afectado como parte componente de dicho representante (Freud, 1975b, p.147-148).

Es importante analizar el mecanismo de la represión para entender el proceso de padecimiento de lo neurótico. El éxito de la represión en la histeria de conversión es hacer desaparecer el afecto (Freud, 1975b, p.149). La neurosis obsesiva es comprendida por medio de una regresión en la que una aspiración sádica reemplaza a

una aspiración tierna. Por más que la represión haya tenido efecto, difícilmente su contenido se mantendrá alejado por mucho tiempo (Freud, 1975b, p.151). Posteriormente la represión fallará y el afecto resurgirá bajo el aspecto de angustia y autocensura, promoviendo nuevas sustituciones.

Creemos que lo obsesivo realiza como ritual determinadas actitudes ínfimas, derivadas del desplazamiento, con el propósito de evitar el contenido reprimido y, al mismo tiempo, controlar toda su angustia. El fracaso de la represión en cuanto dimensión cualitativa, afectiva, supone la fuga por medio de la disminución y la prohibición (Freud, 1975b, p.148-149). Podemos comprender los temas de la represión de manera más contextualizada por medio del funcionamiento del aparato psíquico.

La represión opera como una cisión en el universo simbólico del sujeto, reduciendo una parte de dicho universo al silencio, y denegando el acceso a la palabra y, ciertamente, el acceso a la consciencia. Lo reprimido no elimina las representaciones sobre las cuales incide. El retorno de lo reprimido ocurre de forma distorsionada y no como el retorno de *lo mismo*. Lo que retorna lo hace bajo la forma de un compromiso entre los dos sistemas para que el deseo reprimido encuentre una expresión consciente y paralelamente no produzca displacer. El retorno de lo reprimido y el contenido reprimido no siempre han presentado distinciones notorias (Freud, 1975b, p.149). Observamos más adelante que en los estudios sobre la histeria se hablaba del retorno de un contenido reprimido que vuelve e insiste en reaparecer como un “cuerpo extraño que aún mucho tiempo después de su intrusión se tiene que considerar su eficacia presente” (Freud, 1996a, p.32). La eficacia de la presencia en el retorno de lo reprimido - también denominado “derivado del representante reprimido” - revela el carácter indestructible del inconsciente.

Destacamos otro punto importante sobre el comercio entre los sistemas inconscientes y pre consciente, que no podremos reducir al acto de la represión (Freud, 1975b, p.142-143). La represión no impide que los contenidos de la agencia representante de la pulsión continúen coexistiendo ni que se sigan formando, por lo que se van constituyendo los brotes, que son los derivados más arcaicos del

inconsciente. Debido a sus relaciones con el pre consciente, estos pueden continuar atándose y estableciendo conexiones a través de las representaciones reprimidas secundariamente (Freud, 1975b, p.143).

Más adelante hablamos de la importancia del retorno de lo reprimido en el aparato psíquico (Freud, 1975b, p.143). Este retorno resalta el dinamismo del inconsciente y su temporalidad, y se constituye como su derivado, sometido a deformaciones tales que permitieron que el deseo reprimido encontrara una vía de expresión. En nuestro estudio nos hemos atendido al análisis de las fantasías inconscientes, ya que Freud las aborda en su primera teoría como unas de las principales claves para acceder a los contenidos reprimidos del inconsciente, esencialmente en un plano representativo, imaginario, localizadas en la realidad psíquica del sujeto, que comprende un espacio en que los deseos toman forma (Freud, 1975b, p.143).

Destacamos además otras cuestiones significativas: a) La importancia que ocupa la actividad de la fantasía inconsciente, en especial sobre el tratamiento psicoanalítico en la primera teoría freudiana; b) El hecho de que las fantasías conscientes representan cómo el sujeto encontró la forma de satisfacción de sus componentes libidinales reprimidos. En su continua insatisfacción, las pulsiones son fuerzas propulsoras de las fantasías. El hombre feliz -tal como lo sostiene Freud- jamás fantasía: es algo que sólo hace el hombre insatisfecho; c) El hecho de que cada fantasía es una satisfacción de deseos, una rectificación de la realidad insatisfactoria de la sexualidad.

Las fantasías aseguran la sobrevivencia de cierta obtención de placer, una forma de existencia que de alguna forma pretende disminuir la condenación de la realidad (Freud, 1975b, p.144). Los poetas nos sobornan con el beneficio de placer brindándonos la representación de sus fantasías. Según Freud, el hombre construye sus castillos en el aire, uniendo pasado, presente y futuro como una compleja tela enlazada por el deseo, de forma que la realidad no existiría si no hubiera al mismo tiempo otra realidad paralela, una dimensión en que alguien pueda jugar, aunque sea imaginariamente, con construcciones alternativas de satisfacción de placer (Freud,

1975b, p.144). De este modo, las fantasías son como construcciones alternativas que apoyan al sujeto en una realidad a la que en cierta manera se ha renunciado hace tiempo. Ponderamos detenidamente sobre las fantasías conscientes que forman parte del mundo cotidiano del individuo. Siguiendo a Freud, esclarecemos que no todos los sueños diurnos son de naturaleza consciente, ya que algunos son inconscientes. Estas fantasías del sueño diurno provienen de la investigación sexual, que ha sido amortecida en la infancia durante el período de latencia y que prosigue en la pubertad. Destacamos también que según Freud los sueños diurnos configuran el foco y las formas en que se componen los nocturnos. Luego analizamos las fantasías originarias, que son de fundamental importancia en la primera tópica del aparato psíquico, y señalamos que las proto fantasías son, asimismo, denominadas fantasías arcaicas o primitivas {*Urphantasien*}. Para Freud, estas “fantasías originarias” son esquemas inconscientes transmitidos por vía atávica a todos los hombres, y en consecuencia van más allá de la experiencia individual. Son como grandes enigmas que se transforman en preguntas sobre el origen, la muerte y la sexualidad. Matrices del inconsciente, estas fantasías fundamentan los síntomas neuróticos (Freud, 1996c, p.488-490).

Al tratar de los cuatro tipos de fantasías originarias descritos por Freud, dijimos que estas se repiten como prototipos en el discurso del neurótico en la clínica. Freud pretende dar una argumentación biológica a fantasías complejas vinculadas a la narrativa de la estructura edípica como una herencia transmitida por vía de la filogénesis, lo que supone un equívoco, situando al sujeto psíquico dentro de un orden de desarrollo heredado, relacionando lo pulsional inconsciente con la reducción del atavismo inmemorial (Freud, 1996c, p.488-489). En seguida, señalamos que esta predeterminación heredada se opone a la propuesta del psicoanálisis, ya que perdería parte de su estatuto de transformación en su trabajo de composición y descomposición del material psíquico, aun cuando el tema de la filogénesis sea realmente polémico en el psicoanálisis. Por ello no pretendemos analizarlo con detención .

Luego nos referimos a las fantasías inconscientes que han ocupado un lugar destacado en el psiquismo. Estas son del orden de la representación (disfraces),

susceptibles de contorno, guías imaginarias que tienen la función de orientar (Freud, 1996c, p.489). Afirmamos que las fantasías inconscientes se encuentran en los primeros escritos freudianos, naturalmente de manera incipiente (se trata del inicio del psicoanálisis), descritos como síntomas histéricos. Este es el hilo conductor que permite comprender el mundo psíquico que se abría como objeto de estudio. Los sueños, las fantasías inconscientes, se encuentran relacionadas al cumplimiento del deseo, se apoyan en gran parte en las impresiones de vivencias infantiles y mantienen un vínculo con los recuerdos de la tierna infancia. Las fantasías inconscientes que componen el escenario del sueño están articuladas en una compleja trama: son fugitivas y al mismo tiempo fluido. Muchas de ellas no se pueden capturar como tales y están en estrecha relación con el proceso sintomático de la histeria: los síntomas histéricos son como fantasías inconscientes figuradas mediante síntomas somáticos. Con el desarrollo psicosexual, estas complejas fantasías inconscientes se van enriqueciendo y haciendo más complejas conforme se multiplican en una extensa cadena asociativa. Poseen dos modalidades estructurales: pueden ser inconscientes primarias y secundarias (Freud, 1996c, p.488-492). Brenner (1958) afirma que cualquier aspecto del funcionamiento del Yo puede ser usado al servicio de la defensa, y una defensa puede ser algo tan complejo que delinear mecanismos aislados tiende a ser reduccionista y engañoso.

Las fantasías inconscientes primarias se subordinan al proceso primario del psiquismo, cuyos procesos mentales inconscientes “son los más antiguos, los residuos de una fase del desarrollo en la que eran la única clase de proceso mental” (Freud, 1996c, p.488). Estas fantasías inconscientes son argumentos imaginarios que poseen un efecto estructurador en el sujeto psíquico; son producciones imaginarias versátiles -constitutivas del mundo intrapsíquico- que poseen la particularidad de pertenecer al plano de la conciencia por medio del relato de los sueños diurnos, de las escenas y episodios que el individuo construye y relata para sí mismo en estado de vigilia (Freud, 1996c, p.489). Las fantasías son estructuras complejas que retratan grandes enigmas que se transforman en cuestionamientos como: el origen (la fantasía de la escena primitiva); la muerte (o trauma del nacimiento; la amenaza de aniquilamiento del yo, que puede estar vinculada también a la fantasía de castración) y la sexualidad

(fantasía de seducción). Las fantasías giran en torno de las mismas cuestiones que el siniestro. Son cuestiones fundamentales, que tocan el campo del inconsciente y escapan a la simbolización. Cuestiones que operan el núcleo inaccesible del sujeto y, por tanto, de la repetición misma. Señalamos que las fantasías son vestigios de ese parcial investimento de lo posible, y que diseñan lo soportable a través de un colorido de fantasías cifradas, algo que dé contorno y represente al inconsciente (una especie de estética de lo inconsciente) a fin de desarrollar las soleras del laberinto de la realidad psíquica, que para Freud se torna más compleja a medida que desarrolla sus postulados.

\*

*El sufrimiento psíquico pone al sujeto a tres centímetros del desvarío. Sabemos que es difícil esconderse borrando las propias huellas. Sabemos que las diosas de las desmesuras tienen entresijos en todas las esquinas del mundo; que son grandes tumbadoras de puertas abiertas como el mágico Esquiros, del cuento de Gautier. En efecto: al sujeto le place caminar en su solipsismo gótico.*

### 5.3. Siniestro: Entre la creación literaria y el íntimo transformado en extraño

A continuación tratamos de lo siniestro, divisor de aguas en la teoría del aparato psíquico. Creemos que desde sus inicios Freud daba indicios de que el principio de placer no era suficiente para explicar determinadas manifestaciones mórbidas del sujeto. Contextualizamos el momento histórico en que Freud escribe el texto de lo siniestro bajo la égida de un período de guerra. Hicimos una somera reflexión sobre el significado de la paradójica palabra *unheimlich* (Freud, 1995c, p.226). Abordamos también la distinción entre lo siniestro que se remite a la experiencia y de lo siniestro

que se refiere tan solamente a la ficción literaria; evidenciamos luego el concepto de castración. Propusimos consideraciones sobre el tema del *doble* -otro de sí mismo- desconocido como tal y reconocido por la sensación de extrañeza que es capaz de provocar. En este punto discutimos sobre el papel del *doble* en literatura, sobre la función del Tótem y su vínculo con el *doble*. Concatenamos la representación del *doble* en una breve asociación con el desarrollo del narcisismo primario y la presencia de la omnipotencia del pensamiento en los niños (que creen que pueden interferir sobre los hechos externos). Aquí abordamos el difícil momento en que Freud escribió lo siniestro en un período de guerra, en que las dificultades para encontrar referencias bibliográficas eran considerables. El impacto de dicho período se encuentra presente en sus escritos. Lanzamos un ancla sobretodo en la diferencia que Freud establece entre lo siniestro vivido y lo siniestro ficcional, haciendo hincapié en dicha diferencia: la presentación literaria del *unheimlich* no es la mera traducción de lo que se vivió en la ficción, sino también la creación literaria capaz de originar un *unheimlich* propio, sui generis, parte esencial de todo un género literario. Freud cita diversos ejemplos de la literatura universal para la presentación literaria del *unheimlich*, noción que trató de desarrollar a lo largo de su texto “Lo ominoso” (Freud, 1995c).

Freud no vacila en utilizar elementos de los más variados discursos, montando una estructura lógica que se sustenta por la acumulación de referencias en detrimento de la complejidad del concepto de lo siniestro. Como hemos indicado al inicio de esta conclusión, el psicoanalista vienés utiliza dos caminos (el mismo y el doble) para estudiar lo siniestro. Al proponer el tema de lo siniestro, señala que nada parece más íntimo en nosotros que aquello que nos es más extraño. Con el firme propósito de determinar la manera por la cual lo siniestro está constituido, Freud realiza el recorrido lingüístico señalado en el apartado anterior. Por otro lado, no contento con este recorrido, el autor se vale de ejemplos tomados de la ficción y la vida real como propósitos susceptibles y provocadores del efecto de lo siniestro (*unheimlich*). Como se dijo anteriormente, subrayamos especialmente la diferencia que Freud establece entre lo siniestro vivido y lo siniestro ficcional. En resumen, si el escritor -tal como ocurre en los cuentos de hadas- crea un mundo o una realidad fantástica en que todo

es posible, sin introducir ningún elemento que evoque una posibilidad de identificación, no habrá entonces espacio para que se produzca el efecto siniestro. Mientras más cotidiana sea la realidad en que se sitúa el escritor, más segura será la obtención del efecto de lo siniestro.

Aquí concluimos diciendo que los relatos siniestros más exitosos son aquellos en que la acción transcurre en el ámbito domiciliario, en el dominio de la realidad más cotidiana y más familiar. Los escritores provocan en nosotros inicialmente una especie de incertidumbre al no dejarnos adivinar (ciertamente con intención) y al conducirnos al mundo real o a un mundo fantástico producto de su arbitrio. Disponen, además, de un recurso mediante el cual pueden sustraerse de nuestra rebelión y, al mismo tiempo, mejorar las perspectivas de alcanzar sus propósitos. En cuanto a los cuentos de hadas, estos ni siquiera pretenden despertar sentimientos angustiantes, vale decir, siniestros.

Lo siniestro es siempre un área en que el individuo está inseguro en relación a su propia orientación. Es la aparición de lo íntimo transformado en extraño (íntimo en el sentido familiar, reconocible, no-amenazador) y extraño en cuanto no-reconocible, como una amenaza externa que instala el desorden y perturba la tranquilidad de la morada psíquica. Esta morada psíquica llamada a la existencia cuando algo sentido y presentido, temido y secretamente deseado por el sujeto se hace súbitamente realidad, produciendo en el sentimiento de lo siniestro la realización de un deseo íntimo y prohibido, es la piedra de toque, la verificación de una fantasía que infunde miedo formulado como deseo.

Examinamos minuciosamente el motivo por el cual *Lo siniestro* se convirtió en un divisor de aguas en la teoría del aparato psíquico y el hecho de que desde sus inicios Freud haya dado indicios de que el principio de placer no era suficiente para explicar determinadas manifestaciones mórbidas del sujeto.

Freud explica que el principio de la compulsión a la repetición no se haya anclada al retorno de lo reprimido, sino a la pulsión de muerte, la cual fue tratada en la cuarta parte de la tesis. Señalamos que después de 1920 y basado en otra lógica,

Freud revela a un sujeto que, estando desalojado de sí mismo, no puede encontrar en su esencia respuestas para la realización de su propio deseo cuando se depara con su naturaleza disolvente y su carácter paradójico. Ya había discurrido sobre el Mirar (aquel que articula el deseo a la sensación de placer) y sobre la problemática del complejo de castración como componente que se sitúa en la base del psiquismo. Luego trató de forma sustanciosa el cuento de Hoffmann, “El hombre de arena”, concluyendo que el personaje Nathaniel se encuentra en un juego de espejos desfigurados, donde la sombra del objeto cae sobre el Yo como un velo que lo localiza en las sombras y lo silencia en la profundidad de su oscuridad (Freud, 1995c, p.228-233). El mirar articulaba el deseo a la sensación de placer. Con el surgimiento del psicoanálisis -más precisamente Freud y Lacan- la visión pasa a ganar un nuevo estatuto. De inicio, hay un desplazamiento entre visión y mirada. Si en la antigüedad ambos se usaban como términos semejantes, en la actualidad se instaura la diferencia. El mirar deja de ser un simple atributo del sujeto de la consciencia y pasa a ser objeto, más específicamente objeto de la pulsión. El mirar pasa a formar parte constitutiva de la subjetividad del sujeto.

A continuación, abordamos la problemática del complejo de castración como componente situado en la base del psiquismo, amenaza arcaica de aniquilación del yo infantil en sus intentos por integrarse en una unidad (como ocurre a posteriori en Edipo) bajo la amenaza de la memoria relacionada al falo y a la ley. Dos aspectos se hacen relevantes en este punto: a) la referencia a la ley de castración como generadora de angustia; b) la consideración de la angustia como una angustia arcaica (Freud, 1995c).

Tras analizar con minucia el cuento de Hoffmann, nos dirigimos por los caminos de la pulsión que el deseo monta en su intento incansable de realización imposible. Afirmamos que las pulsiones de vida y muerte caminan lado a lado con la realización del deseo y que, mientras la pulsión de vida sólo busca el encuentro con el objeto, la pulsión de muerte quiere todo el objeto. Después discurrimos sobre el *doblo* en la literatura. Señalamos que la comedia de errores existe desde siempre y que los gemelos usurpaban identidades en los escenarios de la Grecia antigua: Aristófanes,

Plauto, Shakespeare, Tirso de Molina, Lope de Vega, Corneille, Calderón, Molière y tantos otros creadores se valieron de esta apropiación voluntaria-involuntaria de heterogeneidad (Freud, 1995c, p.249).

En su texto *Das Unheimliche*, fechado en 1919, Freud afirma que el *doble*, a pesar de parecernos algo extranjero y extraño a nosotros mismos, nos ha acompañado desde los primeros tiempos del funcionamiento psíquico y ha estado siempre listo para resurgir y provocarnos una sensación de inquietante extrañeza (*uncanniness*). La creencia ancestral en la muerte está directamente ligada a la temática del *doble* y al despliegue de la personalidad, pues el *doble* actúa como mecanismo privilegiado cuya función es inhibir la muerte del sujeto por él representado. La más famosa de las historias de dobles fue escrita por Stevenson –*El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*–, que en su traducción al portugués se acentúa bajo el título *O médico e o monstro*. El primero sabe que está duplicado y en su condición de científico trata de deshacerse de la parte deformada de su ser, la cual no condice con sus propósitos sociales. La noción de *doble* designa una representación del Yo que puede tomar diversas formas encontradas en el animismo primitivo como extensión narcicista garantía de inmortalidad. El *doble* se ha convertido en una imagen de asombro de la misma manera que los dioses veían demonios después de que su religión se desmoronó. El *doble* es al mismo tiempo idéntico al original y diferente, incluso opuesto a él (Freud, 1995c, p.234-235).

Después discutimos sobre el Tótem, que protege y castiga al mismo tiempo, que conoce y trata con indulgencia a sus hijos. Creemos que a través del totemismo, Freud encuentra una comprensión psicoanalítica sobre los orígenes de la religión, que debe ser históricamente admitida o no. De este modo, la formación religiosa se puso en el terreno del complejo paterno y fue edificada sobre la ambivalencia que lo domina. Para el hombre primitivo, su propia muerte era ciertamente tan inimaginable e irreal como lo es para cualquiera de nosotros hoy en día; sin embargo, en su caso concreto, una circunstancia hizo que ambas actitudes opuestas hacia la muerte colidiesen y entraran en conflicto mutuo. El estudio de “Tótem y tabú” consiste en pensar lo imaginario socio-cultural como defensa contra lo inesperado (Freud, 1995c, p.250).

Luego continuamos analizando el Narcisismo, estado en que la libido se dirige al propio Yo, al amor excesivo a uno mismo y señalamos que el narcisismo no es una contemplación de uno mismo, sino la compleción de una imagen de sí cuando se contempla otra cosa. El mito resalta la imposibilidad de identificarse a sí mismo, porque, según la leyenda, Narciso sólo habría tenido una vida larga si no hubiese llegado a conocerse a sí mismo (Freud, 1995c, p.235). Más adelante comentamos el origen del término narcisismo utilizado en el psicoanálisis. Freud propone introducir el narcisismo para explicar sus cuatro aspectos diferentes: el narcisismo como perversión sexual; como etapa de desarrollo; como investimento libidinal del Yo y como elección del objeto. Hace del narcisismo una forma de investimento pulsional necesaria para la vida subjetiva, vale decir, en vez de ser algo patológico se convierte en un dato estructurado del sujeto, que representa una especie de estado subjetivo, relativamente frágil y de equilibrio fácilmente amenazado. Hablamos luego del narcisismo primario y secundario (Freud, 1975b, p.85-86). Dijimos que la concepción del narcisismo desemboca en una totalización de una imagen, una posición de integridad que, por otro lado, evoca una contraposición: la existencia de una herida que sustenta el tema de la castración. La herida narcisista denota el obstáculo, la angustia que el sujeto vive frente a sus insatisfacciones, sus demandas no saciadas, así como su frágil unidad corporal, un cuerpo que no se coordina psico-motoramente por su inmadurez. El narcisismo se relaciona con la angustia y la angustia de castración. La angustia en el psicoanálisis es la angustia del Yo, que está ligada a una amenaza de desestructuración posible, a un peligro que puede atentar contra la integridad de esta forma narcisista. Añadimos que el narcisismo nace dentro del sujeto y desde ahí parte hacia los objetos, idea que posteriormente Freud desarrollará en el texto analizando los siguientes ejemplos clínicos: la enfermedad orgánica, la hipocondría y el estado de amor (Freud, 1975b, p.79-88).

El egoísmo del enfermo es una forma de retiro narcisista de las posiciones libidinales sobre la propia persona, en la que se altera la distribución de la libido en detrimento de la modificación en el Yo (Freud, 1975b, p.92-93). Muchas veces, o casi siempre, el ser humano se considera una entidad fantástica, fantasmagórica, una ilusión de óptica, una quimera: una especie de narcisismo fantasioso. Discutimos

sobre el Vínculo de Castración (etapa de la infancia representada en la evolución de la sexualidad infantil, simbolizada por la primacía del falo para ambos sexos) en que su valoración representa la formación prefigurada del narcisismo. El complejo de castración posee dos características básicas: a) la primera se relaciona al temor del niño ante la posibilidad de perder el pene; b) la segunda corresponde a la envidia de la niña (Freud, 1975b, p.88).

No obstante, lo que los niños temen perder es el lugar de privilegio, vale decir, no el pene en sí mismo, sino lo que representa: una posición valorada ante el otro (los progenitores). De esta forma, la investidura de los padres formará las primeras huellas de una imagen prefigurada e idealizada de uno mismo, en la que Freud define la formación del Yo ideal. La imagen que el niño formará de sí está cargada de estos contenidos valorativos adscritos por sus padres, y construirá, así, una dimensión imaginaria idealizada de sí mismo.

\*

*Sabemos que todos los caminos, hasta los más cortos senderos, están llenos de obstáculos. Sabemos que el embate es dificultoso, a deshora, posiblemente demasiado tarde. Sabemos lo difícil que es contener durante toda la vida los impulsos precipitados, cuyas inconsecuencias han provocado disgustos de todo tipo. Siempre me pregunto por qué, pero, al mismo tiempo, sé que es mejor despojarse de preguntas para las cuales no tengo respuestas. Por eso el ser humano trata de convivir dentro de lo posible con la inquietud móvil del sentimiento de culpa y sus innumerables despliegues. Pero también tenemos ciencias que son inútiles a los lamentos.*

#### 5.4. La Pulsión de Muerte: inaugura otra metapsicología freudiana

Trazamos un recorrido de la Pulsión de Muerte analizando el texto freudiano “Más allá del principio de placer”. Freud pone en acentuado relieve la paradoja más compleja del psicoanálisis. Ni la filosofía ni la ciencia de la psicología han logrado desvendar ni proyectar luz sobre los significados de las sensaciones de placer y displacer, tan imperiosas para nosotros. El autor admite que en la teoría psicoanalítica no hay cómo suponer que el curso tomado por el mundo psíquico esté regulado por el principio de placer, justificando que los eventos mentales se ponen en curso por una *tensión desagradable*, cuyo resultado final coincide con una reducción de la tensión, eludiendo el displacer o produciendo el placer propiamente dicho (Freud, 1995d, p.11). Freud se apoyará en la psico-fisiología de Fechner para afirmar que el placer está vinculado a la aproximación, a una “*tendencia a la estabilidad*”, y el displacer al desvío de esta misma estabilidad (Freud, 1995d, p.8). Entre los dos límites la diferencia ya no sería cuantitativa, sino cualitativa. Lo máximo que se puede decir es que en la mente existe una marcada *inclinación* hacia el principio de placer. El objetivo del placer sería proporcionar una estabilidad o disminución de las tensiones o excitaciones, aunque fuesen accesibles sólo mediante aproximaciones. El principio de placer es primario, y, como tal, ineficaz y peligroso desde el punto de vista de la auto conservación del organismo frente a las exigencias del mundo externo. Este principio de placer se conserva firme y constante sin el yugo del principio de realidad cuando lo emplean las pulsiones sexuales, que son difíciles de educar. Puro, vale decir, no transformado por la auto conservación en principio de realidad, el principio de placer se torna *destructivo* del Yo y del organismo. La sustitución del principio de placer por el de realidad, empero, sólo puede ser responsabilizada de un pequeño número de las experiencias desagradables (Freud, 1995d, p.8-10).

En seguida, hablamos de la compulsión de repetición vinculada a los sueños de los enfermos de neurosis traumática, en la que los sueños *reconducen al enfermo una y otra vez a la situación de su accidente, de la cual despiertan con terror*, como una fijación en la experiencia que gatilló la enfermedad (Freud, 1995d, p.15). Freud no

piensa que los sueños puedan expresar únicamente deseos reprimidos, sino cualquier tipo de contenido reprimido. Las experiencias traumáticas serán reprimidas justamente por acción del principio de placer, y serán susceptibles de retornar en sueños o, más propiamente, en pesadillas (Freud, 1995d, p.13-16). Las representaciones aflictivas pueden tener acceso al contenido del sueño: si algo es deseado por el inconsciente y reprimido por el Yo será vivido por el Yo como aflictivo en el sueño, y probablemente encontrará un contenido efectivamente aflictivo de la vida diurna como apoyo para la entrada del deseo, reprimido por el Yo en el sueño. En cuanto a la neurosis traumática, al recuerdo de algo que en la vida despierta ha sido efectivamente aflictivo para el Yo se le niega, con razón, el ingreso al sueño para así tornar factible la realización de algún deseo recusado por el Yo deseado y por el inconsciente. Freud optó por postular una misteriosa inclinación masoquista en el Yo, lo que lo llevó, junto con otros aspectos que analizo en el interior de la Tesis, a especular sobre la pulsión de muerte en su carácter de compulsión de repetición.

Luego nos ocupamos del famoso juego del carretel, que Freud usa para explicar cómo ante la ausencia de la madre el niño juega de forma repetitiva para domesticar la angustia. Hicimos un breve recorrido por el tema de la representación propiamente dicha a fin de comprender la función de la representación-cosa (Freud, 1995d, p.15). Concluimos afirmando que el juego de *Fort-Dá* es una tentativa de superación de un displacer, motivado por movimientos repetitivos, fijos, que una y otra vez reactualizan el ejercicio de soledad del niño como una manera de certificarse de que la madre permanecerá junto a él, aun cuando se aleje temporalmente. La explicación freudiana es que el niño juega porque le resulta angustiante la ausencia materna. El niño repite lo que lo angustia, de modo que el principio de placer no se explica. Esta compulsión de repetición constituye un ejemplo de no superación del principio de placer, pues dicha compulsión extiende su influencia a la pulsión de muerte. Aquí resaltamos que el par simbólico de exclamación *Fort-Dá* fue utilizado por Freud para añadir la fuerza de la compulsión a la repetición que no está regida por el principio del placer, y que constituye una de las introducciones a la teoría de la pulsión de muerte. Esta palabra posee un contenido complejo en un cuadro asociacionista, donde

los elementos de origen visual, acústico y sinestésico están interligados mutuamente. Estas inscripciones tan peculiares del aparato psíquico, cargadas de contenidos tan significativos, hablan del complejo ordenamiento mental, en el cual la representación ocupa un rol fundamental (Freud, 1995d, p.15-16).

Más adelante nos referimos al concepto propiamente dicho de la representación-cosa, el resultado del proceso de las primeras marcas dejadas por las experiencias vividas en el aparato psíquico. Afirmamos que esas primeras marcas de vivencias son consecuencias de todo el aparato de la percepción, así como todas las zonas erógenas. La vivencia de satisfacción queda registrada en el aparato psíquico por la imagen de un objeto, resaltando que la idea de dicho objeto se correlaciona a la pulsión, que se destinará a alcanzar su objetivo, vale decir, cierto tipo de satisfacción. La representación-cosa difiere de los trazos mnésicos cuando son reinvestidos, convirtiéndose en una característica del deseo, del deseo de objetos (Freud, 1995d, p.15). Gracias a estos es posible establecer un vínculo (vínculo materno) y, en consecuencia, desear. A medida en que el sujeto infantil se va desarrollando, va modificando sus zonas erógenas. Consecuentemente, sus trazos en el psiquismo serán distintos. La representación-cosa está regida por el proceso primario perteneciente a la dimensión del inconsciente constituido por la condensación y el desplazamiento. La representación-palabra tiene su origen en el vínculo construido con el sujeto adulto, en el que las expresiones de las emociones, los primeros sonidos se van transformando en códigos. La representación-palabra es la representante consciente de la representación-cosa, cuando esta se vincula con otra directamente, como significante de ésta (Freud, 1995d, p.16).

Posteriormente tratamos del origen de la comprensión de los actos ajenos, que circundan al niño en sus primeras interacciones con su medio. Freud dice que en estas primordiales relaciones con ese primer semejante (la madre) hay dos funciones. Una parte de esa relación con la propia madre queda integrada en el sistema de representaciones, adquiriendo sentido. Esto hace de dicha relación con ese otro materno algo familiar, conocido, con sentido y, por lo tanto, se relaciona al principio del placer. Otra parte de esta relación del sujeto infantil con el otro materno

permanece como un cuerpo extraño en el psiquismo, que en este momento se denominará complejo de semejanza (Freud, 1995d, p.14-15). En la representación-cosa y las palabras que componen esa lengua, en principio extranjera, y que para el niño es la lengua materna, queda un hueco, que sugiere la pregunta por el enigma que representa el niño para la madre (Freud, 1995d, p.15). Freud muestra en seguida que la compulsión a la repetición es una máquina que pone en cuestión el funcionamiento cuando aparece la angustia con el objetivo de domesticarla ante la ausencia materna. Este sufrimiento atiende a otro orden de satisfacción que va más allá del principio de placer, el cual, por su parte, no es simbolizable y obtiene su sentido en el puro acto de repetir (Freud, 1995d, p.16-17).

Ulteriormente, analizamos las consideraciones freudianas sobre la clínica psicoanalítica. La mayoría de las veces, el paciente repite los materiales reprimidos como experiencia contemporánea e invariablemente los actualiza en la transferencia, en la relación con el analista. La neurosis inicial es entonces reemplazada por la neurosis de transferencia. El Yo se resiste al tratamiento; la compulsión a la repetición debe atribuirse al reprimido inconsciente. Freud identifica la repetición como una resistencia (Freud, 1995d, p.18-19). Concluimos que una mala experiencia sólo lo es por haber amenazado al Yo, a su integridad, es una herida narcisista, y, por lo tanto, de alguna manera configura una experiencia traumática. En otras palabras, se trata de una relación que por más que haya tenido también aspectos positivos para el Yo, tiene aspectos negativos que lo hieren, amenazan y ponen en cuestión. La repetición no es más que esta forma encontrada para sobrevivir a dichas experiencias. Para modificar esta forma y no repetirla hay que recurrir al análisis y a la transferencia que en este se establece, convenciendo al Yo inconsciente del paciente de que ya no corre el riesgo de antes. Si hubo trauma ello se debe a que algún mensaje acompañó a la experiencia y la hizo ser vivida como amenazadora. Repetir la experiencia dolorosa es una forma de intentar separar la experiencia de su significado sentido en el momento pasado (Freud, 1995d, p.20-21). Mientras más una experiencia haya estremecido a la autoimagen de la persona más necesario será profundizar las identificaciones enmarañadas en el sentimiento que la acompañó. La pérdida del amor y el fracaso dejan tras de sí un daño permanente a la auto consideración bajo la forma

de una cicatriz narcisista. Aquí citamos a Freud cuando afirma que los pacientes repiten en la transferencia todas esas situaciones indeseadas y emociones penosas, reviviéndolas luego con mayor ingeniosidad. En todos los casos las personas repiten, ya sea por ajuste de cuentas, creencia, idea, hábito o por alguna otra razón. La compulsión a la repetición surge de la reiteración de lo que se conoce, de lo que se ha aprendido (o enseñado) de los valores transferidos e introyectados por el Superyó (Freud, 1995d, p.18-23). Freud observa que sólo en extraños casos podemos notar los motivos que llevarían este tipo de compulsión en estado puro, porque en general estos se apoyan en otros motivos placenteros.

El sujeto psíquico recurre a esa entidad, digamos desesperanzadora, a cada instante para dar sustancia a su nihilismo lírico, albergue dentro del cual se blindo de sorpresas poco agradables. La tristeza es, por así decirlo, la musa del ser humano, aun cuando no sea circunstancial el hecho de que no la cultiva con pasión. Estamos anclados a una desesperanza que no está completamente apagada: podemos hacer una analogía con la claridad media de una lámpara lila y opaca. Es quizás por eso que el sujeto no se desanima y sigue adelante.

A continuación, señalamos que los sentimientos de displacer preponderan sobre todos los estímulos externos. Consecuentemente, no dependen de ellos. Cuando las excitaciones externas producen un elevado aumento de displacer, se da una inclinación a tratarlas como si actuaran no desde dentro, sino desde fuera, de tal forma que el escudo protector contra los estímulos externos puede ser accionado. Los estímulos internos son entonces *proyectados* en agentes externos, y el Yo se defenderá externamente de lo que tiene su origen en el propio interior del aparato psíquico (Freud, 1995d, p.25). De hecho, el placer resulta necesaria y únicamente de una disminución de tensión. El aparato mental –en el sentido del exterior– se halla resguardado contra los estímulos y las cantidades de excitación que sobre él inciden sólo poseen un efecto reducido. Freud piensa el psiquismo de un modelo perceptivo, receptor (y defensor) de estímulos y excitaciones, estableciendo una clara diferenciación entre exterior e interior y definiendo lo que será el Yo en esta frontera: objeto de ataques tanto externos como internos. Tendríamos que aceptar que el

psiquismo está determinado por ser un reflejo de mecanicista de cantidades de energía (en un sentido organicista del término) y que lo propiamente psíquico sólo vendría de las represiones y resistencias a lo orgánico por fuerza de la cultura, que tendrían mayor o menor fuerza de contención de cantidades de energía (Freud, 1995d, p.26-30).

Cuando ocurre un trauma no hay cómo impedir que el aparato mental se vea acumulado de grandes cantidades de estímulos. Entonces se hace necesario el dominio, vinculado la energía, para que no permanezca como energía libre y destructiva. Hay que considerar la neurosis traumática como la consecuencia de una gran ruptura en el escudo protector (Freud, 1995d, p.30). Las pesadillas de la neurosis traumática tienen por función dominar retrospectivamente el estímulo, desarrollando la angustia como causa de la neurosis traumática. Procuramos objetar diciendo que dominar el estímulo, que no ha sido dominado, corresponde a dominar y deshacer un displacer, vale decir, el hecho de que no sean sueños de realización de deseos no implicaría que fueran regidos por el principio de placer y neutralización del displacer (Freud, 1995d, p.34-35). La función que Freud atribuye al sueño (de realización de los deseos de las pulsiones perturbadoras a fin de que estas no estorben al sueño) no se mantiene en el caso de los sueños de las neurosis traumáticas. Este hecho lo llevó a pensar en un más allá del principio de placer, cuyo motor sería la compulsión a la repetición (Freud, 1995d, p.36).

Posteriormente, hablamos de la metabiología freudiana y dijimos que las pulsiones del organismo, que provienen de su interior, cuando no se proyectan no encuentran escudo protector alguno al llegar al aparato mental. Estos impulsos son libres y móviles, no vinculados, y presionan hacia la descarga. Las pulsiones obedecen al proceso primario de los investimentos libres, mientras que los investimentos vinculados constituyen el proceso secundario. El dominio del principio de placer sólo sería posible en el proceso secundario, cuando se convierte en principio de realidad (Freud, 1995d, p.38-39). La compulsión a la repetición (en la transferencia) de los acontecimientos de la infancia despreca el principio de placer y el paciente se muestra incapaz de obedecer al proceso secundario. El maestro vienés

apoya su argumento en ejemplos de peces y pájaros, cuyos comportamientos animales se justificarían por una búsqueda de lo que eran los hábitos ancestrales de su especie. Una objeción plausible será la de que -más allá de las pulsiones de conservación que impelen a la repetición- habría también pulsiones que impulsan hacia el progreso y la producción de nuevas formas, lo que será considerado posteriormente (Freud, 1995d, p.37).

Todas las pulsiones orgánicas son conservadoras, adquiridas históricamente, y tienden a la restauración de un estado anterior de cosas (Freud, 1995d, p.37). En este momento nos preguntamos por qué definir la pulsión como una inclinación a la restauración del estado anterior. Indagamos de dónde extraer la hipótesis metabiológica de que esta inclinación a la restauración del estado anterior es interna, así como de qué forma la interacción con el medio la perturbaría y la desviaría de su deseo de repetir. Se configura así una intencionalidad y una teleología o teleonomía de la pulsión, como si esta tuviera una finalidad pre establecida, anteviendo en ella su propia existencia efectiva, un curso inicialmente previsto del cual se desviaría por fuerza de lo que le es externo. Freud razona que sería contrario a la naturaleza conservadora de las pulsiones que el *objetivo de la vida* fuera un estado de cosas que jamás hubiese sido alcanzado (Freud, 1995d, p.38). Indicamos que este raciocinio solamente se sostendría *si* hubiera un objetivo de la vida. Freud señala que tomamos como verdad sin excepción el hecho de que todo lo que vive muere. Valiéndose del ejemplo de Henrique VI, añade que el objetivo de toda vida es la muerte, árbitro ecuánime de todas las miserias humanas (Freud, 1995d, p.38). A ello agrega: si las cosas inanimadas existieron antes que las vivas, ¿el objetivo de la pulsión en lo inorgánico sería el de retornar a qué?, ¿a la muerte? ¿Pero acaso ya no está muerto? La pulsión de vida tiende a la muerte, mientras que las pulsiones de autoconservación se opondrían a la pulsión de vida, aunque sólo relativamente.

Más adelante dijimos que las pulsiones sexuales serían las únicas que buscan un estado de cosas que nunca ha sido alcanzado. Freud afirma que no existe pulsión alguna que propulse al organismo –sea animal o vegetal– hacia un desarrollo superior, tratándose únicamente de adaptación a la presión de fuerzas externas (Freud,

1995d, p.41). No existe una pulsión para la perfección, que habría conducido a los seres humanos hasta el actual estadio de realización intelectual y sublimación ética (Freud, 1995d, p.41). Habría una oposición entre el camino regresivo hacia la satisfacción pulsional completa y las represiones que obstruyen este camino. Entre el ser humano y la desesperanza existe una buena acogida mutua: nunca lo hace descender a la gruta de Trofonio. Sabemos que el sujeto psíquico no transforma aleatoriamente la desesperanza en una filosofía del disgusto. Nunca caminamos solos: siempre somos el conjunto de nuestras inquietudes y absurdos (Freud, 1995d, p.41-42).

Volviendo a nuestro raciocinio, Freud insiste en el hecho de que la sexualidad humana es en sí misma aberrante. Lo que la pulsión sexual persigue no es la reproducción, sino la satisfacción (Freud, 1995d, p.43). Las pulsiones del Yo ejercen presión en relación a la muerte. En consecuencia, poseen un carácter conservador, pues se originan de la animación de la materia inanimada y procuran restaurar el estado inanimado. Como mencionamos anteriormente, la inevitabilidad de la vida y la muerte radica en que no hay vida sin interacción con el mundo y con el otro, y no en que morimos por una fuerza interna (Freud, 1995d, p.43). No es necesario proyectar o imaginar una intencionalidad interna del organismo para que la muerte venga, pues lo externo no es sólo el acontecimiento brusco, sino la interacción con el mundo, sea brusca o continuada. El hecho de que la muerte sea inevitable en nada apoya la creencia de que morimos por causas internas o de que se pueda naturalizar o universalizar un deseo de morir. Este deseo ataca a algunas personas, no a todas, y es característico de la nostalgia romántica de los poetas de la época y la cultura de Freud.

Desde siempre ha habido pulsiones de muerte sobre la Tierra. La biología no contradice *in totum* la hipótesis de las pulsiones de muerte. La pulsión sexual es la corporización de la voluntad de vivir. La pulsión de muerte valdría, pues, para el individuo, pero la pulsión de vida lo llevaría a perpetuar la comunidad. Las pulsiones sexuales se dirigen a un objeto y se oponen a las pulsiones del Yo, entre éstas las de auto conservación del individuo: de un lado el amor, del otro el hambre. Freud

concluyó que no toda pulsión era sexual, sino que una parte de las pulsiones del Yo lo era, lo cual quiere decir que parte de las pulsiones sexuales actuaba en el Yo (Freud, 1995d, p.45-48). Es necesario reconocer la pulsión sexual como Eros, el conservador de todas las cosas, y derivar la libido narcisista del Yo de los estoques de libido. Freud relacionó las pulsiones del Yo a las pulsiones de muerte, y las pulsiones sexuales a las pulsiones de vida, pero después concluirá que las pulsiones de auto conservación son también de vida, y también sexuales (Freud, 1995d, p.49). Identificada la presencia de un componente sádico en la pulsión sexual, éste puede volverse independiente y, bajo la forma de perversión, dominar la actividad sexual de un individuo.

Podríamos agregar que el masoquismo sería un retorno del sadismo sobre el propio Yo del sujeto, un retorno que sería una regresión a una fase anterior de la historia de la pulsión. La inclinación dominante de la vida mental es el esfuerzo para reducir, para mantener constante o para remover la tensión interna debida a los estímulos (Freud, 1995d, p.53). Si el acto sexual fuera adverso al curso de la vida en su tarea de dejar de vivir, haciéndola más difícil por el hecho de ser rejuvenecedor, la copulación no habría sido mantenida y elaborada, sino al contrario, habría sido evitada.

A guisa de conclusión, afirmamos que si no queremos abandonar la hipótesis de las pulsiones de muerte es necesario optar por la hipótesis de la asociación entre las dos pulsiones. Asimismo, las especulaciones freudianas sugieren que Eros opera desde el inicio de la vida como una pulsión de vida en oposición a la pulsión de muerte, creada por el hecho de que la materia inorgánica ha tomado vida (Freud, 1995d, p.56-57). Las pulsiones del Yo correspondían inicialmente a cualquier pulsión que no fueran las sexuales devotadas a un objeto exterior. Una de las más antiguas e importantes funciones del aparato mental sería someter las pulsiones sexuales, reemplazando el proceso primario que prepondera en las pulsiones sexuales por el proceso secundario, convirtiendo lo que era energía de investimento libre y móvil en energía aquiescente o tónica. El principio de placer sería entonces una inclinación que operaría al servicio de una función. El placer de la descarga advendría de la

eliminación de la tensión y la excitación existiría *para* provocar la eliminación. El principio de placer mantiene la guardia contra los peligros externos, pero especialmente contra los aumentos de estimulación provenientes de dentro, lo que haría más difícil la tarea de vivir (Freud, 1995d, p.60-62).

En efecto, no es por azar que el ser humano busca caminos y atajos para llegar antes a la quietud. Muchas veces el cansancio provocado por la repetición de la incertidumbre nos blindamos contra ese desaprovechamiento cuyo nombre es impetuoso. Además, nos va enseñando a mostrarnos más prudentes, diplomáticos con lo inesperado. Sabemos que ante los obstáculos, la línea más corta entre dos puntos puede ser la curva. Es inquietante convivir con las propias fantasmagorías, los propios despropósitos, las propias contradicciones, todos muy cuidadosamente entrelazados.

En determinado momento afirmamos que el Yo narcisista sólo tiene un cuerpo muerto, habiendo perdido al mismo tiempo el cuerpo y los objetos. Es por medio de la pulsión de muerte que este se refleja en el Yo ideal y presiente su fin en el Superyó, como en dos pedazos del Yo dividido. Esta relación entre el yo narcisista y la pulsión de muerte es la que Freud marca tan profundamente cuando dice que la libido no refluye sobre el Yo sin desexualizarse, sin formar una energía neutra desplazable, capaz esencialmente de colocarse al servicio de Tánatos.

El significado de los sentimientos de placer y displacer actúan imperativamente sobre nosotros. Se puede suponer que de hecho existe en la mente una compulsión a la repetición -perpetua recurrencia de la misma cosa- que sobrepuja al principio de placer. La función de todos los mecanismos de defensa es la misma: proteger contra los afectos penosos. Tales mecanismos llegan al objetivo por maneras diversas.

### 5.5. Perspectivas

Tanto cualquier punto de vista como cualquier punto de observación son susceptibles de errores. Vivir es tropezar con los errores. Sin embargo, es necesario decir todavía que el hombre se equivoca mientras aspira a algo. En la presente tesis, hemos buscado

constantemente pleitear las sendas estrechas que pudieran deslindar y desenmarañar la tendencia fundamental de todo ser vivo: la de volver al estado inorgánico, designada freudianamente como la pulsión de muerte.

Las enseñanzas que nos dejó Freud nos han llevado, por así decirlo, al umbral de las regiones más oscuras e inaccesibles de la mente humana. Hemos logrado entender un poco más el significado de los sentimientos de placer y displacer que actúan tan imperativamente en nosotros; hemos proyectado un poco de luz sobre la perpetua recurrencia de la misma cosa; hemos aprendido que se puede suponer el estar seguros de que efectivamente hay en la mente una compulsión para la repetición que sobrepuja el principio de placer.

Tal como señalamos en la primera parte de la presente tesis, la represión hace suponer la fundamental relevancia en el comienzo de la teoría del aparato psíquico, como posteriormente conserva su importancia, con la finalidad de desvelar el desaliento del sufrimiento psíquico. Hay un cambio fundamental, la represión como un motor propulsor de la lógica del principio de placer: reprimo, luego repito. Sin embargo, la lógica que dice: repito porque reprimo, no se sostiene porque está enraizada en otro principio -yendo más allá del principio de placer- que pensamos que ya será anunciado en el texto de *Lo ominoso* (*Lo siniestro*). La presunción freudiana se invierte, vale decir, lo que antes se trataba de “repito porque reprimo” ahora pasa a ser exactamente lo contrario “reprimo porque repito”. Ello explicará que el principio de la compulsión a la repetición no estará más cimentado en el retorno de lo reprimido, sino en la pulsión de muerte.

El período en que Freud escribió “*Lo ominoso*” [1919] (*Lo siniestro*) antecede a las renovaciones de la teoría pulsional que se dará recién en la década de 1920. Esta época predecesora está marcada por el tema del narcisismo, cuyo telón de fondo fue el primer modelo pulsional. Por otra parte, *lo siniestro* se engendra en un futuro próximo, al anunciar, y de cierta manera resumir, lo que sería publicado al año siguiente (aunque ya estuviera escrito): “*Más allá del principio de placer*” [1920]. Se trata de un hito fundamental que modifica de manera sustancial al paradigma de la teoría pulsional. Al formalizar la teoría del Yo, su despliegue lógico sería el concepto de Superyó, la conciencia moral que comanda la satisfacción del goce. En este sentido, el texto funciona

como una bisagra, en un momento de transición irreversible de la obra freudiana anunciando la pulsión de muerte.

Para entender la tendencia que tiene el sujeto psíquico a moverse hacia más allá del límite que la preservación de la vida le sugiere, Freud propone en 1920 otra forma de pensar lo que hace que el sujeto camine hacia lo que no siempre significa lo mejor para él. Al contrario: de forma inconsciente, busca transitar por un camino que es destructivo. En fin, se trata de un sujeto marcado por la neurosis de destino, una fuerza de carácter demoníaco, su propia inconsistencia. Después de 1920 y basado en otra lógica, Freud da a conocer a un sujeto que está desalojado de sí mismo, no pudiendo encontrar en sí la esencia, las respuestas para la realización del propio deseo y por ello, se depara con su naturaleza disolvente y su paradójico carácter. Así, Freud en el propio texto de lo siniestro, dice que lo siniestro conlleva algo de terrorífico en la calidad de sentir. Por lo tanto, de acuerdo con Freud, es lógico decir que “una palabra-concepto particular que contenga un núcleo que justifique su empleo. Uno quería conocer ese núcleo, que acaso permita diferenciar algo ‘ominoso’ dentro de lo angustioso” (Freud, 1995c, p.219).

Con Freud podemos arrojar la jabalina más lejos. Hemos sabido que el objetivo de toda vida es la muerte y que volviendo la vista también somos compelidos a decir que la muerte es, antes que nada, una cuestión de conveniencia, una manifestación de la adaptación a las condiciones externas de la vida. Tartamudeando, no necesitamos revolver los ánimos, tirarnos por la pendiente debido a nuestras especulaciones al respecto de las pulsiones de vida y de muerte por el hecho de que ocurran tantos procesos que nos desubican. El organismo desea morirse apenas a su manera. El ser humano es el único ser vivo que tropieza en una piedra y su memoria lo registra, para volver a caerse por la misma piedra. En fin, hemos aprendido, de acuerdo con las palabras del propio Freud, citadas en las “Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras” [1932-36], que la educación debe buscar su camino entre la “Escila de la permisividad y la Caribdis de la denegación (frustración)” (Freud, 2001b). Hemos descubierto que la potencia subversiva llamada pulsión de muerte también es el camino por donde puede empezar algo nuevo.

En conclusión, hay algo en lo reprimido que determina los puntos de fijación en torno a los que el sujeto sigue repitiendo. Aunque su núcleo fundamental sea inaccesible y del

orden de lo extraño, es posible -gracias al proceso de análisis a través de la transferencia-, tocar en la representación del hecho y desconstruir el proceso vicioso. Más que una satisfacción, la repetición remite a un llamado por la desconstrucción y la resignificación del evento traumático por parte del sujeto. La pulsión de muerte puede opera aquí para transformar. El psicoanálisis permite, así, la construcción de una nueva forma de desear y de fantasear por la rearticulación de las representaciones.

No obstante, al igual que el poeta Hebbel, sabemos que muchas veces parece que el diablo golpea nuestra puerta, aun cuando sólo es el limpiador de chimeneas. Sabemos también que es tedioso convivir todo el tiempo con las propias y enmarañadas particularidades psíquicas. Es esencial abstraerse caminando, escribiendo, imaginando modos de ser ajenos. Pero ahora sabemos más que nunca que existe el tiempo de comprender y el momento de concluir.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABADI, J. (1996): Del trauma del lenguaje al palabrear del recuerdo y la fantasía. *Revista de Psicoanálisis*, Vol. IV.

ABADI, J.; BARANGER, W.; CHIOZZA, L.; De GREGORIO, J. (1978): Mesa redonda sobre el concepto de Fantasía. *Revista de Psicoanálisis*, Vol. XXXV.

ABRAHAM, k. (1969). *Correspondance 1907- 1926*. París: Gallimard.

ADLER, A. (1983). *Les premiers psychanalystes. Minutes de la Société Psychanalytique de Vienne 1906-1918*. 4 vols (1962-1975). Paris: Gallimard, 1983.

ALARCÓN, J. (1986): “Fantasma y acción” - XLVI Congreso de Psicoanálisis de la lengua Francesa y de los países Románicos. *Revista de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*. No.4, 1986.

ANDRE, J. (1993): “D’Un inutile amour trop constante victime”. *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, No.47.

ANDRE, J. (1991): “La petite mort de Sardanapale”. *Nouvelle Revue de Psychanalyse*. No.43.

APULEYO, L. (2006): *El Asno de Oro*. Madrid: Catedra.

AQUINO, T. (2001): *Suma de Teología*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.

ARFOUILLOUX, J.C. (1993). “Laños Cannibale”. *Revue Française Psychanalyse*, Vol. 57 No.2.

ARLOW, J.A. (1969a): “Unconscious fantasy and disturbances of mental experience”. *The Psychoanalytic Quarterly*. Vol 38, n.1, p.1-27.

ARLOW, J.A. (1969b): “Fantasy, memory and reality testing”. *Psychoanalytic Psychology*, No. 38, p.28-51.

- ASSOUN, P.L. (1995): *Metapsicología Freudiana: una introducción*. Río de Janeiro: Jorge Zahar.
- ASSOUN, P. L. (1982): *Introducción a la Epistemología Freudiana*. México: Siglo XXI editores.
- BALTRUSAITIS, J. (1996): *Anamorphoses*. París: Flammarion.
- BASCH, C.; BRUNO, R. (1996): “Lo Siniestro y la Intemperie: sobre un texto de Pichon”. *Revista de psicoanálisis – APA*, Vol. LIII, No.3.
- BASCH, C. (1985): “Las fantasías y el fantasma en los modos de articulación del deseo”. *Revista de Psicoanálisis - APA*, Vol. 42, No. 1, p.183-188.
- BERCHERIE, P. (1988): *Génesis de los Conceptos Freudianos*. Buenos Aires: Paidós.
- BRENNER, C.: (1958): *Elementos Fundamentales de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Libros Básicos.
- BÍBLIA DE JERUSALEM: *Biblia* (1978). Bilbao: Desclée de Brower.
- BIRMAN, J. (1996): *Por uma Estilística da Existência*. Rio de Janeiro: Editora 34.
- BLEICHMAR, H. (1995): *El Lugar de los Padres en el Psicoanálisis de Niños*. Buenos Aires: Lugar editorial.
- BLEICHMAR, H. (1986): *Angustia y Fantasma*. Madrid, Adotraf ediciones.
- BLEICHMAR, H. (1983): *El Narcisismo*. Buenos Aires: Nueva Visión ediciones.
- BLEICHMAR, S. (1993a): *En Los Orígenes del Sujeto Psíquico*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- BLEICHMAR, S. (1993b): *La Fundación de lo Inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- BLEGER, J. (1972): *Simbiosis y Ambigüedad*. Buenos Aires: Paidós.

- BORGES, Jorge Luis, (2013): “Los espejos”, *Poesía Completa*. Nueva York: Vintage Español.
- BORING, E. (1979): *Historia de la psicología experimental*. México: Trillas.
- BOTELLA, S. (1997): *Más Allá de la Representación*. Valencia: Editorial Promolibro.
- BOURGUIGNON, A. (1991): *O Conceito de Renegação em Freud*. Río de Janeiro: Jorge Zahar.
- BRUNEL, P. (2005): *Dicionário de Mitos Literários*. Río de Janeiro: Editora José Olímpio.
- CAYAFFA, C.L. (1987): “En torno a ‘Lo siniestro’”. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, año V, No.8.
- CHALHUB, S. (1998): *Animação da Escrita: ensaio de psicanálise e semiótica aplicada*. São Paulo: Hacker.
- CHAMORRO, E. (1991): “Anotaciones a un texto de Freud recientemente aparecido: ‘Nosotros y la muerte’”. *Revista de Psicoanálisis de Madrid*. No. 13.
- CHEMAMA, R. (1995): *Dicionário de Psicanálise*. Porto Alegre: Artes Médicas.
- CHILAND, C. (1991): “Urphantasien, les fantasme originaires”. *Revue Française de Psychanalyse*. Vol. 55. No.5: 1139-1144.
- COMARA, D. (1991): “Fantasías Originarias”. *Revista Psicoanalítica de Argentina - APA*, Vol. XLVIII, No. 5-6.
- CONSENTINO, J. C. (2001): *O Estranho na Clínica Psicanalítica*. Río de Janeiro: Contra Capa.
- D’AVILA, R.; MALADESKY, A.; PICOLLO, A. (1980): “El Concepto de Fantasia em las teorías de Freud y de Klein”. *Revista de Psicoanálisis - APA*, Vol. XXXVII, No. 1.
- DERRIDA, J. (1978): *La Vérite en La Peinture*. París: Flammarion.

- DELEUZE, G. (2002): *Diferencia y Repetición*. Buenos Aires, Amorrortu editores.
- DERRIDA, J. (1971): *A Escritura e a Diferença*. São Paulo, Perspectiva.
- DIDI-HUBERMEN, G. (1999a): *La Demeure, La Souche*. París: Minuit.
- DIDI-HUBERMEN, G. (1999b): *Ouvrir Vénus*. París: Minuit.
- DIDI-HUBERMEN, G. (1990): *Devant L'Image*. París: Minuit.
- DODDS, E. R. (2002): *Os Gregos e o Irracional*. São Paulo: Escuta.
- DOR, J. (1987): *Introducción a La Lectura de Lacan: el inconsciente estructurado como lenguaje*. Barcelona: Gedisa.
- DOREY, R. (1988): *Le Desir de Savoir*. Paris: Denoël.
- DURAND, G. (1993): *De la Mitocrítica al Mitoanálisis: figuras míticas y aspectos de la obra*. Barcelona: Editora Anthropos.
- ECO, U. (1982): *Cómo se Hace una Tesis*. Barcelona: Gedisa.
- ESPINOSA HERNANDEZ, V. (1987): “La Fantasía Inconsciente en la Practica Psicoanalítica”. *Revista de Psicoanálisis de Madrid*, No.5.
- ETIENNE, S. M. (1991): “En el Borde del Abismo: creatividad y psicosis”. *Revista de Psicoanálisis – APA*, Vol. XLVIII, No. 5-6.
- FECHNER, G. T. (1873): *Einige Ideen zur Schöpfungs – und Entwick – lungsgeschichte der Organismenm*. Leipzig: Breitkopf & Härtel.
- FÉDIDA, P. (1996): *O Sítio do Estrangeiro: a situação psicanalítica*. São Paulo: Editora Escuta.
- FENICHEL, O. (1979): *Teoría Psicoanalítica de las Neurosis*. Buenos Aires: Paidós.
- FERENCZI, S. (1997): *Sin Simpatía no Hay Curación: el diario clínico de 1932*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

- FOULKES, E. (1998): *Palabra Anatómica y Orden Libidinal*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- FOULKES, E. (1993): *El Saber de lo Real*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- FREEDBERG, D. (1992): *El Poder de las Imágenes*. Madrid: Catreda.
- FREJAVILLE, A. (1991): "Grouscha ou le Désir pour L'Objet comme Matrice des Fantômes Originaires". *Revue Française de Psychanalyse*. Tomo LV: 1095-1111.
- FREUD, S. (2010): *Cartas a Wilhelm Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (2001b): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo XX*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (2000a): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo IX*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (2000b): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo XI*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (2000c): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo XIII*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (2000d): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo XV*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (1996a): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo II*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (1996b): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo III*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (1996c): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo V*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (1996d): *Obras completas*" (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo XII*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

FREUD, S. (1996e): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

FREUD, S. (1995a): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). Buenos Aires: Amorrortu editores.

FREUD, S. (1995b): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo VII*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

FREUD, S. (1995c): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo XVII*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

FREUD, S. (1995d): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

FREUD, S. (1994): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo I*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

FREUD, S. (1982): *Aus Den Anfängen der Psychonalyse (1887-1902)*. Stuttgart: Fischer Verlag.

FREUD, S. (1975b): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

FREUD, S. (1975a): *Obras completas* (trad. José Etcheverry y comentarios de James Strachey con la colaboración de Anna Freud). *Tomo XVI*. Buenos Aires: Amorrortu editores

FUNDAÇÃO GETÚLIO VARGAS. (1986): *Dicionário de Ciências Sociais*. Rio de Janeiro: MEC.

GAGNEBIEN, M.; CHRISTINE, S. (1999): *Le Commentaire et L'Art Abstrait*. París: Presses de la Sorbonne Nouvelle.

GAGNEBIEN, M. (1993): *L'Irrepresentable Ou Les Silence de L'Oeuvre*. París: Puf.

- GARCIA-ROZA, L. (2004): *O Mal Radical em Freud*. Río de Janeiro: Jorge Zahar.
- GARCIA-ROZA, L. A. (1996): *Introdução à Metapsicologia Freudiana*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- GARCIA-ROZA, L. A.: (1995) *Artigos de metapsicologia, 1914-1917: narcisismo, pulsão, recalque e inconsciente*. Rio de Janeiro: Zahar.
- GARCIA-ROZA, L. A. (1993a): *Freud e o Inconsciente*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- GARCIA-ROZA, L. (1993b): *Acaso e Repetição em Psicanálise: uma introdução à teoria das pulsões*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- GAY, P. (1996): *Freud. Una vida de nuestro tempo*. Barcelona: Paidós.
- GOMPERZ, H. (1936): “Philosophy in Austria During the Last Sixty Years”. *The Personalist*, No. 17:307-311.
- GRIMAL, P. (1981): *Diccionario de Mitología: Griega y Romana*. Buenos Aires: Paidós.
- GUTIÉRREZ-SÁNCHEZ, G. (1994): “La Interpretación en la Cura Psicoanalítica y sus Condiciones de Posibilidad: la asociación libre, la escucha analítica y la transferencia”. *Revista de Psicoterapia y Psicosomática*. No 26.
- GUTIÉRREZ-SÁNCHEZ, G. (1993): “Acerca del Concepto Freudiano de Unheimlich, Lo Siniestro: un verdadero enlace”. *Revista Psicoanalítica de Madrid*, No.17.
- GUTIÉRREZ-TERRAZAS, J. (2002): *Cómo Leer a Freud*. Madrid: Síntesis.
- GUTIÉRREZ-TERRAZAS, J. (1998): *Teoría Psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca Nueva editora.
- GUTIÉRREZ-TERRAZAS, J. (1990a): “Introducción del Narcisismo: o el orden primordial de las valoraciones”. BLEICHMAR, S. *Lecturas de Freud*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- GUTIÉRREZ-TERRAZAS, J. (1990b): *Los dos Pilares del Psicoanálisis: la psicodinamia inconsciente*. Barcelona: Hogar del Libro.

- GONZÁLEZ, J. (1955): “Fantasías de Retorno al Seno Materno e Pulsións de Muerte”. *Revista de psicoanálisis – APA*, Vol. XII, No. 3.
- GRINBERG, L.; PANIAGUA, C. (1991): “The Attraction of Leonardo da Vinci”. *International Review of Psycho-Analysis*, Vol, 18, p.1-10.
- GRINBERG, J. (1989): “Creatividad y Reelaboración”. *Revista de Psicoanálisis - APA*, Vol. XLVI, No.2-3.
- GREEN, A., NASSIF, J., REBOUL J. (1972): *Objeto, Castración y Fantasía en el Psicoanálisis*. México: Siglo XXI.
- GREEN, A. (1993): *Narcisismo de Vida, Narcisismo de Muerte*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- GREEN, A. (1992): *Révélations de L’Inachèvement*. París: Flammarion.
- GREEN, A. (1990): “Lo Originario en El Psicoanálisis”. *Revista de Psicoanálisis – APA*, Vol. XLVII, No.3.
- GREEN, A. (1975): *La Concepción Psicoanalítica del Afecto*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GUEN, L.C. (1993): *La Represión*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GUSDORF, G. (1970): *Mito y Metafísica*. Buenos Aires: Nova editora.
- HANNS, L. (1999): *Teoria Pulsional na Clínica de Freud*. Río de Janeiro: Imago.
- HANNS, L. (1996): *Dicionário Comentado do Alemão de Freud*. Rio de Janeiro: editora Imago.
- HOFFMANN, E.T.A. (1993): *Contos Fantásticos*. Rio de Janeiro: editora Imago.
- IMBASCIATI, A. (1998): *Afeto e Representação*. Río de Janeiro: Editora 34.
- ISAACS, S. (1950): “Naturaleza y Función de la Fantasía”. *Revista de Psicoanálisis - APA*, Vol. VII, No. 4.

- JENTSCH, E. (1906): *Zur Psychologie des Unheimlichen*. Whitefish: Kessinger Publishing.
- JIMÉNEZ, J. (1993): *Cuerpo y Tiempo*. Barcelona: Destino editora.
- JONES, E. (2006): *La Vie et L'Oeuvre de Sigmund Freud*. París: PUF.
- JONES, E. (1979). *Vida y Obra de Sigmund Freud*. Río de Janeiro: Zahar.
- JULIEN, P. (1996): *O Estranho Gozo do Próximo: ética e psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- KAFKA, F. (1995): *La Metamorfosis*. Madrid: Alianza Editorial.
- KAIT, G. (1996): *Sujeto y Fantasma*. Buenos Aires: Editorial Fundación Ross.
- KAUFMANM, P. (1996): *Elementos para una Enciclopedia del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- KOFMAN, S. (1973): *El Nacimiento Del Arte: una interpretación de la estética Freudiana*. México: Siglo XXI.
- KRAUT, D. (1996): "Trauma y Fantasía en el Origen de la Cultura". *Revista de Psicoanálisis*. Madrid: IV Simposio Trauma y Fantasía.
- KRISTEVA, J. (1988): *Étranger à Nous-Mêmes*. París : Folio essais.
- KURY, M.G. (2003): *Dicionário de Mitologia Grega e Romana*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- LACAN, J. (1997). *Seminário VII: ética y deseo*. Caracas: Paidós.
- LACAN, J. (1975): *Los Escritos Técnicos de Freud: Seminário I*. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1970): *Las Formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1966): *Los Escritos I*. México: Siglo XXI.

- LACAN, J. (1937): "The Looking-Glass Phase". The International Journal of Psychoanalysis, Vol.18.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. (1996): *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- LAPLANCHE, J. (2003): *Castración. Simbolizaciones, problemáticas II*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- LAPLANCHE, J. (2000): *La Prioridad del Otro en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LAPLANCHE, J. (1989): *Nuevos Fundamentos para El Psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- LAPLANCHE, J. (1987a): *La Cubeta: Trascendencia de la transferencia. Problemática V*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- LAPLANCHE, J. (1987b): *El inconsciente y El Ello, problemática IV*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. (1986): *Fantasia Originaria, Fantasia de los Orígenes, Origen de la Fantasia*. Buenos Aires: Gedisa editora.
- LAPLANCHE, J. (1983): *La Sublimación: problemáticas III*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- LAPLANCHE, J. (1977). *El Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- LALANDE, A. (1953): *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*. Buenos Aires, El Ateneo.
- LAGAREJOS, A.; SEISDEDOS, M. (1998): "El Fantasma Histérico". *Revista del Instituto del Campo Freudiano*, Vol.19.
- LOUREIRO, I. (2002): *O Carvalho e o Pinheiro: Freud e o estilo romântico*. São Paulo: Editora Escuta.

- LURKER, M. (1993): *Dicionário dos Deuses e Demônios*. São Paulo: Martins Fontes.
- MADISON, P. (2001): *La represión en Freud*. Madrid: Laberinto.
- MAHMOUD, O. (1987): “The Dragon Fight in the National Persian Epics”. *The International Review of Psycho-Analysis*, Vol. 14.
- MALDAVSKY, D. (1979): “Organización del Aparato Psíquico en Inhibiciones o Neurosis Femeninas. Aportes al análisis de lo siniestro”. *Actualidad psicológica*. Vol. 46.
- MANGO, E. G. (2000): “Fragmentos Hacia lo Natal”. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Vol.91.
- MANNONI, O. (1973): *La Otra Escena: claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- MARIN, L. (1997): *Détruire la Peinture*. París: Flammarion.
- MARIN, L. (1987): “Enoncer une Mystérieuse Figure”. Dossier: *Arts plastiques et questions au langage*, No.3.
- MARINAS, J.M.: (2014) *Ética de lo inconsciente: sobre comunidad y psicoanálisis*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- MARINAS, J.M.: (2005) “10 Temas Comunes al Psicoanálisis y a la Investigación Social”. *Arxius de sociología*, No. 12-13, p.129-140.
- MARINAS, J.M.: (2004) *La ciudad y la esfinge: contexto ético del psicoanálisis*. Madrid: Síntesis.
- MARUCCO, N.C. (1980): “Introducción de [lo siniestro] en el Yo”. *Revista de Psicoanálisis – APA*, Vol. XXXVII, No.2.
- MASOTTA, O. (1980): *El Modelo Pulsional*. Madrid: Altazar.
- MATAMORO, B. (2003): *Puesto Fronterizo: estudios sobre la novela familiar del escritor*. Madrid: Editora Síntesis.

- MILLER, J. A. (1992): *Dos Dimensiones Clínicas: Síntoma y Fantasma*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- MIGUEL, A. (1986): Fantasía Inconsciente de Enfermedad y Fantasía Inconsciente del Análisis. *Revista de psicoanálisis de Madrid*, No.3.
- MORAES, E. (2002): *O Corpo Impossível*. São Paulo: Editora Iluminuras.
- MOUSTAPHA. S. (1994): *La Palabra o la Muerte*. Buenos Aires: Ediciones de La Flor.
- NASIO, D. (1993): *Cinco Lecciones sobre la Teoría de Jacques Lacan*. Barcelona: Gedisa.
- NÁCHER, P. (1996) *Fundamentos Narcisistas y Espejos Rotos*. Valencia: Promolibro.
- NOEL, A. (1988): “El Fantasma: una representación de la estructura subjetiva del sujeto en los estados depresivos”. *Revista de Psicoanálisis – APA, Vol. XLV*.
- OLIVEIRA, W. I. (1956): *El Matricidio en la Fantasía: dos estudios de psicoanálisis aplicado*. Buenos Aires: Editorial Nova.
- OVÍDIO, P. (1991): *Las Metamorfosis*. Barcelona: Juventud.
- PALMIER, J. M. (1971): *Jacques Lacan, Lo Simbólico y Lo Imaginario*. Buenos Aires: editorial Prometeu.
- PASCHE, F. (1991): “Les Fantasma de L’Instinct”. *Revue Française de Psychanalyse*, Vol. LV.
- PÉREZ, C.D. (1982): “Lo Siniestro o La Palabra Ciega”. *Revista de Psicoanálisis – APA*, Vol. XXXIX, No. 5.
- PICHON – Riviere- E.: Lo siniestro en la vida y en la obra del conde de Lautréamont. *Revista de Psicoanálisis - APA – Núm. 4 – 1947*.
- PLÁ, J.C. (1981): *Sueños y Tiempos de Freud*. México: Siglo XIX.
- PORTE, M. (1996), *La dinamica cualitativa en psicoanalisis*. Buenos Aires: Nueva Vision.

- PROPATO, N.C. (1988): “Visión actual de lo siniestro. El Hombre de la Arena, de Hoffman, y la teoría psicoanalítica de lo siniestro”. *Revista de Psicoanálisis – APA*, Vol. XLV, No.4.
- QUINET, A. (2002): *Um Olhar A Mais: ver e ser visto na psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- RECALCATI, M. (2003): *Clínica Del Vacío*. Madrid: ed. Síntesis.
- RICOEUR, P.; BERGE, A. CLANCIER, A. (1968): *L’Art et La Psychanalyse*. París: Mouton.
- ROSENBERG, B. (2001): *El Yo y su Angustia: entre pulsión de vida y pulsión de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- RÓNAI, P. (1980): *Não Perca o Seu Latim*. Río de Janeiro: Nova Fronteira.
- ROSSET, C. (1988): *O Real e Seu Duplo*. Porto Alegre: L&PM.
- ROUDINESCO, E. y PLON, M. (1998): *Dicionário de Psicanálise* (trad. Vera Ribeiro y Lucy Magalhães). Rio de Janeiro: Zahar.
- RUIZ, L. (1998): “La Implicación Del Fantasma en el Síntoma”. *Revista del Instituto del Campo Freudiano en España*, Vol. 19.
- RYCROFT, C. (1970): “El Simbolismo y su Relación con los Procesos Primarios y Secundarios”. *Revista de Psicoanálisis – APA*, Vol. XXVII, No. 2.
- SACHS, H. (1942): *The Creative Unconscious*. Cambridge: Sci-Art Publishers.
- SANDLER, J. (1991), *Estudio sobre “Introducción al Narcisismo” de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Editorial Julian Yebens.
- SÁ-CARNEIRO, M. (1995): *Obras completas*, Rio de Janeiro: Editora Nova Aguilar.
- SAN AGUSTÍN (2002): *Confesiones*. Madrid: Gaia ediciones.

- SCHNEIDER, D. (1974): *El Psicoanálisis y el Artista*. Madrid: Fondo Cultura Económico.
- SCHNEIDER, L. (1996): *Arte y Psicoanálisis*. Madrid: Ensayos Arte Catedra.
- SCHOPENHAUER, A. (2004): *El Mundo como Voluntad y Representación*. Barcelona: Fondo de Cultura Económica.
- SHAKESPEARE, W. (1955): *Henrique IV*. Porto: Lello & Irmão editores.
- SOUZA, E. (2001): *Uma Estética Negativa em Freud*. Porto Alegre: Editora Artes e Ofícios.
- STANLEY, G. (1985): “Frankenstein and Other Monsters: An examination of the concepts of destructive narcissism, and perverse relationships between parts of the self as seen in the Gothic novel”. *International Review of Psycho-Analysis*, Vol.12.
- SZPILKA, J. (1984): “En torno a “un niño es pegado”: reflexiones sobre el recuerdo, la fantasía y el masoquismo”. *Revista de Psicoanálisis - APA*, Vol. XLI, No.6.
- TENEMBAUN, H. (1988): “Imágenes y Representaciones del Doble”. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, No.4.
- THIS, C. (1999): *De L’Art et de la Psychanalyse: Freud et Lacan*. París: École Nationale Supérieure de Beaux-Arts.
- TOCHTROP, L. (2001): *Dicionário Alemão – Português*. São Paulo: Globo.
- TRIAS, E. (1982): *Lo Bello y Lo Siniestro*. Madrid: Seix Barral.
- URGATE, S. (1996): “Vigencia del Trauma”. *Revista de Psicoanálisis, IV Simposio Trauma y Fantasía*.
- VATIMO, G. (1992): *Enciclopedia de la Filosofía*. Barcelona: Garzanti.
- VALLS, J. L. (1995): *Diccionario Freudiano*. Buenos Aires: Editorial Julian Yebens.
- VEGH, I. (1998): *Hacia una Clínica de lo Real*. Buenos Aires: Paidós.

VILANOVA, R. (1996): “El Trauma Psíquico como Perturbación de la Organización Fantasmática”. *Revista de Psicoanálisis, IV Simposio Trauma y Fantasía*.

VILLAMARZO, P. (1986): *Psicoanálisis de la Experiencia Ético-Religiosa*. Madrid: Marova.

YORKE, C. (1988): “A Pulsão de Morte”. En: GREEN, A.; IKONEN, P.; LAPLANCHE, J.; RECHARDT, E.; SEGAL, H.; WIDLÖCHER, D. (org.) *A Pulsão de Morte*. São Paulo: Editora Escuta.

WECHSLER, E. (1988): “Un Encuentro entre el Fantasma y la Pregunta”. *Revista de Psicoanálisis de Madrid*, No.7.

WINE, N. (1992): *Pulsão e Inconsciente*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.

ZALTZMAN, N. (1993): *A Pulsão Anarquista*. São Paulo: Editora Escuta.

ZYGOURIS, R. (1983): “L’Amour de L’Étranger”. *Imparfait*, No.1, p.215-227.